

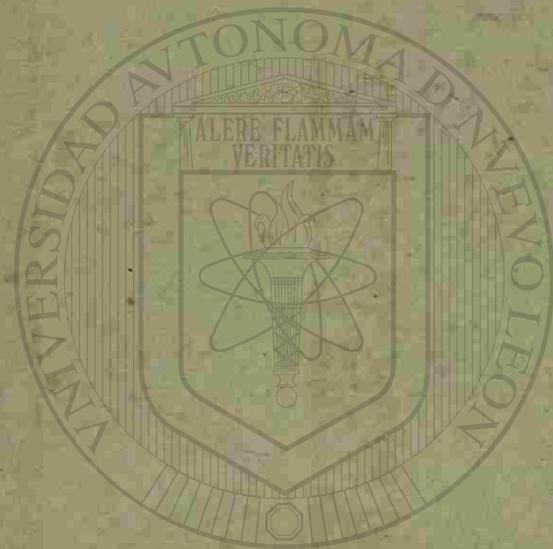
BOURGET

N CORAZO
DE MUJER

RAID
PQ2199
C68



1020026121



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UN CORAZÓN DE MUJER

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

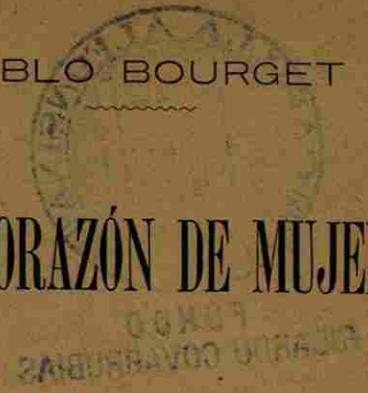
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. _____
 Núm. Autor B 772c
 Núm. Adg. 29777
 Precedencia - 8 -
 Precio _____
 Fecha _____
 Clasificó _____
 Catalogó _____



PABLO BOURGET

UN CORAZÓN DE MUJER



U A N L



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

098277
 29777[®]

MADRID
 SAENZ DE JUBERA HERMANOS
 Editores BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 10 - CAMPOMANES - 10
 "ALFONSO REYES"
 Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

843
D

P02199
C 68



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad.—Derechos reservados.—Queda hecho el depósito que marca la Ley.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REY"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID, 1890.—Tipografía Franco-Española, 26-Bailén-26.

I

Accidente de carruaje.

En una clara y azulada tarde de Marzo de 1881, hacia las tres, una de las veinte «más lindas mujeres» del París de entonces (como dicen los periódicos), la señora condesa de Candale, fué víctima de un accidente desagradable, que puede ser peligroso y que de hecho es vulgar: en el momento en que su cochero doblaba el ángulo de la avenida de Autín para ganar la pendiente de los Campos Elíseos, el caballo del carruaje se encubrió, dió un salto y cayó sobre la acera, con tan poca suerte, que se rompió la lanza del lado izquierdo del coche.

La condesa experimentó una recia sacudida y sufrió una perturbación nerviosa durante algunos segundos; pero todos sus planes y combinaciones para el empleo de la tarde quedaban rudamente trastornados.

Y la lista era larga, á juzgar por la blanca pizarra de marco de fino cuero que estaba colocada

843
D

P02199
C 68



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad.—Derechos reservados.—Queda hecho el depósito que marca la Ley.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REY"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID, 1890.—Tipografía Franco-Española, 26-Bailén-26.

I

Accidente de carruaje.

En una clara y azulada tarde de Marzo de 1881, hacia las tres, una de las veinte «más lindas mujeres» del París de entonces (como dicen los periódicos), la señora condesa de Candale, fué víctima de un accidente desagradable, que puede ser peligroso y que de hecho es vulgar: en el momento en que su cochero doblaba el ángulo de la avenida de Autín para ganar la pendiente de los Campos Elíseos, el caballo del carruaje se encubrió, dió un salto y cayó sobre la acera, con tan poca suerte, que se rompió la lanza del lado izquierdo del coche.

La condesa experimentó una recia sacudida y sufrió una perturbación nerviosa durante algunos segundos; pero todos sus planes y combinaciones para el empleo de la tarde quedaban rudamente trastornados.

Y la lista era larga, á juzgar por la blanca pizarra de marco de fino cuero que estaba colocada

en la delantera del interior del coche, con el reloj y la carterita de las tarjetas.

El lindo rostro de la joven, aquel rostro finísimo, de rasgos delicados, de perfil correcto, expresaba una contrariedad parecida á la cólera, mientras ella descendía del carruaje, en medio de muchedumbre ya compacta.

La curiosidad general de que era objeto acabó de ponerla de mal humor, y entonces, con voz muy dura, ella, que era la bondad misma, tan justa siempre, tan indulgente hasta para sus criados, dijo al lacayo:

—Francisco, inmediatamente que el caballo se levante, dejaréis que ese malaventurado Aimé se arregle como pueda... y vos iréis al Círculo de la calle Royale. Necesito un carruaje antes de media hora, casa de la señora de Tillières.

Y echó á andar, con sus pies calzados de botinas finísimas, hacia la calle Matignon, donde habitaba la amiga de quien había dado el nombre al pobre Francisco.

Este era un muchacho muy tieso y empaquetado en su larga librea oscura, y pálido todavía por el susto que le había causado la caída del caballo, apenas respondió:

—Sí, señora condesa.

Y la señora de Candale atravesó por la masa de los curiosos, pensando únicamente en el trastorno «de su tarde» por aquel súbito accidente.

—¡Estúpido!—se decía.—Era menester que esto me ocurriese el día en que estoy más ocupada... ¡Con tal que Julieta esté en casa!... Y si no lo está peor..., porque la esperaré en casa de su madre... Sin emargo, yo quisiera encontrarla, después de una semana que no nos hemos visto... ¡Ah! ¡Si en este París no hay tiempo para nada!

Y diciéndose interiormente ese discurso, andaba con la cabeza muy erguida y adornada por deliciosa capota color de malva, dibujándose su flexible talle bajo largo manto gris, casi ajustado al busto por un bordado de plumas de igual color.

Andaba y miraba á los transeúntes con esa especial mirada en que la mujer puede adivinar en su juventud el triunfo y en su vejez la desaparición de su belleza; porque cuando la mujer que pasa tiene el «aire de gran señora» que tenía Gabriela de Candale, y que, hoy como ayer, no se imita ni se puede imitar, ocurre una verdadera escena cómica de parte del hombre que la encuentra en su camino: ese hombre pasa, y cualquiera dirá que no la ha visto; pero esperad á que ella se haya alejado siquiera dos pasos, y observad entonces cómo él, con rápido ademán, se vuelve á mirarla una vez, dos veces, tres veces, y la sigue todavía con la mirada.

¡Que los fisiologistas expliquen este misterio! Ella no tiene necesidad de volverse para estar persuadida, segura del efecto que produce; y que los

moralistas expliquen este otro misterio: ella se considera siempre como lisonjeada por tal efecto, aunque el transeunte sea jorobado, cojo, manco, y aunque ella ostente, como la señora de Candale, uno de los grandes nombres históricos de Francia.

Cierto que Gabriela no tenía entre sus relaciones de clase fama de coqueta: acababa de librarse de un verdadero peligro, y tenía que renunciar, por algún tiempo, á su excelente berlina inglesa, muy ancha y con ventanas angostas, encargada en Londres con arreglo á indicaciones muy especiales; y además, había perdido un caballo, el mejor de su cuadra.

¡Otros tantos motivos para que llegase de mal humor á la casa de la calle Matignón!

Y, sin embargo, cuando empujó, con su enguantada mano, el pesado aldabón de la vieja puerta cochera, la encantadora *Santa* (como solía llamarla precisamente aquella amiga á quien iba á pedir asilo) no mostraba entre sus doradas cejas el menor síntoma de irritación y enfado.

Ella había gustado, por espacio de cinco minutos, el placer íntimo de sentirse hermosa entre las rápidas ojeadas que la dirigieron algunos admiradores anónimos, y sabido es que las Santas saborean con más delicia ese placer tan femenino, por lo mismo que se permiten menos ser mujeres...

Y aun tenía su expresión medio picaresca de las horas de alegría, mientras cruzaba por el patio y se

dirigía por el fondo, á la derecha, hacia una escalera del vestíbulo, encerrada bajo claraboya de cristales.

Hallar al punto confidente á quien se refieren las peripecias de un suceso peligroso, y por fortuna inofensivo, es casi regocijarse de aquel accidente, y quizá por lo mismo la condesa, oprimiendo el botón del timbre, sonreía con este pensamiento:

—¡Estoy segura de que mi amiga recibirá más susto que yo misma!

Aunque nueve años han pasado ya desde los sucesos de que fué prólogo esta visita inesperada, ¿cuántas personas en París, y aun entre la sociedad de la señora Candale, no se acuerdan de la encantadora y misteriosa mujer que aquella denominaba «mi amiga,» sencillamente, *tout court*, como se dice en parisiense, lo mismo cuando se hablaba de ella á sí misma, en el silencio de su corazón, que en voz alta, cuando hablaba á los demás?

Por lo mismo no será inútil, para la inteligencia de esta aventura, bosquejar en pocas líneas el retrato de aquella desconocida que, en su tiempo, fué casi una incógnita hasta para sus propias amigas.

Sí; la señora de Tillières era una de esas mundanas, reservadas en medio del mundo, modestas hasta eclipsarse, que despliegan para pasar inadvertidas tanta diplomacia como sus rivales emplean para fascinar y triunfar.

Por lo demás, ¿no era un símbolo de su carácter y una prueba de sus aficiones el hecho de haber elegido su habitación sobre el estrecho vestíbulo en que se dibujaba en tal momento la aristocrática silueta de Gabriela?

Una atmósfera de soledad flotaba alrededor de aquel cuarto, separado del cuerpo principal del edificio por un patio y velado por jardines en el frente que limitaba con la calle del Cirque; pero aquella calle Mafingón, con el largo muro que la forma por un lado y con sus viejas viviendas que en nada han variado desde el siglo último, evitada casi siempre por los cocheros, que prefieren ir desde los Campos Elíseos al faubourg Saint Honoré por la avenida de Autin, ¿no es quizá como una paradoja de tranquilidad provincial en aquel barrio tan moderno y tan animado?

Hasta la escalera, aislada bajo su cúpula de cristal, tenía cierta originalidad: sus cinco peldaños, cubiertos con alfombra de colores muy gastados, terminaban en una puerta de cristales, en su parte superior, para que la luz penetrase en la antecámara, y estaba, por la parte interior, guarnecida de cortinillas rojas.

No era un pabellón vulgar, porque la casa tenía cuatro pisos, ni un hotel propiamente dicho, porque la señora de Tillières y su madre, la señora de Naucay, habitaban sólo en el cuarto bajo y en el principal, y eran éstos, no obstante, morada exclu-

sivamente de ellas, porque habían hecho instalar una escalera interior que enlazaba los dos pisos, y las dispensaba de la escalera general, cuya entrada, á la derecha, formaba *pendant* con la de la otra bajo la claraboya.

Sin exagerar la significación de estas pequeñeces, si la ostentación de lujo supone siempre alguna vanidad, la preferencia que se da á una morada algo melancólica, en una calle algo apartada, basta para revelar en quien la habita algún temor de los éxitos de sociedad.

Por otra parte, si la señora de Tillières no hubiese estudiado hasta en los menores detalles la manera de resguardarse de la intimidad, ¿habría resuelto el inverosímil problema de quedar viuda á los veinte años y pasar los diez siguientes de la viudedad en París, libre, rica, deliciosa, sin dar casi ningún motivo para que se repitiera su nombre?

Por todo lo cual, si es muy justo que los indiferentes hayan olvidado ya á aquella mujer, no parecida á las elegantes de su época, en revancha, sus amigos (¡oh!, ¡no muy numerosos!) se interesaron por ella desde entonces con un fanatismo que el tiempo no ha debilitado.

A los curiosos que se extrañaban de que una mujer tan hermosa consumiese su juventud en aquella especie de penumbra, los amigos de ella les contestaban invariablemente con esta frase:

—¡Ha sufrido tanto!

Y cada uno la pronunciaba con un acento singular, indicando confidencias demasiado delicadas, demasiado íntimas y sinceras para ser repetidas.

La tragedia que había dejado viuda á Julieta justificaba sobradamente esta explicación de su carácter: el marqués Roger de Tillières, su marido, uno de los más brillantes capitanes de Estado Mayor, cayó muerto, en Julio de 1870, al lado del general Douay, por una de las primeras balas disparadas en la deplorable guerra; y esta noticia, comunicada sin preparativos á la marquesa, entonces en cinta de siete meses, había producido una crisis muy dolorosa en la prematura viuda, que fué madre, por consecuencia de ello, antes de tiempo, dando á luz un niño que sólo vivió tres semanas.

Mas por extraños y terribles que sean los sucesos de la vida, nada crean en nosotros y, á la sumo, exaltan ó deprimen nuestras facultades innatas; y la señora de Tillières, aun feliz y amada, habría sido siempre la misma criatura modesta, de aficiones limitadas, de estrecho hogar, casi de reclusión.

Cuando ese gusto de quedar aparte no es fingido, supone delicadeza algo dolorosa en mujeres tan bien educadas como Julieta, tan bellas, tan ricas (ella y su madre poseían ciento veinte mil francos de renta), y, por consiguiente, pronto son envueltas y arrebatadas por el torbellino; tales mujeres han debido de sentir desde sus primeros pasos en el mundo las banalidades, las mentiras, y también

las encubiertas brutalidades que constituyen la vida mundana; es para ellas necesidad indispensable que todas las cosas que las rodean, desde su mobiliario y sus trajes, hasta sus amistades y sus amores, sean distinguidas, raras, especiales, individuales; esfuérganse en sustraerse á la moda ó en no someterse á ella sino interpretándola á su capricho; viven mucho en su casa, y se arreglan de modo que sea considerado como favor singular el ser allí recibido.

¿Cómo se las componen? ¡Esto es un secreto!

Pero llega á suceder también, haciéndose desear, que su presencia en un salón sea otro favor, y este gentil manejo no está exento de peligros para ellas, siendo el primero el de conceder excesiva importancia á su personalidad, y además, pensando demasiado en sus sentimientos, el de desenvolver en su alma enfermedades artificiosas y complicadas.

Mas la amistad de estas mujeres ofrece atractivos infinitos: ¿no supone desde luego una elección que es, por sí sola, constante lisonja del amor propio de los amigos favorecidos? Luego dicha amistad abunda en minuciosas atenciones, en cotidianas dulzuras, porque conociendo perfectamente el carácter de todos los amigos, su tacto exquisito no las deja incurrir en la frialdad más insignificante.

Son indispensables é irremplazables cuando se ha vivido en su esfera de afecto, y dejan detrás de

sí cuando desaparecen un recuerdo profundo y duradero, por lo mismo que es muy reducido.

Esto ha sucedido con Julieta: todavía hoy, si encontráis por casualidad á los más fieles *habitués* del saloncito de la calle Matignón, el pintor Félix Miraut, el general De Jardes, el anciano diplomático D'Avançon, el antiguo prefecto Ludovico Accagne, y les contáis alguna anécdota de salón que se preste á comentarios, si tenéis confianza con ellos, la conversación no terminará sin que os digan:

—¡Si hubiéseis conocido á la señora de Tillières!

O bien:

—¡Esas son gentes que estaba uno muy seguro de no encontrar en el salón de la señora de Tillières!

Pero no insistáis, porque entonces los veréis poner una fisonomía de *iniciados*, y hacer que la conversación recaiga en su materia habitual: Miraut, en su último cuadro de flores; De Jardes, en su nuevo proyecto de armamento; D'Avançon, en su misión secreta á Italia; Ludovico Accagne, en la obra de los Asilos de la Noche, de la que es activo agente. ¡Cualquiera dirá que ellos han adquirido, en la escuela de su amiga de aquella época, el gusto por la discreción que las mujeres de tal naturaleza exigen de sus admiradores!

Por otra parte, el pintor, con su lenguaje concre-

to y lleno de imágenes; el general, con su palabra técnica; el diplomático, con la cortesía de sus fórmulas, y el exprefecto, con la seriedad administrativa de los funcionarios de su clase, ¿serían capaces de interpretar ese *quid* exquisito que constituye el encanto de la mujer, y que la señora de Tillières poseía en grado único?

¡El encanto! Una mujer sola, cuando ha amado mucho á otra (esto sucede á menudo), puede hacer revivir, en alguna confidencia á media voz, el *quid* misterioso, la magia de gracia que hay en aquella palabra indefinible en el hombre.

Para evocar á la señora de Tillières, en lo que fué la inocente y duradera hechicería de su seducción, es menester dirigirse á la señora de Candale, si ella consiente en hablar, lo que no sucede con frecuencia, porque la pobre *Santa* considera como un remordimiento ese recuerdo; y ¡es tan difícil, cuando la fibra del escrúpulo palpita en nosotros, no sospechar siquiera que hemos sido causa de las desventuras originadas por culpa nuestra!

¡Cuántas veces la elegante condesa, pensando en aquella hermosa tarde de Marzo, en que fué á llamar en la puerta de «su amiga,» ha murmurado silenciosamente: «¡Si no nos hubiésemos hallado aquel día! ¡Si yo no hubiese ido á la calle Matignón!»

Llámesese casualidad, llámesese destino fatal al juego incesante é inesperado de los sucesos, amonto-

nados unos sobre otros, que constituye toda la desgracia ó toda la fortuna de un sér, ¿será indudable que éstas dependen algunas veces de la caída de un caballo en el pavimento de una calle, de la torpeza de un cocheró, de la fractura de la lanza de un coche, de una visita que es como resultado del accidente de carruaje?

Casualidad, destino ó providencia, lo cierto es que la señora de Candale no tenía semejantes ideas, ni el menor presentimiento doloroso bajo la capotita color malva que adornaba tan lindamente su cabecita rubia, cuando el ayuda de cámara la guió á través del salón, primero, y después á otro saloncito donde Julieta, según costumbre, moraba.

A la sazón esta última escribía, sentada á un estrecho *bureau*, que aparecía defendido por un biombo muy bajo, en el ángulo de la ventana, de manera que ella, sólo con alzar los ojos, veía el jardín.

Los árboles, en aquel hermoso día de primavera, mostraban ya sus frescas yemas en la punta y en los nudos de las ramas, negras todavía; la verde hierba cubría la parda tierra con sus tallos finos y cortos; un sencillo muro, revestido de hiedra, separaba aquel jardincito de dos jardines más vastos que se extendían hasta la calle del Cirque.

Era casi en el fondo del parque sin hojas donde se destacaba el lindo rostro de Julieta cuando, habiendo visto á la señora de Candale, ella se levantó

para abrazarla, exhalando un dulce grito de sorpresa.

— Mira — la dijo — estoy vestida, y me espera el coche: ¿como que iba á tu casa para saber de tíl

— Y no me hubieras encontrado — respondió la condesa; — y además, no habría nadie allí para decirte que, tal como me ves, quizá has estado á punto de no volver á verme jamás.

— ¡Qué locura!

— ¡Pero si acabo de salvarme de un gran peligro!

— ¡Me das miedo!

Y Gabriela comenzó el relato (un relato de fantasía, como todos los de mujer) de su accidente de carruaje, mientras Julieta le escuchaba atenta y acentuándole con leves exclamaciones.

Aquel saloncito era el más dulce nido para una conversación íntima de amigas, y de amigas verdaderas como ellas, templado toda la mañana por el sol de Marzo y toda la tarde por la serena llama de la chimenea, alimentada con pedazos de seca encina.

En vano hubierais buscado allí la confusión de telas y de *bibelots*, habitual á los parisienses de hoy; por una espiritual fantasía de aristócrata, la marquesa había hecho trasladar á su casa de la calle Matignón el mobiliario de uno de sus *boudoir*, de Naucay, y hasta los menores detalles, en aquel saloncito, revelaban el estilo de la época de Luis XVI, época en que el *chateau* fué restaurado por el abue-

lo de la señora de Tillières, Carlos de Nançay, el protector de Rivarol.

Los matices blanquecinos y algo neutros de las maderas, graciosamente esculpidas, y las tintas azuladas de las telas viejas, armonizaban con algunos retratos antiguos, en marco dorado, que pendían de las paredes.

¿Quizás tenía Julieta la intención de que semejante decorado, viejo de cien años, convenía más que otro al carácter singular de su belleza? Es indudable que con una nube de polvo en los cabellos rubios (de un rubio tan ceniciento como rubio dorado era el de los cabellos de Gabriela), con un lunar en el ángulo izquierdo de su boca finísima, con dulce color de rosa en sus mejillas, con altos chapines en sus pies delicados y con un corpiño á lo María Antonieta ciñendo su flexible talle, la marquesa parecía contemporánea de Laura de Nançay, cuyo retrato formaba *pendant*, sobre la chimenea, con el del marqués Carlos.

Y aun sin lunar y sin polvos, asemejábase, con semejanza muy notable, á aquella abuela suya, tan indignamente recompensada de la pasión más romancesca, en una época que no lo era, por un capítulo deplorable de las *Memorias* de Tilly.

En Julieta, como en aquella su hermosa antepasada, el aire gracioso, infantil, como de una porcelana de Sajonia muy frágil, estaba corregido por la expresión profunda de la mirada y el triste pliegue

de la sonrisa; y un detalle de fisonomía transformaba, en la señora de Tillières, en espiritual encanto la belleza algo seca de la del siglo XVIII: en el momento de abandonar la dilatación súbita de la pupila hasta hacer que apareciesen negros sus bellos ojos de un azul sombrío, daba la sensación de una nerviosidad enfermiza, contenida por la voluntad más firme.

Aquel semblante, en que al par había tanta nobleza de raza y tanta pasión reconcentrada, presentaba singular contraste con el rostro de la señora de Candale, tan delicadamente patricio, tan afinado por herencia secular, pero todo energía, todo acción vigorosa: la condesa, que vive como hipnotizado por su culto al terrible mariscal de Candale, el amigo de Moutluc y su rival en crueles matanzas, habría sido, en el siglo de las luchas religiosas, una de esas rudas guerreras de quien Estoil refiere audacias tremendas, y más cerca de nuestros días, una *chouanne*, una de las amazonas de la Vendée y del Cotentin que hacían fuego á lo largo de los caminos, bravas como los más bravos de sus compañeros.

La marquesa de Tillières, toda ternura, toda delicadeza, hacía pensar en las heroínas de la vida amorosa, cuyo tipo ha encarnado la historia en la conmovedora figura de una La Vallière ó de una Aïssé; aquella era un Van Dyck descendido de su cuadro por la virtud del atavismo, y esta última un

retrato al pastel de otra época, animado por encanto misterioso.

Pero si á las analogías exteriores correspondía una analogía moral; si había, en efecto, en una palpitación secreta de heroísmo y en otra inmensas profundidades veladas por la pasión, esto no lo habría podido conocer el más sutil de los hombres que hubiera escuchado su conversación, su *causerie*, en el ángulo del sofá; porque al punto, acabado el relato del accidente, aquel Van Dyck, vestido por Werth, y aquel pastel decorado por Doucet, empezaron á contarse *su semana*, y esto era sencillamente la charla de dos amigas que hablan de telas y cintas, de sus visitas y sus *soirées*, hasta llegar á esta frase inevitable, pronunciada por la condesa:

—Veamos: ¿cuándo vas á comer conmigo, para hablar largo rato? ¿Quieres mañana?

—¿Mañana? No—respondió la señora de Tillières—porque vendrá á mi casa una prima mía de Nançay. ¿Quieres pasado mañana, jueves?

—¿Jueves?, ¿jueves? Pues no estoy libre ese día, porque comeré en casa de mi hermana de Arcole. ¿Quieres el viernes?

—¡Ah! ¡Esto parece un juego!—respondió Julieta riendo.—Comeré con los D'Avançon... Figúrate que es menester que sea yo quien ponga paz en el hogar de mi adorador... Pero como la señora D'Avançon se recoge temprano, si es tu

día de paleo en la Ópera, y no tienes convidados...

—Ninguno... ¡Perfectamente! No mandes enganchar, porque iré á buscarte, á las nueve, en casa de los D'Avançon... Mas está lejos el viernes, muy lejos... Tengo una idea: ¿si vinieses conmigo esta misma tarde?

—¿Pero no ves mi *bureau*?—contestó la señora de Tillières.—Acababa esa carta cuando tú has entrado... Escribo á Miraut, que me pide día hace largo tiempo, y como hoy estaba sola con mi madre...

—Pues no envías la carta, y eso es todo—dijo la condesa.—Vamos, dame ese gusto... ¡Será una alegría esa comida! ¡Toda la partida de caza de Pont-sur-Yonne! Ya conoces á los cazadores: Proсны, D'Artelles, Mosé...

Y después de un momento de vacilación, añadió:

—Y además, otro que tal vez no tengas muchos deseos de conocer... porque ¡eres, como dicen los españoles, tan *particular*!

—Y los franceses dicen lo mismo—interrumpió Julieta, empezando á reír.—¡Y todo ello porque no quiero ir á tu casa en días de barullo! ¿Y quién es el misterioso personaje á quien debo prohibirte que me presentes?

—¡Oh! No es muy misterioso—respondió Gabriela.—Es Raimundo Casal.

—¿El de la señora de Corcieux?—preguntó Julieta, y prosiguió, en viendo el ademán afirmativo

de la condesa:—El hecho es que el severo Poyanne desaprobará, y no me libraré de oír esta frase: «¿Por qué la señora de Candale recibe en su casa hombres como este?»

Sin duda el amigo de quien la señora de Tillières se burlaba tan fácilmente no estaba muy en favor en el ánimo de la condesa, porque ésta dió á sus ojos un fugitivo relámpago de mala alegría, y como alentada por tal burla, respondió:

—En primer lugar, le dirás que es amigo de mi marido más que mío; además, ¿quieres que te hable francamente? Casal no es, según significa para tí, para Poyanne, para otras personas, un libertino que sólo visita á las mujeres para perderlas; un fatuo que ha comprometido á las señoras de Hacqueville, de Ethorel, de Corcieux y á mil y una más; un jugador que ha hecho en el círculo partidas extravagantes; un sér brutal que no se levanta de la mesa de juego sino para montar á caballo, tirar al florete, cazar, acabar la noche, *drunk as a lord*... Ese es tu Casal y el de tu Poyanne...

—¡Mi Casal!—interrumpió Julieta.—No le conozco, y tampoco mi Poyanne... No, yo no quiero ser responsable de las antipatías de mis amigos. ¡Sé justa!

—¡Sí, sí! ¡Tu Poyanne!—insistió la condesa.—Si fuese viudo en vez de estar separado de su mujer, ó si ésta le diera la sorpresa de morir en Florencia... ¿donde lleva una vida!...

—¿Qué? ¡Acaba!—dijo la señora de Tillières.

—Que tengo siempre la idea de que serías capaz de casarte con él, y él también, apostaría yo, que piensa lo mismo, porque tiene montada una guardia alrededor de ti como alrededor de una prometida.

—Pues no creo que debas alimentar esos tenebrosos proyectos—dijo Julieta, riendo de buena gana—y además, no sé lo que contestaría si tal cosa llegase... En fin, una prometida de veintinueve años y ocho meses, puede permitirse afrontar las seducciones de un vividor tan fatal, muy jugador, algo *jockey*, algo también maestro de esgrima, y, sobre todo, muy borracho... porque tal es el retrato poco lisonjero de tu amigo...

—Justamente me has cortado la palabra cuando iba á decirte que toda esa leyenda no se parece al verdadero Casal, ni más ni menos que el Napoleón de los *Châtiments* á nuestro pobre emperador. ¿Fatuo? ¿Es culpa suya caer sobre tres ó cuatro locas que se le colgaban del cuello? ¡Ríete, ríete! Sí, que se le colgaban... Paulina de Corcieux estaba obligada á no recibirle más, pero después del rompimiento, ¿quién ha ido clamando por todas partes del mal de otras, ella ó él? Yo estoy segura, yo, que me precio de honrada, de que jamás, jamás él me ha dicho una sola palabra que no debiera decirme... Y es inteligente, interesante, lleno de los recuerdos de sus largos viajes: el Oriente, las Indias, China, Japón... ¡Si ha corrido por el mundo entero! ¿Vi

vidor?, ¿jugador? Pues era bastante más rico que aquellos señores, y ha tenido más caballos, y ha perdido más dinero. ¡He ahí un motivo para indignarse!... Es posible que tenga la noción de la esgrima, pero no habla de ella y nunca he oído decir que haya abusado de su fuerza y pericia en la espada... También es posible que beba, mas siempre ha tenido el buen gusto de venir á mi casa perfectamente dueño de sí mismo... ¿Sabes lo que es ese muchacho? Pues niño mimado á quien la vida ha sido siempre bastante fácil... pero que reserva un montón de excelentes cualidades. ¡Y buen mozo además!... ¡Pero si tú le has visto!

—Creo recordar que una vez me lo presentaron en la Ópera—dijo Julieta;—un hombre alto, con pelo negro y barba rubia...

—Pues entonces hace mucho tiempo—replicó Gabriela—porque ahora solo lleva bigote. ¡Qué olvidadiza es la vida de París! ¡Si habéis debido encontraros más de cien veces!

—¡Como salgo tan poco!—insinuó Julieta.—Y, además, con mi casi miopía, apenas conozco á nadie.

—En fin, ¿saldrás esta tarde para ir á ver al bello Casal, sí ó no?

—Sí... Pero, ¿cómo hablas de él! ¡Cómo te entusiasmas! Si yo no te conociese...

—Dirías que estaba enamorada de ese hombre, ¿no es verdad? ¡Qué quieres! Tengo en mis venas

sangre de batalla y horror á las injusticias del mundo... Y, por supuesto, no me denuncies á Poyanne...

—¿Otra vez Poyanne?—replicó Julieta alzando ligeramente sus torneados hombros.

—¡Sí, sí!—contestó la condesa, moviendo la cabeza.—Cuando él no está allí, todo va bien; pero cuando te habla, he observado cómo te interesa una palabra suya... Pero, escucha, ahí está el carruaje.

¿Oís desde aquí la charla de despedida, repetición de la de llegada, desde el momento en que, efectivamente, el criado anuncia que el coche de la condesa ha llegado? ¿Oís los *¡ya!*, los *¡pero si acabas de venir!*, los *¡hasta la noche, mi dulce amiga!*, y en seguida besos, y luego risas, y el nombre de Casal nuevamente pronunciado; y, por último, el silencio apenas subrayado por la péndola del reloj y por el chasquido de la leña en la chimenea cuando parte la señora de Candale.

Julieta, sola ya, sentóse á la mesita, y después de rasgar el billete destinado á Miraut, tomó del *casier* de taflete un plieguecito azul para escribir otro billete, que debía de ser más difícil, porque ella dió muchas vueltas entre sus delgados dedos al portaplumas de oro, sin dejar de mirar hacia el jardín, más melancólico ahora bajo el cielo vagamente obscuro.

Y he aquí las líneas que se decidió á trazar:

«Amigo mío: No vengáis esta noche antes de las once. Gabriela sale de aquí; yo no la había visto desde hace diez días, y he debido aceptar su invitación á comer en su casa esta noche. No sería muy amable dejarla inmediatamente después de la comida. No os incomodéis conmigo si diferó dos horas el momento de oiros referirme lo que ha pasado esta tarde en la Cámara y cómo habéis hablado. No vengáis luego con vuestros ojos serios, en los que leo un reproche por lo que llamáis (equivocadamente, por supuesto) *mi lado mundano*. Demasiado sabéis lo que es el mundo para mí sin vos, sin ti, y cuán grande es mi deseo de tener derecho á proclamar delante de todos lo que eres para tu amiga—JULIETA.»

En seguida, cuando hubo cerrado este billete, escribió en el sobre el nombre de un orador de la derecha de la Cámara, bien conocido en aquella época, y el cual había desempeñado en Versalles un papel muy parecido al que hoy desempeña tan noblemente el conde de Mun; y aquel nombre no era otro sino el del conde Enrique de Poyanne...

Lo cual prueba que las amigas más íntimas sólo se hacen confidencias á medias: porque si la señora de Candale sospechaba, como ya hemos visto: los sentimientos de Poyanne por la señora de Tillières, á mil leguas estaba de creer que tales sentimientos fueran correspondidos, y que un vínculo de amante á querida unía á los dos personajes.

Las mujeres muy honradas, y Gabriela era una de ellas, tienen ingenuidades de esa clase, que prueban su absoluta rectitud; pero, ¡cuántas otras pequeñas cosas contaba entre líneas aquel billetito azul!

Si Julieta le hubiera leído otra vez, en lugar de cerrarle inmediatamente, ¿se habría dado cuenta de que la gracia de aquellas coquetas frases, aquel *tu* repentino, aquellas caricias del final ocultaban (ó compensaban) una perfidia? ¡No! Pero una pequeña infidelidad es casi lo mismo. ¿No es tal cosa para una querida, que sabe que su amante sufrirá pena por ello? Y Poyanne, que hablaba aquel día en una sesión importante de la Cámara, ¿no se sentiría molesto al saber que Julieta, pudiendo verle á las ocho, había diferido la entrevista por ir á comer con una persona á quien él no amaba?

Ella no había dicho á Gabriela que varias veces, y con ocasión de la señora de Corcieux, á cuyo marido él conocía, Poyanne juzgó muy duramente á Casal, y si la linda viudita hubiese leído otra vez aquel gracioso billete, quizá se hubiera preguntado por qué razón, unida á Poyanne en vida y para siempre (porque entre los dos mediaba secreta promesa de matrimonio), acababa de experimentar, escuchando á Gabriela, una especie de curiosidad singular por aquel Casal tan antipático á su futuro marido.

Y habría concluido siendo consecuente con ella

misma, que comenzaba á insinuarse un poco de laxitud en su sentimiento hacia Poyanne; y de un poco de laxitud á mucho fastidio, el paso es tan rápido como rápido es el de un poco de curiosidad á mucha coquetería.

Pero ¿podremos desenredar nunca la madeja de mil hilos que se cruzan en nuestro pensamiento detrás de las frases de nuestras cartas, cuando escribimos á alguien que nos tiene muy cerca de su corazón?

Cuando Julieta, media hora más tarde, hacía parar su carruaje delante del buzón de la calle de Montaigne para deslizar por sí misma la carta en correos, no sospechaba por cierto lo que significaba en el fondo, muy en el fondo, su graciosa prosa, ni más ni menos que la señora de Candale no sospechaba la funesta importancia que su invitación improvisada iba á tener en la existencia de su amiga más querida.

II

El desconocido.

La señora de Tillières tenía costumbre, cuando no comía en su casa, de hacer su *toilette* muy temprano, á fin de asistir á la comida de su madre, si ella no podía compartirla; porque la señora de Nançay conservaba, como recuerdo de sus treinta

años de provinciana, el principio de sentarse á la mesa á las siete menos cuarto en punto.

El comedor del primer piso, donde no cabían más de diez personas, era de las dos mujeres; aquella madre que adoraba á su hija por su hija y no por ella misma (raro sentimiento, lo mismo en las madres que en las hijas) se había dedicado á organizar el interior de la casa de manera que las dos existencias apareciesen reunidas, pero independientes.

Ella tenía su cuarto, su salón, sus criados, su distribución de horas; levantábase en todo tiempo á las seis, para oír misa en el cercano convento, y se recogía á las nueve de la noche; quería que Julieta gozase de tanta libertad como si viviera sola y protegida, y en el exceso de su abnegación se querellaba de aceptar la prueba de cariño que le daba la señora de Tillières siempre que ésta salía de casa.

Aceptábala, no obstante, comprendiendo que, sin tales condiciones, Julieta, que salía pocas veces, no saldría nunca; y además, ¿era un goce tan exquisito contemplar á su hija en toda la elegancia de su traje! ¡Pasaban las dos algunos minutos en intimidad tan dulce y tierna!

Rara vez presenciaba la escena una tercera persona; en los primeros días de la época en que Poyanne hacía la corte á Julieta, él inventaba siempre algún pretexto para acercarse con su mira-

misma, que comenzaba á insinuarse un poco de laxitud en su sentimiento hacia Poyanne; y de un poco de laxitud á mucho fastidio, el paso es tan rápido como rápido es el de un poco de curiosidad á mucha coquetería.

Pero ¿podremos desenredar nunca la madeja de mil hilos que se cruzan en nuestro pensamiento detrás de las frases de nuestras cartas, cuando escribimos á alguien que nos tiene muy cerca de su corazón?

Cuando Julieta, media hora más tarde, hacía parar su carruaje delante del buzón de la calle de Montaigne para deslizar por sí misma la carta en correos, no sospechaba por cierto lo que significaba en el fondo, muy en el fondo, su graciosa prosa, ni más ni menos que la señora de Candale no sospechaba la funesta importancia que su invitación improvisada iba á tener en la existencia de su amiga más querida.

II

El desconocido.

La señora de Tillières tenía costumbre, cuando no comía en su casa, de hacer su *toilette* muy temprano, á fin de asistir á la comida de su madre, si ella no podía compartirla; porque la señora de Nançay conservaba, como recuerdo de sus treinta

años de provinciana, el principio de sentarse á la mesa á las siete menos cuarto en punto.

El comedor del primer piso, donde no cabían más de diez personas, era de las dos mujeres; aquella madre que adoraba á su hija por su hija y no por ella misma (raro sentimiento, lo mismo en las madres que en las hijas) se había dedicado á organizar el interior de la casa de manera que las dos existencias apareciesen reunidas, pero independientes.

Ella tenía su cuarto, su salón, sus criados, su distribución de horas; levantábase en todo tiempo á las seis, para oír misa en el cercano convento, y se recogía á las nueve de la noche; quería que Julieta gozase de tanta libertad como si viviera sola y protegida, y en el exceso de su abnegación se querellaba de aceptar la prueba de cariño que le daba la señora de Tillières siempre que ésta salía de casa.

Aceptábala, no obstante, comprendiendo que, sin tales condiciones, Julieta, que salía pocas veces, no saldría nunca; y además, ¿era un goce tan exquisito contemplar á su hija en toda la elegancia de su traje! ¡Pasaban las dos algunos minutos en intimidad tan dulce y tierna!

Rara vez presenciaba la escena una tercera persona; en los primeros días de la época en que Poyanne hacía la corte á Julieta, él inventaba siempre algún pretexto para acercarse con su mira-

da aquel delicioso cuadro de familia; mas luego que sus relaciones con la señora de Tillières habían cambiado, experimentaba cierto pudor en afrontar la mirada de la señora de Nançay.

Aquel sereno tribuno, famoso por su sangre fría en medio de asambleas hostiles, sentíase allí, ante las dos veneradas mujeres, como presa de la angustia aprensiva que un secreto culpable hace brotar en las almas rectas, y temía los claros ojos azules, demasiado inteligentes, de la señora de Nançay, ojos de anciana medio sorda y una prenda de juventud de un rostro pálido y marchito.

Aunque tenía sesenta años, la señora de Nançay representaba diez más, porque sus penas y las de su hija habían emponzoñado en ella todos los mementos de la vida; perdió, golpe tras golpe, á su marido y sus dos hijos en el año anterior á la trágica viudez de Julieta, y, madre dolorosa, que visiblemente habitaba en pensamiento con sus muertos queridos, reanimábase con alegría y emoción dulcísima cuando tenía cerca de sí á su última hija, engalanada, sonriente, acariciadora, como en los momentos que precedieron á la marcha de la señora de Tillières para comer con la señora de Caudale.

En aquella tarde Julieta vestía un traje de encaje negro sobre falda de moaré rosa, con lazos de igual color; en sus cabellos cenicientos y en sus diminutas orejas resplandecían ricas perlas; su cor-

piño, apenas escotado, permitía ver el principio de su garganta y de sus torneados hombros, y se destacaba su flexible cuello y dibujaba la esbeltez de su busto.

Así vestida, tenía mezcladas las gracias de una señorita con las de una mujer.

Sus brazos, medio desnudos, y sus bellas manos, cargadas de anillos, ocupábanse incesantes en algún detalle del servicio á su madre, ya llenando las copas, ya preparándola el pan ó escogiendo la fruta madura; mientras la prestaba estos delicados cuidados, sus ojos brillaban y su cutis de rubia estaba más sonrosado que de costumbre.

Su madre contemplaba con delicia la expresión alegre de su fisonomía, y adivinaba desde la primera mirada si su Julieta se disponía á sufrir ó verdaderamente á divertirse, y esta diversión la representaba las probabilidades de un nuevo matrimonio para aquella hija á quien tendría que dejar sola demasiado pronto...

Y he aquí por qué, después de callar algunos minutos, la dijo con la voz clara y alta de los sor-dos, y llevándose una mano temblorosa á la oreja para oír mejor la respuesta:

—Tengo como deseos de estar celosa de Gabriela, porque observo que gozas con ir á su casa esta noche. ¿Quién más estará allí?

—Muy poca gente—respondió la señora de Tillières, conociendo que se ruborizaba.—Varios ca-

zadores de la sociedad de caza de Candale. Me ha invitado sólo para hacerla compañía.

—Y, sin embargo, el ejemplo de ese matrimonio es el que te impide volverte á casar—dijo la señora de Nançay, moviendo la cabeza, y añadió con melancolía:—¡Pobre mujer! ¡Tan valerosa, y sin hijos!

—Sí—respondió Julieta.—¡Tan valerosa!

Y el brillo de sus ojos palideció un momento con el pensamiento de la secreta pena que roía la vida de su amiga.

Luis de Candale, siendo aún soltero, fué amante de una señora Bernard, mujer de un rico industrial, en la que tuvo un hijo; y casi inmediatamente de su matrimonio reanudó aquellas relaciones casi públicas, que fueron soportadas por la condesa más de diez años con altiva resignación.

Un detalle lo demostrará: toda la fortuna la pertenecía, y la noble mujer no quería que el último de los Candale estuviese reducido á vivir de una pensión mendigada á la esposa ultrajada; y, además, ella tenía la esperanza de un hijo, un hijo de aquel nombre histórico al que había consagrado el más romántico de los cultos.

La señora de Tillières, que conocía esta triste historia por las confidencias de Gabriela, añadía completando la frase de su madre:

—¡Ah! ¡Creo que yo no tendría nunca tanta paciencia!

—¡Vamos!—respondió la señora de Nançay.— ¡He hecho mal en recordarte cosas tan tristes! Ya estás como no quiero verte, ¡sombria! Déjame ver tu sonrisa antes de marcharte y ponte alegre como estabas antes. ¡Era yo tan dichosa admirándote! Lo menos hace seis meses que no había visto tus ojos tan brillantes...

*
*
*

—¡Querida mamá!—pensaba Julieta un cuarto de hora más tarde, mientras su berlina la llevaba hacia la calle de Tilsitt, donde habitaban los Candale.—¡Querida mamá! ¡Cuánto me quiere! ¡Y cómo sabe leer en mis ojos! Pero ¿será verdad que que esta comida en casa de Gabriela me alegra como á un niño? ¿Por qué?

¡Sí! ¿Por qué? Esta pregunta, que no se había hecho, ni después de la conversación con su amiga, ni después de escribir el billete á Enrique de Poynanne, apoderóse de ella súbitamente á consecuencia de la observación de su madre y desde el momento en que se hubo sentado en el cojín del coche.

Este es el sitio donde las mujeres reflexionan más profundamente, por lo mismo que en él están más aisladas (y lo conocen), más defendidas contra la vida que palpita alrededor de ellas.

Diez minutos (los diez minutos que separan la

calle Matignón de la calle de Tilsitt) habían sido bastantes en otras ocasiones para que la señora de Tillières analizase detalladamente los incidentes, por leves que fueran, acaecidos en un sarao; pero entonces hubiera necesitado horas y horas para descomponer el trabajo que se operaba en su mente desde su conversación con Gabriela.

El germen de curiosidad que primero depositó en ella el nombre de Casal había fermentado, por decirlo así, en la soledad, en un ensueño, porque toda la tarde, y en medio del movimiento maquinal de sus ocupaciones, habíala embargado el espíritu, recogiendo, sin ponerse en guardia, las imágenes que flotaban alrededor de aquel nombre.

Hay en el corazón de toda mujer cierta cantidad de interés al servicio de un hombre que sea capaz de hacerse amar así, casi hasta la muerte; y este misterioso interés se había manifestado otras veces en la señora de Tillières, quien se acordaba de haber experimentado por la mujer abandonada una piedad infinita y de haberse preguntado: «¿Qué puede tener este hombre para que ella le siga hasta deshonorarse?»

Casal poseía, para excitar esta curiosidad singular de la señora de Tillières, el poder de seducción que ejercen los libertinos profesionales sobre muchas mujeres honradas; y Julieta, teniendo un amante, por razones morales había sabido guardar todas las delicadezas de mujer honrada, aun en la

irregularidad de una situación que ella y Poyanne consideraban como un matrimonio.

Esta fascinación que proyectan los don Juan sobre las Elviras ó las Ineses ha sido indicada muchas veces y siempre deplorada, pero es un problema todavía insoluble: unos quieren ver en ella el *pendant* femenino de la locura masculina que un misántropo ha denominado *redentorismo*, ó sea el deseo de rescatar á las cortesanas por el amor; otros la diagnostican juzgándola vanidad de mujer, porque toda mujer honrada, haciéndose amar por un libertino, acaso no tiene el vano orgullo de elevarse sobre innumerables rivales y sobre aquellas que su virtud la presenta como odiosas?

Quizá tendríamos la solución de este enigma admitiendo que existe una especie de ley de saturación del corazón; nosotros no tenemos sino capacidad limitada para recibir impresiones de cierto orden, y esta capacidad colmada, hay en nosotros verdadera impotencia para admitir impresiones idénticas y vehemente necesidad de impresiones contrarias.

Un hecho puede corroborar esta hipótesis; esa atracción del libertino comienza en las mujeres honradas hacia los treinta años, y cuando la vida virtuosa les ha donado ya todas sus severas alegrías.

Sin duda la señora de Tillières, cuando llegó á París después de la guerra, viuda y joven, embriagada de dolor y de orgullo, habría experimentado

una antipatía inmediata por aquella personalidad de Casal, que la preocupaba más, de minuto en minuto, desde hacia algunas horas.

A través del torbellino de sus pensamientos *crystalizaba*, según la espiritual expresión de moda, y sin dudar de ello, hacia aquel hombre con quien iba á pasar la velada, y se creyó sincera respondiendo al «¿por qué?» tan valerosamente formulado: Porque tengo curiosidad de conocer á ese hombre á quien Gabriela estima tanto, á pesar de su mala fama, y nada más.

Y añadió para justificarse de lo que ella sentía:

— ¡Siempre la historia del fruto prohibido!

Pero de todos modos su afán habría quedado perfectamente invisible para el observador más perspicaz cuando ella se apeó del carruaje en el patio del hotel de los Candale, al oírla decir á su cochero con voz serena y firme:

— ¡A las once menos cuarto!..

Y candor tan pacífico expresaba su misterioso rostro, á su entrada en el salón, donde estaban ya reunidos los invitados, que, cuando se le nombró aquel por quien definitivamente había aceptado la invitación, apenas hizo apariencia de saludarle.

Casal se inclinó con la misma indiferencia, y de tal modo, que Gabriela, ocupada en guiar el ojo al uno y á la otra, recordó un sermón de Poyanne ante la frialdad de su amiga, y acercándose á ella, la dijo en voz baja:

—Vamos, ¿cómo le encuentras?

— ¡Pero si no le encuentro!— contestó sonriendo la señora de Tillières.—Es un guapo mozo... ¡como hay tantos!

— ¡Ya te había dicho yo que ese no es tu género!—replicó la señora de Candale.—Te advierto que le pongo á tu lado en la mesa, pero á tiempo estás para cambiar de sitio...

—¿Por qué?—respondió Julieta, moviendo graciosamente la cabeza.

Gabriela no insistió.

Sin embargo, aquel exceso de indiferencia no la pareció muy natural, y tenía razón; las dos mujeres eran muy amigas, mas lo que distingue la amistad entre las mujeres de la amistad entre los hombres es precisamente que esta última no podría subsistir sin una confianza absoluta, mientras que la otra se pasa muy bien sin ella.

Una amiga no cree al pronto lo que le dice su amiga, y esta sospecha recíproca no les impide, ni á una ni á otra, amarse tiernamente.

En realidad, ningún hombre había impresionado tanto á la señora de Tillières, desde su regreso á la sociedad, juzgando por la sacudida espontánea que sintiera, la cual sorprendió á la primera mirada el antiguo amante de la señora de Corcieux; y, por otra parte, Casal tenía suficientes dotes para herir fuertemente una imaginación algo romancesca, aun sin trabajo preliminar de espíritu.

Aquel joven realizaba plenamente el contraste enigmático entre su fama y su persona, sobre el que tanto había insistido la señora de Candale, produciendo un vago desvanecimiento en Julieta; no era, por ningún concepto, el «guapo mozo, jeómo hay tantos!» según ésta dijo, con desdeñosa hipocresía, y no se asemejaba tampoco á la imagen desagradable que ella conservaba de él, desde que le vió, en otro tiempo, apoyado de codos en la balastrada de un palco del Circolo, con una especie de estúpida insolencia.

Hay una edad de apogeo para todas las fisonomías, una época única en que dan la total extensión de su expresión, y este período coincide con el de la segunda juventud: Casal tenía treinta y siete años, y las fatigas de la vida de placer, que extenuan á los linfáticos y congestionan á los sanguíneos, esas exorbitantes fatigas de día y de noche, le habían afinado y como espiritualizado.

Estaban impresas en su rostro, en ciertas señales que hacían creer en una íntima y noble melancolía; su cutis presentaba el carácter de una palidez ardiente, uniforme, en la cual no dejaban estigma alguno, ni los excesos de veladas en el juego, ni los días de caza con el constante azote del aire; sus cabellos, cortados á rape, y todavía muy negros, demarcaban una frente cuadrada y como partida en dos por la línea de la voluntad que empezaba á alargarse hacia las sienes; muchas ilusiones, al pa-

recer, había en aquella frente, como tristeza indicaban las arrugas de los párpados y sagacidad penetrante las pupilas de un verde muy claro, tirando á gris; nariz recta y barba sólida, firme, completaban el vigor de aquella máscara, un poco demacrada, en la que se disimulaba la sensualidad de la boca por un bigote castaño, casi rubio.

Casal había aprovechado el pretexto de un viaje á las Indias para cambiar de peinado y hacerse afeitar la barba, en la que aparecían ya algunas hebras plateadas, y sus mejillas, así libres de todo, se mostraban con ese pliegue de amargura que hace traición al desencanto del hombre que ha gozado de todo.

Aquel rostro era al par joven y viejo, enérgico y lánguido, y sus facciones excluían cualquier idea de vulgaridad; debía de parecer increíble que tal fisonomía perteneciese á un vividor profesional, aunque el cuerpo, esbelto en su robustez, revelase el hábito de un ejercicio cotidiano.

Su traje, demasiado elegante, expresaba el atildamiento pueril, después de los veinticinco años, de un príncipe de la moda; mas él aparentaba ocuparse poco en la elegancia, porque ésta emanaba, por decirlo así, de todo su sér, como si hubiese sido creado tal, hecho por la naturaleza, para vestirse bien, para existir de aquel modo y no de otro.

Su conjunto, en suma, era á la vez lindo y varonil, afeminado y enérgico: por lo mismo se ex-

plicó inmediatamente la señora de Tillières por qué ese hombre había inspirado pasiones casi trágicas en una sociedad caprichosa y frívola, y por qué otros hombres, y entre ellos Poyanne, alimentaban contra él particular animosidad.

El exterior de Casal debía de producir una humillación constante á la mayoría de los hombres que se encontrasen en su presencia, y de todas las vanidades masculinas, la vanidad física es la más apasionada y verdaderamente celosa.

—Lo positivo es que no se parece á los otros.

Esta frase, que contenía todo un germen de ideas, pronunciábase la mentalmente la señora de Tillières un cuarto de hora más tarde, y era resultado de uno de los exámenes en que las mujeres más distraídas sobresalen, apenas dirigen algunas miradas á cualquier hombre.

Ellas saben en seguida cómo son vuestros ojos y vuestros dientes, las manos y los cabellos, los ademanes y los movimientos, el humor y la educación; y lo saben mucho antes que vosotros sepáis si ellas os han mirado una vez siquiera.

La comida fué anunciada, y Candale ofreció el brazo á Julieta para pasar al comedor del primer piso, reservado para las recepciones de cierta etiqueta; y aunque aquel salón estaba amueblado de igual manera que el del piso bajo, para servir de marco á escenas de conversación íntima, de *flirtation*, un detalle revelaba allí el carácter de la con-

desa, que pertenecía á lo que se puede llamar «sección de los Campos Elíseos» en el *Faubourg Saint-Germain*, y era que reuníase en ella, á la más antigua nobleza, el gusto del *chic*, la elegancia más moderna, con todos esos matices de buena sociedad que no permitían confundirla sencillamente con las mujeres ricas, nada más que ricas.

Ella, por ejemplo, había hecho cubrir su *panneau* del comedor con uno de los diez tapices que el duque de Alba regaló al anciano mariscal de Candale cuando éste fué recibido por aquel gobernador español en secreta embajada, tapicería soberbia, tejida en Brujas, que representaba una marcha de lansquenets á través de un bosque, y en cuyo ángulo superior de la derecha una inscripción recordaba al ilustre donante y un escudo de armas al orgullo nobiliario del agraciado.

Las mujeres como Gabriela anhelan brillar al mismo tiempo como sus rivales de la alta banca, y distinguirse de ellas; sin embargo, cifran todo su orgullo en su nobleza, como si esta nobleza fuese de la víspera, y esto constituye una de las mil formas del conflicto existente cien años hace entre la Francia antigua y la nueva Francia.

Tales son las inconsecuencias de una época en que las pretensiones más rígidas van á chocar contra irresistibles necesidades de costumbres; sentábase á la mesa Gabriela de Candale, casada con su primo De Candale, tan auténtico noble como

29777

ella, y á su lado estaban la duquesa de Arcole, su hermana, casada con el nieto de un mariscal del Imperio, y el nieto del famoso banquero israelita de Viena, el señor Alfredo Mosé, y también el vizconde de Prosny, descendiente de una familia que, en rigor, podía tratarse de igual á igual con la del gran mariscal de Candale.

Luis de Candale, marido de Gabriela, tenía la pasión de la caza, y por considerable que fuese la fortuna de su mujer para satisfacer su gusto hereditario y alternar con los primeros títulos de Francia, necesitaba aceptar algunos préstamos en el *Club*; así aconteció que Mosé, cuya única preocupación era la vida elegante, habiendo conseguido forzar la puerta del *Jockey Club* por medio de una diplomacia de diez años, llegó á ocupar un puesto muy importante en los negocios de Candale, para que fuera tratado como amigo por su asociado y por la mujer de su asociado.

La condesa, muy cristiana, muy inteligente y muy justa para caer en el fanatismo antisemítico, afectaba, no obstante, ser hostil á los extranjeros, á fin de no recibir á su enemiga la señora Bernard, née Hurtrel, de las Hurtrel de Bruselas, y se disculpaba de la contradicción en que incurría admitiendo á Mosé entre sus íntimos por el hecho de presentarle como una excepción, y nada más, elogiando de pasada á aquel camarada del conde por su discreción, su exquisita galantería, su generosi-

dad, en fin, de que ofrecía brillantes pruebas en todas las obras de beneficencia.

Y estos elogios eran merecidos, porque Mosé, aquel hombre rubio, calvo á los cuarenta años, con ojos muy finos en un rostro afeminado y pálido, poseía en el más alto grado la facultad de seguir imperturbable el camino emprendido, lo que constituye el secreto de la fuerza en la raza israelita, cuyo tipo él conservaba á pesar de su bautismo.

Pero si algún filósofo hubiese entre aquellos comensales, ¿no experimentaría intensa expresión de la ironía inherente á los hechos, en viendo á un descendiente del pueblo más perseguido de la historia sentado bajo una tapicería que donó un furioso perseguidor á otro perseguidor no menos furioso? ¿Y no se prestaba también á punzante ironía el ver á la duquesa de Arcole usando de vajilla inglesa en una mesa servida á la inglesa, cuando el primer duque de Arcole se hizo célebre por su rencor implacable contra el pabellón británico y por su cartel de desafío á Hudson Lowe?

Muchó habríase asombrado el mismo señor Mosé mientras gustaba la crema de espárragos del *potaje*, si se le hubiera recordado que el viejo mariscal le habría quemado, probablemente, con sus propias manos; como se hubiera asombrado la señora de Candale si se la hubiese demostrado que la acción de colocar á Casal al lado de Julieta no era absolutamente digna de una mujer honrada; como se

habría asombrado la misma Julieta haciéndola comprender que su indiferencia, cada vez más señalada hacia su vecino, disimulaba un interés cada vez más vivo y creciente.

La comida comenzó por comentarios de toda especie sobre el accidente de carruaje de que había sido víctima la señora de Candale, y luego, como los cazadores no saben hablar diez minutos seguidos sin que entre en juego su pasión favorita, la conversación recayó sobre accidentes de caza, y pasó bien pronto á discusión sobre las armas.

D'Artelles, con su rudo aspecto de nieto de un campesino, tiraba con tanta precisión como Candale, pero de otra manera, porque había en él como una huella de cazador furtivo, mientras que el gusto del conde Luis era la caza á la carrera, la bestia obligada, la fiesta señorial de la trailla.

Por centésima vez discutían acerca de estas dos clases de *sport*, complaciéndose en recordar las cazas memorables, y oíanse allí frases como éstas:

—¿Recordáis, D'Artelles—decía Proсны—aquella asombrosa cacería, con los grandes duques, en la Croix-Saint-Joseph? ¿Cuánta aves matamos aquel día?

—Tres mil—respondió D'Artelles.—Y ved mi suerte: yo no tenía pólvora de bosque.

—Felicitaos de ello—interrumpió Mosé—porque destroza las escopetas... El otro día cazamos con el joven La Môle...

—¡Qué buen tirador es La Môle!—exclamó Candale.

—¿Cómo podéis afirmarlo?—replicó Proсны.—Todo lo más es una segunda escopeta... ¿Conocéis á Strabane?

—¡Strabane, Strabane!—repitió D'Artelles moviendo la cabeza.

—¡Ah!—insistió el otro.—¡Si le hubiereis visto, como nosotros, matar seis garzas en un mismo vuelo! Dos de frente, dos al «tiro del rey» y dos por detrás...

—¡Diablo!—dijo Mosé.—Como que todas las mañanas se ejercita delante de un espejo en recibir sus tres escopetas sin volverse, y sus criados se las pasan...

—Entonces necesitará llevar consigo dos hombres para conducir sus tres armas... ¿Y llamáis á eso cazar?—interrumpió Proсны.

—Pero decid, Candale—interrumpió Proсны—¿este Jerez es el que os ha cedido Desforges? ¡Excelente Jerez!

La señora de Arcole escuchaba estas frases, cien veces oídas, con plácido silencio, y Julieta cumplimentaba á Gabriela por las hermosas flores que cubrían la mesa: en medio, en florero de plata, se alzaba un soberbio ramo de lilas blancas, rosas amarillas y preciosas orquídeas, y otras orquídeas de color de malva con finos corazones de terciopelo violado guarnecían cuatro floreros, enlazándo-

los todos un tapiz de violetas rosas; bajo este delicioso parterre, el blanco mantel, la fina cristalería y la vajilla de plata formaban como un brillante bordado; bujías con pantallitas color rosa inundaban la mesa de luz más viva que la del salón, permitiendo abarcar de una mirada todos los accesorios y detalles, desde los platitos de manteca al lado de cada comensal hasta las graciosas figuritas cinceladas de las piezas centrales del servicio, el cual suponía á la vez una enorme fortuna, una herencia secular de aristocracia y un gusto exquisito, primordial, en la elegante señora de la casa.

Precisamente cuando Julieta elogiaba aquella hermosa combinación de flores y objetos de arte, Casal levantó la cabeza: su rubia vecina acababa de decir en voz alta lo mismo que él pensaba en tal momento, y situado entre la charla de los cazadores y las frases cambiadas, á través de la mesa, por las dos amigas, no había pronunciado veinte palabras desde el principio de la comida.

Casal había aprendido á ver, acción tan sencilla y, sin embargo, tan rara, que él sólo con la señora de Tillières, entre todos los convidados, gozó de la deliciosa decoración de los objetos que les rodeaban y se ofrecían á su vista.

Había también observado la armonía de *toilette* de las tres señoras: la señora de Candale, vestido rojo con oro viejo en sus pendientes; la señora de Arcole de blanco, con su languidez expresiva, su

cabellera de negro mate, sus ojos de color castaño claro; Julieta, con su cabellera rubia cenicienta y la gracia de un vestido sonrosado bajo el negro encaje.

Después de la frase que le hizo levantar la cabeza, Casal empezó á mirar á su vecina más atentamente que lo había hecho desde su presentación, y en este primer momento, mientras ella se estremecía de curiosidad, él la juzgó como linda mujer, pero casi insignificante.

Las mujeres que poseen más encanto delicado que radiante hermosura, arriesgan mucho cuando son desconocidas desde el primer momento; asemejarse á finos paisajes por los que el *tourista* pasa rápidamente para buscar otros nuevos.

Analizando á la señora de Tillières con la mirada respetuosamente indiscreta en que los libertinos bien educados envuelven á las mujeres, Casal reconoció que el talle de su vecina era esbelto y flexible; que el nacimiento de los hombros, los brazos y la línea de la nuca indicaban irreprochable perfección de formas; que los rasgos del semblante, en fin, eran también de una delicadeza casi ideal.

Otro cualquiera se hubiese dicho al punto: «¡pero si esta mujer es lindísima!...» y habría comenzado á hacerla la corte; pero Casal, observador, después de la comprobación física debía ahondar y escudriñar hasta el carácter.

Él poseía, con un dominio de futilidades, el don

precioso de ir siempre recto á lo esencial: un advenedizo entraba en el Círculo, ya viniendo de provincias, ya de América, ó bien fuese inglés, ruso ó argentino, y Casal os diría en seguida todo lo que aquel extranjero «tenía en su vientre,» según la admirable fórmula de *argot* creada en París con relación á los advenedizos, tratados allí como las niñas curiosas tratan á sus muñecas: abriéndolas con una tijera, y arrojándolas después al suelo.

Y he aquí el problema que se presentó á su sagaz mirada, cuando la señora de Tillières atrajo su atención: «¿qué hay justamente, exactamente, en esta mujer?»

Y quizás pensó en que aquella mujer, como él la llamaba en su pensamiento, quizás algo irreverentemente, valía por lo menos el trabajo de ser estudiada.

Este estudio, comenzado en el momento en que el *maître d'hôtel* ofrecía á la sensualidad de los convidados un *magnun* de Cos d'Estournel, reveló en primer lugar á Casal una agitación extraordinaria en la joven; y así la juzgó por los bruscos saltos de ideas que ella había dado en su conversación con Candale y con la Condesa; y concluyó dos cosas: una, que bajo aquel exterior dulce, con sus cabellos de rubio pálido, su transparente cutis y sus ojos de azul claro, la señora de Tillières era de impresiones vivas, una apasionada siempre en actitud de disimular y de reprimirse; otra, que había en la

mesa alguna persona por quien se interesaba en extremo.

Y en un segundo pasó revista á los presentes.

¿Era por Candale? No, porque ella le hablaba muy alegremente. ¿Por d'Artelles? No, porque él lo habría sospechado antes, y no pasaría tantas noches entre los bastidores de la Ópera. ¿Por Prosný? No, porque aquel *gourmet* vizeconde se envanecía él mismo de haberse *licenciado* desde hacía años. ¿Por Mosé? No, porque la señora de Arcole, á quien él cortejaba oficialmente, no había cambiado con la señora de Tillières una sola de esas miradas significativas que jamás economizan las mujeres celosas.

¿Quién faltaba ya, sino el mismo Casal?

Y el joven, á pesar de sus éxitos, y tal vez á causa de ellos, no era muy vanidoso ni demasiado modesto: creíase perfectamente capaz de inspirar una pasión más que un capricho; pero creía también que pudiera desagradar hasta hacerse antipático, y aun admitía, lo que prueba el temple de su buen sentido, que podría pasar inadvertido.

Esto dependía de la mujer misma y del momento de su existencia; luego ¿en qué crisis de su existencia sentimental se encontraba la señora de Tillières?

He aquí lo que el más indagador examen no podía enseñar á un parisiense que sólo tenía, para adquirir informes, cuatro palabras como las que había escuchado por casualidad:

—¿La señora de Tillières? Mujer encantadora, distinguida, sencilla...

—Vamos, querido, ¡es una insoportable cómica! O bien estas otras frases:

—¡Hay en el mundo mujeres honradas! Ved una en la señora de Tillières: ¿la conocéis un amante?

—¡Bah! Es una hipócrita que sabe ocultar su juego mejor que las otras. ¡Y nada más!

Y Casal concluyó, después de su meditación:

—Si soy yo quien ocupa su pensamiento, me colocaré como en la esgrima: á ver venir.

Esto era prudente, en efecto, y tanto más cuanto que la señora de Tillières había oído hablar de él de un modo muy severo; Casal conocía exactamente su situación personal para dudar de ella.

Julieta, que también quería *ver venir* á su vecino, decidió que la comida no terminase sin que ella pudiera intentar siquiera la averiguación de lo que existía detrás de la seria máscara de aquel hombre, hacia el cual sentíase continuamente atraída, y presentó de repente una cuestión destinada á hacerle hablar.

—¡Creedme, si queréis!—acababa de decir Prosnny, excitado ya por el vino á pasar los límites de los cuentos verosímiles.—He conocido en Normandía un cazador furtivo que no tenía brazos... ¡Si, señores! Su hijo le cargaba la escopeta y la ponía sobre una piedra, y aquel hombre la disparaba con

los pies... ¡Y á fe que mataba un conejo como cualquiera!

Y cuando todos los comensales se burlaban de aquella fantástica anécdota que el normando Prosnny confirmaba con su delgado y rojo semblante, la señora de Tillières, volviéndose hacia Casal, le dijo con voz algo turbada:

—Y vos, caballero, ¿no tenéis que contarnos sucesos extraordinarios como los de estos señores?

—¡Dios mío, señora!—respondió el joven sonriendo.—Es que hay pocas historias de caza, siempre las mismas, y se refieren muy pronto... Pero confieso que no conocía la que acaba de contarnos Prosnny, la cual pasa un poco de lo permitido... Hay que perdonar, sin embargo, á los cazadores sus gasconadas, pensando en que la pasión de la caza representa una vida sana y natural en nuestra existencia ficticia y convencional de seres civilizados...

—¡Declaro—interrumpió Julieta—que no comprendo lo sano y natural que hay en apostarse diez ó doce hombres en un bosque para fusilar á boca jarro inocentes conejos ó faisanes!

—En primer lugar, señora—dijo Casal—que esa caza es únicamente un principio, un ensayo de caza: se adquiere el gusto para otra más difícil, y yo he visto camaradas míos, ¡no muchos, no!, que han empezado de ese modo para concluir cazando tigres en la India, búfalos en Africa y panteras en

Turquestan. ¿Creeis, señora, que tres amigos míos han tenido valor para ir á las fronteras de China en busca de una fiera alimaña de que habló el insigne Marco Polo, la *Ovis Poli*, y que la han encontrado y la han matado?

—¿Y vos también habéis concurrido á esas grandes cacerías?—preguntó Julieta.

—A varias... las más fáciles—respondió Casal.—He estado en la India y he matado media docena de tigres, como allí hace todo el mundo... Pero guardo de aquel viaje impresiones especiales: cuando se ha visto muchas veces, desde los balcones del Círculo, la salida del sol, se siente un contraste embriagador al ver otras auroras encaramado sobre un elefante y atravesando por alguno de los anchos ríos de aquel país, que corren como encendidos bajo un cielo que se inflama. ¡Os juro que en tales momentos me ha parecido mezquina la vida de *club* y de fiesta que se pasa en París!

—Y entónces, ¿por qué la pasáis vos?—interrogó ella.

Y había sido tan vivo en ella, durante algunas palabras de Casal, el estremecimiento que imprime en toda mujer la sensación del valor personal del hombre, que Julieta dejó de disimular por un segundo, y su pregunta la sorprendió á ella misma, haciéndola ruborizarse ligeramente.

Peró él tuvo la galantería de responder, moviendo la cabeza con bonachona franqueza:

—¡Tal es la eterna historia de las mujeres mal casadas, señora! Lo que se juega se pierde; se empieza por divertirse, ó cosa así, á los veinte años, porque uno es joven, y se continúa de igual modo á los cincuenta, porque no lo es...

Y reía, hablando así, con risa de niño, que era una de sus gracias.

Hay siempre algúo ridículo, para un hombre como Casal, rico, independiente, bien recibido en todas partes y libre en sus acciones, en oír que ha errado su vocación; pero él, con su risa, desvanecía aquel ridículo, el cual, por otra parte, no es perceptible á las mujeres, porque las más sagaces, si tienen corazón, están dispuestas á creer á un hombre que les representara la comedia de los destinos abortados...

Habiase llegado ya á los postres, al momento habitual del aturdimiento en la conversación, que algunas copas de vino hacen casi inevitable.

El barón d'Artelles comenzó á hablar de la señora de Corcieux, sabiendo todas las personas allí presentes que era la querida de Casal, y aunque no decía nada malo, el hecho de hablar de ella bastaba para colocar al joven en una posición algo falsa.

—¿Qué diabólica idea—continuaba d'Artelles—ha tenido esa pobre Paulina, para teñirse de rubio el pelo? ¿No tiene una amiga que la haga saber que esa tintura la da diez años más, y que ella em-

pieza á no tener necesidad de esos diez años, ni siquiera de cinco?...

—Lo mismo que el viejo Bonivet, á quien vos conocéis, señora—dijo el político Mosé á Gabriela de Candale para cortar la conversaci6n.—¿Sabiais que se tenía?

—Diréis que se enceraba—rectific6 de Candale.

—Lo mismo da—replic6 Mosé—teñido ó encerado, ocultaba el secreto á todo el mundo, incluso á su peluquero... Pero el tal Bonivet cay6 enfermo, su reumatismo le aprision6 los miembros, y un día que fui á verle encontréle más blanco que la nieve. ¡Cuánto he sufrido, Mosé!—me dijo.—«¡Ya veis qué canoso estoy!»

—Eso no impide—insistió D'Artelles, agarrado á su idea—que la señora de Corcieux pueda estar bien tranquila... porque, veamos, ¿qué edad tendrá? Vos debéis saberlo, señor Casal.

Apenas fueron pronunciadas estas palabras, cuando el imprudente hablador conoció su indiscreción, y se puso más rojo que una amapola, en medio del silencio con que habían sido escuchadas.

Pero como Casal no podía atacar ni defender á su antigua amiga, dijo en tono natural y sencillo:

—¿La señora de Corcieux? Cuando la saludé en la Ópera, hace una semana, tenía la edad de una mujer bellisima, y Bonivet, aunque fuese par de Francia, aparecía en los sillones de la Cámara

como un hombre muy viejo y terriblemente cascado, aunque tenía la costumbre de decir: «¡Ya no hay edad, sino fuerzas!»

Todos se rieron de la ocurrencia, y la conversaci6n cambi6.

Casal encontró el medio de ser tan gallardamente espiritual, refiriendo tres ó cuatro anécdotas de su viaje al Jap6n, que Gabriela, cuando se levantaron de la mesa, acerc6se á él y le dijo maliciosamente:

—¿Habéis hecho tanto gasto de ocurrencias felices por mi amiga? Pues quedad contento, porque la habéis agradado. ¡Id á fumar! ¿Pero vos no fumais? ¡Ah! Es que deseáis hablar más libremente con estos señores, y sorber en paz vuestro cognac... No bebáis mucho y volved pronto...

El joven sonrió, inclinándose; pero una hora más tarde la señora de Candale busc6 en vano entre los hombres la varonil y espiritual figura de Casal: éste había tenido la coquetería de retirarse después de su éxito.

Ella mir6 á Julieta, que también hubo observado aquella retirada, y fruncía sus lindas cejas; y cuando á las once menos cuarto se anunció el carruaje, la condesa, en su baso de despedida, dirigióla esta maliciosa pregunta:

—¿Te has fastidiado mucho? ¡Ya has visto que Casal vale más que su fama!

—¡Pero si apenas me ha dejado tiempo de hablarle!—respondió Julieta.

Y Gabriela pensaba, cuando su amiga desaparecía:

— ¡Se ha enojado por haberse retirado tan pronto! ¡Ha sido poco hábil!

Engañábase la condesa: su amiga Julieta, mientras el carruaje la conducía hacia la calle Matignón, sólo pensaba en aquel hombre «poco hábil», y sintió una sorpresa casi dolorosa cuando el ayuda de cámara, abriendo la puerta de la sala, dijo:

— El señor conde de Poyanne espera á la señora marquesa.

Ella le había olvidado por completo.

III

El otro.

Nada amaba tanto Julieta como las conversaciones amistosas, largas *causeries* al amor de la lumbre en horas algo solitarias; y este gusto era tan natural en ella, que entonces recibía allí, no sólo al hombre que tenía todos los derechos á su intimidad, sino también á los más platónicos de sus fieles amigos: D'Avançon, Miraut, De Jardes y Accragne, pero siempre aisladamente.

Había en esto alguna prudencia femenina, porque la repetición de tantas visitas diferentes, evitaba los comentarios de los criados.

Ella había adivinado cuánto influye sobre un

hombre, en la vida frívola de París, el encanto de un salón en que se encuentra, á hora fija, una criatura joven, elegante y distinguida, que escucha atentamente y le consuela ó le consulta á su vez.

La señora de Tillières tenía pasión por las confidencias: poseía esa dulce inclinación que, transformada en pedantismo ó en vanidad, crea las Musas ó las Egerias de los hombres célebres, y que, convertida en santidad, hace las grandes religiosas.

El amor había duplicado en ella tan delicioso placer, al cual había debido las horas más dulces de sus relaciones con Poyanne. ¡Cuántas horas había pasado así, en el primer periodo de su afecto, y antes que ella fuese su querida, escuchándole extasiada contar las miserias de su vida!

Él narraba su infancia melancólica en la obscuridad del viejo hotel Poyanne, en Besançon, muerta ya su madre, y la severidad tan dura de su padre, que le había atormentado toda su juventud; contaba luego su matrimonio con una señorita largo tiempo amada, sus primeros celos, su vergüenza de sus propias desconfianzas, y después la evidencia de la traición; y ¡qué traición!, ¡con el amigo de la adolescencia que él más quería!

Las horas de media noche parecían demasiado cortas á Julieta para seguir aquel drama escena por escena, sentimiento por sentimiento, y luego el duelo entre los dos amigos, en que ambos que-

Y Gabriela pensaba, cuando su amiga desaparecía:

— ¡Se ha enojado por haberse retirado tan pronto! ¡Ha sido poco hábil!

Engañábase la condesa: su amiga Julieta, mientras el carruaje la conducía hacia la calle Matignón, sólo pensaba en aquel hombre «poco hábil», y sintió una sorpresa casi dolorosa cuando el ayuda de cámara, abriendo la puerta de la sala, dijo:

— El señor conde de Poyanne espera á la señora marquesa.

Ella le había olvidado por completo.

III

El otro.

Nada amaba tanto Julieta como las conversaciones amistosas, largas *causeries* al amor de la lumbre en horas algo solitarias; y este gusto era tan natural en ella, que entonces recibía allí, no sólo al hombre que tenía todos los derechos á su intimidad, sino también á los más platónicos de sus fieles amigos: D'Avançon, Miraut, De Jades y Accragne, pero siempre aisladamente.

Había en esto alguna prudencia femenina, porque la repetición de tantas visitas diferentes, evitaba los comentarios de los criados.

Ella había adivinado cuánto influye sobre un

hombre, en la vida frívola de París, el encanto de un salón en que se encuentra, á hora fija, una criatura joven, elegante y distinguida, que escucha atentamente y le consuela ó le consulta á su vez.

La señora de Tillières tenía pasión por las confidencias: poseía esa dulce inclinación que, transformada en pedantismo ó en vanidad, crea las Musas ó las Egerias de los hombres célebres, y que, convertida en santidad, hace las grandes religiosas.

El amor había duplicado en ella tan delicioso placer, al cual había debido las horas más dulces de sus relaciones con Poyanne. ¡Cuántas horas había pasado así, en el primer periodo de su afecto, y antes que ella fuese su querida, escuchándole extasiada contar las miserias de su vida!

Él narraba su infancia melancólica en la obscuridad del viejo hotel Poyanne, en Besançon, muerta ya su madre, y la severidad tan dura de su padre, que le había atormentado toda su juventud; contaba luego su matrimonio con una señorita largo tiempo amada, sus primeros celos, su vergüenza de sus propias desconfianzas, y después la evidencia de la traición; y ¡qué traición!, ¡con el amigo de la adolescencia que él más quería!

Las horas de media noche parecían demasiado cortas á Julieta para seguir aquel drama escena por escena, sentimiento por sentimiento, y luego el duelo entre los dos amigos, en que ambos que-

daron heridos, y la fuga de la señora de Poyanne, y la desesperación del conde, y su vuelta á la vida por la energía del deber, su campaña en 1870 como capitán de los móviles del Doubs, su entrada en la política como diputado á la Asamblea de Burdeos.

Como ciertas organizaciones tienen el instinto, el sentido, el gusto de la música ó de la pintura, de la mecánica ó de la poesía, Julieta tenía el sentido y el gusto del corazón de los demás, facultad encantadora que permite ejercer la más rara de las caridades, la más benéfica, la del alma; pero facultad peligrosa, porque confina con la culpable curiosidad de la experiencia sentimental, y, sobre todo, porque nos arrastra pronto á los compromisos de conciencia, á los dedalos de situaciones falsas.

Julieta no se había formulado nunca esas reflexiones sobre las ventajas y los peligros de su propio carácter, por más que se decía con frecuencia: «¡Soy demasiado débil! ¡Hubiera debido hablar más francamente!», y esto á propósito de cualquier pequeña circunstancia que habría exigido un «¡no!» preciso y desagradable á alguno de sus amigos.

Así, cuando á su regreso del hotel de Candale sintió un leve estremecimiento, un sobresalto, un despertar casi doloroso al escuchar la sencilla frase del criado que anunciaba la presencia del señor de Poyanne, atribuyó tal estremecimiento penoso al miedo de haber desagradado á su amante; y

como reconociese, mientras se la quitaba el abrigo, al ayuda de cámara del conde, de pie en un ángulo de la antecámara, á su pregunta contestó el criado:

—Esperó las pruebas del discurso del señor para llevarlas á la imprenta.

—¡Es verdad!—se dijo Julieta.—Me preguntará por qué vengo tan tarde... ¡Cómo que no le he acostumbrado á mostrarle tan poco interés!

La verdad era que semejante visita la desagradaba entonces por la necesidad que experimentaba de continuar el solitario ensueño de su carruaje y de pensar libremente en Casal. ¡Tan profunda era la impresión que había producido en ella aquel hombre!

—Estaréis incomodado, amigo mío—dijo entrando en el saloncito Luis XVI, suavemente alumbrado por la pálida claridad de la lámpara y del fuego de la chimenea.

El conde estaba sentado al *bureau* donde ella le había escrito por la tarde, y cuando la vió, levantóse apresuradamente para besarla en la mano y mostrarla los papeles que cubrían el bufete.

—¿Incomodado?—respondió.—Ya veis que no he tenido tiempo de incomodarme; trabajaba en vuestra casa esperándoos, y vos me perdonaréis, ¿no es verdad? Hemos salido, dulce señora, tan tarde, y tenía que corregir las pruebas para el *Journal Officiel*... Por lo mismo dije á Juan que las trajera á vuestra casa, y muy oportunamente—

añadió con el buen humor que produce el deber cumplido—porque están casi corregidas ya... ¿Permitís?

Y concluyó, volviendo á sentarse, de trazar algunos signos en las márgenes, reunió las cuartillas, metiolas en un sobre y marchó á entregárselas al ayuda de cámara que aguardaba en el vestíbulo.

Todo esto no duró sino diez minutos.

El contraste entre la turbación íntima de Julietta y la serenidad aparente de Poyanne producía á la marquesa una sensación de frío, porque en diversas ocasiones, y desde que su amor empezaba á debilitarse, habíala parecido que Enrique no sentía por ella la misma ternura.

Aproximóse á la chimenea, y poniendo delante del fuego sus diminutos pies, calzados de medias de seda y zapatos escotados, seguía en un espejo con atención los menores movimientos del conde.

¿Por qué otra imagen se interponía súbitamente hasta reemplazar á la de su amante? ¿Por qué vió, en el relámpago de una alucinación, al hombre con quien había estado en la comida, al «bello Casal» como Gabriela le nombraba, con su silueta robusta y esbelta, ademanes flexibles y viril semblante, á pesar de su máscara de cansancio?

¡Y he aquí que, borrada aquella imagen en su recuerdo para dejar sitio á la de la realidad, apercibió de nuevo en la luna del espejo al hombre á

quien pertenecía por su libérrima elección desde algunos años antes!

Enrique de Poyanne, entonces de cuarenta y cuatro años, era alto y delgado; naturalmente delicado, las fatigas de la vida parlamentaria sucediendo á las roedoras penas de su juventud habían minado su robustez; sus hombros, estrechos, se encorvaban un poco por la costumbre de trabajar sentado; su cutis presentaba el color obscuro que indica pobreza de sangre, desórdenes del estómago, existencia sedentaria; había líneas de aristócrata en los rasgos de su semblante y en los ángulos de su cuerpo, dibujado en toda su delgadez por el frae de etiqueta, aunque ya se demarcaba en él una extenuación precoz; la mirada de sus ojos azules, de verdadero azul, leal, y el pliegue altivo de su boca sin bigote eran magníficos, revelando el ardor contenido del sentimiento, una fe profunda, invencible energía de voluntad.

Una mujer no podía rendirse á este hombre sino por las mejores cualidades de ella misma, por el entusiasmo de su elocuencia ó por el apasionado deseo de cicatrizar heridas antiguas; y precisamente esos dos motivos determinaron la rendición de la señora de Tillières.

Pero ahí está el peligro de tales vínculos, fundados solamente en lo romancesco, y en los que la querida ha cedido á la admiración intelectual ó á la piedad del sentimiento: llega una hora en que

la admiración se cansa ó la piedad se entibia, por su misma satisfacción, y entonces la mujer abre los ojos y tiembla de haberse engañado acerca de la naturaleza de su pasión, y ¡ya es demasiado tarde!

Y Enrique de Poyanne, cuando se acercó á ella, aunque Julieta tenía fija en el espejo la mirada de sus claras pupilas, no observó la sombra de amargo pesar que cruza á veces por un alma altiva.

—Habéis trabajado mucho... ¿Queréis que os prepare el *grog*?—dijo la señora de Tillières, volviéndose hacia el conde y acariciándole con su más amable sonrisa.

¿Sonrisas de esa clase pueden ser calificadas de hipócritas, cuando tienen por objeto economizar inútiles penas?

—Con mucho gusto—respondió el conde al ofrecimiento de su amiga.

Y se puso á mirar cómo las delicadas manos de Julieta vertían el agua caliente en un vaso de cincelado platino y después deshacían con la cucharilla los terrones de azúcar.

Estaba la marquesa en actitud adorable, sentada cerca de la mesita, y más parecida que nunca á una pintura al fresco del siglo pasado, con el oro pálido de sus cabellos; sus brazos, sin mangas, ostentaban graciosísimos contornos, finas ondulaciones, y la armonía de la *toilette* negra y rosa con aquel cutis un poco animado por la llama de la chimenea, era tan delicadamente voluptuosa, que el conde,

quizás á pesar suyo, acercóse más á ella, y exclamó:

—¡Qué hermosa estáis hoy, y cuánta es mi ventura al encontrarme á vuestro lado cuando salgo de la dura y árida política!

Y hablando así inclinábase para robarla un beso; mas ella, volviendo la cabeza con ligero ademán de impaciencia, dijo:

—¡Cuidado! ¡Sois tan inoportuno, que vais á hacer que eche todo el frasco...

Ella, en efecto, estaba á punto de verter en el *grog* una cucharada de aguardiente, en el segundo en que Poyanne se inclinaba sobre el respaldo del sillón para darla el beso.

Él se alejó en el acto, dominado por una impresión penosa: la del enamorado cuya amada no vibra al unisono de su corazón.

Sin reflexionarlo acaso, y obedeciendo á la instintiva disminución de ternura que experimentaba, Julieta rechazaba la caricia de aquel hombre, á quien, por otra parte, solía acusar á menudo de indiferencia.

Y continuaba preparando la bebida, picando con la punta del cuchillo una rajita de limón, después de haber probado el *grog* con el borde de sus labios.

—¡Ya lo veis!—le dijo ella con acento de reconvencción.—Está demasiado fuerte; habéis hecho que me equivoque, y es menester que os prepare otro...

—No os molestéis—respondió él, haciendo ademán de acercarse.

—Pero ahora—añadió ella—os prohibo que me estorbéis en mi tarea de cocinera...

—Obedeceré—contestó.

Y apoyándose de codos sobre la chimenea, miróla de nuevo, sin que ella prestase atención á su mirada; y entretanto, pensaba en que aquel movimiento de cabeza, al intentar darla un beso, no había sido únicamente un capricho de niña, una coquetería inocente... que le hacía sufrir.

Precisamente había ido á la calle Matignón con el propósito de pedir una cita á la señora de Tillières antes de ausentarse de París para asuntos electorales de mucha urgencia, y desde aquella retirada de cabeza ante su beso era incapaz de formular tal deseo. ¡Timidez apasionada que habría hecho sonreír á cualquier héroe de galanterías (Casal, por ejem. lo) si alguna confidencia le hubiese iniciado en aquella entrevista del conde y de Julieta!

Ésta se acercó después á Poyanne, llevando en la mano derecha un platito blasonado y en la izquierda el vaso del *grog* ardiendo, y le dijo:

—Espero que ahora estará á vuestro gusto. ¡Pobre amigo! ¡Tenéis un aspecto desolado! Estoy segura de que la sesión ha sido borrascosa. ¿Quién os ha decidido á hablar? Porque ayer dudabais todavía...

La pregunta de su amiga, dándole pretexto para conversar de otros asuntos, alivió demasiado su malestar, y Poyanne respondió largamente.

—Lo que me ha decidido á hablar es el eterno ultraje de egoísmo que se lanza sobre mi partido. ¡No! No dejaré nunca que se diga, sin mi protesta, en una Asamblea francesa de que yo sea miembro, que nosotros, monárquicos y cristianos, carecemos del derecho de lamentarnos de los males del pueblo... De Sauve acababa de interpelar al Gobierno sobre la horrible *grève* del Norte y la represión que se ha hecho, y un orador de la mayoría respondió con malignas frases acerca del antiguo regimen, como si ciertos progresos de que se envanece nuestra época no se hubiesen hecho, más rápidos y más definitivos, sin la carnicería de la revolución, sin las hecatombes del Imperio, sin la revolución de Julio y sin la Commune... Ya conocéis mis ideas: las he proclamado una vez más, sintiendo que la izquierda de la Cámara se estremecía con la evidencia de mis argumentos y aclamado por mis correligionarios... ¿Y para qué? ¡Ah! Los escritores de nuestros días, que presumen de pintar todas las melancolías, no han descrito nunca la tristeza del orador que combate por una doctrina en la que cree con el alma de su alma, y luego sus partidarios le aplauden como á un artista, un *virtuoso*, sin que de sus palabras pueda germinar una sola acción... En la derecha y en la izquierda toda la vida política se reduce hoy á intrigas de pasillos, á combinaciones de grupos que son miserables, y con ellas pierden á Francia. ¡Esto

lo he dicho una vez más! ¡Y vanamente, sí, vanamente!...

Y Poyanne iba y venía á lo largo del saloncito, y Julieta sabía que el acento de su voz no engañaba, porque conocía con qué fervor de convicción Enrique de Poyanne había abrazado su causa, su esperanza invencible de operar la unión de las dos Francias, obra frustrada del siglo, por medio de una monarquía que se apoyase á la vez en el derecho tradicional y en el sentido íntimo de los problemas modernos.

Pero era mujer, y, como tal, desde el día en que su amante había comenzado á cansarla de su cariño, tan nobles ideas comenzaron también á cansar su espíritu.

Así es, que dijo en el momento en que el conde cesó de hablar:

—Todo eso está muy bien... Pero, entretanto, ¿no pensáis algo en vuestra amiga?

—¿Que si pienso en vos?—replicó él con cierta melancólica sorpresa.—¿Pues por quién deseo ardientemente que mi nombre sea ilustre? ¿Dónde busco energía para sufrir tantas amargas decepciones?

—¡Ah! ¡Sabéis responder! Pero, ¿queréis que os demuestre que hoy habéis pensado poco en mí?

—¡Demostradlo!—dijo Poyanne, deteniéndose asombrado.

—Pues oid: ni siquiera me habéis preguntado con quién he pasado la *soirée*.

—¿Pero no me habéis escrito—repuso él ingenuamente—que comiais en casa de la señora de Candale?

—¿Y allí no hay más que ella?—contestó Julieta, presa del demonio de la curiosidad, que impulsa en ciertos momentos á las mujeres más buenas á excitar los celos de un hombre hablándole de otro.

—¿Está incomodada conmigo porque tardo en visitarla?—preguntó el conde, sin hacer caso de aquella coqueta insinuación.

—¡Por ningún concepto!—contestó la señora de Tillières.

Y añadió en seguida, aparentando indiferencia:

—Pues he comido allí al lado de una persona que vos conocéis.

—¿De quién?—preguntó Poyanne.

—Del señor Casal—dijo ella, mirando el efecto que producía en el rostro del conde el nombre del antiguo amante de la señora de Corcieux.

—¿Cómo, la señora de Candale tiene semejantes amistades?—dijo Poyanne con una convicción que á la vez divirtió é irritó á Julieta.—Sin duda se la ha impuesto su marido, porque Candale y Casal son tal para cual... Y siquiera este último, por su existencia de *bookmaker* y vividor, no deshonra uno de los grandes nombres de nuestra historia...

—Pues—interrumpió Julieta—os afirmo que he charlado muy agradablemente con él.

—¿De qué?—preguntó Poyanne.—Porque debe de haber cambiado muchísimo si habéis podido sacarle una frase que no revele sus aficiones de gari-to y de cuadra... ¡Vamos, apenas he tenido que sufrir su conversación en casa de los Corcieux, y la de los cuatro ó cinco camaradas suyos que aquella pobre Paulina invitaba para hacerle compañía!

—¿Luego ella le amaba mucho?

—¡Oh! ¡Locamente!—replicó el conde con singular amargura, en la cual se encontraba el grado de severidad dolorosa que guarda contra las historias de adulterio un hombre engañado por su mujer.—¡Locamente! Y siempre fué un misterio horriblemente triste para mí la pasión de aquella encantadora criatura por ese fatuo... Y el marido es espiritual, distinguido, instruido, y adoraba y sigue adorando á su mujer Paulina... He dejado de visitarlos porque sufría demasiado, por Corcieux y por ella misma. ¡Desgraciada! ¡Bien castigada ha sido! Porque parece que Casal es de una dureza cruel...

—Pues, sin embargo, esta noche ha hablado de ella con tacto exquisito—dijo la señora de Tillières.

—¿Pero debía siquiera pronunciar su nombre?—dijo el conde.

Reinó silencio entre los dos amantes: la joven se arrepentía ya de haber mencionado á su vecino de mesa, porque era muy sensible para ella no de-

plorar la pena impuesta á quien ella creía amar con amor... Y el conde, en la manera con que Julieta acababa de hablar de Casal, no había observado sino una prueba del placer que disfrutó su amiga en la reunión, y sin él; placer que le parecía inocente...

El reloj dió las doce.

—Vamos—dijo Poyanne con un suspiro.—Ya es hora de despedirme de vos. ¿Cuándo os veré?

—Cuando queráis—respondió Julieta.—¿Queréis venir mañana á comer con mi madre y mi prima De Nançay?

—Con mucho gusto—dijo, y añadió algo turbado.—¿Sabéis que tal vez tenga que dejaros pasado mañana por cuatro ó cinco semanas?

—No, nada me habíais dicho.

—Hay dos elecciones en estos días, y se me llama en el distrito.

—¡Siempre la maldita política!—dijo ella sonriendo.

El la miró de nuevo con mirada en que ella no leyó, ó no quiso leer, una pregunta que los labios de aquel hombre apasionado no formularon.

—¡Adiós!—dijo Poyanne con voz más turbada.

—Hasta mañana—contestó Julieta—á las siete menos cuarto... Venid un poco antes.

Y cuando la puerta se hubo cerrado, la marquesa permaneció largo rato sola, de codos sobre la misma chimenea, delante del espejo que reprodu-

cía hasta un momento antes la imagen de Poyanne.

¿Por qué el recuerdo de Raimundo Casal vino á deslizarse entonces en su mente? ¿A qué idea respondía ella, diciendo en voz alta antes de llamar á su doncella:

—¿Es que no amo ya á Enrique?

IV

Los sentimientos de un vividor.

Mientras Julieta se acostaba haciéndose tal pregunta, y mientras Poyanne se dirigía á pie hacia su domicilio de la calle de Martignac, cerca de la iglesia de Santa Clotilde, acusándose de no saber agradar á su amiga, ¿qué hacía Raimundo Casal, aquel hombre cuya aparición súbita entre los dos amantes constituía el más temible peligro para la ventura del uno y para las laxitudes morales de la otra?

Había salido del hotel de Candale persuadido de que agradó á la señora de Tillières, y bien pronto, para que no le lisonjeara tal impresión; pero su primer movimiento cuando se vió en la acera de la calle de Tilsitt, bien envuelto en su abrigo de noche y aspirando reciamente el aire fresco, no fué, por cierto, pensar en el delicado perfil de la joven viuda.

¡Sólo más tarde habría de conocer la profundidad del abismo en cuyo borde había tocado!

¿Pero quién se conoce por completo? ¿Quién puede decir que mañana estará alegre ó triste?

Casal, harto de sensualidad satisfecha, con amistades escogidas y doscientas cincuenta mil libras de renta, debía creerse, y se creía, al abrigo de toda sorpresa novelesca.

Su alegre risa de niño, aquella risa que revelaba algunas de sus cualidades agradables, habría respondido á cualquiera que le hubiese manifestado que precisamente su mismo hastío, sus mismas satisfacciones agotadas le hacían á propósito para una crisis sentimental.

Pero él no conocía á mujeres de la especie de la señora de Tillières: esta era tan peligrosa para él, como él lo era para ella; mas con la diferencia de que la viuda era capaz de más profundo, más mortal amor, y la pasión de Casal tenía más probabilidades de no ser sino un capricho, gozando del amor por la intensidad del deseo.

¡No se tiene impunemente en la sangre y en la médula diez y ocho años de libertinaje!

Pero aspirando á plenos pulmones el aire de la noche, cuando él bajaba á lo largo de los Campos Elíseos con su pesado pie de maestro de esgrima, en lo que menos pensaba era en aquel capricho; y si la imagen de Julieta se le aparecía, estaba envuelta en un laberinto de pensamientos.

cía hasta un momento antes la imagen de Poyanne.

¿Por qué el recuerdo de Raimundo Casal vino á deslizarse entonces en su mente? ¿A qué idea respondía ella, diciendo en voz alta antes de llamar á su doncella:

—¿Es que no amo ya á Enrique?

IV

Los sentimientos de un vividor.

Mientras Julieta se acostaba haciéndose tal pregunta, y mientras Poyanne se dirigía á pie hacia su domicilio de la calle de Martignac, cerca de la iglesia de Santa Clotilde, acusándose de no saber agradar á su amiga, ¿qué hacía Raimundo Casal, aquel hombre cuya aparición súbita entre los dos amantes constituía el más temible peligro para la ventura del uno y para las laxitudes morales de la otra?

Había salido del hotel de Candale persuadido de que agradó á la señora de Tillières, y bien pronto, para que no le lisonjeara tal impresión; pero su primer movimiento cuando se vió en la acera de la calle de Tilsitt, bien envuelto en su abrigo de noche y aspirando reciamente el aire fresco, no fué, por cierto, pensar en el delicado perfil de la joven viuda.

¡Sólo más tarde habría de conocer la profundidad del abismo en cuyo borde había tocado!

¿Pero quién se conoce por completo? ¿Quién puede decir que mañana estará alegre ó triste?

Casal, harto de sensualidad satisfecha, con amistades escogidas y doscientas cincuenta mil libras de renta, debía creerse, y se creía, al abrigo de toda sorpresa novelesca.

Su alegre risa de niño, aquella risa que revelaba algunas de sus cualidades agradables, habría respondido á cualquiera que le hubiese manifestado que precisamente su mismo hastío, sus mismas satisfacciones agotadas le hacían á propósito para una crisis sentimental.

Pero él no conocía á mujeres de la especie de la señora de Tillières: esta era tan peligrosa para él, como él lo era para ella; mas con la diferencia de que la viuda era capaz de más profundo, más mortal amor, y la pasión de Casal tenía más probabilidades de no ser sino un capricho, gozando del amor por la intensidad del deseo.

¡No se tiene impunemente en la sangre y en la médula diez y ocho años de libertinaje!

Pero aspirando á plenos pulmones el aire de la noche, cuando él bajaba á lo largo de los Campos Elíseos con su pesado pie de maestro de esgrima, en lo que menos pensaba era en aquel capricho; y si la imagen de Julieta se le aparecía, estaba envuelta en un laberinto de pensamientos.

—¡Excelente noche!—se decía Casal.—Si la primavera continúa así, las carreras serán hermosas este año... ¡Y la comida no era mala! ¡Se empieza á saber comer en buena sociedad! Y á nosotros se debe eso, porque si no hubiéramos dicho la verdad, media docena de amigos y de veces, á Candale y otros como él, sobre su cocinero y su cueva, ¿dónde estarían ellos aún?... Lo que conviene es encontrar el medio de emplear estas dos horas, de diez á doce... ¡Debíamos crear un club nada más que para esas horas!... Por la mañana, el sueño, el tocador, el caballo; después del almuerzo siempre hay que cumplir algunos asuntillos; por la tarde, de dos á seis, el amor... y cuando no hay amor, la pelota ó las armas; de cinco á siete, el *poker*; de ocho á diez de la noche, la comida; desde la doce hasta la madrugada el juego y la crápula... De diez á doce hay teatro; ¿pero cuántas piezas por año valen la pena de ser vistas dos veces?...

Esta idea del teatro llevó su pensamiento hacia una linda actriz del Vandeville, la Cristina Auroux, su amante, más ó menos interina, hacía seis meses.

—¡Toma!—pensó.—¡Si fuese á ver á Cristina! Mas pronto desechó este propósito y concluyó:

—¡No, á fe mía! ¡No iré! Lo mejor será pasar por el *Circolo*...

Pero se presentaron á su imaginación los salones del juego, desiertos en aquellas horas, y el

ambiente cargado del nauseabundo olor del tabaco y de los caloríferos, y se dijo:

—¡Eso es demasiado fúnebre! ¿Qué haré? ¿Ir á la Opera? ¿Oír por vez milésima el acto cuarto del *Roberto*? ¡No, no y no!... Decididamente lo que me hace falta á esta hora es una *burguesa*, una viuda ó *separada* que apenas salga de su casa, y á quien yo consolaré visitándola...

Este singular monólogo llevóle hasta pensar de nuevo en su vecina, y se dijo:

—¡Por mi fe, que me conviene altamente la señora de Tillières! ¿Con quién *estará*?...

La fórmula era irreverente y ponía fin á una serie de ideas que habrían parecido groseramente positivistas y cínicas á cualquiera, aunque fuese menos sincero que Poyanne.

Mas un germen de sentimiento palpitaba debajo de tal fórmula: si Casal no hubiese experimentado de una manera inconsciente el encanto delicadísimo que emanaba de Julieta, como un perfume imperceptible que se exhala de una flor oculta en el rincón más apartado de una sala, no habría experimentado la sensación de repugnancia que le produjo el recuerdo de la vulgaridad de Cristina Auroux, el del teatro y el del club.

¿Por qué? Por pensar más hondamente en la joven cuya imagen, surgiendo por manera súbita, borró en un segundo aquellas fantasías de teatro y de club.

La delicada silueta de la viuda se dibujó en el campo de su visión interior con una claridad prodigiosa: Casal volvió á ver el busto de Julieta en toda la plenitud de su esbeltez y gracia, sus torneados hombros, su corpiño negro con lazos rosa, el zafiro sombrío de sus ojos, el brillo nacarado de sus dientes, el hoyuelo de su sonrisa, sus manos nerviosas... todo el comedor, en suma, con la tapicería del duque de Alba, con los semblantes pálidos ó enrojecidos de los comensales.

¡Si la señora de Tillières hubiese estado allí presente, en persona, no habría distinguido él sus facciones con precisión tan exacta!

Y esta evocación tuvo por resultado que su razonamiento medio irónico acerca del empleo de las noches cedió el puesto inmediatamente á una impresión brutal, pero franca: el deseo voluptuoso de poseer aquella linda criatura que su instinto le presentaba llena de pasión bajo apariencias de casta reserva.

—¡Sí!—prosiguió.—¿Con quién *estará*? ¡Porque es imposible que no tenga amante!

Y en seguida, ayudándole la memoria moral á interpretar la memoria física, añadió:

—¡Lo mismo me da! Ella me ha mirado con ojos muy singulares, después de aparentar que no se fijaba en mí... ¡Ah! Esa comida debía de estar combinada con la señora de Candale, porque las dos son íntimas amigas; luego ella es quien ha

querido conocerme... ¿Qué significa tal curiosidad? ¿Ha oído hablar de mí por otra mujer? ¿Quizá por su amante? Después de todo, ¿y si no tiene amante y se fastidia soberanamente en un rincón de su casa? Porque se la ve poco y debe de vivir muy retirada. ¿Si yo comenzase á hacerla la corte? ¡Porque nada tengo que hacer en esta primavera!... Pero ¿dónde encontrarla? Habiendo comido á su lado, puedo ir á visitarla en vez de remitirla mi tarjeta...

Y satisfecho de esta idea, lanzó sonora carcajada por espacio de un minuto.

—¡Eso es!—prosiguió.—Pero conviene que vaya mañana mismo. ¿Qué ocupación tengo para mañana? Ir temprano al Bois con Candale. ¡Bueno! ¡Él me dará informes! Luego almorzar con Cristina... pero á ese almuerzo puedo faltar, porque ¡tantas veces he almorzado con ella!... Dejo á Cristina, y á eso de las dos iré á casa de la linda viudita... ¡Está bien! Ahora á acostarme, porque hace ya una semana que no me acuesto antes de las cuatro de la madrugada. ¡Descansemos... para estar en forma!

Y formada tan prudente resolución, torció por la calle Boissy-d'Anglas, sin detenerse en el Imperial ni en el Círculo, y se dirigió hacia la calle de Lisbonne, donde habitaba en un hotel heredado de su padre y perfectamente dispuesto como para vivir en familia.

La verdad es que detrás de ciertas obstinaciones de los hombres de crápula, ó que se citan como tales, hay un gran fondo de higiene, y los que sobreviven, como Casal, á una existencia desordenada, tienen el poder de vigilarse á través de una vida de continuado descarrilamiento...

Maquiavelo decía: «¡El mundo es de las almas frías!» y el *demi-monde* también, aunque este aforismo parezca algo hiperbólico.

Cuando Raimundo Casal se levantó, en la mañana siguiente, para entrar en su cuarto de baño y en su tocador, estaba ya maravillosamente dispuesto, y entonado por el más tranquilo de los sueños.

* * *

Boscard trotaba á la entrada del Bosque de Bolognia, cuyo macizo de verde musgo, como salpicado por un polvo dorado, estaba admirablemente lindo en aquella fresca mañana de principios de primavera.

Si el caballo no tenía *mucho fondo*, como se dice en la jerga hipica, era de fino aspecto, dulce y sereno, y el hecho de que Casal lo hubiese escogido para aquel paseo demostraba las cualidades pacíficas del corcel.

Si era natural que un día ú otro Casal fuese presentado á la señora de Tillières, no lo era me-

nos que en aquella hora encontrase en el bosque, no sólo á Candale, con quien tenía cita, sino á Mosé, Proсны y la señora de Arcole; y también lo era que estas personas hubiesen observado la víspera las distracciones de la marquesa, después de la marcha repentina del joven, y que las comentasen entonces alegremente.

Primero, en efecto, encontró á Proсны, galopando en una avenida transversal, quien le gritó sin parar su soberbio caballo negro.

—¡Descontenta, muy descontenta aquella linda señora, después de tu partidá!...

Luego, á la vuelta de una calle, Mosé detuvo al jinete con un saludo poco marcado; iba á pie, según su costumbre, luchando contra una precoz diabetes y practicando la higiene de la marcha con esa energía de voluntad que continúa siendo el rasgo más característico de la raza judía, como lo es de los yankees.

Mosé, antes enemistado y luego reconciliado con Casal, aprovechó la ocasión que se le presentaba para prestarle el servicio de un aviso poco grato.

—¿Cómo nos dejasteis—le dijo—tan pronto?

—Un amigo me esperaba en el Círculo—respondió Casal, porque la penetrante mirada de Mosé, molestándole algo, le determinó á mentir.

—¡Es claro! ¡Y llevasteis con vos toda la atención de aquellas señoras! La de Candale y su hermana se pusieron á charlar en un rincón, y la se-

ñora de Tillières, después de vuestra marcha, ¡cerro!...

Un cuarto de hora más tarde, cuando Casal meditaba todavía en aquellas noticias, se cruzó en la avenida con la señora de Arcole, que guiaba sus dos lindas *ponnettes* blancas, y haciendo señal de alto, con la punta de su delgada fusta, le dijo:

—¿Qué os parece la amiguita de mi hermana? Ideal, ¿no es verdad? ¡Y la dejasteis, desventurado, para ir... sabe Dios dónde!

Y tirando del *pull up* á sus ligeras hacaneas, que partieron rápidamente, expresó con su sonrisa y con sus miradas este significativo lenguaje: «¡Si no fueseis imbécil, Sr. Casal, haríais la corte á vuestra vecina de anoche y triunfaríais!»

Este consejo no era digno de mujer honrada, hermana de otra honrada mujer; pero la duquesa de Arcole, por instinto, no estimaba gran cosa á Julieta, por encontrarla siempre entre ella y la señora de Candale, su hermana única, á quien adoraba.

Y, finalmente, el gordo Candale, cuando se encontró con Casal y ambos cabalgaron *côte à côte*, para acabar de demostrar á su amigo que no le había engañado su fino olfato de libertino, le dijo con su risa pesada, que hacía traición á su fondo de origen alemán:

—¡A fe mía, que no marchó ayer mal el asunto! Esa viudita es muy astuta... y la señora Bernard

pretende que el difunto Tillières se hizo matar por el fastidio de haberse casado con ella... ¡Tengo miedo por tí!... Pero tu eres perfecto... y ella aparentaba un aire tan enojado cuando saliste...

—¿Y quién es?—interrogó Casal.

—¿Cómo que quién es? La viuda de Tillières, ayudante de campo del general Douay.

—No te pregunto eso, sino quién es... como carácter.

—¡Ah! Pues lo mejor del mundo: vive con su madre anciana en una casa triste como un sepulcro, y..., en fin, es del género de mi mujer... ¡Ya ves!

Todo el talento de Candale consistía en dirigir miserables epigramas contra aquella criatura distinguida, á la que no perdonaba siquiera los grandes beneficios que de ella recibía, ni la fortuna abandonada á todos sus caprichos, ni el ultraje de la traición que sin cesar la arrojaba al rostro.

Y añadió, después de aquel epigrama:

—¿Te agrada? ¿Te casarías con ella?

Esta última pregunta bastó para que Casal se abstuviese de dirigirle la que ya tenía en la punta de la lengua acerca del domicilio de la joven viuda.

—¡No dejaría de ir á contárselo en seguida á su querida Bernard!—pensó.—Además, ya encontraré en un *Anuario* las señas de la casa.

Sentíase ya con tanta impaciencia, que abrevió su paseo, regresó á su hotel con una agitación no

acostumbrada en él, y su primer cuidado fué registrar uno de esos pretendidos *libros de oro* denominados *Amarios*, donde los vanidosos burgueses hacen inscribir su nombre previo el pago de la suscripción, al lado de los grandes señores y de los millonarios, como si fuesen miembros auténticos del *high life*.

Pero el nombre de la señora de Tillières no figuraba en aquel libro.

—Y, sin embargo—se dijo Casal—no puedo interrogar á ninguna de las personas que estuvieron en la comida, porque despertaría su atención...

Decidióse por enviar su ayuda de cámara al portero de la condesa de Candale, para que se enterase.

—¡Este es el verdadero medio!—exclamó.

Pero al mismo tiempo encargó de otras comisiones perfectamente inútiles á su mensajero (pequeño detalle que demuestra cuán hondamente estaba grabada la imagen de la señora de Tillières en el pensamiento del joven), y le dijo como desdeñosamente:

—Y como pasáis cerca del hotel de Candale, entrad en la portería y preguntad dónde habita la marquesa de Tillières. ¿Olvidaréis este nombre?

Merced á semejante astucia de adolescente, que habría divertido mucho á sus compañeros de libertinaje si la hubiesen conocido, á las dos de la tarde llamaba en la puerta de aquella casa de la calle

Matignón en que Gabriela de Candale se hubo refugiado el día precedente.

¡El accidente del carruaje producía ya consecuencias!

El portero le contestó que la señora de Tillières estaba en casa, y como Julieta no se negaba nunca, por lo mismo que se trataba con pocas personas, esta facilidad de acceso acabó de encantar á Casal.

—¡No tiene nada que tapar!—pensaba el joven, llamando poco después á la puerta vidriera de las cortinillas rojas.

Y mientras el ayuda de cámara le guiaba por el salón principal hasta el gabinete interior, testigo la noche antes de la violenta diatriba que contra él lanzara el conde de Poyanne, añadió en voz baja:

—¡Si estuviera sola!

Cuando él entró, la señora de Tillières aparecía tendida, más que sentada, en una *chaise-longue*, como si estuviese enferma, vestida con una preciosa *deshabillée* de encaje blanco que realzaba más su belleza, y cerca de ella, en un silloncito bajo, estaba sentado y hablando en voz baja el caballero d'Avançon.

Casal y el antiguo diplomático eran compañeros del Círculo, donde el último iba con frecuencia á exhibir su rostro de viejo verde y á husmear los escándalos más recientes. ¡A los cincuenta y seis años que tenía, d'Avançon era tan amigo de mujeres como á los veinte!

Y el primer pensamiento de Casal, en viéndole, fué enviar al diablo á aquel *asiduo* de la señora de Tillières, sin dudar de que la joven apreciaba sobre todo su abnegación jamás desmentida por la anciana señora de Nançay.

—¡He aquí una cuñal! —se dijo.—¡Ya conozco á este hombre cargante!... ¡Está hecho á prueba de balas!... Vamos, visita perdida...

—¿Casal aquí? —se decía d'Avançon.—¡Oh, oh!, me encargo de llamarle al orden.

Y estrechando la mano del recién llegado, su sorpresa era tan grande, que no pudo menos de manifestarla en alta voz, diciendo:

—¡Cómo, querida amiga! ¿Conocíais á este bribón y me lo habéis ocultado?

—He tenido el honor de ser presentado á la señora de Tillières en casa de la señora de Candale —respondió Casal, para que le comprendiese aquella á quien se dirigía d'Avançon.

Porque acababa de leer en el semblante de Julieta que ésta, en más de un minuto, encontraríase incapaz de contestarle. ¡Tan fuerte había sido la sorpresa producida por su aparición inesperada!

Esta evidencia compensó de repente la viva contrariedad que le había ocasionado la presencia de aquel hombre que le estorbaba, porque tal turbación y tan súbita (Julieta se había ruborizado hasta la raíz de sus cenicientos cabellos) era un síntoma verdaderamente extraordinario en una

mujer de la buena sociedad, en que el dominio constante de sí mismo es virtud profesional, como el valor en los militares.

¿Vivirían ellas si no se habituasen á ocultar siempre sus sensaciones, más espiadas por la malignidad que las de un acusado por el juez que le interroga?

Pero Julieta había pasado, desde la víspera, muchas horas de anhelante reflexión, para que sus nervios excitados tuviesen en aquel momento la energía suficiente al servicio de la voluntad.

Después de haberse respondido ella tan pronto un ¡no le amo!, como un ¡no nos amamos!, á su propia pregunta sobre Poyanne, había rodado hasta el fondo de un abismo de infinita tristeza.

En la noche anterior, mientras Casal dormía con bienaventurado sueño de niño, y Poyanne se desvelaba por el mal humor que sentía, Julieta había derramado amargas lágrimas en la almohada de su lecho, aquel lecho testigo de sus inocentes, felices ilusiones de muchacha; ¿pero por qué á través de sus lágrimas y del fondo de su desesperación interna veía sin cesar la imagen del joven, que tal vez estaría muy lejos de pensar en su vecina de mesa?

¡Ella, por lo menos, así lo creía!

¿Y por qué en el sueño pesado que la cerró los ojos hacia la madrugada veía también la misma imagen de aquel hombre?

Es cierto que si nuestros ensueños no predicen el porvenir, su significación no es despreciable para el moralista ni para el médico, que encuentran en ellos notables enseñanzas acerca de las partes inconscientes de nuestro ser, y así lo demuestran hechos científicamente comprobados; un joven sueña que ha sido mordido en una pierna, y en la misma pierna se declara, días después, un absceso. ¡La naturaleza animal de dicho joven se sintió herida antes que ninguna huella exterior revelase la herida!

Igualmente era menester que Raimundo Casal hubiese producido en Julieta una impresión muy viva para que el recuerdo de este hombre se mezclase en todos sus pensamientos desde que ella salió del hotel de Candale.

¿Pero qué frases tan delicadas no habría empleado un varón eclesiástico, el noble Lacordaire, por ejemplo, para explicar á una mujer como Julieta el carácter verdadero de aquella imposición? ¿Hubiera admitido que Casal, el libertino famoso, el vividor auténtico, habría despertado en ella, sólo con su presencia, un obscuro y vulgar estremecimiento de deseo y de voluptuosidad?

Pero justamente hacía varios años que la señora de Tillières no se confesaba; de su pristina piedad solamente le quedaba un remordimiento siempre ahogado y la esperanza invencible en la bondad de Dios...

Además, no tenía una persona que la guiara y sostuviera en las horas del peligro. ¡Sólo su reflexión solitaria, su voluntad de rebajarse á sus propios ojos!

—Yo le ocultaré—se había dicho en aquella noche de insomnio, pensando en Poyanne—que no le amo con verdadero amor, porque él tampoco me ama como antes... Pero con el afecto de la amistad, con la estimación se puede vivir todavía, y vivir vida contenta si no feliz...

Y en seguida había orado, como continuaba haciéndolo por mañana y noche, con fervor piadoso, aunque supiera que, separada de los sacramentos, estaba fuera de la Iglesia, y había conseguido una tranquilidad serena, de la cual gozaba con dulzura escuchando la palabrería de Avançon, cuando la entrada de Casal la sorprendió con un aturdimiento tan violentísimo, que ni pudo ocultar ni vencer.

Sentóse con ademán gracioso, en vez de continuar echada, arrojando sobre sus pies la cola de su larga bata, y respondió á Casal, quien la preguntó si se sentía enferma, en sentándose cerca de ella.

—Sí, he tenido esta mañana fuerte jaqueca... Creí que me aliviaría por la tarde, y veo que, por el contrario, aumenta...

Y tomó, hablando así, un frasquito de sales, y le aspiró lentamente, como si quisiese decir á la

visita: Ya véis, caballero, que no debéis estar aquí mucho tiempo.

Pero ¿qué importaba á Casal la frialdad de aquel recibimiento, ni el mal humor de Avançon, que se había colocado ante la chimenea, de pie, y afirmaba en la nariz su lente de présbita fingiendo que examinaba con atención una revista ilustrada?

¡Casal acababa de sorprender la prueba más indiscutible de que interesaba á la viuda hasta emocionarla; más aun: hasta el temor!

Quizás si hubiese encontrado en aquel saloncito de la calle Martignón una mujer alegre y sonriente, dispuesta á salir y á conversar de la última pieza de la Comedia francesa, del próximo concurso hípico, del más reciente escándalo de la buena sociedad, habría suspirado mentalmente:

—¡Todas son iguales! ¡No vale la pena de que yo abandone á Cristina!

Pero la atmósfera de reclusión que envolvía á la señora de Tillières y el enigma del carácter de esta mujer se unían para impulsarle á seguir adelante su capricho de vividor.

Julietta comenzó una de esas conversaciones sin objeto determinado, que serían muy vanas si no tuvieran el fin de disfrazar pensamientos, que no podían expresarse sin hacer imposibles ciertas relaciones á la vez forzosas y demasiado delicadas.

—¡Qué linda estaba anoche—dijo—la señora de Arcole!

—¡Muy linda!—respondió Casal.—Y como lo blanco la sienta bien...

—Era su revancha del otro día—interrumpió d'Avançon, cerrando el periódico y quitándose los guederos, que guardó cuidadosamente en un estuche.—¿Recordáis, querida amiga, qué pálida y ajada estaba cuando la encontramos en la Exposición de la calle de Séze?... Y á propósito, ¿cuándo queréis ver la tapicería de que hablábamos antes?

—¡Vaya un estúpido!—pensaba Casal, mientras el diplomático describía la tapicería.—Tómame el trabajo que quieras para hacerme conocer que estoy de más aquí, y que eres el íntimo de la casa; pero te prometo que volveré... Cuanto á vos, señora, tened entendido que considero como una comedia vuestra jaqueca y vuestra atención á ese necio; juro que estáis lindísima con vuestro ademán de colocar los dedos en las sienes, como si en realidad tuviérais jaqueca, mucha jaqueca...

Y, sin embargo de este monólogo mental, el joven decía algunas palabras á menudo, demostrando, como el día anterior, en la conversación de la comida, esta cualidad dominante de su talento: la precisión en las contestaciones.

—¿Sois también coleccionista, señor Casal?—le preguntó la señora de Tillières.

—¿Yo?—contestó él riendo.—¡De nada, absolutamente de nada! Pero he tenido amigos que lo eran, y los he escuchado con atención...

—¿El coleccionista?—interrumpió d'Avançon.—
¡Cómo se ve, querida amiga, que no le conocéis
sino desde anoche!

Y prosiguiendo con ironía que revelaba su cólera
contra la presencia de Casal, extraña cólera tan
frecuente en los hombres de cincuenta años que no
quieren decir que están celosos de una amiga, y
que lo están, sin embargo, continuó así:

—No, no sabéis que los jóvenes de hoy son in-
capaces de ocuparse en nada, sino en el *chic* y en
el *sport*... Este, como veis, es inteligente... Le co-
nocí en el Círculo, justamente cuando yo iba á
marchar á Florencia con mi delicada misión... ¡y
si pudieseis verle, como yo, hablar allí con sus
amigos!... «¿Ganará *Farmel* ó *Livarot* en las carre-
ras de Anteuil? ¿Qué *champagne* tenéis en la comi-
da? ¡Machault ha tirado al sable con Werekiew,
y han hecho los dos igual juego! ¿Dónde está la
banca esta noche? ¿Y el puente...?» ¡Ni una palabra
más, señora, se le hace hablar de otros asuntos!

Mientras el diplomático soltaba esa tirada con
acento cómico, Julieta no cesaba de dirigir miradas
de inquietud á Casal; pero éste se encontraba muy
ocupado en analizar la fisonomía encantadora de la
joven para notar en aquellas miradas un temor ins-
tintivo.

¿Qué mejor ocasión para dar una prueba de tac-
to exquisito, no considerándose como ofendido por
aquellas ásperas apreciaciones?

Y así, riéndose con risa muy alegre, dijo:

—¡Qué malo es! ¡Qué malo!

Y se levantó para despedirse.

Mas antes, dando una palmada en el hombro del
viejo verde, con una familiaridad que era la más
graciosa y más dura respuesta, porque trataba al
predicador como á un niño, dijo:

—¡Vamos! Haced el favor de no hablar mal de
mí á la señora de Tillières cuando yo no esté delan-
te... Y vos, señora, no le creáis.

Y cinco minutos después, dirigiéndose á pie ha-
cía los Campos Eliseos, Casal encogía los hombros
y se decía:

—¿Cómo volver á verla, y pronto?

Reflexionó un minuto, y dijo resueltamente:

—¡No tengo más remedio que ir á casa de la se-
ñora de Candale!

*
**

—Habéis sido poco amable con el Sr. Casal—
decía en aquel momento Julieta á d'Avançon.—
¿Qué tenéis contra él?

—¿Yo?—respondió el diplomático algo confu-
so.—Absolutamente nada... Es que vividores de
esa clase no me son simpáticos... Pero me parece
que sufrís...

—Es verdad—contestó la señora de Tillières
volviendo á recostarse en la *chaise-longue* y ce-

rando los ojos—tendré que acostarme... y necesito asistir á la comida, porque me acompañarán mi prima de Nançay y Poyanne.

¡Mentía! Porque su rubia cabeza no estaba más dolorida que antes, sino que veía á su fiel d'Avançon dispuesto á continuar el discurso, y no quería oír de nuevo frases duras contra Casal.

El viejo verde la miró algunos momentos como titubeando, sin atreverse á decirle esta frase, que le subía del corazón á los labios: «¡Desconfiad de ese hombre!»

En vez de esto lanzó un suspiro y dijo sencillamente:

—Vaya, adiós, señora... Volveré mañana para saber cómo seguís.

Julieta, dulce y delicada mujer, sentía inmensa pena al comprender que Casal no era estimado de sus mejores amigos, porque durante la comida, preguntándola su madre delante de Poyanne acerca de las visitas que había tenido en la tarde, pronunció la joven el nombre d'Avançon sin mencionar al otro.

Y también era menester que ese otro ocupase plenamente su imaginación, cuando ella permaneció como insensible ante la despedida del conde de Poyanne.

Este había llegado un cuarto de hora antes de la comida para hablar con su querida en íntimo *tête à tête*.

—Decididamente marchó mañana—la dijo—y quizá estaré ausente seis semanas...

—Espero—le contestó ella—que haréis triunfar á vuestros candidatos.

Y nada más; ni siquiera encontró una palabra de consuelo para aquel hombre infortunado.

¡Ah! ¡Cuánto más amarga habría sido para el conde aquella súbita marcha, si él hubiese adivinado que su querida, su única amiga, aquella mujer que amaba tan profundamente, le abandonaba por un vividor!

V

Primera falta.

Casal, pensando en la señora de Candale como en un auxiliar poderoso para su proyecto de sitio al corazón de Julieta, contaba en primer lugar con las simpatías de Gabriela, y además con esa irresistible afición á lo desconocido que empuja á todas las mujeres románticas, hasta interesarse en sentimientos que ellas creen malaventurados y sinceros.

¡Y á él le importaría tan poco representar la comedia de alimentar uno de esos sentimientos!

¿Pero esto mismo sería una comedia?

Porque á fuer de la certidumbre que tenía, después de su visita, de interesar á la señora de Til-

lières, hallábase en otra incertidumbre que inmediatamente y durante la tarde que siguió á dicha visita le turbó hasta molestarle; y así fué que tuvo en la sala de los Mirlitons, tirando al sable con Werekiaiv, dos ó tres distracciones de las que se extrañaron los admiradores de su juego.

En la comida, una comida con dos camaradas del Círculo, en el café Inglés, estuvo silencioso, y luego triste en un espectáculo de acróbatas adonde aquéllos le condujeron.

A medida que se acercaba el momento de ir á casa de la señora de Candale, para hablarla de su amiga, entreveía obstáculos sobre obstáculos, entre esta amiga y él, y latía el corazón con violencia cuando entró en el hotel de la calle de Tilsitt, menos de cuarenta y ocho horas después de haber comido allí.

Esta especie de timidez en un hombre habituado, como él, á todos los triunfos, debía de agradar á Gabriela y predisponerla en su favor, y existía además en la señora de Candale otro sentimiento que Casal no ignoraba: una aversión singular á Enrique de Poyanne.

Gabriela (digámoslo en su elogio) quería á Julieta de Tillières con verdadero cariño; habíanse conocido las dos muy jóvenes en un baile en *chateau* de provincia, uno de esos bailes que son revistas auténticas de la ya escasa antigua aristocracia francesa, y Nançay y Candale, situados los dos

á orillas del Indre, comenzaron á acercarse desde aquel baile, no obstante las veinticinco leguas que les separaban.

La guerra de 1870, aislando á las dos jóvenes en sus respectivos *chateaux*, é hiriendo tan cruelmente á una de ellas, las acercó nuevamente más tarde, y Gabriela tomó á su amiga por leal confidente de la desgracia secreta de su vida.

Lloró con Julieta, como antes lloró Julieta con ella, y este dulce cambio de compasión forjó entre las dos, igualmente generosas y tiernas, una cadena inquebrantable, hecha con el metal más puro de la abnegación.

Y á pesar de esto, Gabriela, que adoraba á su amiga por modo tan completo, tan digno, tan desinteresado, detestaba el sentimiento de aquella amiga hacia Poyanne; sí, le detestaba porque nunca la había hablado de él con absoluta franqueza, abiertamente.

Ella se decía que Poyanne amaba á Julieta, y que ésta no era insensible á tal amor; pero si la condesa hubiese estado iniciada en la culpable aunque noble novela de los dos cómplices, no habría alimentado tanta antipatía por relaciones que ella estimaba puras y cuyo misterio la irritaba.

Pero bien pronto procuró justificarse á sí misma de aquella antipatía, escudriñando los defectos de Enrique Poyanne, y mirándolo con esos ojos malévolos que descubrirían la sensualidad en un Mar-

lières, hallábase en otra incertidumbre que inmediatamente y durante la tarde que siguió á dicha visita le turbó hasta molestarle; y así fué que tuvo en la sala de los Mirlitons, tirando al sable con Werekiaiv, dos ó tres distracciones de las que se extrañaron los admiradores de su juego.

En la comida, una comida con dos camaradas del Círculo, en el café Inglés, estuvo silencioso, y luego triste en un espectáculo de acróbatas adonde aquéllos le condujeron.

A medida que se acercaba el momento de ir á casa de la señora de Candale, para hablarla de su amiga, entreveía obstáculos sobre obstáculos, entre esta amiga y él, y latía el corazón con violencia cuando entró en el hotel de la calle de Tilsitt, menos de cuarenta y ocho horas después de haber comido allí.

Esta especie de timidez en un hombre habituado, como él, á todos los triunfos, debía de agradar á Gabriela y predisponerla en su favor, y existía además en la señora de Candale otro sentimiento que Casal no ignoraba: una aversión singular á Enrique de Poyanne.

Gabriela (digámoslo en su elogio) quería á Julieta de Tillières con verdadero cariño; habíanse conocido las dos muy jóvenes en un baile en *chateau* de provincia, uno de esos bailes que son revistas auténticas de la ya escasa antigua aristocracia francesa, y Nançay y Candale, situados los dos

á orillas del Indre, comenzaron á acercarse desde aquel baile, no obstante las veinticinco leguas que les separaban.

La guerra de 1870, aislando á las dos jóvenes en sus respectivos *chateaux*, é hiriendo tan cruelmente á una de ellas, las acercó nuevamente más tarde, y Gabriela tomó á su amiga por leal confidente de la desgracia secreta de su vida.

Lloró con Julieta, como antes lloró Julieta con ella, y este dulce cambio de compasión forjó entre las dos, igualmente generosas y tiernas, una cadena inquebrantable, hecha con el metal más puro de la abnegación.

Y á pesar de esto, Gabriela, que adoraba á su amiga por modo tan completo, tan digno, tan desinteresado, detestaba el sentimiento de aquella amiga hacia Poyanne; sí, le detestaba porque nunca la había hablado de él con absoluta franqueza, abiertamente.

Ella se decía que Poyanne amaba á Julieta, y que ésta no era insensible á tal amor; pero si la condesa hubiese estado iniciada en la culpable aunque noble novela de los dos cómplices, no habría alimentado tanta antipatía por relaciones que ella estimaba puras y cuyo misterio la irritaba.

Pero bien pronto procuró justificarse á sí misma de aquella antipatía, escudriñando los defectos de Enrique Poyanne, y mirándolo con esos ojos malévolos que descubrirían la sensualidad en un Mar-

co Aurelio y el egoísmo en un San Vicente de Paul.

Así hubo reconocido la señora de Candale un excesivo amor propio en Enrique Poyanne, y sencillamente porque el gran orador, con la obsesión de su obra, hablaba demasiado de política; y le culpaba de tiranía, porque en diferentes ocasiones Julieta había rehusado invitación para asistir á saraos y banquetes.

En resumen: Gabriela pensaba, con la mejor buena fe del mundo, que el matrimonio de Julieta y Poyanne, si se llevaba á cabo, sería para desgracia de la señora de Tillières.

Eran las dos de la tarde, y sonó el timbre de la puerta... ¿Es un criado de la casa?

Ved á la señora de Candale sentada á su mesita, en el lindo salón *boudoir* donde *se queda* para sus íntimos, bajo el busto del gran mariscal, su antepasado ilustre, esculpido en mármol por Juan Consin.

Escribe cartas atrasadas, esa cotidiana correspondencia de cortesía, de afecto y de caridad para la que deben encontrar, y encuentran seguramente, bellas fórmulas inéditas las mujeres de su rango.

Pero sonó otra vez el timbre... ¡Luego llega visita!

—¡He debido negarme á recibir á ninguna visita!—se dijo.

Y abandonando la pluma, azechó la llegada del importuno.

—¡Toma!—exclamó en seguida.—¿Sois vos, Casal? ¡Qué casualidad!

Y añadió para sí misma:

—¿Por qué vendrá á visitarme, él, que jamás hace visitas?

Mientras tanto el joven la respondía con sonrisa que ocultaba un vago embarazo:

—Tenía que hablar unas palabras con Candale, á propósito de un caballo, por si quiere cambiar el del otro día... Pero he sabido que estabais aquí, señora, y me he atrevido á subir. ¿Os estorbo?

—¡Pero no!—respondióle.—¿Cómo os vendéis tan caro?

Y en seguida la conversación empezó, á partir de aquel imaginario caballo, pretexto inventado por Raimundo Casal para llegar á la comida de la noche anterior.

La señora de Candale pronunció el nombre de la señora de Tillières, y vió pasar por los ojos de Casal un relámpago de curiosidad, y por sus labios una pregunta.

—¡Bueno!—se dijo.—¡Estoy enterada! Viene á hablarme de Julieta.

Los momentos en que una mujer es verdaderamente mujer, astuta y encantadora de gracia, son aquellos en que descubre, en una conversación íntima el interés que os inspira otra mujer.

Al punto siente un movimiento de curiosidad que la hace reconcentrar toda su atención; si estaba escribiendo, deja la pluma; si no escribe, toma una labor ó un libro, ó bien suele encender un cigarrillo, aparentando siempre que no tiene la menor curiosidad.

Después lanza en la conversación una sencilla frase, muy sencilla, y entonces las pérdidas se distinguen en envenenar de repente el porvenir entero de vuestra pasión, por medio de ciertas indicaciones donde el clásico «se dicen tantas cosas,» sirve de vehículo á la más atroz maledicencia.

Al contrario, las que son buenas, pero que olfatean una historia de amor con la avidez que una gata una jarra de leche, despliegan su diplomacia más acariciadora para que os resbaléis en el camino de las confidencias; y entre las astucias para abrir vuestro corazón, la más hábil consiste en decir sencillamente lo que vos mismo tenéis deseos de decir, en hablar en alta voz lo propio que tenéis en vuestro pensamiento.

Así es cómo, repitiendo el nombre de la mujer que le preocupaba, Casal empezó:

—A propósito de la señora de Tillières, ¿cómo está? ¿La habéis visto desde anteayer?

—No—respondió la condesa.—Y no debo preguntaros: ¿Y vos?... Porque tan adusto como os conozco, apostaría á que ni siquiera la habéis enviado una tarjeta...

—¡No apostéis—replicó Raimundo riendo— porque perderíais!... He hecho algo mejor que eso: me he permitido hacerla en toda regla una visita.

—¡Ah! Pues por esta vez habéis tenido razón. ¡Es deliciosa mi amiga, y espiritual como si no fuese lindamente hermosa!.. Sólo que ¿sabéis?... ¡Es mujer honradísima!... Esto os convencerá de que la especie existe... ¿Y de qué hablasteis los dos?

—De nada—respondió Casal.—No desearía sino dejarme convencer de lo que decís... mas por desgracia, las mujeres honradísimas están más asediadas que las otras... Hoy os encuentro sola á vos, señora, por vez primera... pero no he tenido igual fortuna con la señora de Tillières... Llego á su casa, y... ¿quién estaba allí?...

Y se detuvo en esa interrogación.

Con otra persona que no fuese Gabriela, habría calculado bien suponiendo que la respuesta le diría el nombre del amante de Julieta, si ésta le tenía; pero la señora de Candale se contentó con mover la cabeza en señal de ignorancia.

—¡D'Avançon!—prosiguió Casal, obligado á la respuesta después de haber formulado la pregunta.—¡Confesaréis que, para la primera visita, aquel encuentro no es lisonjero! Y por cierto que el buen hombre me gratificó con una porción de cosas desagradables, y estando yo allí; con que imaginad lo que diría de mí en cuanto volviera

las espaldas... ¡La señora de Tillières no va á reconocermel!

—¿Y qué os importaría?—exclamó maliciosamente la condesa.

—¿Cómo? ¿Creéis que sea muy grato pasar por una especie de bruto, que sirve únicamente para conversar con *jockeys*, jugadores y *cocottes*? ¡Palabra de honor! Poco más ó menos, en tales términos me ha presentado aquel viejo galante...

—¿Y qué respondisteis?

—No podía incomodarme ¿no es verdad? en mi primera visita, con un amigo íntimo de la casa; pero ¿vos queréis favorecerme?

—¡Os veo venir!—murmuró la condesa, riendo.—¿Queréis que diga á Julieta que valéis algo más que eso?... Pues vos tenéis la culpa de todo; ¿por qué vivís veintitrés horas, de las veinticuatro que tiene el día, con una banda de jugadores, vividores y señoritas... que os enganchan, os desmoralizan y os arruinan?... Me diréis que esto no me importa...

—¡Ah, señora!—respondió Casal, tomándola una mano y besándosela con ademán respetuoso y familiar, que conmovió á la joven.—¡Si hubiese en la sociedad muchas personas que se pareciesen á vos!

—¡Vamos, vamos!—dijo ella, amenazándole con el dedo.—¡No me aduléis por tan poca cosa! ¿Queréis que os dé ocasión de justificarnos, en presencia

de mi bella amiga, de la malevolencia d'Avançon? Pues id á hacerme una visita en mi palco de la Opera, mañana, viernes...

—¡Dios mío!—se dijo la condesa cuando Casal hubo partido.—¡Con tal que Julieta no me regañe por esta invitación! Pero ¡qué tonta soy! Si ella estuvo contrariada la otra noche desde el momento en que marchó Casal, después de la comida, estará deseando volver á verle... Y este siquiera puede casarse con ella... ¿Casarse Casal? ¡Qué locura! ¿Y por qué no? Es rico, bien relacionado y joven... ¡Sí! Joven de corazón, á pesar de su vida y fama... ¿Qué le falta á ese muchacho? Una buena influencia. ¿Y qué dirá Poyanne cuando sepa esos dos encuentros, uno sobre otro? Pues que diga lo que quiera; ¡lo mismo me da!

A pesar de tales razonamientos y de la hipótesis de un matrimonio entre la joven viuda y Raimundo, la condesa no estaba absolutamente confiada, cuando dijo á su amiga, el viernes por la noche, en el carruaje que las llevaba hacia la Ópera:

—A propósito: olvidábame de decirte que he invitado á Casal á mi palco. ¿Te contraría esto?

—¿A mí?—respondió la señora de Tillières—¿por qué?

Y pronunció este «¿por qué?» con tembloroso acento, que no pudo escaparse á persona tan acostumbrada á las inflexiones de la voz como la señora de Candale.

Julieta, después de la visita de Casal, había pensado constantemente en él, y con lealtad profunda se esforzaba en oponer la imagen de Poyanne á la del tentador.

—¡Qué suerte—había pensado—en haberle recibido mal!—Así no volverá más, porque la verdad es que me habría encontrado molestada para hablar de él en mis cartas á Enrique...

Y acordándose de la despedida que la hizo el diplomático d'Avançon, añadió:

—¡No puedo creer que tenga razón!

Como á la mayoría de la mujeres que no tienen noción precisa del decoro exterior del vicio, la fórmula: «es un vividor,» no representaba para ella nada vago, abstracto, indeterminado, sino la destrucción culpable de sí mismo y la pérdida dolorosa por los remordimientos que la siguen.

—No; Gabriela ve más claro... Él ha debido de tener malas compañías, ser poco amado. ¡Qué lástima! Y en verdad que d'Avançon estuvo incalificable... Pero si él me hubiese encontrado sola, qué me habría dicho?

Y sintiendo un estremecimiento con esa idea, murmuraba:

—¡Bah! ¿Para qué pensar en él? Asunto concluido: ya no volverá más.

Y he aquí que la imprudente amiga la ponía otra vez enfrente del joven.

—Pues yo creía—dijo bruscamente á Gabriela—

que no veías al Sr. Casal fuera de tus grandes comidas de caza.

—Es cierto—respondió la señora de Candale—pero me ha visitado ayer, y tenía un aspecto de lástima...

—¿De qué?

—¿No ha ido á verte también, encontrando en tu casa á d'Avançon?

—No comprendo la relación que exista...

—¡Pues muy sencillito!—interrumpió la condesa.—Parece que d'Avançon estuvo atroz para él...

—Tú conoces á este pobre hombre—contestó Julieta, aparentando reír.—Es celoso, y las caras nuevas no le gustan.

—Bien; pero Casal partió de tu casa persuadido de que habías formado malísima opinión de él, y ha ido á contármelo. ¡Le causas miedo! Si le hubieses oído cómo me decía: «¡Defendedme delante de vuestra amiga!», tú habrías conocido como yo... Y le he invitado para que se defienda él mismo. ¿Qué quieres? Tengo la idea de que es lástima dejar á ese muchacho caer cada día más abajo en sociedades indignas de él, y puesto que tiene en mucho nuestra opinión, ¿por qué desalentarle de vivir en la verdadera sociedad? ¿No lo juzgas así?

Julieta contestó con una frase evasiva, no queriendo mostrar á Gabriela el temblor nervioso que la causaba la presencia de Raimundo.

¡Quizás ella también había deseado esa presen-

cia, aunque intentara demostrarse lo contrario, y se regocijaba con la idea de volver á ver á Casal, sin culpa suya!

Y además, la condesa, procurando justificarse de haber invitado al joven, acababa de encontrar involuntariamente la más peligrosa de las excusas para una mujer tan sensible como la señora de Tillières, en la exclamación «¡qué lástima!» que ella misma se había dicho.

Del pensamiento de que Casal era miserable por los desórdenes de su vida, y que una influencia bienhechora podía libertarle de ellos, al proyecto de ayudar á semejante rescate, de ser esa influencia, no había sino un paso, y este era tentador.

Pero tal halagüeña tentación no se formulaba en aquella alma conturbada sino después de escuchar la voz de su conciencia, que la decía así:

—Ahora no podré ocultar á Poyanne que he visto á Casal.

Porque era costumbre suya, cuando Poyanne estaba ausente, llevar una especie de diario de su vida y de sus pensamientos.

Cuando entró con la condesa en el palco de proscenio, dominábala aquel pensamiento y una expresión de desconfianza contra el joven.

El estaba allí con Candale y d'Artelles.

Y tenía en sus miradas, cuando la saludó, no esa fatuidad provocadora que parece decir á una mujer: «¿veis?, he conseguido encontraros, aun á pe-

sar vuestro,» sino al contrario, casi expresión de sufrimiento.

Aquel seductor, aquel rey de la moda, aquel hombre hastiado, no se reconocía desde la invitación de la señora de Candale.

Decíase, no obstante su experiencia:

—La señora de Tillières va á estar molestanda por encontrarme aquí; creará que me impongo á ella, y si d'Avançon prosiguió un poco más en su trabajo de demolición, soy hombre perdido en su espíritu.

Y esta ansiedad la cambió en verdadero dolor cuando ella pasó por delante de él para ocupar asiento de primera fila, tan graciosamente fría en sus ojos y en todo su rostro, como trastornada le pareció el día anterior.

Por primera vez se apareció entonces á Raimundo la evidencia de la sensación que experimentaba. ¡No se trataba ya, no, de hallarse con una burguesa de diez á doce de la noche, ni de prepararse un *flirt*, una conversación íntima, fuera ó no interesante!

—¡Esto es—dijose en su *argot* habitual—que he sido *flechado!*

Y estudiaba á Julieta que, vestida de blanco, se instalaba al lado de la señora de Candale, que llevaba traje rosa.

Las dos amigas preludiaban la toma de posesión del palco y de la sala, colocando sobre la barandi-

lla de terciopelo el abanico, el pañuelo, los gemelos de concha, el frasco de sales, y pasaban revista, sin aparentarlo, á los demás palcos.

Representábase la ópera *Hamlet*, de Ambrosio Thomas, bastante medianamente.

La excelente artista que ejecutaba la parte de Ofelia estaba todavía envuelta en abrigo de pieles, y Casal, en la penumbra del palco, podía oír frases como estas:

—«¡Dios mío, que rey tan malvado! ¿Cómo ella ha podido envenenar á su marido por un hombre semejante?

»—¿Quién está en el palco de la señora Bonnivet? ¿Ya no es Saint-Luc?

»—Me pregunto siempre si el fantasma es un actor de carne y hueso...

»—Pues no lo dudes: observa cómo mueve los labios.

»—¡Calla! En el palco de la señora Komif está la linda señora Moraines, ¿no es verdad?

»—Mira la reina... ¿Con quién la encuentras parcido?

»—No adivino...

»—Pues con María de Tardes..... ¡Es asombroso!»

Tales son las ideas, ó poco menos, que cambian ordinariamente, al compás de la música, esas esfiges adornadas de diamantes que ocupan los palcos de proscenio, y cuyo perfil, visto de lejos, ex-

cita recuerdos de novela en el cerebro de dos ó tres soñadores pobres ocultos en la sala.

Porque en la Ópera hay siempre alguna pareja de jóvenes, enardecidos hasta el blanco por lecturas mal comprendidas, ya estudiantes famélicos ó pasantes de sala, ya modestos empleados ó provincianos en viaje, que han hecho economías para ir una vez siquiera á mirarse en aquella sala con los resplandores del sol del *high life*.

En el momento en que el telón se levantó para el acto de la locura, la condesa de Candale, dijo para ella misma y para sus invitados:

—Ahora es necesario escuchar.

El silencio reinó en el palco.

Hay, en efecto, en el acto cuarto de *Hamlet* una divina romanza, de la cual diríase que el maestro francés ha tomado el tema á un canto popular del Norte; algunos compases de melancolía nostálgica y desesperada pasan sin cesar en el canto de Ofelia, mientras alrededor de ella sus compañeras van y vienen, danzan y cantan; y el contraste de la vida que se desarrolla alegre y hermosa en torno de un alma presa de pasión solitaria, en el doloroso martirio de su herida íntima, es siempre conmovedor para el corazón.

En las miradas de los amantes se ven palpitar lágrimas de dicha, y todas las bocas se abren para saludar la fiesta, todas, menos la de aquella pobre abandonada, á quien el príncipe cruel ha dicho:

«¡Suave Ofelia!», y en seguida: «¡Entra en un convento!»

A través de la felicidad de las otras adivina su irreparable desgracia, y todo lo que ella habría podido ser, y suspira: «¡Ahl ¡Feliz la esposa en brazos de su esposo!...» Y su razón se va en aquel suspiro...

El encanto de la música y su virtud particular es el hecho de no precisar el simbolismo que envuelve; préstase también á las exigencias más diversas de la sensibilidad.

Y mientras la bella y lastimera frase de la romanza se desenvolvía, á través de una combinación escénica hábilmente preparada, cada una de las personas reunidas en el palco de la señora de Candale sentía palpitar algún pensamiento íntimo.

Gabriela, que sólo con volverse hubiera podido ver á la señora Bernard, la querida de su marido, en un palco inmediato, encontraba en el suspiro de la pobre niña abandonada algo del sufrimiento secreto de su vida; la resolución de Julieta se debilitaba y languidecía por las invisibles lágrimas que la suavidad de la armonía dejaba caer en su corazón; el mismo Casal, invadido por aquella emoción romántica la primera vez en su vida, olvidaba sus dicharachos habituales contra *el ruido más querido de todos los ruidos*, y turbábase un poco, voluptuoso y triste á la vez, al escuchar la conocida romanza al lado de la mujer á quien empezaba á amar.

Ella estaba cerca de él, con sus rubios cabellos sencillamente levantados por detrás, con su nuca finísima, cuya blancura se prolongaba por la abertura del corpiño hasta los hombros, con la suave línea de su mejilla, con el perfume de toda su persona, aroma imperceptible de lilas de Persia.

Estaba cerca de él, y, sin embargo, ¡tan lejos todavía!

¡Ah, si pudiese hablarla en el momento en que ella parecía como confundida en la misma impresión que él sentía!

Pero la puerta del palco se abre, y alguien entra: es Mosé, á quien Candale estrecha la mano, y la señora de Candale se levanta para ir á hablar con el recién llegado, que apenas saluda á la señora de Tillières.

—Venid aquí—dijo Gabriela á Mosé, mostrándole un sillón en el antepalco.—¡Tenéis una cara tan asombrada!... Vamos, contadme eso.

—Pero no, señora—respondió Mosé riendo—¡si no tengo nada que contar!

—Si os estorbo...—dijo Candale.

Y apoyándose en el brazo de Artelles salió del palco, diciendo:

—¡Soy un buen marido! Ya veis que os dejo solos.

—¿Se levantará ella también?—pensaba entretanto Casal, que se había quedado solo con Julieta en la delantera de su palco.

Y era verdad que la señora de Tillières se decía entonces:

—Mi deber es evitar estos cinco minutos de conversación á solas.

Mas ella permanecía sentada en su sillón, afectando recorrer de nuevo toda la sala con sus diminutos gemelos.

En el espejo que decoraba la pared del palco veía el rostro de Casal lleno de inquietud, y ella misma sentía al par su emoción del primer día en que vió á aquel hombre, hermoso y soberbio; y sentía también enternecimiento irresistible ante la evidente timidez que lisonjeaba el más íntimo orgullo de la mujer.

Y en tal momento, cuando se juzgaba culpable y sentía aquellas secretas delicias, no se levantó.

El joven comenzaba á hablarla; podía ella hacerle el desaire de no contestar; pero ¿por qué?

—Es una romanza bellísima—dijo Casal—y sólo por ella se debe perdonar al maestro la osadía de haber tocado á Hamlet... Es necesario, para saber lo que vale la obra de Shakespeare, verla representada en Londres por Irvigny. ¿La conocéis, señora?

—Nunca he ido á Inglaterra—respondió Julieta, y además pensó:

—Gabriela tiene razón; le causo miedo.

Esto fué una sensación de pocos instantes, pero sensación deliciosa.

La reserva de Casal dejaba descansar á su conciencia, y, sobre todo, era una prueba de que ella agradaba al joven, quien proseguía explicando la manera artística del gran actor inglés en la obra principal de Shakespeare.

—Confesad, señora—dijo de pronto Casal interrumpiéndose y riendo—que me encontraréis algo ridículo pretendiendo tener gusto artístico.

—¿Por qué?—preguntó ella con algún estremecimiento.

Dábase cuenta, en efecto, de que aquella frase los llevaría á otras, y que la conversación se haría peligrosa.

—¿Por qué?—respondió Casal.—Por el retrato mío que vuestro d'Avançon ha trazado el otro día.

—¡Pero si no le escuché!—dijo Julieta, esforzándose en ocultar su turbación.—¡Tenía tan fuerte dolor de cabeza!

—Sí—añadió Casal con melancolía, sólo fingida á medias;—pero el día en que no tengáis jaqueca le escucharéis y le creeréis... ¡Y si no á él, á otro!.. Ayer le decía yo á Candale: es un poco duro ser juzgado siempre por algunas locuras de juventud; y además he creído observar... ¿me permitís hablaros con toda franqueza?

Ella inclinó la cabeza, y él, que había sabido presentar aquella pregunta enigmática con cierta gracia infantil, tan poderosa y seductora para las mu-

¡eres cuando la expresa un hombre en toda la energía de viril madurez, prosiguió así:

—Pues me pareció que no os agradaba verme en vuestra casa... Y es verdad, porque vos no me invitasteis á volver...

—¡Pero—dijo ella, turbada por aquella frase tan directa, que ni aun logró disimular—si vos no lo sentiréis! Vivo en el rincón de mi casa tan apartada de todo lo que os interesa...

—¿Lo veis? Escuchasteis la requisitoria d'Avançon, no obstante vuestra jaqueca. ¡Pues bien! Yo quisiera obtener de vos misma autorización para visitaros en vuestra casa de la calle Matignón, aunque sólo sea para preveniros algo contra semejante requisitoria. ¡Confesad que esto sería un acto de justicia!

Y estaba tan simpático en aquel momento, irradiando dulzura de sus claros ojos, y la conversación había sido tan rápidamente conducida, que Julieta respondió como á pesar suyo:

—Os veré siempre con placer.

Esta frase era la más vana, ciertamente; pero dicha así, en respuesta á la petición de Casal, y después que la señora de Tillières se había prometido ser discreta, esa frase equivalía á una primera debilidad.

La palabra «¡gracias!» que Casal pronunció conmovido, hizo comprender á Julieta que el joven así la interpretaba.

Entonces tuvo fuerzas y voluntad para levantarse y dirigirse también hacia el antepalco, á fin de reunirse con Gabriela y Mosé.

¡Era ya demasiado tarde!

VI

La pendiente resbaladiza.

Cuando Julieta regresó del teatro á su casa, y vestida ya con traje de noche, despidió á su doncella y sentóse á la mesita para escribir á Poyanne la relación del día.

Aquella mesita, donde innumerables objetos revelaban la delicadeza del talento del ama de la casa, formaba un ángulo del saloncito; los retratos de sus padres, de su marido y de otros muertos venerados, así como los de sus amigos predilectos, estaban al alcance de la mano y de la mirada, colgados en el tapiz de seda que cubría el lienzo de pared en el que se apoyaba la mesita; encima de los cuadros, unos de fino taflete, otros de plata cincelada, había una librería *étajère* que contenía los volúmenes que ella leía con preferencia: la *Imitación de Cristo*, poesías íntimas, novelas de análisis, sentimentales y moralistas.

Preciosa lámpara velada por pantalla de encaje alumbraba con suave luz el aposento y el virginal lecho de palo rosa, de columnas salomónicas, dis-

¡eres cuando la expresa un hombre en toda la energía de viril madurez, prosiguió así:

—Pues me pareció que no os agradaba verme en vuestra casa... Y es verdad, porque vos no me invitasteis á volver...

—¡Pero—dijo ella, turbada por aquella frase tan directa, que ni aun logró disimular—si vos no lo sentiréis! Vivo en el rincón de mi casa tan apartada de todo lo que os interesa...

—¿Lo veis? Escuchasteis la requisitoria d'Avançon, no obstante vuestra jaqueca. ¡Pues bien! Yo quisiera obtener de vos misma autorización para visitaros en vuestra casa de la calle Matignón, aunque sólo sea para preveniros algo contra semejante requisitoria. ¡Confesad que esto sería un acto de justicia!

Y estaba tan simpático en aquel momento, irradiando dulzura de sus claros ojos, y la conversación había sido tan rápidamente conducida, que Julieta respondió como á pesar suyo:

—Os veré siempre con placer.

Esta frase era la más vana, ciertamente; pero dicha así, en respuesta á la petición de Casal, y después que la señora de Tillières se había prometido ser discreta, esa frase equivalía á una primera debilidad.

La palabra «¡gracias!» que Casal pronunció conmovido, hizo comprender á Julieta que el joven así la interpretaba.

Entonces tuvo fuerzas y voluntad para levantarse y dirigirse también hacia el antepalco, á fin de reunirse con Gabriela y Mosé.

¡Era ya demasiado tarde!

VI

La pendiente resbaladiza.

Cuando Julieta regresó del teatro á su casa, y vestida ya con traje de noche, despidió á su doncella y sentóse á la mesita para escribir á Poyanne la relación del día.

Aquella mesita, donde innumerables objetos revelaban la delicadeza del talento del ama de la casa, formaba un ángulo del saloncito; los retratos de sus padres, de su marido y de otros muertos venerados, así como los de sus amigos predilectos, estaban al alcance de la mano y de la mirada, colgados en el tapiz de seda que cubría el lienzo de pared en el que se apoyaba la mesita; encima de los cuadros, unos de fino taflete, otros de plata cincelada, había una librería *étajère* que contenía los volúmenes que ella leía con preferencia: la *Imitación de Cristo*, poesías íntimas, novelas de análisis, sentimentales y moralistas.

Preciosa lámpara velada por pantalla de encaje alumbraba con suave luz el aposento y el virginal lecho de palo rosa, de columnas salomónicas, dis-

puesto ya con cinco ó seis almohaditas; en la chimenea ardía buen fuego, y el sonido regular del reloj era el único rumor de aquella cámara cerrada, cuyos balcones daban al jardín.

¡Cuánto amaba Julieta aquellas horas de soledad en que se dedicaba á la lectura, y también á escribir sus impresiones del día!

Con el amigo de los amigos, con el secreto esposo de su elección, y cuando las exigencias de la política le alejaban de París, ella había departido allí largamente y le había escrito interminables cartas, dejando correr su pluma por el fino y azulado papel.

Su más dulce pensamiento era entonces seguir á aquel hombre cuyas ambiciones la apasionaban, á quien admiraba, á quien aconsejaba también con tacto exquisito, caricia singular, única, al amor propio de un marido ó de un amante.

Mas aquella noche, y al salir de la representación de *Hamlet*, quedó mucho tiempo con la cabeza apoyada en las manos antes de trazar una sola línea de la carta que deseaba escribir.

¿Había de hablarle de Casal, contarle la petición que le había hecho y la respuesta que ella le diera?

—¡Debo hacerlo!—pensó en alta voz, frunciendo las cejas; y en el movimiento de resolución que revelaba esa frase comenzó á escribir.

Media hora después terminó la carta; refería en

ella su encuentro con Raimundo en el palco de Gabriela y lo esencial de su conversación, y añadía que si la presencia del joven en su casa había de ser desagradable á Enrique, sólo esperaba una palabra de éste para sustraerse á ella.

Volvió á leer la carta, y en su imaginación vió á Poyanne leyéndola dentro de veinticuatro horas, y conocía de antemano su respuesta, porque este hombre generoso, en sus relaciones con Julieta, no quería deber nada á la autoridad.

Era de esos amantes que dicen á su querida:

—Sois libre.

Pero representósele en el acto la escena que había seguido á la comida en casa de la señora de Candale, la animosidad de Enrique contra Raimundo...

Persuadida como estaba de que el amor de Enrique había disminuído, Julieta habría debido lógicamente no tener en cuenta una antipatía que ella calificaba de inicua; mas profesábale aún verdadero afecto para decidirse á sangre fría á proceder con tanta dureza.

—No—exclamó—no le enviaré esta carta.

Y se levantó, y arrojó á las llamas el escrito, y le vió arder con ese malestar bien conocido de las personas que han atravesado por tales periodos de final de relaciones.

—No sé por qué—decíase en la mañana siguiente, procurando acallar el remordimiento que la acosaba—estoy tan turbada por semejante puerilidad. ¿Qué hay de malo en recibir á un amigo de Gabriela de Candale y de Margarita d'Arcole? ¿Qué pretexto hubiera puesto yo para responder á su petición: «¡no! ¡no vayáis á mi casa?...» Gabriela tiene razón: él ha obedecido á un sentimiento muy noble, queriendo contrarrestar el efecto que las habladurías d'Avançon hubieran producido en mí... Y nada de hacerme la corte: algunas visitas de cuando en cuando, que contribuyan á darle algún respeto por las buenas cualidades que tenga... Y Enrique mismo las aprobaría si le conociese mejor, si yo pudiese explicárselas de viva voz...

Y leyendo una carta de Poyanne, que había recibido poco antes por el correo de Besançon, añadió:

—Por lo demás, ahora no se ocupa en mí.

Poyanne, en su carta, en efecto, contaba su llegada á la ciudad natal y su entrevista con los electores notables, refiriendo detalles de la lucha electoral que iba á verificarse en breve.

¡Parecía que evitaba de intento la más ligera alusión sentimental!

Julietta exhaló un suspiro, y dijo:

—¡Cómo ha cambiado! ¡Sus cartas eran antes tan tiernas!

Y metió la carta en una carpetita de taflete, con cerradura, que tenía la fecha de 1881.

Julietta, en su culto por aquel hombre, á quien consideraba con razón como una de las figuras superiores de la época, observaba la piadosa costumbre de no dejar perder ningún billete escrito por manos tan queridas.

El sentimiento del pasado y la idea de que había disminuído la oprimió el corazón, y, para distraerse, empezó á colocar en floreros y copas las flores de Niza enviadas por el general De Jardes, quien viajaba entonces por las costas de Italia para realizar la magna obra militar que estuvo soñando toda su vida.

Rosas medio abiertas y como cansadas del viaje, narcisos pálidos, mimosas doradas, claveles rojos y blancos, violetas rosas, todas las flores, en suma, de aquel hermoso país confundían allí sus colores y perfumes. ¡Pobres plantas, vivas todavía, alteradas por el agua, que iban á renacer por algunos días, exhalaban su alma en una agonía de perfumes, nostálgico suspiro hacia el país del sol y hacia los encantados jardines de Provenza!

La señora de Tillières estaba demasiado conmovida desde la víspera para que no la invadiese extraña languidez con la invisible caricia de los aromas; la tristeza puso lágrimas en sus ojos, y cuando se los enjugaba con su fina mano, oyó con terror abrir la puerta del primer salón.

¡Tembló con la idea de que Casal hubiera aprovechado inmediatamente el permiso concedido!

Si la interrogaba, ¿que le contestaría?

Afortunadamente la puerta del gabinete se abrió para dar entrada, no al joven, sino al exdiplomático d'Avançon, quien estaba tan ocupado en una idea que hacía brillar sus ojos grises, que ni siquiera observó la palidez de la marquesa, sus ojos húmedos, la agitación de sus manos.

—Estoy segura de que va á mortificarme por la noche de ayer en la Ópera—se dijo la joven.

Ella, que bien le conocía, no ignoraba que una de las manías de aquel hombre era no ir rectamente al objeto que se proponía, considerando como deber de su antiguo oficio preparar antes sus palabras, así como su rostro.

Solía decir, al principio de cada conversación, una frase que le sirviera, media hora más tarde, para soltar otra; mas esta vez esperó menos tiempo.

Iba, en efecto, á hablar de Casal, sólo que ignoraba la *soirée* de la Ópera.

Julieta, dándole una ancha anémona, esa flor que es la gloria del Mediodía, le dijo:

—¿No me cumplimentáis por mis flores? Nuestro amigo Jardes ha tenido la gentil idea de enviármelas.

—¿Va á volver pronto?—preguntó el diplomático.—¿Sabéis si irá á Monte-Carlo á probar fortuna?

Es posible.

—Eso me hace pensar—prosiguió d'Avançon—en que ayer he asistido, en la calle Royale, á una de las partidas de juego más fuertes que he visto... Me reprendisteis el otro día, cuando aquí le encontré, de haber sido muy duro con él... Pues bien: ¿sabéis cuánto ha perdido á mi vista, desde las doce á la una y media de la madrugada? Vamos, decid una cifra. ¿No queréis? Sea. ¡Tres mil luises! ¿Oís? ¡Tres mil luises!... Sin duda salía de alguno de esos *bars* ó tabernas en que él y sus amigos tienen la costumbre de embriagarse en alcohol, porque su inseparable compañero, lord Herbert Bohun, estuvo durmiendo todo ese tiempo en un sillón del círculo, y el mismo Casal tenía aspecto de hombre demasiado alegre... ¡Y luego esos jóvenes se indignan porque los hombres de edad les sirven de cuando en cuando un platito de moral!...

—Pero—interrumpió la señora de Tillières—¿el señor Casal es tan rico para hacer eso?

—Tendría, cuando llegó á su mayor edad, unos doscientos cincuenta mil francos de renta; mas ¿qué tiene ahora?—dijo d'Avançon.

El exdiplomático triunfaba, contando á Julieta este suceso para demostrarla que no le había calumniado el otro día.

—De manera—pensaba ella—que después de haberme dejado en la Ópera fué á embriagarse y á jugar en el Círculo.

¿Pero no sabía ella que Casal, como tantos otros jóvenes de su clase y gustos, pasaba en el Círculo buena parte de las noches? ¿Por qué ahora esta idea la produjo tanta pena?

En todo el día consiguió librarse de tan triste pensamiento, asediada por la imagen de los desórdenes de un hombre que ella conocía tan poco...

Y, sin embargo, esta obsesión continuaba en ella el trabajo que comenzó Gabriela de Candale: sintió duplicarse la tentación de acercarse á él con el pretexto, verdaderamente vano, pero peligroso, de ejercer en sus costumbres influencia decisiva.

D'Avançon, creyendo perjudicar á Raimundo en la opinión de la señora de Tillières, acababa de facilitar á los dos jóvenes, ya bastante preocupados de sí mismos, un terreno de aproximación y de intimidad.

Así, cuando Casal apareció en el saloncito Luis XVI, veinticuatro horas después que el malaventurado exdiplomático, su visita era esperada con tal impaciencia como él no podía sospechar.

La señora de Tillières no estaba enferma, ni tendida en *chaise-longue*, en uno de esos trajes vaporosos que son, por su coquetería, el consuelo de las jaquecas; tenía traje de paseo, y sus cabellos rubios, sin estar aprisionados todavía por el sombrero, daban á la fisonomía de Julieta, cándida y astuta al mismo tiempo, un aire dulce y espiritual.

Pensando en lo que quería decir al joven, un matiz de rosa brillaba en sus mejillas, animándola el semblante, y sus azules ojos tuvieron para Casal una mirada singular, cuando ella le dijo después de los primeros saludos y frases vanas:

—Queréis que se os considere como calumniado, y pasáis las noches jugando en el círculo... ¡No digáis que no! Tengo mi policía y sé que perdisteis, á la una de la madrugada del sábado, más de 60.000 francos.

—Pero á las dos los recobré—contestó él riendo—y á las tres gané 30.000

—¡Pues eso es peor!—replicó Julieta.

Y para conformarse con el programa que se había arreglado, comenzó un gentil sermón de amiga inquieta, que Casal escuchó compungido.

¡Él, Casal, el escandaloso Casal, que había tenido más de veinte veces en su vida, en los clubs, aun en los garitos, diferencias de cien mil francos; él, que formaba escuela entre los aprendices de vividores, cuyas palabras se repetían, cuyos gestos se encomiaban é imitaban!

Conviene advertir que durante aquel sermón ejemplar el joven reconstituía mentalmente su noche del viernes al sábado, á fin de adivinar quién había servido tan exactamente á la señora de Tillières.

¿Quién había en el círculo que conociese á la señora de Tillières y le conociese á él?

—¡Ah, d'Avançon, d'Avançon estaba allí, entre los espectadores, detrás de los puntos, y el viejo verde se había apresurado á denunciarle en la calle Matignón!

El procedimiento era de los que los hombres no perdonan, y con razón: una ley de compañerismo, de francmasonería masculina, establece que los hombres no inician jamás á las mujeres en las escenas que tienen por teatro el interior de los clubs, y maridos y amantes hallan demasiado interés en tal discreción para no observarla.

Y, sin embargo, Casal hubiera dado en aquella ocasión la mitad de sus ganancias de la noche al hablador exdiplomático para recompensarle por el gran servicio que le había hecho. ¿No encontraba por él, en efecto, una prueba de la simpatía que le profesaba la marquesa, y además, no encontraba también un sólido punto de apoyo para maniobrar en lo sucesivo en aquel sermón femenino que se le dirigía?

—Si pudiese abonarme—la dijo—á hablar á solas con usted una hora por día, como en este momento, daría mi palabra de honor de no jugar en el plazo de un año.

—Dádmela—contestó la señora de Tillières con una gracia de coqueta.

—¿La queréis?—replicó él con tanta seriedad, que la joven comprendió en el acto cuánto había avanzado en el camino de la familiaridad.

Mas era demasiado tarde para retroceder, y ella contestó alegremente:

—¡Oh, un año! Sería exigir mucho... ¡Si me la dieseis por tres meses!

—¡Os la doy! Tenéis mi palabra de honor!—respondió Casal siempre grave.—Abril, Mayo y Junio; hasta Julio no tocaré una carta.

—¡Lo veremos!—respondió Julieta riendo.

Y á fin de que esta promesa formulada con tanta solemnidad no constituyese el primer secreto entre las dos, añadió:

—Esa palabra causará mucho placer á una persona con quien almorzaré mañana: la señora de Candale... Voy á llevarla vuestra promesa todavía saliente...

Julieta no comprendió todo el peligro que envolvían sus palabras sino cuando Casal se retiró; parecióla entonces que acababa de cometer una imprudencia.

¿No podrían tomarse aquellas frases por una indicación de cita? ¿Y qué pensaría de ella?

El día siguiente era el aniversario del que, siendo solteras, Gabriela y Julieta se habían conocido, y tenían la costumbre de pasarle juntas, un año en casa de la condesa y otro en casa de la señora de Tillières, siendo además pretexto de mutuos regalos.

Así es que Julieta había dispuesto para Gabriela una deliciosa sombrilla de puño de Sajonia.

por nada en el mundo hubiera renunciado al plan de entregar ese recuerdo á su amiga en la fecha indicada.

—¡Si la dijese que viniera á almorzar en mi casal—pensó.—Porque Casal se imagina que he tenido miedo de él, y si tiene el pensamiento de que le inviten...

Estas idas y venidas de su imaginación agitáronla de tal manera, que olvidó á Poyanne cuando llegó la hora habitual de escribirle su carta diaria, y tal vez no se interrogó acerca de la cuestión de saber si hablaría de Casal ó no; aceptaba ya el compromiso, mejor dicho, la dualidad de conciencia que la representaba aquel secreto guardado y oculto á los ojos de su amante Enrique.

—¡Dios mío!—se decía en conclusión...—¿cómo se arreglan las mujeres para engañar á sus maridos? Yo sólo tengo que guardar un ligero secreto, y esto ya es muy penoso para mí... ¡Será menester que no se repital!

Y pensando así intentaba persuadirse de que no quería volver á ver á Casal tan pronto; mas cuando llegó á la calle de Tilsitt, con la preciosa sombrilla, habría sufrido una decepción no encontrando allí á Raimundo.

Hallábase la condesa el día anterior examinando varias joyas, obras maestras de los primeros orífices de París y Londres, alrededor de las que se libran diariamente tantas mundanas batallas.

—¡Llegáis á tiempo!—exclamó alegremente, al ver á Casal, que entraba.—¿Cuál brazaletes de estos preferís?

Y le presentó dos aros de oro, uno con esmalte negro y la palabra *Remember* en diamantes, y otro cerrado por un reloj microscópico, original paradoja de elegancia, hoy en desuso por la vulgaridad.

—Este—dijo Casal, indicando el segundo—tiene dos ventajas: primera, no ostentar una divisa pretenciosa; segunda, ser una comodidad para las despedidas...

—¿Cómo?

—Sí: una mujer se aburre con su amante, y no se atreve á consultar el reloj de la casa para ver si es hora de despedirse; entonces echa los brazos al cuello del amado, y mira á hurtadillas la hora en el brazaletes...

—¡Vaya una idea!—contestó la condesa.—Me recéis que yo refiera vuestras impertinencias á la persona para quien he escogido el brazaletes; y se las referiré, para castigaros, mañana.

—¿A la señora de Tillières?—preguntó Casal.

—¡Pronto habéis adivinado! Sí, á la señora de Tillières.

—Sed justa: referidla mis impertinencias, como decís; pero delante de mí, para que yo pueda defenderme.

—¿Estáis libre mañana?—dijo la condesa.—En

tal caso venid á almorzar... y procurad merecer el obsequio, porque seréis el único en tal día.

Y entonces la condesa le explicó toda la historia de su amistad con Julieta, y con tal lujo de detalles, que Casal no tuvo gran mérito en escucharla religiosamente.

La primera persona que vió Julieta á su entrada en el saloncito de la calle de Tilsitt, fué Casal, y mostróse radiante de alegría al tomar el brazo de su confidente de la víspera para pasar al comedor.

Las mundanas tienen gusto exquisito para organizar esos almuerzos, á la vez clandestinos é inocentes, en los que tanto les agrada la fantasía de la intimidad más libre, la certidumbre de que ningún importuno les estorba, y, digamos sin reparo, la alegría sensual de comer bien y con buen apetito.

El almuerzo con una ó dos amigas, ó uno ó dos amigos, no más, es entonces una fiesta improvisada, y tanto más, cuanto que la persona á quien se asocian para ello es generalmente un ocioso, un hombre que no tiene otro oficio que agradarlas.

En París, ningún hombre de ocupaciones serias almuerza, y, por lo mismo, las mundanas los codician; pero sucede á menudo que su elección recae, no siendo amantes ó amigos íntimos suyos, en hombres que no tienen otro mérito aparente que sus buenos modales y un buen sastre, y de diez

veces, nueve, estos repentinos favoritos poseen también la cualidad principal de todas: que están siempre dispuestos.

Gabriela, en viendo á su amiga y á Casal sentados á su mesa frente á frente, tenía consigo este pequeño monólogo:

—Esta Julieta se obstina en presentar un semblante severo, y aun quisiera hacernos creer que está contrariada; pero no debéis, señora, tener tanta distracción en los ojos cuando me habláis, porque eso me prueba que sólo escucháis á Casal, que habla con mi marido... ¡Si ella experimentase por él un verdadero sentimiento, y al cabo el matrimonio se hiciera! Porque si se casa con el salvaje Poyanne, la pierdo para siempre, y casándose con Casal, que tiene los gustos de Luis, nuestros gustos, ¡pasaríamos una vida tan hermosa! Y él está como embobado... ¡Bueno! ¡ella se ríe! Lo que acaba de decirlo ¡debió ser tan delicado... ¡Y cómo la mira poco á poco! Vamos la habla y ella le responde...

Este mudo comentario era como el acompañamiento de una de esas *causeries* que, según la regla ordinaria, mariposean alrededor de las preocupaciones parisienses, y que van desde las carreras de Anteuil á la política, ó del último proceso á detalles de cocina, pasando por el teatro y por alusiones al más reciente escándalo.

La casualidad hizo que Luis de Candale dijera á Raimundo:

— ¡Ayer te admiré! Confieso que fué la vez primera que te vi rehusar una banca, y con Machault, que siempre gana.

— Es que me hago viejo—respondió Casal, alzando los hombros—y estoy reñido con la sota de oros.

— He ahí un capricho razonable—dijo Gabriela.— Pero ¿desde cuándo data, y cuánto durará?

— No es un capricho, señora, os lo juro—respondió el joven con la misma sencillez que empleó el día anterior para dar su palabra de honor.

Esa frase, inteligible sólo para Julieta, hízola estremecerse hasta en sus fibras más profundas. Si Casal la hubiese dicho en los propios términos que la amaba, es seguro que ella no habría experimentado una emoción más fuerte.

Cerró los ojos un minuto, para que él no leyese allí los sentimientos confusos que la agitaban, y á partir de aquel momento no pudo conservar ya su máscara de defensa.

Raimundo, probando el resultado inmediato del primer consejo que ella le diera, ¿no la excusaba ante los ojos de su conciencia del acceso demasiado fácil que ella le otorgó en su casa?

Y él, además, continuaba agradándola infinitamente, gracias á ese magnetismo personal que desconcierta todos los análisis y que parece justificar la dura fórmula de los sabios que consideran el amor como un simple fenómeno físico.

Luis de Candale había dejado el saloncito de fumar, donde se tomó el café, después del almuerzo, y la joven estaba allí todavía experimentando el encanto de la presencia de Raimundo.

Y su abandono á este encanto era tan completo, que hubo de sobrecogerse cuando, por distracción, vió la hora que marcaba el reloj del brazalete que la condesa le había puesto en el brazo.

— ¡Las tres!—exclamó realmente sorprendida.— ¡Y había pedido el coche para las dos! Me voy corriendo.

— ¿Quieres esperarme?—la preguntó Gabriela.— Iré contigo.

— ¡Ah!—contestó Julieta.— También yo lo quisiera, pero debo ir á buscar á mi prima.

Y ella misma se asombró, al bajar la escalera, de una mentira inventada tan repentinamente.

¿Por qué? Porque en aquel instante no habría podido sorportar sin sufrimiento las bromas que Gabriela no hubiera dejado de dirigirla.

* * *

Según costumbre, el lacayo había puesto en el carruaje la correspondencia llegada por el correo del medio día; tres cartas, una de ellas de Poyanne.

La señora de Tillières la miró largo tiempo sin abrirla; acababa de comprender la fuerte impre-

sión de que ella se conducía muy mal con aquel amigo ausente.

Bajo la influencia súbita de este remordimiento, vió en Besançon sentado á su mesa de trabajo, escribiéndola para refrescar el alma con su recuerdo más querido, después de las febriles luchas de la política.

Todos los motivos de tierna admiración que la había acercado al noble orador se despertaron juntos en ella, y sus manos temblaban al romper el sobre.

¡Quizá si hubiese encontrado en aquella carta una frase de ardiente efusión, habría encontrado también Julieta las fuerzas que la faltaban para reponerse!

Porque los momentos más decisivos de nuestra existencia sentimental son aquellos en que la emoción nos invade muy vivamente, para que no podamos engañarnos acerca de su naturaleza, sin que ella haya ahogado aún todos los escrúpulos.

Mas la carta aquella era alegre, valiente, casi ligera, y el conde juzgó sin duda que debía de agradar á su amada.

¡Ni una palabra había en toda ella que pudiera conmover el corazón, ya enfermo, de Julieta!

Ella leyó la carta, y repitió lo que en otra ocasión dijera con desaliento:

—¡Cómo ha cambiado este hombre!

Y no era verdad.

Pero creerlo así, en el momento en que iba á ser envuelta por la más hábil y bien dirigida de las seducciones, en verdad que hubiera sido peligroso para Julieta.

Es necesario decir, para no ser injustos con esta encantadora mujer, casi siempre tan prudente, que Raimundo tuvo el arte de conducirse, hasta el regreso de Poyanne, con un tacto impecable, y aunque hubiese sido informado exactamente del aislamiento momentáneo de la señora de Tillières, no habría desplegado más fina delicadeza.

Y esta delicadeza y aquel tacto no eran resultado de un cálculo, no, sino que él se abandonaba sencillamente á la sinceridad de sus propias emociones.

¡Ahí estaba para Julieta el verdadero peligro! A través de una vida tan desordenada, el joven conservaba una naturaleza bastante fina, bastante artista en sensaciones para dejarse arrastrar con delicia al atractivo de relaciones nuevas para él, y sin una sola de las violencias de amor propio que, estremando el ataque, despiertan la desconfianza en las mujeres.

Como él se decía, la noche de la Opera, en el lenguaje expresivo y brutal que dejó de usar cuando se hablaba de Julieta, había sido *agarrado*.

Y cuando un vividor profesional, un hombre que ha abusado de la galantería se transforma en verdadero enamorado de una mujer honrada, ó

que tal la cree, tiene siempre como una embriaguez de rejuvenecimiento que hace de él una nueva persona, y tiene también singular interés por esa mujer, á la que procura la más dulce de las adulaciones.

Ese rejuvenecimiento comienza por la cabeza, y descansa, como todas las conversiones duraderas ó momentáneas, en una ley general de la inteligencia; nosotros tenemos la imaginación de nuestras costumbres, y ocuparse en una mujer es, para un libertino, ver con detalles exactos en lo posible la manera de ver cómo ella se le entregará y qué especie de placer gozará á su lado.

Y en una mirada semejante, mirada de conoedor en impureza, Casal envolvió á la señora de Tillières desde el primer momento de verla; en su segunda entrevista comprendió la imposibilidad de brutalizarla así en su pensamiento; en las visitas subsiguientes esa imposibilidad creció por todo extremo, porque unas veces en casa de la señora de Candale, otras en el teatro y algunas en la calle Matignón, siempre encontraba el medio de verla y hablarla.

Ella, desde la tercer visita del joven, y en todas las siguientes, se parapetaba detrás de un estudio medio abandono, ocultaba los ojos á la vez impenetrables é inaccesibles, guardaba una actitud de castidad que no permitía la más ligera audacia de palabras.

Era como la flor de pétalos demasiado frágiles, ante la cual vacilaban los dedos que anhelaban cortarla, y Casal, vencido por la influencia de la joven, tomó bien pronto la costumbre de abreviar las visitas, contentándose con gozar del estremecimiento interior en que la envolvía su presencia.

—¡Y decir que yo—pensaba él—me he burlado tanto de cualquier camarada que respetase á una mujer!... Pero es menester confesar que ésta no se parece á ninguna... No, no me equivoco, es única!

Y entonces se abismaba en la ocupación habitual de los enamorados, que consiste en demostrarse con gran abundancia de detalles las razones que tienen para preferir su amada á todas las otras mujeres.

¡Qué ocupación para un hombre como él, hastiado de los placeres!

Y este suceso se cumplía en Raimundo en condiciones de existencia tan poco favorables como era posible á sentimientos de esa clase, porque Casal continuaba con sus antiguos amigos, con sus costumbres de *club* y de *sport*, y experimentó de repente la impresión que da á toda amistad oculta, aunque sea inocente, cierta poesía de misterio.

Un mes había transcurrido desde que pidió en la Opera, con tanta timidez, el permiso de una visita.

Eran las diez de la mañana y el joven se vestía en el gabinete de tocador, en su hotel de la calle

de Lisbonne, y sobre una mesita colocada delante de la biblioteca había un estuche abierto que dejaba ver un collar de perlas, destinado á servir de ofrenda de ruptura de relaciones á Cristina Auroux.

Esta pobre actriz se le había hecho insoportable, hasta el punto de que Casal se decidió á romper con ella; sí, Casal, el hombre que solía decir:

—¡Nunca he roto mis relaciones con mujeres! ¡Las guardo todas, todas!

En una mecedora se balanceaba Herbert Bohun, su amigo, que había ido entonces para acompañarle á caballo por el *Bois*, hombre atlético, á pesar de sus excesos, con rostro enérgico y hombros de boxeador, el cual, mientras sacude la alfombra con la punta de su látigo, habla, cosa rara en él antes del medio día, y cuenta en estilo telegráfico su velada de la víspera.

—¡Excelente comida, querido, en casa de Machault! Yo no hubiera dado mi sed, antes de sentarme á la mesa, por veinte libras... Un Chateau Margaux blanco, muy recomendable, un Latour del 69, un Oporto rojo superior, un Jerez delicioso y un Champagne dulcísimo... Te esperé luego en casa de Phillips, y nada... para acabar la noche un soberbio whisky...

Mientras este terrible monomaniaco de alcohol deploraba en tales términos su extraña decepción en la noche anterior, Casal, sentado ante su espejo,

sonreía al pensar en ello; á la misma hora en que Herbert Bohun le esperaba en casa de Phillips, veíase en el salón de la calle de Tilsitt hablando con Gabriela y Julieta.

¿De qué hablaron? Sólo se acuerda de que el vestido de la señora de Tillières era de encaje negro, sobrefalda de moaré rosa, el mismo que llevaba la noche en que la conoció.

—¡Seis días hace que faltas! —insistió Herbert.—Alguna nueva burguesa, ¿eh?

—¡No, á fe mía! —dijo Casal.—Me acosté á las once, porque estaba cansado.

—¡Pues bien te has repuesto! —replicó Herbert.—Cutis, sonrosado, ojo limpio, buenas condiciones... ¿Estás listo?

El hecho era, en verdad, que Casal no había estado en mejores condiciones desde hacía muchos años, y nunca la sensación de la vida física fué tan enérgica en aquel hombre.

Las mujeres de la alta galantería que paseaban aquella mañana por la avenida del *Bois* se decían al verle pasar á caballo con Herbert:

—¡Es asombroso! ¡Ese Casal siempre tiene veinte años!

Es el rejuvenecimiento de los libertinos por el amor romancesco un segundo principio vital, y el más poderoso, que reside, en efecto, en la repentina interrupción de sus constantes excesos.

Nunca Raimundo había experimentado mayor

placer en montar á caballo, y no en el pacífico *Boscard*, sino en *Temerario*, el más vivo de sus corceles; y cuando los dos amigos volvieron á la calle de Lisbonne para almorzar, Casal comió con excelente apetito, y el borracho Herbert Bohun apenas gustó de los exquisitos platos confeccionados por el cocinero artista que Raimundo heredó de su padre.

Había, además, otro motivo más noble para la alegría y satisfacción del joven: la señora de Tillières, en la entrevista del día anterior, aludió á una visita proyectada á un almacén de novedades para señora, en la calle de la Paix, y él se había prometido acechar el carruaje que tan perfectamente conocía.

Ved ahora á Raimundo paseándose entre la plaza Vendôme y la avenida de la Ópera como un provinciano cursi, y registrando con atenta mirada todos los comercios.

Su corazón palpita con violencia; Casal acaba de reconocer á Julieta á través de un escaparate; entra allí con la fisonomía ruborizada de un colegial sorprendido en fraude, y la saluda, y en seguida la acompaña hasta el coche, más satisfecho que un mozalbete.

Y luego, cuando tire al sable en el círculo de la plaza Vendôme, los maestros en esgrima podrán admirar su agilidad y destreza, y los higienistas criticar su abuso de fuerzas; y él no pensará sino

en la cabeza rubia que poco antes se asomó á la ventanilla del coche para despedirse, y pensará también en que, por la noche, en casa de la señora d'Arcole, quizá volverá á ver la misma cabeza rubia y aquellos ojos tan penetrantes que le detienen siempre en el momento de declararse.

Pero Julieta no llega, y Raimundo, lejos de ir á consolarse con el juego, se dirige á su casa de la calle de Lisbonne así razonando:

—¡Soy demasiado tonto! De dos cosas una: ó es una coqueta ó siente ya algo por mí... En ambos casos es necesario obrar... Pero no me reconozco, y debo decir que, cuando estoy delante de ella, me veo pequeño, muy pequeño, á su lado. ¿Y ella? Ella sabía que yo iba á ir esta noche á casa de la duquesa d'Arcole, y se le ha invitado delante de mí; pues ¿por qué no ha ido allá?... ¡Tiene algo triste en sus ojos, como un sufrimiento! Y, sin embargo, he registrado bien su vida, y no hay en ella ninguna sombra de sombras de historia... ¡Parece que está luchando sin cesar contra un pensamiento! ¿Qué pensamiento? Es bien sencillo; me ama y no quiere amarme... ¡Vamos, será otro día!

Si. ¿Qué pensamiento?

El joven se durmió con esta pregunta, á la que su profundo conocimiento de las mujeres le permitía dar una respuesta deliciosamente tranquilizadora para su inquietud; pero se equivocaba atribuyendo á los principios religiosos el deseo de no

caer en una situación mundana, y menos al recuerdo de un marido trágicamente muerto.

Ese pensamiento, sin cesar agrandándose en el corazón de Julieta, resbalando por una pendiente insensible que le ha conducido fuera del camino trazado por su voluntad, no es otro que el del regreso de Poyanne, que se acerca en cada hora, en cada minuto.

Dentro de quince días, de diez, de cinco, él estará de vuelta, y será necesario explicarle cómo ha permitido que un advenedizo entrase en su intimidad...

¡Y qué advenedizo!

¡Ah! ¡Cuán duras son de pasar las últimas horas de espera, esa espera en la que se mezclan por modo cruel los remordimientos de lo que ella ha permitido!

¡Mañana, tal vez, Enrique entrará en el mismo saloncito donde Casal ha estado hoy mismo!

¿Qué le diría ella? ¿Por qué ha previsto desde el primer instante esa dificultad, y por qué, previéndola, ha consentido en que las cosas lleguen á tal crisis?

Si dice la verdad al ausente, ¿qué frases encontrará para detallarle los matices de sentimiento que ella ha tenido y que la han conducido á una serie de acciones desagradables (ella sabía que lo eran) á Poyanne?

Pero ¿conoce, acaso, ella misma esos diversos

matices? ¿Se atreverá á mirar en su alma con la habitual serenidad?

¡No! ¡Tiene miedo de descubrir en ella algo que sabe que allí debe permanecer oculto!

Ha procurado demostrarse que, durante las semanas últimas, transcurridas con velocidad que le parecía sobrenatural, Raimundo no ha pronunciado una sola palabra que no hubiera podido escuchar Poyanne ..

¿Por qué la espera es tan dolorosa á la pobre mujer que pasa en el lecho, presa de la más cruel angustia, toda la tarde que precede á la vuelta de su amante, del hombre á quien se ha entregado para siempre?

Apenas si un rayo de luz se desliza á través de los cristales de su cámara, y allí está Julieta, con los ojos abiertos, las sienes palpitantes de jaqueca, que mira...

Pero ¿qué mira? ¿Qué tempestad se desencadena en su perturbada conciencia?

Un golpe en la puerta, débil, pero bien perceptible, la hace estremecerse; y en seguida ve entrar á Gabriela que, habiendo sabido por la señora de Nançay la noticia del regreso de Poyanne y la jaqueca de su amiga, desea ver á esta última.

Gabriela está sentada al pie del lecho, y oprime entre sus manos las ardorosas de Julieta, y con ese instinto de curiosidad que se mezcla á la compasión en las mejores confidencias, la dice:

—¿Conque Poyanne viene mañana?

—Sí—contesta la señora de Tillières, con voz apagada.

—Pero—dijo la señora de Candale, acercándose más á Julieta;—¿no va á estar algo celoso de nuestro amigo?

—¡Ah, cállate!—respondió la señora de Tillières, estrechando fuertemente la mano que oprimía á las suyas.—¡Cállate, no me hagas pensar en eso!

—Pues eso, como tú dices, sólo es incomodarte por escrúpulos de niña. Me parece que eres libre de recibir á quien te agrade... ¿Y quieres que te hable como á una hermana? Pues te agrada más Raimundo. ¿Y quieres que te diga otra cosa que tú sabes ya, y muy bien?

—¡No, cállate!—repitió la señora de Tillières.—¡No quiero escucharte!

—Pero—prosiguió Gabriela, queriendo dar un gran golpe de efecto ante la turbación de Julieta;—¿por qué no te casas con él?

—¿Casarme?—exclamó Julieta con desgarrador acento.—¿Casarme... con él? ¡Es imposible! ¿Entiendes? ¡Imposible!

—¿Por qué?

—¡Porque no soy libre!

Y la desgraciada Julieta, recostándose en las almohadas y á través de sollozos, confió todo su secreto á la señora de Candale, que la escuchó también llorando.

La fiel *Santa* no se dijo que noventa y nueve mujeres entre ciento se dirían en su caso, al saber que su mejor amiga tenía un amante, y que lo había ocultado perfectamente: «¡He sido una estúpida dejándome engañar!»

¡La condesa poseía una manera noble de sentir para descender á estas mezquindades!

Sólo que comprendió con espanto el juego terrible que ella misma había jugado, lanzando á Casal en la vida y en el camino de la señora de Tillières.

Quedó como aterrada de la obra: vió distintamente lo que Julieta no osaba leer en su propio corazón, un principio de amor apasionado á Raimundo Casal, y esto lo vió en la misma revelación que acababa de hacerla su amiga acerca de los vínculos que la unían á Enrique Poyanne.

—¡Ah, pobre, pobre amiga!—decía con angustia, cubriendo de besos á Julieta.

Y después de un momento añadió:

—Pero ¿qué vas á hacer?

—¡Oh!—exclamó con desesperación la señora de Tillières.—¿Lo sé, por desgracia?

VII

Restos vivos de un amor muerto.

Tan profundamente especiales son ciertas partes de nuestro carácter, y tan íntima y naturalmen-

te nuestras, que la pasión, esta mágica que transforma tantas cosas en el sér humano, deja esas partes perfectamente intactas.

La señora de Tillières, impulsada, arrebatada mal de su grado por el peligroso camino de su nuevo amor, durante algunas semanas de intimidad creciente con Raimundo Casal, no había dejado de ser la mujer prudente y discreta de siempre, la misma acusada por los maliciosos de estar algo abajo de su esfera, y cuyos admiradores la admiraban por su delicada reserva.

Había encontrado el medio de que ni su madre ni sus visitas familiares vieran con frecuencia á Casal.

Mas uno de aquellos amigos era menos fácil de engañar que los demás: d'Avançon, que desde la primera visita del joven había experimentado, en presencia de aquel huésped no esperado, un movimiento súbito de desconfianza.

Bastóle ir de improviso á la calle Matignón y encontrar allí á Raimundo, ir á la Opera ó al Teatro Francés y ver también allí á Raimundo hablando con Julieta, para que su primera desconfianza se elevase hasta unos celos tan apasionados como, en estricto derecho, injustos.

Y la joven multiplicó estos celos mostrándose enojada, y cierto día le dijo que no continuase sus diatribas contra la juventud moderna, y se lo dijo de tal modo que el viejo verde no volvió á tener deseos de sacar á discusión tal asunto.

Y era que d'Avançon poseía por Julieta un verdadero afecto, y estaba orgulloso de representar cerca de aquella delicada criatura la vida elegante, con el mismo derecho que Poyanne representaba la política, Miraut las artes, Accragne las obras benéficas...

Frunció las cejas ante la intrusión del advenedizo Casal en el santuario del saloncito Luis XVI, porque nada podía ser más desagradable para él como ver allí, precisamente, á uno de los héroes de la vida elegante; sin contar con que sentía hacia Casal, desde años antes, la antipatía instintiva que profesan los jefes de fila de una generación á los jefes de fila de la generación siguiente.

A la primera visita de Casal, el exdiplomático adoptó actitud de maestro y señor del paraíso de la calle Matignón; y como resultado de todos estos antecedentes, en la víspera del fracaso de Poyanne había librado ya tres batallas contra Raimundo, si no precisamente delante de la señora de Tillières, muy cerca, puesto que fué delante de la madre, á quien bosquejó un retrato bastante negro del antiguo amante de la señora de Corcieux, olvidando él mismo, por cierto, el gran principio de Tayllérand, su ídolo: «Todo lo que es exagerado es insignificante.»

—Estad tranquilo—habiale respondido la señora de Nançay—porque si ese hombre es tal como decís, no vendrá muchas veces á casa de Julieta.

Ella habló á su hija, con indulgente ironía, de las inquietudes que la ocasionaba su nuevo amigo, y la señora de Tillières, que se echó á reír, sin duda para acallar algún remordimiento, díjola, hablando de Raimundo:

—¡Es uno de los íntimos de la señora de Candale!

D'Avançon, batido allí, como en todas partes, después de directas gestiones cerca de Miraut y Accragne, se dijo al salir de casa de este último:

—¡Paciencia! Pronto regresará Poyanne, y si yo no profeso sus ideas es, por lo menos, hombre de buen sentido práctico...

* * *

Así se preparaba, desde hacía algunas semanas, el desenlace de este drama de corazón, por el silencio de la señora de Tillières y por la imperdonable malevolencia de un amigo que se creía que era, en efecto, de los más íntimos y de mayor adhesión.

Porque ¿cómo había de sospechar d'Avançon que el paso que intentaba dar cerca de Poyanne constituía para Julieta el mayor peligro, y sería para el mismo Poyanne origen de crueles dolores?

Hay, en lo que se llama generalmente «juego natural de los acontecimientos,» como un fondo de justicia que nos permite llevar nuestra vida al com-

pás de nuestros malos deseos; y luego, la sencilla lógica de estos deseos realizados nos castiga.

Julieta de Tillières y Enrique de Poyanne se habían esmerado, por espacio de largos años, en engañar á todos sus amigos acerca de los vínculos que les unían, y lo habían conseguido.

¿Qué extraño era, por lo tanto, que uno de esos amigos, engañado como los otros, se determinase á penetrar en el sentido de sus convicciones y á hacer á los dos amantes, ignorando que lo eran, un daño irreparable?

Lo peor era que el terrible d'Avançon, contando por cuarta vez sus cuitas acerca de la intrusión de Casal, debía de aumentar la expresión de su pensamiento; porque si á la señora de Nançay la dijo: «¡Guardaos, porque podrían dar que hablar las visitas de ese hombre!,» después del fracaso que le ocurrió con Miraut y Accragne, diría á Enrique de Poyanne: «¡Yo sé que se habla de esas visitas... y... se murmura... y...»

Por supuesto que ni siquiera dió á la señora de Tillières el tiempo de prevenirla, porque ¡tanto el odio á Raimundo Casal se había exaltado en el corazón de aquel hombre de cincuenta años, desocupado y celoso!

Poyanne llegó en el tren de las cinco de la mañana, y á las once, d'Avançon, informado ya de su llegada, comenzaba su filípica, concluyéndola de este modo:

—Sólo vos, amigo mío, podéis prevenir á esa pobre criatura del mal que causa á su propia reputación. Yo hubiera querido hablarla, pero ya recordaréis que ella se burla de mi antipatía á los jóvenes, como si tuviera antipatía á hombres como vos, mi querido Enrique... En revancha, ¡los vividores de hoy me causan horror!... Y no es que yo me lamente de la alegría de la juventud, no; porque mis amigos y yo también nos hemos divertido siendo jóvenes... ¡pero sabíamos divertirnos!... ¡Jamás habríamos imaginado, como esos vividores de hoy, reunirnos á una mesa, pero sin mujeres, ¿entendéis?, sin mujeres, y atracarnos de manjares y de vino hasta caer inertes bajo la misma mesa! Esas costumbres son buenas para ingleses... pero todo nos viene de Londres hoy, los vicios y los hábitos... ¿Creeréis que tales vividores pretenden que no puede calzarles sino cierto Domas ó Somas, Tamas... ¿qué sé yo?... el cual envía todas las primaveras un embajador, como si fuera un rey, á visitar el calzado de esos jóvenes *snobs*?

Y así habría continuado largo tiempo fustigando la anglomanía de la juventud moderna si el conde de Poyanne le hubiese escuchado; mas cuando d'Avançon preguntóle:

—¿Hablaréis á la señora de Tillières?

Poyanne le respondió:

—Procuraré encontrar una coyuntura favorable...

Acababa de recibir el infeliz Poyanne en medio del corazón una de esas estocadas que suelen dar tantas manos imprudentes, que no saben dónde hieren; y cuando esto nos ocurre, ni siquiera podemos verter sangre, sino ahogarnos en ella por dentro, y solos.

Cuando d'Avançon marchó, más orgulloso de su diplomacia que un Congreso, ignoraba seguramente que dejaba allí un hombre en plena desesperación.

El culpable denunciador habría tenido menos alegría en atravesar el Sena, y después los Campos Eliseos, para volver á su casa, y encontrar, hacia el *rond-point* de la plaza de la Concordia á Raimundo Casal, quien volvía del *Bois* montado en su pacífico *Boscard*.

El joven hablaba, riéndose, con su compañero, que no era otro sino lord Herbert.

—¡Diviértete, amigo, diviértete!—murmuró de Avançon, después de seguirle algún tiempo con la mirada, no sin marcada envidia al examinar la gentileza del joven.

—¡Diviértete!—prosiguió.—¡Ah! ¡Vamos á tallarte como los *croupiers* de una casa de juego! Poyanne romperá el fuego, Julieta no podrá adivinar que le he visto esta mañana... ¡La conozco! ¡Es tan prudente! Había nacido para ser mujer de un diplomático... Su primera idea, cuando sepa que se habla de ella, será arreglarse para que Ca-

sal vaya menos á su casa; y como el animal se incomodará, insistirá, cometerá alguna enorme grosería, henos aquí libres de él... Y si tal momentáneo plan fracasa, prepararemos otro. Lo que me causa mucho placer es no haberme equivocado acerca de Poyanne. ¡Ya sabía yo que él vería las cosas como son!

Mientras este verdugo inconsciente se decía ese monólogo de fatuidad profesional y creía hacer honor á Tayllerand por su destreza, Poyanne, la desgraciada víctima, iba y venía por la sala, entregado á violento acceso de dolor.

La vasta pieza donde el conde paseaba, para engañar por el movimiento el exceso de su agitación exterior, era un gabinete de trabajo, guarnecido de libros en las cuatro paredes.

Las altas ventanas se abrían sobre el jardín del *Square* y sobre la fábrica gris de la iglesia de Santa Clotilde.

¡Cuántas veces, desde hacía dos años, el gran orador había paseado también por aquella misma sala con el corazón atravesado por la cruel idea de no ser amado!

Y, sin embargo, nunca sintió dolor comparable con el de la mañana del día de su regreso á París.

Pero aquella revelación, llevada por el diplomá-

tico, valía poca cosa. La señora de Tillières sabía recibir á su nuevo amigo, del cual no le hablaba en sus cartas, y nada más.

Pero si los hechos son nada para el que ama, su significación sentimental es todo; y para comprender el terrible golpe que debía resonar en el corazón del conde, es necesario explicar en qué situación moral se encontraba al día siguiente de la campaña en el colegio electoral.

Desde hacía algunos meses, aquel hombre tan sereno, que atravesó sin vacilar tan recias tempestades, experimentaba una impresión de laxitud que él explicaba por una serie de contrariedades casi simultáneas, no queriendo admitir la palabra supersticiosa de presentimiento.

En realidad, se encontraba en uno de esos periodos de la vida en que todo nos falta á la vez, como á otros les favorece el éxito sin que haya necesidad de invocar la gran palabra de *casualidad*.

Para tomar ejemplo muy significativo de una historia gloriosa, las cualidades de Bonaparte correspondían con tanta precisión al *medio* creado por la tempestad revolucionaria, que en aquel periodo todas sus empresas debían tener éxito y le tuvieron.

Desde Eylau, y á pesar del triunfo, es visible que no existe armonía completa entre aquel genio y las nuevas condiciones de Europa.

Cada hombre cruza así una época en que está,

en su vida pública y privada, lo que los ingleses llaman enérgicamente *the man right in the right place* (el hombre que conviene en el puesto que le conviene).

Aun sus defectos se adaptan entonces á las necesidades de posición, como el sistema restrictivo del emperador á la Francia de 1800, que debía reconstruir toda entera; y más tarde, en el periodo de la desgracia, aun las privilegiadas cualidades de aquel hombre se conciertan para su ruina.

Así se explica la excesiva energía de Napoleón en una Europa hambrienta de reposo y entre soldados extenuados por las fatigas de la guerra.

En la medida en que los hombres modestos pueden ser comparados con una fortuna grandiosa, tal había sido la historia política y sentimental de Enrique de Poyanne.

Cuando los electores del Doubs le enviaron al Parlamento, concluida la guerra, y encontró en seguida á la señora de Tillières, se propuso triunfar en la Cámara y agradar á la joven por todas las razones que le habían hecho obscuro y desgraciado hasta entonces.

Recuérdese que M. Thiers, á propósito del primer discurso del conde de Poyanne, dijo con su voz flautada:

—¡Lástima grande que este joven no *debutase* en la Cámara de los Pares de 1821!

El conde, por su desinterés, su generosa elocuen-

cia, la amplitud y la firmeza de sus principios, el palpitante recuerdo de su bravura personal, por todo esto llegó á alcanzar súbitamente extraordinaria autoridad moral.

Y al mismo tiempo su esfuerzo para reconstruirse una existencia útil sobre los restos de su hogar destrozado dábale cierta poesía melancólica de carácter, irresistible para una mujer más romántica que enamorada, más tierna que llena de pasión.

¡Conociáansele tantas heridas ocultas, tantos dolores contenidos!

Pero diez años más tarde, ¿adónde estaba aquel doble triunfo?

En la política, y después de la abortada tentativa del 16 de Mayo, á la cual Poyanne no prestó su concurso por suponerla irrealizable, ¿qué había sido de la popularidad del brillante orador de Burdeos y de Versalles?

En el Parlamento sus doctrinas de socialismo cristiano, cada vez más firmes, le aislaban en su propio partido, y los electores de su departamento comenzaban á cansarse de un diputado cuyos éxitos oratorios no les proporcionaban un camino de hierro local, ni siquiera un estanco.

Todo pueblo que reniega de sus jefes naturales, con los que ha crecido, sufrido y triunfado á través de los siglos, se entrega á la tiranía de los charlatanes, por extraño que esto parezca á los más avisados políticastos del día.

El conde no había dejado de creer en la generosidad del instinto popular, y el envilecimiento moral de su colegio le hirió en lo más vivo de su ser íntimo como la noticia súbita de una traición de su querida Julieta.

Quizá bajo la influencia de esta cruel desilusión había leído las cartas de su amada durante su triste viaje, terminado por un doble fracaso.

Había sentido, en leyéndolas, que también allí se verificaba un cambio, que el alma de la mujer que apoyaba toda la dicha de su porvenir podía faltarle de repente.

¿Qué faltaba en ellas? ¿Por qué, en vez de encontrar allí el sentimiento de otras veces, reconocía en cada línea ciertos rasgos violentos como penosos?

No osaba quejarse en sus respuestas, y, como ya hemos visto, la escribía cartas de buen humor, billetes de un hombre de acción que procura alegrarse á través de su trabajo, y que, cerrado el sobre, apoya los codos en la mesa y la cabeza en las manos, y se mira al corazón, y ve allí la misma inexplicable contracción de timidez que le impidió, la víspera de su marcha, pedir á su querida un verdadero adiós.

Como en aquel momento de separación, ahogábase en palabras que no podía decir, en sollozos mudos que le caían sobre el alma con peso de profunda melancolía.

Y como entonces también, aquel hombre tan no-

ble, tan extraño á las bajezas de egoísmo que se disimulan con frecuencia en los rencores de amor, buscaba en él la causa que explicase el cambio en sus relaciones con la señora de Tillières.

Acusábase de no amarla por ella, de ser despótico y desagradable, y se formulaba proyectos de una conducta, con relación á Julieta, dulcemente cariñosa, para que su amiga volviese á ser para él lo que antes era.

Y justamente esto acontecía en el minuto en que aquella mujer idolatrada, recibiendo su carta del día anterior, decía:

—¡Cómo ha cambiado este hombre!

*
*
*

Nuevas combinaciones se presentaban tan rápidamente, que parecían maravillosas.

Poyanne, antes de su conversación con d'Avançon, mientras el tren llegaba á la gran ciudad en que habría de volver á encontrar á la señora de Tillières, sentíase incapaz de emprender con ella una conferencia íntima para contarla las agonías de su corazón; mas cuando el cruel diplomático salió de su casa, no solamente esa explicación con Julieta le parecía posible al conde sino inevitable.

Tenia el infeliz tanta necesidad de ella como de reposar, de moverse, de andar, de comer... ¡Aquella revelación que acaba de oír daba forma tan precisa

é insoportable á sus dudas de los sentimientos actuales de su querida!

Una evocación, exacta como una fotografía, le mostró de repente el interior de la casa de Julieta, asociada al recuerdo de sus ternuras más dulces; el saloncito azul y blanco y en él aquella mujer adorada, la mesita cerca de la ventana, los árboles del jardín sombreando los cristales, todas esas cosas de especial intimidad.

Y luego, en aquel cuadro de delicadeza amada, veía á Casal, el hombre detestable á quien tan mal juzgaba desde que le conoció en casa de la pobre Paulina de Corcieux.

La escena que precedió á su marcha para Besançon se le representó después súbitamente; oíase pronunciar sus palabras de aquella tarde, y reapareció en su memoria la mirada de Julieta.

—¡Dios justo!—pensó.—¿Era posible que aquella mirada encubriese una mentira?

Y en el torbellino de estas visiones de sufrimiento, el conde se juzgó tan desventurado, que las lágrimas le subían á los ojos y los sollozos á la garganta; y aquel soldado tan valeroso, aquel orador tan enérgico, aquel creyente tan sincero, arrojóse en el diván de su gabinete de estudio y empezó á llorar como un niño.

—¡Ah!—decía á través de su llanto.—¿Cómo ha podido hacer eso?

Y de repente, al pronunciar en alta voz esas

palabras, un recuerdo angustioso le heló el corazón; acordóse de haber pronunciado las mismas palabras que dijo trece años antes, cuando supo la traición de su mujer; sí, eran las mismas palabras... y la analogía de las dos crisis se impuso en el acto con tal fuerza, que el exceso de sufrimiento agudísimo provocó en seguida una reacción.

Porque hay, en el orden moral, impulsos repentinos de energía que son una forma del instinto de conservación, tan espontáneos como ciertos movimientos físicos en el momento de extremo peligro, como el esfuerzo del hombre que se ahoga para agarrarse á una tabla de salvación.

El amor apasionado á Julieta arraigábase en lo más hondo del corazón del conde, y tenía que luchar en su agonía; ese amor se rebelaba contra el juicio que establecía comparación odiosa entre la esposa infame y la querida, esta querida, objeto de ferviente cariño por espacio de tantos años.

Y Poyanne se levantó del diván, se pasó una mano por el rostro y dijo también en voz alta y con fiero acento:

—¡No, no! ¡Eso no es verdad!

La idea que él arrojaba entonces de su pensamiento era la hipótesis, repentinamente entrevista en un estremecimiento de horror, de que Julieta fuese ya la querida de Casal.

Bastóle evocar, en momentáneo relámpago de su pensamiento, aquella visión de infamia, para

que su alma la rechazase al punto, negándola enérgicamente.

La fe del conde en el honor de la señora de Tilières era absoluta, porque su conducta con Julieta había sido irreprochable, y juzgaba á ésta por él mismo; y aquella fe profunda la encontraba intacta, á pesar de su dolor.

—¡Vamos!—se dijo.—Es preciso razonar...

Y empezó á pasear por el salón, reconcentrando su espíritu en un análisis concienzudo de la cuestión, como si se tratase de una de esas discusiones parlamentarias en que tanto brillaba.

—¡Sí, razonemos!—prosiguió.—Y en primer lugar, circunscribamos la cuestión... Ella ha visto con frecuencia, con mucha frecuencia, á Casal, y d'Avançon me ha dejado entender que... diariamente. ¿No exagera? ¿Vale algo su testimonio?... Es hombre juicioso, pero apasionado... Sea así: esto mismo es un argumento en favor de su tesis, y si ha venido á decírmelo esta mañana, sin duda ha estado acechando mi llegada; luego le atormentaba mucho aquel suceso... Pues bien, admitámosle y profundicemos el asunto: Julieta ha visto á Casal con frecuencia después de mi marcha; ella, que no le conocía; ella, que abre tan difícilmente las puertas de su casa; ella, que sabía mi opinión acerca de ese hombre... No puede haber para tal conducta sino dos razones: ó que la agrada... ¿Y por qué no? También agradaba á la pobre Paulina... ó

que se fastidiaba sola, y recibe á quien la distrae... Después de él, otro, y luego otro, y otros más... ¡Un comienzo de transformación de su vida!... ¡Sea! Veamos claro en esas dos razones...

Tales eran las frases, seguidas de otras semejantes, en que la inteligencia de aquel hombre, ya dueño de su pensamiento, tenía el valor de redactar, por decirlo así, el proceso de su situación.

¡Su corazón palpitaba con violencia!

Que Julieta se hubiera dejado engañar por una comedia de sentimiento representada por Casal, ó que hubiera recibido con frecuencia á este hombre sólo por distraerse, el asunto era el mismo: una señal, en ambos casos, de cansancio íntimo, profundo, de laxitud indiscutible para todo lo que concernía á sus relaciones con Enrique de Poyanne.

Y ella misma lo había comprendido así, cuando omitía en sus cartas las visitas de aquel hombre.

Esta explicación del silencio de Julieta pareció tan evidente al conde, que exclamó:

—¡Ha tenido piedad de mí!

Y tal idea fué un martirio en su martirio, como es para todos los que, sintiendo en ellos el hervor de la pasión, han encontrado semejante piedad.

Un instinto secreto les advierte de que el rencor, la perfidia, los abandonos crueles, dejan todavía, para una persona que bien ama, cierta misteriosa esperanza; y la piedad, ninguna.

Una mujer que ha querido mataros, caerá tal vez

en vuestros brazos, después de haberos herido con un puñal, y la seducida por un rival insidioso volverá á vosotros loca por los remordimientos; pero la querida que lamenta en su amante un sufrimiento de amor que ella ya no tiene, amiga desencantada que quisiera curaros dulcemente, como ella se ha curado, de la deliciosa fiebre de sentir demasiado, ¡ah! de esa mujer no esperéis que jamás vuelva á amaros como vosotros la amáis.

Enrique Poyanne gustó de repente, en su pensamiento, las profundas amarguras de aquella piedad cruel, y le hicieron tanto daño, que se dijo:

—¡Todo menos eso! ¡Aun el rompimiento!

Y á partir de aquel instante no vaciló.

Dirigióse á la calle Matignón, á las dos, con tanta entereza y serenidad como tuvo al ingresar en el ejército en la época de la guerra.

¿Qué iba á saber? Un estremecimiento de agonía le sacudió el corazón, al pensar en que aquella boca tan amada quizás le diría:

—¡Es verdad! ¡Ya no os amo!

Pero, en una sombra de duda, la certidumbre, por horrible que sea, parece ser preferible á esa noche del corazón en que se ignora todo; y la confianza de d'Avançon acababa de impulsar á Poyanne, ya enfermo, hacia ese grado de amargura.

En las cuatro horas transcurridas desde el discurso del diplomático y la entrada de Enrique en el saloncito Luis XVI, había tenido tiempo de

medir la extensión de la herida abierta en su alma; y ¿por qué dejó, en fuerza de su silencio, que las cosas llegasen al punto en que las explicaciones sólo sirven para mostrar las faltas irreparables del pasado?

En el momento en que la puerta se abrió, la señora de Tillières estaba sentada en una profunda mecedora... ¿quién sabe?... quizás la misma que fué testigo cien años antes de las frases de ruptura cambiadas entre la abuela de Julieta y el cruel Alejandro de Tilly.

No había, ciertamente, punto de comparación entre el noble Poyanne y el cínico seductor de las célebres *Memorias*; pero á buen seguro que, por desesperada que estuviera entonces la miserable amante de aquel émulo de Valmont, no lo estaba tanto como su nieta en 1881.

Aunque el mes de Mayo llenaba de alegre luz la estancia y los altos árboles florecían en el jardín, Julieta había mandado encender la chimenea, y ella, envuelta en larga bata de seda blanca, con su palidez de cansancio, sus ojos pesados por el insomnio, sus labios contraídos, demostraba que tenía en el alma y en el cuerpo el frío glacial que ninguna primavera puede templar.

Un detalle de su fisonomía turbó al conde cuando, tomándola una mano para besársela galantemente, sintió que aquella mano temblaba en la suya: los ojos azules de Julieta irradiaban miradas

casi negras en los momentos en que el iris, agrandado desmesuradamente, invadía hasta el borde de la pupila.

¿Qué motivo secreto de sufrimiento martirizaba en el fondo del alma á aquel sér demasiado sensible?

La señora de Tillières adivinó desde la entrada de Enrique de Poyanne que éste iba dispuesto á pedirla explicaciones; pero ¿de qué?... Porque habiendo llegado por la mañana, imposible que él hubiera oído hablar de las visitas de Casal...

Por lo demás, ella se fijó, por consecuencia de su insomnio de la noche anterior, en esta voluntad definitiva:

—Pues si no sabe nada de esas visitas, se lo diré yo misma en nuestra primera entrevista.

Mas para esto era necesario que él estuviese tranquilo y tan francamente expansivo como otras veces, y llegaba, por el contrario, muy contrariado.

Entretanto, los dos comenzaron la conversación por esas frases de fórmula y de cumplido que se asemejan, en asuntos graves, á los pases de los dueñistas que juegan con sus estoques antes de arrojar-se á fondo.

Poyanne se había sentado, y después de varias preguntas afectuosas, los dos se dijeron, entrecortadas por rápidas pausas, frases como estas:

—Me congratulo—decía él—de que la salud de

la señora de Nançay no os haya producido temor alguno...

—Sí—respondía ella—por fortuna, hemos tenido un verdadero mes de Abril.

—¿Y la familia de Candale?

—Muy bien, gracias. ¡Mi amiga Gabriela se ha interesado tanto por vuestra campaña!

—Pues la he perdido por completo.

—¡Ah! Ya compensaréis ese fracaso con un triunfo en la Cámara.

Pero ¡Dios mío! cuán lejos estaban de la imaginación de los dos, mientras eso decían, lo mismo la anciana señora de Nançay que la condesa de Candale, igual el mes de Abril que el Parlamento.

¡Y qué cosa tan amarga es, cuando no es deliciosa, una conversación semejante entre dos seres, después de larga ausencia, que no tienen más remedio que explicarse claramente!

¡Parece como que retroceden hasta el instante mismo en que hunden y reciben en el corazón el puñal agudo de la verdad!

Julieta, después de ese compás de espera, tomó la mano de Poyanne, y sencillamente, pero con sonrisa forzada y mirada casi suplicante, dijo:

—Veo que estáis triste, Enrique... y tal vez querréis saber por qué os he escrito, en los días últimos, con tanto apresuramiento... Pero ya sabéis que he estado muy delicada, y lo estoy todavía... Me perdonaréis, y no aumentaréis mi malestar de-

jando ver el vuestro... ¿Tendré necesidad de repetiros que no puedo sufrir á un descontento?

Y era sincera en el ademán, en la frase, en la mirada que le acompañaba.

Media hora hacía ya que duraba tal conversación sin substancia, y todavía Poyanne no había pronunciado una sola palabra de queja; ella conoció que aquel hombre sufría cruel angustia, y todas las cuerdas de su caridad romántica de otros días, agitadas por las confidencias melancólicas del conde, comenzaron á vibrar en su corazón.

¡Aquello fué un despertar de sus sentimientos inesperado, irreflexivo, irresistible!

Si Enrique se hubiese preparado en la entrevista capital para sus relaciones amorosas con una combinación muy estudiada, no habría empleado mejor sistema que el que usaba: mostrar su dolor.

En Julieta, la pasión estaba muerta y muerto el amor; pero si sus ensueños de ventura la empujaban hacia otro hombre, el magnetismo de piedad que la había encadenado á Poyanne existía.

Y le sufrió, sin intentar defenderse.

Cuanto á él, en sus tristes meditaciones, era precisamente esa piedad la que le causaba más horror.

Rechazó la mano de la señora de Tillières, y respondió:

—¡Ah, Julieta! ¡No me hagáis mal! Nunca he medido vuestras cartas por sus páginas... Las he

amado tanto, que creía que era para vos una necesidad del corazón y no un deber...

—¡Ingrato!—interrumpió la joven, con acento de tierna coquetería.—¿Podéis pensar en que yo pasaría sin escribiros?

—Pues bien, ¡sí!—respondió Poyanne, con visible esfuerzo sobre él mismo.—Quiero hablaros francamente, sí; vuestras cartas me han hecho mucho mal, no porque fueran largas ó cortas, sino por conocer en ellas lo que ahora sé ciertamente, que no me hablábais con la voz del corazón... Me las enviabais como un diario de vuestra vida, y no me deciais en ellas que estabais á punto de poseer una nueva amistad... que yo he sabido pocas horas después de mi llegada á Paris... Esto me ha herido profundamente. ¿Por qué ocultároslo?

Las miradas de ambos se cruzaron, mientras el conde formulaba así, con firmeza y claridad implacables, su acusación contra la señora de Tillières.

Esta arrugó la frente, y una ola de sangre enrojeció su rostro.

Poyanne acababa de situarse con pocas palabras, no sólo delante de ella y como desgraciado, sino también como juez, y súbitamente el orgullo se mezcló á la simpatía en el corazón de aquella mujer, tierna, pero altiva.

Respondióle con cierta entereza:

—Nunca, Enrique, nunca he querido ocultarme

de vos... Pero hay cosas que conviene más deciros-las de viva voz que por cartas... ¡Demasiado sé lo fácil que es entender mal lo que se escribe! Preguntad y juzgaréis.

—Amiga mía—suspiró de nuevo el conde, con una melancolía por la que no pasaba un soplo de reproche—¡cuán poco me comprendéis! ¡Yo interrogaros! ¡Yo juzgaros! ¡Qué palabras tan extrañas de vos á mí! Os suplico que no veáis en mí á un hombre celoso, porque no lo soy: tengo, sí, derecho á serlo, pero os estimo demasiado para que ni siquiera lo sospechéis. ¿Cuándo me he permitido, desde que os amo, vigilar vuestras acciones? Si vos recibís á tal ó cual persona, yo podría temer que algún día tuvieseis que deplorarlo; pero desconfiar por eso ¡jamás!... Sólo que os sentáis á la mesa para escribirme, y luego pesáis cada una de las frases de vuestra carta en lugar de abandonaros por completo á escribirme... tratándome como alguno á quien es preciso contentar... ¡Ya veis! No sufro por lo que hoy acontece: sufro por lo que puede acontecer... Veo que vuestros sentimientos han cambiado; veo—insistió con energía, en viendo cierto ademán de la señora de Tillières—y hace largo tiempo que esta idea me asedia, veo, sí, que la intimidad entre nosotros ha concluído, esa existencia de corazón á corazón que era para mí una querida costumbre... Veo, en fin, que yo os amo siempre como antes y que vos, vos no me amáis...

El hecho de vuestra nueva amistad y de vuestro silencio es un signo entre veinte, entre treinta... y si yo he buscado ocasión de hablaros como os hablo, comprended que no es porque conceda más importancia á ese signo que á los otros... ¡No hay para mí nada más importante que vuestro corazón, Julieta... y si verdaderamente no soy ya para vos lo que he sido, os lo ruego, tened el valor de decírmelo, como yo le tengo para preguntároslo... ¿Me amáis todavía? En este momento puedo oirlo todo... Decís que no sabéis sufrir que yo sea desgraciado... Pues bien: haced cesar esa duda terrible que me acosa y tanto me hace sufrir... ¡Más cruel que perderos para siempre es el hecho de no saber lo que vos queréis, lo que vos sentís!

Ella le oía hablar en voz cada momento más baja y entrecortada, que revelaba, mejor que las palabras, su pena íntima; ella veta, inclinándose hacia él, su expresión de angustia infinita, su fisonomía trastornada, pobre y raquítica en la vida ordinaria; pena transfigurada en tal momento por el encanto de su gran dolor.

Ella comprendía entonces lo que había dudado muchos meses, complaciéndose tal vez en la duda: que Poyanne decía verdad, que su amor por ella tenía raíces muy profundas, enclavadas en su corazón, y sintió como la impresión física, insostenible, de que respondiéndole la verdad, que ya no le amaba, desgarraría atrocemente aquel corazón apenado.

El movimiento de orgullo que acababa de tener por una pregunta acusadora no podía sostenerle altivo delante de la dulzura de aquella desesperación, que la ponía una daga en la mano, y la decía: «¡Hierel!»

¡No! ¡Ella no podía herir!

No podía articular una frase que la hubiera hecho libre en el acto, acabando por destrozar á aquel hombre que la había amado, que la amaba...

El inconsciente deseo de vida nueva que la impulsó á sus relaciones con Casal, su rebelión secreta contra la cadena de sus relaciones, su voluntad de conservarse independiente en el día de la explicación, su laxitud, su necesidad de libertad... todo, en suma, el trabajo cumplido en las semanas anteriores, ¿qué significaba, qué valía enfrente de la agonía amorosa de aquel hombre, que disipaba súbitamente sus más caros ensueños?

Y he aquí que las lágrimas subieron á sus ojos, y ella se levantó, y cayó de rodillas delante de su amigo, y echóle al cuello los brazos como hubiera hecho á un niño enfermo, sin reflexionar, sin razonar, temblorosa... Y él, subyugado, pasando de repente desde la ansiedad más extrema á una alegría inesperada, sólo pudo balbucear:

—¿Lloras? ¿Me amas todavía?... ¡No, no es posible!... ¿Me amas?, ¿me amas?

—¿No lo conoces?—respondió Julieta á través de sus lágrimas.—¡No quiero no, que pases otro

momento tan cruel como éste! ¡Nunca, ¡nunca!... ¿Por qué no has hablado más pronto? ¿Por qué me escribías, tú también, cartas de hielo?... Pero ya ha concluido todo; ya no estoy triste... Antes de este momento ignoraba yo lo que eras para mí... ¡Ah, soy tuya para siempre! ¡Te juro que no veré jamás á la persona que te ha hecho padecer tanto!... ¡Cállate, no me hables más de eso!... Me creerás si te digo que yo no le veía por mí, sino por causa de una amiga que él estima... pero ni una palabra más; ¿oyes?, ni una palabra más... Quiero que seas dichoso; que no desconfíes de ti, de mí, de nuestro amor; que se reanude desde hoy nuestra vida pasada... ¿Cuándo nos veremos en nuestra casita?... Mañana... ¿quieres?... Sonríeme; mírame con tus ojos dulces que me dan alegría... ¡Tú solo eres mi amado, mi querido amigo!

Julieta pudo ver entonces iluminarse el rostro de Poyanne en un éxtasis de alegría, pero tan dulce para ella, que en tal momento no tenía en el corazón sino aquella ternura.

Y ella, sin embargo, mentía, diciéndole que le amaba, aunque estaba tan temblorosa como si le amase... Sabía perfectamente que cometía una acción indigna haciendo creer á Enrique que Casal no había sido recibido en la casa sino por otra persona.

Sí, lo sabía, y así, ofreciendo, implorando aquella cita en su casa de Passy, faltaba á toda su dignidad de mujer honrada.

¿Qué le importaba?

Y él, intentando profundizar el sentimiento de su amada, la dijo:

—¡Oh, Julieta! Júrame que me hablas así por amor...

—¡Te lo juro!—respondió ella.

—¿Sabes?—replicó él.—Sin tu amor no sé lo que sería de mí... Dices que he debido hablarte más pronto, pero ¡es tan duro, cuando se ama, no ser adivinado! Comprendo que eres libre y hubieras podido responderme que no querías ser mía... ¡No te habría hecho el menor reproche... aunque creo que hubiese muerto como se muere cuando no hay aire!... ¡Tienes razón! ¡Se acabó! Y creo también que por la alegría que hoy llena mi corazón consentiré en sufrir otros dolores... ¡Qué feliz, qué feliz!

—¿Es verdad?—interrogó Julieta casi con desvario.

—¡Oh, sí, es verdad!—repitió Enrique acercando á su pecho aquella querida cabeza.

Y no vió cómo los ojos, los mismos ojos que acababan de mirarle con tanta exaltación, se obscurecían repentinamente con una visión que la pobre mujer quería apartar de su fantasía, porque devolvió el beso á su amante con una pasión que bastaba para quitar á Enrique sus últimos recelos de duda si él los conservaba.

Aquel hombre, á pesar de su edad y sus decep-

ciones, era demasiado joven, demasiado leal y sencillo para sospechar que el movimiento apasionado de Julieta era motivado por un horrible remordimiento que asaltó de repente á su querida.

Sí; porque ella acaba de comprender y de sentir que arrojándose, por una especie de frenesí de caridad, en brazos de Poyanne, no podía olvidar al otro...

VIII

Dualismo.

Cuando salió Enrique de Poyanne con la promesa de una cita para el día siguiente en la casita de Passy, la señora de Tillières experimentó una extraña sensación de calma, esa calma abrumadora que sigue á las explicaciones decisivas.

Vistióse para sus visitas de la tarde, según costumbre, y luego, ya en el carruaje, y después de dar al cochero las señas de la casa de su modista, que la esperaba, sintióse tan llena de tristeza, que hasta la era odioso dedicarse á las pequeñas compras que había proyectado hacer.

Antes que el coche doblase el ángulo del *fau-bourg Saint-Honoré*, Julieta, cambiando el itinerario, dijo á su cochero:

—Id primero al *Bois*, como sabéis... hasta la *Muette*...

Ocurría muchas veces, en primavera, y cuando el cielo estaba sereno, ganar así, para pasear solitariamente, la parte del *Bois* comprendida entre el segundo lago, el hipódromo de Auteuil y el Sena.

Allí se encuentran las avenidas más abandonadas del hermoso bosque parisiense, la contraavenida de la Emperatriz, la que se extiende á lo largo de las fortificaciones, y en lontananza las colinas lejanas de Meudon.

Hacia las tres, la senda reservada á los jinetes está por completo desierta, pues apenas algún personaje escéntrico pasa por ella de vez en cuando; y ancianos, burgueses de los barrios extremos, colegiales en paseo de recreación y otras gentes pacíficas, animan con cierto aspecto de vida provinciana las anchas avenidas y los senderos más angostos.

La señora de Tillières gustaba de pasear por estos últimos, seguida á distancia por su carruaje, y allí, aislada y protegida por los árboles, se entregaba silenciosamente á las sensaciones de la madre naturaleza, tan raras en París.

Veía despuntar las hojas en las ramas, casi transparentes, aquí de una encina que retorcía sus brazos sobre una pelusa, allí de un castaño que sacudía sus ramilletes de flores; otras florecillas brotaban del mullido y verde césped, azuladas verónicas y blancas margaritas; bosquecillos de pinos de

Escocia alzaban su ramaje verde obscuro, entre el cual susurraba el viento lento murmullo que, cerrando los ojos, nos hace creer en la proximidad del Océano; el silbido de la locomotora subía del fondo del valle, y el vago rumor de los carruajes atestiguaba que la vida implacable seguía fatalmente su camino.

Un ensueño invadía á Julieta, ensueño indeterminado, confuso, que se mezclaba en su pensamiento con el encanto de la primavera desplegada alrededor de ella; y aquel sitio, aunque no muy lejos del Arco, parecía un oasis de paz y frescura, tan retirado como el valle más sombrío de su amado país natal.

La paz soñadora: he ahí lo que Julieta anhelaba encontrar en sus paseos solitarios; mas si la señora de Tillières había esperado que aquel paseo produciría en sus nervios la tranquilidad anhelada, ¡cuán lamentable fué su engaño!

A lo largo de las calles y avenidas, sombreadas por el nuevo follaje, vió delante de ella, en vez de pacíficos ensueños, esta inevitable y cruel idea: después de su conferencia con Poyanne, absolutamente, irremediablemente, debía cerrar la puerta de su casa á Raimundo Casal.

Y lo debía por haberlo prometido, sin que Poyanne la relevase de su promesa, y relevarla era aceptarla.

Y lo debía también porque los dos hombres, si

no lo hacía así, encontraríanse tarde ó temprano en la casa, y la idea de la mirada que cambiarían al encontrarse la hacía desfallecer.

Y lo debía, en fin, porque ella era la querida de Poyanne, y quería serle fiel... y ver á Casal, ahora que no podía engañarse á sí misma, era una deslealtad... ¡porque le amaba!

*
* *

¡Si, le amaba!

Esta evidencia, contra la cual su atormentado espíritu luchaba en vano, se imponía á ella por el dolor casi loco que la producía en aquel momento la idea de separación tan necesaria.

¡Le amaba! ¿Cómo éste no había sido bastante poderoso para inspirarla valentía poco antes en presencia de Poyanne, y pronunciar la frase: «no os amo», que él la pedía?

Pero ella no hubiera podido pronunciar esa frase, que era el rompimiento, porque la sensación del sufrimiento de su amante, sensación poderosa, paralizaba su nuevo amor y sus aspiraciones á la felicidad.

¿Qué desorden insensato de su espíritu la hacía vivir entonces para aquellos dos hombres?

Toda la corriente de su sér íntimo la llevaba hacia uno; mas necesitaba, para llegar á él, abandonar al otro, y esto no podía hacerlo.

Volvió á oír la voz de Enrique, y al oír su voz, la compasión la invadía nuevamente. Mas ¿era esto compasión?

La energía de la existencia personal habíase debilitado súbitamente en ella, y, sin embargo, amaba á Casal.

También le veía á él con sus claras pupilas, su sonrisa, su noble fisonomía, el encanto que emanaba de sus ademanes, y en el cual se había embriagado, sin dudar de ello, minuto por minuto, hasta el punto de que romper con él para siempre era lo mismo que entrar en el secreto y frialdad del sepulcro.

En aquel momento sentía su alma llena de ternura, sus ojos llenos de lágrimas, su corazón lleno del deseo loco de tener á Raimundo cerca de ella, y que le pudiese mirar, y apoyarse en su brazo, y que esto fuese permitido...

La tibia languidez de la atmósfera, el aroma que las flores dejaban en la brisa, la dulzura suave del ambiente, todo excitaba en ella esa especie de sueños que á veces nos encantan y á veces son tan tristes bajo el cielo azul de primavera, y evocaba á Casal para abandonarse al ensueño, y en seguida á Poyanne para resistir desesperada el dualismo inexplicable, casi monstruoso, que la desgarraba el alma.

Agarrábase con toda su fuerza á la fidelidad de su primer amor, que es en las mujeres de cierta

raza como el honor y la absolución de la falta, y se decía:

—¡No! Soy la prometida de Enrique, y me he entregado á él para siempre... Aunque yo fuese indiferente á sus dolores, debería permanecerle fiel, siempre fiel... Si no soy responsable de mis sentimientos, lo soy de mis actos; quiero ser fuerte, y lo seré... porque ¡lo quiero!...

Y procuraba con toda su energía dominar la angustia que la ahogaba, y gustar al mismo tiempo una última dulzura en repetir mentalmente un nombre que hasta entonces no habían pronunciado sus labios.

—¡No veré más á Raimundo!

Después de dos horas de paseo, intentando en vano defraudar, por el movimiento físico, la ansiedad que la devoraba, Julieta concluyó por subir al carruaje, menos fijo su pensamiento flotante en una resolución positiva.

¡No se sentía con fuerzas para decir ella misma á Casal que no quería, que no podía recibirle.

Y como ponerle á la puerta sin explicación era un proceder incalificable, y no merecido, Julieta imaginó pedir á Gabriela de Candale que rogase al joven que no volviera á la casa de la calle Matignon, pretextando que murmuraciones de las gentes, llegadas hasta la señora, de Nançay, habían creado ciertas dificultades entre Julieta y su madre.

Pero no comprendió los inconvenientes de ese

pretexto, sino después de habérselo dicho á su amiga, á cuya casa se hizo conducir desde el *Bois*.

Gabriela, moviendo su rubia cabeza, la dijo:

—Haré lo que quieras... mas ¿creerá en esa razón?

—Que crea ó no—respondió Julieta—comprenderá que no quiero recibirle, y es muy caballero para que intente oponerse.

—¡Te ama!—dijo Gabriela.

—¡No me digas eso!—interrumpió nerviosamente la señora de Tillières.—¡No debes decirme!

—Pero, querida mía, es para indicarte que puedes pedir una explicación...

—¿Y qué?—replicó Julieta con ronca voz.—Le repetiría lo mismo que antes sabrá por ti...

—¿Estás segura de tener suficiente valor?

—¡Ah!—exclamó Julieta ocultándose el rostro con las manos.—¡No crees en mí desde que todo te lo he confesado! ¡Ya no me quieres!

—¿Yo?—gritó la señora de Candale, abrazando á su amiga.—¡Que no creo en tí!, ¡que ya no te quiero! ¡Pero si no he comprendido bien hasta ayer cuánto te amo, Julieta! ¡Si supieses cuánto he pensado en ti la noche última y cómo he temblado ante la idea de tu entrevista con Poyannel... ¿Por qué no he de quererte y estimarte? ¿Por qué mi fatal imprudencia no había adivinado el secreto que te hacía tan rebelde cuando yo te daba un

nuevo amigo?... ¡Porque soy yo quien te lo ha dado!... ¡Ah! Pero al presente... sí... ¡tengo miedo!

Y observando en los ojos de Julieta una angustia infinita, añadió:

—No, no me escuches... ¡estoy local.. Te prometo evitarte esa visita... Él no sospechará la amistad á que te sacrificas, no tendrá celos, y la semana próxima ó la otra marcharemos las dos á Nançay ó á Candale... ¿quieres? Yo te cuidaré como una hermana, te alegraré, te curaré... ¡Pero te suplico que no repitas que te amo menos que antes!

—¡Cuánto bien me haces hablando así!—respondió Julieta.

Y en seguida, reclinando la cabeza en el hombro de su amiga, añadió:

—¡Este es el único lugar del mundo en que no sufro! ¡Tengo tanta necesidad de que me digas que no soy un monstruo!...

Este suspiro, escapado de lo más profundo del alma, de aquella alma que era presa de las obscuras y dolorosas turbaciones morales, debía perpetuarse en los recuerdos de la señora de Candale. ¡Jamás ella pronunciaría una frase parecida á la que su ansiedad la había arrancado momentos antes, y en la que Julieta pudiese adivinar una desconfianza de su carácter!

Mas al prodigar tiernos consuelos de su simpatía á su pobre amiga, en la manera con que pronunció el nombre de Poyanne, en el esfuerzo visi-

ble que la costaban estas sílabas, la pura y altiva Gabriela había herido, sin comprenderlo, el corazón dolorido de su amiga, aquel corazón en el cual todo debía causar daño.

Y aun multiplicando las seguridades que dió á Julieta acerca del éxito feliz de su misión para Casal, no pudo suprimir el efecto de su exclamación primera:

—¿Creerá en esa razón? ¿Pedirá explicaciones?

* * *

La señora de Tillières, en vez de salir de la calle de Tilsitt tranquilizada al menos por la ejecución práctica del plan que ella misma hubo combinado, llegó á su casa en la más lamentable ansiedad, y aun cierta culpable esperanza se deslizó en su espíritu enfermo, que la asustó como un crimen.

Cierto que fué muy sincero su proyecto de no volver á recibir á Casal, y, sin embargo, no pudo impedirse el desear que la primera idea de su amiga se realizara y que el joven intentase celebrar con ella misma una conferencia definitiva.

Experimentaba necesidad irresistible, en la hora de la separación, de estar segura de que él la amaba. ¡Inconsecuencia bien natural en un corazón que no se acepta todo entero!

¿No ocurre muchas veces que dejamos por mo-

tivos extraños al amor, por orgullo, interés ó nobleza, á un sér idolatrado?

La amistad no entra sola en juego en este singular sentimiento; la pasión se muestra con la franqueza de su insensible egoísmo, y Julieta no podía comprender esto sino después de su visita á la señora de Candale, porque se encontraba menos fuerte contra la pasión, por consecuencia de un fenómeno que iba á dominar la cruel oscilación de su alma desamparada y á enloquecerla con muchas y constantes contradicciones.

Combatida, como estaba, por dos sentimientos, el que la unía á Poyanne era incapaz de darla ninguna ventura: ella no pudo soportar que este hombre sufriese por su causa, y para evitarle tanto sufrimiento había resuelto sacrificarse ella misma, en alma y cuerpo; ¡mas ahora veía bien claro que su pensamiento de amor estaba con el otro, con Casall

¿Luego en verdad era un monstruo, como dijo á su amiga en una angustia suprema?

¡Ah! En la mañana del siguiente día, cuando por vez primera desde hacía largo tiempo se dirigió al cuartito de Passy, para encontrarse en él con su amante, ¡qué inexplicable sensación de espanto debía sentir allí, y conservarla días y días!

Era un drama, sin embargo, excesivamente frívolo el que se representaba entre aquellas misteriosas paredes; el mismo drama que diariamente se representa en centenares de alcobas conyugales, en

que las mujeres, teniendo un amor oculto en su corazón, se abandonan por deber á sus maridos, á quien tal vez odian mortalmente.

¿Qué les importa prestar su cuerpo á placeres de que no participan, si tienen al lado la perspectiva de otros placeres prohibidos, pero que les hacen olvidar la anterior sumisión de sus sentidos, odiosa cuando no es por amor?

Hay, sin embargo, mujeres que, aun amando fuera del matrimonio, han querido permanecer fieles á la fe jurada, y no han cedido al amor adúltero, cifrando su orgullo en ocultar á las gentes el estado de su corazón y ocultárselo también al que aman, y continúan siendo esposas sumisas, con el cáncer devorador de esa pasión que las roe hasta lo más profundo de su sér.

Éstas y aquéllas comprenderán, en verdad, el asalto de melancolía de que fué víctima Julieta, antes, durante y después de la cita de Passy.

Ella propuso esta cita, y marchó allá para hacer feliz, ¡á qué precio!, al que la amaba; y el conde la dijo, en el momento de separarse, esta frase que entró como agudo puñal en el corazón de aquella mujer martirizada:

—Repíteme que al venir aquí has venido por tí y no por mí.

—Por mí y por tí—contestó con sonrisa tímida.—
¿Es que separo mi dicha de la tuya? Entonces, ¿qué idea tienes formada?

—¡Ah!—exclamó Poyanne.—¡Es que tu mirada es tan triste! ¡Demasiado conozco á tus ojos!

—Son los ojos de una amiga enferma—replicó graciosamente, con esa gracia resignada de los seres que sufren y no pueden luchar.—Pero esto no es nada... ¿Cuándo volveré á veros? ¿Mañana? ¿Queréis ir á las dos á la calle Matignón?

—Convenido—dijo Poyanne, atrayéndola hacia él con ademán acariciador.—Tenéis razón: soy molesto, maniático, insensato... ¿Si no me amaseis, estaríais aquí? ¡Perdonadme!

—¿Perdonarle?—pensaba Julieta en el coche que la conducía á su casa minutos después.—¡Pobre amigo, y tan delicado! Es menester que no dude jamás de mí... ¡Le debo esto!... Mi vida es suya por completo, porque ante mi conciencia, él es mi esposo. ¡Qué pena tengo en ocultarle lo que siento!... Y es que él me ama. ¡Cuánto me ama!

Y en seguida, á pesar suyo, volvía su mente hacia la imagen del otro... y se acordaba de Casal.

—Él también me ama—se decía—ó cree amarme... Pero en quince días olvidará estas semanas de dulce intimidad, y volverá á emprender su vida de disipación... Cuando se pronuncie mi nombre delante de él, se dirá: «¡Ah, sí!... La señora de Tillières, á quien empecé á hacer la corte... y luego su madre impidió que la continuase... ¡Vamos, asunto concluido!...» ¿Y mi ensueño de adquirir sobre él una influencia salvadora, de sacarle de su

vida de crápula, de hacerle comprender lo que valía, de impedir que cayera más abajo?... Por lo menos le hubiera demostrado que existen aún mujeres honradas que no se dejan decir lo que no deben escuchar... Ha sido él tan sencillo, tan perfecto para mí! .. ¿Mujeres honradas?... ¡Dios mío! ¡Si él supiese!...

Y sintióse ruborizar bajo su velo, y en el rincón del *fiacre* clandestino, al formular esta idea.

—¡No, no podré explicárselo! Sin embargo, si Enrique hubiese sido libre, no tendría una sola palabra que decir contra mí, y la que hago me lo prueba á mí misma... ¡Esto debe bastar!

Y repetía á menudo tales frases y otras parecidas.

¡No llegaba á vencer la especie de obsesión que ahora la obligaba á pensar en Casal, en un relámpago de visión íntima y tan intensa como la misma realidad!

Y aunque intentaba demostrarse que sus relaciones con el joven estaban rotas para siempre y que ella debía olvidarle, toda su fuerza de imaginación no estuvo ocupada al acercarse el instante en que él debía ir á la calle de Tilsitt, llamado por Gabriela, sino en representar sus hechos y sus ademanos.

—¡Las doce! Vuelve del *Bois*, y encontrará la carta de mi amiga... si no la ha recibido ya esta mañana... y se pregunta qué tendrá que decirle...

Tal vez creará que se trata de arreglar el paseo fluvial proyectado la otra semana, á bordo del yacht de su amigo lord Herbert.

Mas el recuerdo de ese proyecto desvanecido, toda una decoración de agua azul, cielo claro, colinas verdes, se pintaba en la fantasía de la señora de Tillières, y también las horas de lenta y dulce conversación se pintaban en su fantasía, como el uniforme movimiento del barco de vapor que se desliza con la corriente del río.

—¿En qué piensas?—la preguntó su madre, sentada enfrente de ella, á la mesa del almuerzo.—¿Tienes algún pesar?

—¡Qué idea, mi querida mamá!—respondió estremeciéndose, como si los claros ojos de la anciana leyesen en su corazón.

Y vanamente se esforzó por sonreír, lisonjeando la sutil perspicacia de su madre, quien movía su cabeza blanca, observando cómo había cambiado el rostro de su hija.

¿Qué enfermedad misteriosa había castigado aquellos párpados, en los que se adivinaba el insomnio? ¿Julieta alimentaría en secreto algún desgraciado sentimiento?

Porque la noble, la piadosa señora de Nançay era incapaz de sospechar en su hija una falta ó un remordimiento, como habría sido incapaz de consolarse si hubiese adivinado la verdad.

Y precisamente esta confianza absoluta de su

madre era también un dolor para Julieta en aquel instante en que heridas tan hondas tenía en su corazón.

Con la mirada fija en el reloj, entregábase al cálculo devorador de los minutos, de los segundos en que, no pudiendo estar al lado de los que amamos, vivir su vida, compartir sus sensaciones, nos asociamos desde lejos á ellos.

—¡La una y media!... Ahora está en la calle de Tilsitt, y Gabriela le recibe en el piso principal, en aquel saloncito que debe recordarle tantas horas de dulzura. ¡Ay, ya no volverán!... Le habla... Dios mío! ¿Si creará él que yo tengo miedo de hablarle? No: creará que eso es, sencillamente, un signo de indiferencia... Pero ya escucha... ¿Quién sabe? Tal vez lo que Gabriela le dice es cosa de juego para él, y no le importa... ¡Ah, no! Porque él me amaba, y no me lo ha dicho... por respeto... ¡Qué delicadeza en su corazón! ¿Qué será de él ahora? ¡Ah, qué duro es esto!...

Y después de tantas meditaciones inconscientes, añadió con brusco sobresalto:

—¡Las dos y media! ¡Todo se acabó!... Con tal que Gabriela no haya tenido otras visitas y pueda venir en seguida á contármelo todo... Pero... llaman... abren ya... no puede ser ella...

La señora de Tillières había tenido la precaución, en efecto, de cerrar su casa para todos, menos para Gabriela, y estuvo á punto de desmayar-

se cuando el ayuda de cámara introdujo á la persona que había llamado en la puerta.

Delante de ella estaba el mismo Casal.

Julieta se había levantado para lanzarse al encuentro de Gabriela, y el aturdimiento que la embargó con la presencia inesperada de aquel hombre fué tan violento, que tuvo que volver á sentarse.

A pesar de su costumbre de dominarse, y por grande que fuera su interés por disimular su turbación, palidecía, y después se ruborizaba, y su voz se detenía en la agitada garganta.

Y en medio de tanta emoción sintió profunda dulzura al ver que Casal estaba tan conmovido como ella misma...

Si Julieta se había imaginado que él desempeñaba una comedia de sentimiento, la actitud del joven en tal instante la hubiera probado lo contrario: aquel parisiense curtido en lances de amor, en todas las experiencias galantes, reflejaba la turbación de un joven que tiene miedo de su propia audacia, y que teme desagradar ó herir, más que esperanza en el éxito...

—Perdonadme, señora—dijo, después de un rato de silencio—si me he permitido forzar la puerta de vuestra casa, tomando el nombre de la señora de Candale... Llego de su casa en este momento y tengo que hablaros en seguida... y quizá sea bastante para explicar, si no justificar, mi indiscreción... Pero si deseáis que me retire y que difiera

esta entrevista hasta el instante en que vos queráis, estoy pronto á obedeceros...

Y hablaba con voz sumisa, casi con timidez.

La señora de Tillières había tenido tiempo de reponerse y fuerzas para mirarle, y ya fuera que su actitud la conmoviese, ya que ella no quisiera aparentar que temía aquella entrevista, ó bien cediendo á la atracción de la presencia, lo cierto que no procedió como debía para corresponder á la lógica de su anterior resolución.

¡Era tan sencillo contestarle: «Gabriela os habrá dicho todo lo que yo misma os diría!»

Y añadir una frase que reprobara la visita de Casal, de manera que fuese imposible repetirla en lo sucesivo...

Pero en vez de esto respondió al joven con una frase frívola, y aun peligrosa, diciéndole:

—¡Dios mío! Caballero, confieso que después de lo que os habrá dicho Gabriela no os esperaba; pero no hay razón para rehusar escucharos y contestaros, si se trata, como creo, de la comisión delicada que yo había confiado á Gabriela...

—Sí, señora—replicó el joven sentándose, y con acento cada vez más firme—lo habéis adivinado: se trata de eso, y en primer lugar, permitidme repetiros la respuesta que he dado á la condesa... No tenéis que temer ninguna resistencia por mi parte desde el instante en que expresáis un deseo como el que me ha transmitido; comprendo

los escrúpulos á que obedecéis, y por duros que puedan ser para mí, los apruebo, y os doy mi palabra de que esta visita será la última, si perseveráis en vuestra decisión después de haberme oído; nada tendría que deciros, señora, si la culpa no fuese evidentemente mía, que no he sabido hacer os apreciar el grado de mi respeto, de mi culto por vos... pero hubiera deseado que me hablaseis vos misma, en vez de emplear una tercera persona, aunque ésta sea la señora de Candale, y así me habríais evitado mi indiscreción de hace un momento, porque os hubiera dicho al punto lo que deseaba deciros hace días...

—Pues bien—replicó Julieta sonriendo;—yo he tenido la culpa... pero, ya véis, estaba y aun estoy algo enferma... y esta conversación era penosa para vos, y, ¿por qué no confesarlo?, también penosa para mí... Hay cosas muy duras para decírlas á un hombre que no las ha merecido; pero ya conocéis á mi madre, y sabéis que no pertenece á esta época, á estas costumbres, y adivináis lo que son para ella las más insignificantes palabras de la maledicencia... y como comprenderéis, no tengo el derecho de entrar en discusión con ella... No veáis, por lo tanto, en este asunto, ninguna ofensa personal... y dentro de seis meses, ó de un año, os recibiré de nuevo como hoy, con mucha estimación y muy verdadera simpatía.

—Todo eso es irrefutable—respondió Raimundo,

inclinándose—y repito, señora, que acepto vuestra resolución; sólo que me permitiréis añadir algunas palabras... Hablándome como vos me habláis, os habéis dirigido al Casal oficial, al caballero que os ha sido presentado hace dos meses, que os visitaba, como á la señora de Candale, como á la señora de Arcole, como á otras cien señoras; pero ¿diríais lo mismo si la persona á quien tratáis como conocido viniese á deciros: «Desde que os conozco, señora, mi vida ha cambiado absolutamente?» No tenía ningún objeto, y ahora tiene uno; me creía hastiado, sin corazón, ó bien incapaz de sentimiento profundo, y ahora experimento uno; aceptaba la sentencia fatal de envejecer, como tantos otros camaradas, entre el club y las carreras de caballos, sin más interés que matar los días, unos después de otros, á través de lo que hemos convenido en llamar placer, y ahora veo delante de mí el más serio, el más hondo, el más apasionado interés... Entre lo que era la noche en que estuve sentado cerca de vos, á la mesa de la señora de Candale, y lo que soy ahora, hay un amor que jamás había imaginado ni sentido, un amor forjado por el respeto y la abnegación tanto como por la pasión, y esto es lo que quiero que sepáis, para tener el derecho de deciros: cuando os trajera, dentro de seis meses, el mismo corazón, lleno del mismo amor, y os pidiese que aceptaseis mi nombre y mi mano, ¿me responderéis ciertamente: «No?»

Desde el momento en que el joven había empezado á hablar, la señora de Tillières esperaba que la dijese: «Os amo;» y se había preparado á recibir esta declaración, sin perjuicio de indignarse si Raimundo se expresaba en términos demasiado vivos.

Pero no sospechaba que el joven Casal pudiese tener al servicio de su pasión palabras de tan acariciadora delicadeza ni que hubiese podido concebir tal proyecto de casamiento, opuesto en absoluto á lo que ella sabia de su carácter y de su pasado.

Y ese ofrecimiento, expresado en tales términos y por un hombre como él, constituía una prueba más fuerte que todas las protestas en favor del sentimiento que la señora de Tillières había sabido inspirar á Casal...

Y ella conoció que su voluntad se disolvía en un desfallecimiento culpable que atravesó rápidamente, como un relámpago en vasto paisaje, el recuerdo de Poyanne.

¡Vestía aún su traje de la cita en Passy!

Y comprendió, con el terror que la daba la doble sensación de su ternura actual y de aquella cita tan reciente, que estaba perdida sin remedio no levantando una barrera infranqueable entre ella y el que poseía el poder de removerla de tal suerte.

¿Por qué no se produjo entonces en su espíritu un movimiento de entera franqueza? ¿Por qué no confesó á Casal que ella no era libre?

¡Cuántas desgracias habria evitado á ella misma y á los otros!

Pero esas confesiones, que muchas veces entorpecen y aun detienen perpetuamente las esperanzas de un hombre, aunque esté muy enamorado por la sublimidad de su leal valor, las mujeres no las hacen sino á personas que les interesan muy poco; á las demás prefieren ocultarlas á toda costa sus faltas...

Y entonces sobresalen en inventar alguna disculpa romancesca que las proteja y á la vez las corone de casta aureola; y esto es lo que hizo Julieta, respondiendo:

—Bien veis que os he escuchado hasta el fin, aunque tenia el derecho de interrumpiros desde vuestras primeras palabras... Os responderé claramente. He jurado, en una circunstancia solemne, que si tenia la desgracia de quedarme viuda, jamás volvería á casarme... Y este juramento, prestado libremente por mí, le mantendré...

Más tarde debía experimentar el remordimiento de esa mentira que se relacionaba con el recuerdo de su marido; porque ¿á quién podía ella haber hecho tal juramento sino á Roger de Tillières cuando éste marchó á la guerra de 1870?

Y no era oportuno, para su habitual delicadeza, mezclar semejante recuerdo en aquella conversación; pero Julieta no tenia, como ahora se dice, la elección de los medios; tratábase, ante todo, de no

poner á Casal en la pista de sus íntimas relaciones con Enrique de Poyanne.

¡Éste era el más temible de los peligros en la situación falsa en que se había colocado!

El joven fué á la calle Matignón con la certidumbre de que era amado, y no dudaba de que la ruptura que le anunció la señora de Candale era un pretexto, porque la conducta de Julieta parecía dirigida por estos dos hechos: el primero, que ella se interesaba por él con pasión; el segundo, que combatía esta pasión por la desconfianza que la produjo d'Avançon desde el día siguiente de su encuentro.

Él no había supuesto que Julieta contestaría francamente á su declaración, sino que esperaba una frase de consuelo en su crisis de sentimentalismo exaltado que le bastase para soportar la ausencia y el destierro, según estas palabras:

—Volved dentro de seis meses, y sólo entonces os hablaré.

Y él había contado ya con la ocupación de esos seis meses, que pensaba pasarlos en el mar con su amigo Herbert Bohun, y estaba seguro de volver después con el mismo amor en el corazón y las mismas frases en los labios...

La idea de casarse con la señora de Tillières había germinado en él día por día, surgiendo de la convicción de que aquella mujer no tenía, no tendría nunca, no podría tener un amante; y también

de la convicción de que él, Raimundo Casal, no había sentido nunca, ni sentiría en lo sucesivo, lo que entonces sentía por Julieta.

No obstante, conservaba ese tacto particular que hace que un hombre comprenda en cuál momento debe insistir y en cuál otro aparentar que cede... y aunque tuvo la sagacidad de apercibirse en seguida de la turbación de Julieta, la tuvo también para convencerse de que esa turbación se cambiaría en rebeldía si él intentaba luchar contra ella...

Los hombres habituados á las aventuras amorosas y que han reflexionado seriamente sobre el amor, aseméjense á soldados viejos que, impertérritos, maniobran con precisión admirable, aun bajo el fuego del enemigo.

—Entonces, señora—dijo levantándose;—puesto que es así, sólo me resta despedirme de vos para siempre... ¡Ya sé lo que tengo que hacer ahora!

Ella también se había levantado, y sus desgraciados nervios estaban tan conmovidos, y su pensamiento sujeto á tanta tirantez, que entrevió en las palabras del joven una resolución funesta, y exclamó casi involuntariamente:

—¿Qué? No os partiréis de aquí sin haberme jurado...

—¿Que no me mataré?—interrumpió Casal con alguna ironía.—No, no tengáis miedo de cargar mi muerte sobre la conciencia... Sencillamente he

querido decir que recobraré en el acto mi antiguo modo de vivir; ese modo de vivir me divertía algo, y ahora me divertirá menos, pero me ayudará á olvidaros...

Y en seguida, fijando en ella su mirada, que entonces era dura, añadió:

—No juguéis nunca, señora, con el corazón de un hombre, aunque se os haya dicho mucho malo de ese hombre; en primer lugar, porque tal juego no es leal, y en segundo, porque arriesgáis tropezar con alguno que tuviere el propósito de vengarse el día en que se apercibiera de ello... Os lo afirmo; todo el mundo no me importa nada, aunque piensen de mí otra cosa vuestros amigos...

—¡Yo!—gritó ella.—¡Yo he jugado con vos!

Y repitió dos veces con acento apagado:

—¡Yo he jugado con vos! ¡Ah! ¡No lo creéis así! ¡No podéis creerlo!...

Y habíase acercado á él en pronunciando esas palabras, y Casal la tomó una mano que ella no retiró.

Ardía de fiebre aquella pequeña mano que Raimundo estrechaba entre las suyas; y en seguida el joven atrajo hacia sí á Julieta, sin que ésta se defendiese, porque sus fuerzas se agotaban, y en el instante de separarse de él para siempre su valor habitual la hacía traición.

—¡No, no!—se atrevió Casal á murmurar con voz penetrante y apasionada.—¡No habéis jugado

con mi corazón! ¡Habéis sido sincera desde nuestra primera entrevista hasta hoy!... ¿Y sabéis lo que esto significa? ¡Ah! Permitidme que os lo diga. Vos, que queréis luchar contra la evidencia; vos, que habéis adivinado mi sentimiento... vos, señora, me amáis... ¡No me contestéis! Me amáis... Lo he comprendido así muchas veces en las últimas semanas, y también ahora mismo al entrar aquí... y en este momento lo conozco, lo comprendo claramente, después de haber dudado... ¡Perdonadme Pero dejad que os lo repita: ¡nos amamos! Adivino á quién y en qué momento habéis jurado no volver á casaros más. ¿Qué pueden contra la pasión promesas de niña? No se tiene el derecho de jurar que no se vivirá, que no se respirará, que se cerrará el alma para siempre á la luz, al amor...

Estas frases, muy semejantes á las que todos los enamorados pronuncian en casos parecidos, las dijo Raimundo en voz dulce y baja, casi tocando su rostro al rostro de Julieta.

Y la atrajo más hacia él, y sintió que la cabeza de la joven se abandonaba sobre su hombro.

Inclinóse para darla un beso... y se contuvo por temor: ella tenía los ojos cerrados y estaba más blanca que una muerta.

El exceso de la emoción la había desvanecido.

Casal la levantó en sus brazos, la reclinó en la *chaise longue*, y asombrado de su palidez, buscó un frasco de sales.

Cinco minutos pasaron así, en horrible angustia.

Luego Julieta abrió los ojos, pasóse una mano por la frente, y al ver de rodillas á Casal recobró súbitamente la memoria, y la conciencia de su situación la embargó el ánimo con violencia de locura.

Y entonces, apartándose de él con terror, dijo:

—¡Idos, idos!... ¡Me habéis dado palabra de obedecer! ¡Ah! ¡Me matáis!

El quiso hablar y cogerla las manos, y ella repetía:

—¡Idos! ¡Me habéis dado vuestra palabra!

Casal no tuvo tiempo de replicar, porque ella había oprimido el botón del timbre de una campanilla eléctrica, y el joven, al ver aquel ademán, se levantó rápidamente.

Un criado entró.

—Excusadme, caballero—dijo la señora de Tillières;—sufro mucho y me veo obligada á dejaros... Francisco, acompañad hasta la puerta al señor Casal, y haced que venga en seguida mi doncella... Me siento muy mal...

IX

Casal celoso.

Ocorre á veces mofarse de hombres muy experimentados en asuntos de amor y de mujeres, recordándoles que suele haber un día en que tanta experiencia no les sirve absolutamente de nada.

Pero no impide, en verdad, que la ilusión simbolizada por la leyenda pagana, la clásica venda del Amor, se interponga, más tarde ó más temprano, entre las más despreocupadas y la realidad, en el momento en que el corazón está interesado.

Así se ve á un Don Juan conducirse con tanta ingenuidad como un Fortunio, y á un Casal pedir en matrimonio, con timidez incomprensible, á una mujer que es hace largo tiempo querida de otro hombre.

¿Será necesario reconocer en este fenómeno una prueba más del apoyo de la tesis que asimila el amor á una sugestión?

El hipnotizador pone un libro en la mano del sujeto dormido, y le dice: «¡Aspirad esta rosa!» y el hipnotizado se lleva el libro al rostro como si éste fuera una hermosa flor, y saborea con delicia el embriagador aroma...

La mujer que amamos nos cuenta las más romancescas, las más extrañas historias, y dé su boca idolatrada aceptamos como verdaderos esos relatos que, viniendo de otra mujer, nos harían reír y encogernos de hombros.

Casal no dudó ni por un momento, durante la escena en que se había decidido á declararse, de la veracidad de la señora de Tillières; creyó en la observación hecha por la madre, y creyó también en el misterioso juramento de no volver á casarse...

Y aun si Julieta hubiese imaginado otros pre-

textos más inverosímiles, á fin de prevenir todo conflicto entre Poyanne y él, Casal, este antiguo amante de la señora de Corcieux, de Cristina Anroux y de tantas otras, no habría tenido siquiera sombra de desconfianza.

De su visita obtuvo la doble evidencia de que Julieta le amaba y que no quería recibirle, y, sin embargo, no pensaba en utilizar la primera de esas dos certidumbres para luchar contra una resolución ante la que se inclinaba, ni más ni menos que un colegial en vacaciones ante los pretendidos remordimientos de una tía que le ha trastornado la cabeza...

Él amaba, y por vez primera; y el despertar al amor debía ser en él más terrible.

*
* *

Hacía ya tres días que el joven salió de la casa de la calle Matignón, después de haber tenido en sus brazos á Julieta desmayada, sin apoyar sus labios, pálidos por la fiebre, en el beso que pedía, inclinándose sobre ella; tres días pasados en la devoradora ansiedad de los deseos contradictorios, en trazar borradores de cartas inmediatamente desgarrados.

El joven razonaba de este modo:

—Si yo intentase imponerme á ella, ¿qué sucedería? Que me juzgará mal, y nada más...

Existe una especie de código tácito del caballero que rige en cierta clase social todas las relaciones del hombre y de la mujer, y este código impone sus prescripciones lo mismo al enamorado que nada ha obtenido como al amante que parece gozar de todos sus derechos.

Por injusto que sea (considerándolo desde el punto de vista de la razón) este reglamento convencional, establecido en provecho de la mujer, un hombre se somete á él siempre por estimación de la que ama; y Casal, por grande que fuera su dolor, habría continuado sufriendo largo tiempo sin determinarse á nada, si no hubiese acontecido ese hecho que produjo en él la impresión que produce un soplo en los ojos del hipnotizado: romper el encanto del magnetismo.

Eran las dos y media de la tarde, y Raimundo, después de almorzar con Mosé en el café Inglés en un banquete dado á cierto príncipe extranjero, regresaba á su hotel, solo y á pie.

Digamos que había aceptado la invitación de aquel insidioso personaje por no quedarse abandonado á sus pensamientos, y precisamente se retiró cuanto antes con un pretexto cualquiera para volver á entregarse en absoluto á los mismos malditos pensamientos.

Los amantes desgraciados son así: huyen de su pena y luego la buscan con igual impaciencia para continuar enfermos ó curarse.

El joven seguía por la acera de la calle de la Paix; y, ¿por qué?... por escudriñar uno á uno los carruajes y los comercios, con la infantil esperanza de ver á la mujer con quien soñaba.

Su corazón latió rápidamente: Casal acababa de reconocer el caballo castaño, el cochero y el lacayo de Julieta... el mismo lacayo que le había acompañado hasta la puerta en su última visita á la calle Matignón.

El coche desembocaba por la calle de los Capucines, y una reunión de carruajes permitió á Casal apresurarse y llegar á la acera, de modo que la señora de Tillières no pudiese esquivar su saludo.

¡Quién sabe! ¡Quizá el verle así, acechando su paso, en el ángulo de la acera, quizá la conmoviera... y verla, aunque sólo fuese un momento, era todavía una ventura para aquel hombre apasionado!...

Mas he aquí que en la angosta ventanilla del coche descubrió, en vez del perfil delicado de Julieta, el semblante arrugado, las pupilas severas, los cabellos blancos de la señora de Nançay, esta madre suspicaz que le había cerrado la puerta del salón de su hija.

La anciana le reconoció también, y él vió con asombro que contestaba á su saludo con la más graciosa inclinación de cabeza, con una sonrisa amistosa de sus ojos graves y sus labios tristes.

Un parisiense no se equivoca en apreciar la elo-

cuencia de esos ademanes en que una mujer sabe expresar toda su simpatía ó su antipatía, su indiferencia ó su aborrecimiento; y Raimundo, que estaba con la impresión del relato que le habían hecho acerca de aquella madre, prevenida contra él, consideró como inexplicable la benevolencia de su saludo.

El contraste, en efecto, era demasiado brusco, entre ese afectuoso saludo y lo que le contaron de la anciana, primero la señora de Candale y después la misma Julieta, para que un hombre de su buen sentido no se extrañase.

—¡Vaya una cosa extraña!—pensó.—¿Por qué me saluda con tanta amabilidad, después de haberme exigido, como lo ha hecho, que se me pusiera á la puerta en la calle Matignón?... Si es hipocresía, es perfectamente inútil... Pero ella tiene ahora fisonomía más expresiva para mí que el último día en que nos vimos en casa de la señora de Tillières... ¡Esto no lo comprendo!

Pasaba por la puerta del Círculo de los Mirlitons en el momento de pronunciar mentalmente esa frase; y encogiéndose de hombros, salió en derechura á la sala de armas, decidiéndose á quebrantar su alma rindiendo su cuerpo en violentos ejercicios de esgrima.

Y se entregó con tanta energía á su *sport* favorito, y pegó tantos botonazos á todos sus contrincantes, unos después de otros, como si éstos fueran sus rivales en el amor de Julieta.

Mas la frase que había pronunciado antes de la sesión de esgrima: «¡Esto no lo comprendo!», estaba resuelta y explicada cuando Raimundo, saliendo del Círculo, se dirigía á la calle de Lisbonne.

—¡No hay duda!—monologuaba así.—La señora de Nançay no tiene prevención ninguna contra mí, absolutamente ninguna. ¡Esto es evidente, después de su salud! Además, ¿dónde tenía yo el talento para admitir que una madre prudentísima, que sabe lo que es la vida, pida á su hija que no vuelva á recibir á un hombre comprometedor y osado? ¡Como si esta exigencia no comprometiera más á la joven ante los amigos que van á la casa y ante la sociedad!... ¿Luego la discusión con la anciana señora sólo ha sido un pretexto? ¿Luego la señora de Tillières ha imaginado ese medio para no verme?... Pues tal habilidoso medio no es propio de ella, tan noble, tan sencilla, tan amable... á menos que...

Y vaciló algunos minutos ante la hipótesis que surgía en su mente, hipótesis horriblemente dolorosa, porque implicaba una mentira de Julieta... y cuando una mujer miente en tal asunto, no hay razón para que ella no haya mentido otras veces...

En el magnífico estudio que Shakespeare ha hecho de los celos en su inmortal *Otelo*, no se olvidó de marcar esta influencia de la analogía sobre la sospecha: la primera gota del virus venenoso es

inoculada en el corazón del moro por esta frase de Brabantio: «Ella, Desdémona, ha engañado á su padre; luego podría engañarte á ti...»

Casal poseía un espíritu demasiado viril para no preferir la verdad más amarga á la ilusión más dulce.

—Á menos que...—se repetía.—¿Y por qué no? A menos que ella me haya arrojado... Otros más fuertes que yo han sido arrojados por mujeres que no tenían esos ojos, ni esa sonrisa, ni esa voz, ni esos nobles modales... y luego es natural que me haya mentido, porque si quería no volver á verme yo no la daba ningún pretexto ni motivo para que me despidiese... Mas ¿por qué no recibirme? ¿Por su juramento? ¿Un juramento hecho á su marido antes de marchar á la guerra? ¡Esto lo comprendo menos que aquello! Cuando comencé á obsequiarla apercibióse perfectamente de mis obsequios, y yo no podía querer de ella sino dos cosas: ó ser su amante ó ser su esposo... ¿Su amante? No, no lo creyó jamás, porque me hubiera cerrado su puerta en el acto, ya que ella no quería ser mi querida... Luego debió prever que yo la pediría su mano un día ú otro, y el juramento existía ya, si es que le hay, y me dejó hacer... Pero ¿existe el juramento? Y si existe, ¿es acaso un pretexto como la discusión con la madre?... ¡Oh! ¿Qué hay en el fondo de esta súbita ruptura? ¡Vamos, Casal, vamos! Es preciso averiguarlo...

El soplo del realismo había pasado por los ojos del hipnotizado; la crisis del primer desencanto fué tan dura, que Casal necesitó, por la noche, ahogarla en alcohol... y él y su amigo lord Herbert quedaron incapaces de pensar y de hablar. ¡Tanto habían *cargado*, como decía el inglés en sus metáforas de *yachtman*!

Casal no tenía mejor compañero que Bohun para lances de tal género, porque el inglés era de esos borrachos taciturnos que se intoxican metódicamente y continúan tan firmes y rígidos como soldados en parada.

Mas en tales momentos lord Herbert no escuchaba ni respondía. ¿Cómo había llegado á sistematizar su pasión por el *whisky*, hasta el punto de ser muy contadas las noches en que regresaba razonable y lúcido á su domicilio?

La única persona á quien amaba en el mundo era Casal, ¿y por qué?

Herbert Bohun había sido, en su primera juventud, amante de una mujer que le engañaba con todo el mundo, y Casal la rechazó por su noble amistad con su camarada.

¿Lo sabía éste? Jamás se explicó acerca de ello; mas era cierto que, á través de las aparentes somnolencias de su embriaguez, conservaba lucidez bastante para adivinar lo que pasaba en el pensamiento y en el corazón de su único amigo.

En el momento de separarse, Herbert estrechó

la mano á Casal, diciéndole con acento singular esta frase del gran poeta de su país:

She was false as water...

Y tales palabras, *falsa como el agua*, representaban en sus labios la injuria más enérgica, teniéndose en cuenta la opinión que profesaba acerca de ese líquido.

Cierto que aquel consejo de desconfianza formulado así por el inglés respondía exactamente á las dolorosas ideas que hervían en la mente de Casal.

—¡Herbert tiene razón!—pensaba el joven á la mañana siguiente, lanzando á su caballo *Temerario* por las desiertas avenidas del *Bois*, bajo un cielo gris y una atmósfera pesada que torturaban sus nervios, irritados por el alcohol de la víspera.— ¡Herbert tiene razón! Las mejores no valen nada... y ella ¡una hipócrita! Sí, sí, porque me ha mentado en dos cosas... ¡Ah! Detrás de esta ruptura hay algo más... pero ¿qué?...

Y no quería darse la respuesta, ni decirse claramente la palabra que le devoraba el corazón.

Entreveía que la influencia de otro hombre explicaba solamente la súbita energía de Julieta, y no quería entreverlo así...

Y aquella tempestad interior dió por resultado, primero, que el pobre *Temerario* volviese á la cuadra cubierto de espuma y destrozado por larga carrera, y además, que el mismo Casal se dirigiese, á las dos, á la calle Matignón.

¿Para qué? Sabía de antemano que la señora de Tillières le habría cerrado definitivamente la puerta de su casa; mas le asaltaba imperioso deseo de cerciorarse de ello, calculando que existía una probabilidad contra mil para sospechar que ella no hubiese dado tan severa orden.

Y la fuerza de este deseo era tan viva, que Casal experimentó gran decepción cuando el lacayo le respondió con voz y fisonomía inexplorables:

—La señora marquesa no está en casa.

—Debía esperarme esto—se dijo Casal—y he venido para hacerme contestar así...

Y retiróse con el paso melancólico de un hombre que no tiene objeto determinado en sus paseos.

Mas escudriñando la calle con la aguda mirada que funciona casi mecánicamente en los cazadores, pescadores y maestros de esgrima, apercibió en la otra acera una persona que caminaba en dirección contraria á la que él llevaba, y á quien primero no reconoció y luego saludó vacilando.

—¡Diablo!—exclamó, acordándose repentinamente.—¡Es el conde Enrique de Poyanne!... ¡Justo, el mismol... Está relacionado con la señora de Tillières... Me acuerdo de haber oído decir á la señora de Candale ó á Julieta, no recuerdo á quién, que regresaría de su excursión uno de estos días... ¿Irá á casa de ella?... Pues veré si le reciben... y si es así, no podré dudar de que la puerta está cerrada para mí.

Y volvióse para seguir con la mirada á Poyanne, en quien no adivinaba todavía un rival, y observó que el diputado, parándose en el umbral de la puerta, en la casa de la señora de Tillières, volvíase también para seguirle igualmente con la mirada.

Los dos hombres permanecieron inmóviles algunos segundos, mirándose, y en seguida el conde empujó la puerta... y no salió.

—¡Vamos!—pensó Casal.—¡Eso es! Ella está ahí, y le recibe, y á mí no me recibe... Pero ¿por qué diablo el conde ha parado su atención en mí? Porque cuando nos veíamos en casa de Paulina de Corcieux apenas nos dirigíamos la palabra... ¿Le habrá dicho la señora de Tillières que me ha despedido de su casa? ¿Y qué relaciones existirán entre ambos? ¡Es el único de sus amigos que no he visto con ella!... Mas recuerdo haber hablado de él... ¿En qué circunstancias?

Y después de algunos instantes acordóse con perfecta exactitud: fué en casa de la señora de Candale, un día en que Julieta estaba alegre y decidora; la condesa pronunció por casualidad el nombre del gran orador monárquico, y Casal empezó á burlarse de él; la señora de Tillières frunció súbitamente el ceño, y él, con su tacto habitual, conoció que se dirigía por mal camino, y cambió en seguida de conversación.

Casal recordaba ya estos detalles.

Mas ¿qué relación había entre sus preocupaciones de hoy y su impresión de entonces?

Él no se daba cuenta de este hecho, y, sin embargo, la imagen de aquel hombre, parado ante la puerta de casa de Julieta y mirándole fijamente, quedóle impresa toda la tarde.

En el juego de pelota de las Tullerías encontró al joven marqués de La Môle, diputado de la derecha, como Enrique, y le preguntó:

—Dime, Norberto, ¿conoces á Poyanne?

—Mucho. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque voy á comer con él un día de estos... ¿Qué hombre es ese?

—¡De mucho talento! Pero...

Y el joven marqués hizo con su guante el ademán de un barbero que afeita la barba, y añadió:

—¡En los grandes premios!...

—¿Y en sus relaciones con mujeres?

—¡Un predestinado! La suya le ha dejado, y habita en Florencia, con su Bonnivet... A él no se le conoce querida... pero... yo creía hace tiempo que era la señora de Candale, porque siempre que Poyanne hablaba en la Cámara, ella estaba allí, en la tribuna, con una de sus amigas, que la acompaña algunas veces en su platea de la Ópera... una rubia de hermosos ojos, un poco madura... ¿La conoces?

—No—respondió Casal, que había reconocido á la señora de Tillières en aquella rápida semblanza.—Pues justamente—añadió—la comida era en

casa de la señora de Candale; pero él estaba ausente...

—Ha regresado hace cuatro ó cinco días... Los dos pertenecemos á la comisión del ejército... Había ido al Doubs, para hacer una campaña que no ha tenido éxito...

Raimundo acababa de descubrir, en ese diálogo rápido, una pista nueva de sospechas dolorosas, y conocía que iba á serle imposible no seguirla inmediatamente. ¡Tan vivamente había llamado su atención la mirada cambiada con Poyanne, hacia este misterioso amigo de la señora de Tillières!

Al saber que el conde no tenía amante conocida, que los discursos del célebre orador eran escuchados asiduamente por Julieta, y que el regreso de ese personaje coincidía en absoluto con su despedida de la casa de la calle Matignón, ¿no tenía suficientes datos para provocar en su imaginación una crisis de celos?

Y pensando por la noche, tendido en un diván de su gabinete, y embriagándose de tabaco, contra su costumbre, é incapaz de sufrir ni aun la conversación de su amigo Herbert Bohun, razonaba así:

—Sí; hay un hombre detrás de semejante resolución de echarme de su casa; esto está claro, perfecto, absoluto. Para que Julieta no me haya rogado sencillamente que la haga pocas visitas, es menester que alguien se haya interpuesto, diciéndola: «Ó él, ó yo;» ¿ese alguien será Poyanne?... Por

medio de D'Avançon lo averiguaré... Ya cogeré á este viajero en el Círculo... Luego Poyanne ha puesto su veto... ¿Y con qué derecho, si no es su amante? ¡No, no lo es!... Y si lo fuese, ella sería una coqueta sin igual... ¡Bah!...

Y sublevándose enérgico contra su mismo dolor, añadió:

—¿Y por qué no lo sería?... ¡Por eso la ha divertido el hecho de arrojarme de su casa! ¡A mí, á Casal, pisotearme con sus lindos pies, á causa de todo lo malo que la han dicho de mí!... Su anciana madre, su juramento, el vago fantasma de su marido muerto en la guerra, todo, en suma, lo ha presentado para burlarse de mí... ¡No, no! ¡Ella es sincera! ¿No he necesitado esfuerzos supremos para que se me abriera la puerta de su casa? Y luego, en mi primera visita, su palidez, su rubor, y después su actitud en el palco de la Ópera y en casa de la señora de Candale... ¿Y su tristeza de estos días últimos?... ¿Pero si es la querida de Poyanne, y no puede separarse de él, por una razón cualquiera, aun amándome?...

Y repetía en alta voz, con amargura infinita, estas palabras:

—¡La querida de Poyanne!

Y repitiéndolas, por brutales que fuesen, pensando en Julieta, encontró en su fiebre de desconfianza el poder de fustigar la imagen que se había formado de aquella mujer...

Y figurándose en los detalles de una cita galante, y esta visión exaltaba su turbación íntima hasta el frenesí, concluyó de este modo:

—¡No puedo seguir así! Quiero saberlo todo, y lo sabré...

¡Cuántos maridos, cuántos amantes atormentados por el aguijón de la duda, tan angustioso como la agonía de la muerte, se han dicho la misma frase y se han estrellado contra el mismo indescifrable problema!

La primera idea de Casal fué poner en persecución de la señora de Tillières á uno de los finos sabuesos de policía privada, cuya existencia es vergüenza y deshonor del París moderno; mas en seguida el joven experimentó repugnancia ante el pensamiento de entregar el nombre de la que amaba, no obstante sus desconfianzas, á los infames ejecutores de tan bajas obras de los celos.

Había en él esa rectitud nativa que reaparece en las horas trágicas de la existencia, por lo mismo que la sublevan la objeción de ciertos compromisos; y después de haber meditado largamente sobre las relaciones que hubiera entre Poyanne y Julieta, el joven decidió que la señora de Candale debía saber la verdad, y formó este plan:

La señora de Candale amaba tiernamente á la señora de Tillières, y admitiendo que existiese un lazo oculto entre ésta y Poyanne, ella debía preguntarse con ansiedad lo mismo que Raimundo

solamente sospechaba; y con estas condiciones él estaba seguro de sorprenderla y adivinar la verdad, dirigiéndose á ella bruscamente, y diciéndola: «¡Lo sé todo!» la condesa, es claro, defendería á la señora de Tillières, y entonces él nombraría de repente á Poyanne y observaría si la segunda defensa de Gabriela era idéntica á la anterior...

La habilidad de este plan le pareció tan clara, tan fuerte, que Casal resolvió ejecutarle en el mismo día; y á las dos de la tarde entraba el joven en el salón de la calle de Tilsitt, donde hubo disfrutado, con Gabriela y su amiga, tan dulces horas de conversación afectuosa.

Alfredo Mosé estaba allí, y un detalle probará el desarreglo moral de Raimundo; él, que consideraba con justicia al nieto del célebre banquero israelita como el más fino de los hombres y el más difícil de engañar, apenas ocultó su disgusto al encontrar un tercero entre la condesa y él.

Pero Mosé poseía, al servicio de su conducta en sociedad, un tacto de superior delicadeza, y no permaneció en el salón sino diez minutos después de la llegada de Casal: el tiempo necesario para no aparentar que él estaba allí de más.

—¡Ah, ya!—se decía Alfredo, bajando por la escalera.—¿Habrà algo entre la bella condesa y Raimundo?

Y mientras éste sutil observador, tan hábil diplomático en la maniobra de su propio interés, re-

pasaba mentalmente los diversos datos que podían dar cuerpo á su hipótesis, Casal empezaba ya el ataque de la manera brusca que él juzgaba, no sin razón, el mejor procedimiento para sorprender el secreto cuya posesión debía matar de golpe su amor...

Porque se había jurado que si lograba adquirir la prueba de una intriga entre Poyanne y Julieta, consideraría á esta última como muerta para él, y pensaría en ella sin más emoción que si se tratase de una actriz ó de una mujerzuela.

—¿Sabéis, señora—dijo, cuando la puerta se cerró detrás de la silueta de Mosé, y después de un minuto de esos silencios que presagian tempestades—que vos y la señora de Tillières no habéis sido muy galantes, burlándoos de mí?

Y para lanzar esta brutal frase había adoptado el acento y la actitud de hombre osado, víctima de una mistificación, por él descubierta, y que se apresura á arrojarla al rostro del mistificador.

Y Gabriela le respondió con ansiedad singular:

—¡Explicaos!

Y añadió:

—Además, no tengáis ese aspecto de vengador... Cuando se trata de mi amiga y de mí, eso es muy desagradable.

La altiva condesa se preparaba á incomodarse, á fin de cortar de golpe la conversación, si él la dirigía por sitios vedados, suponiendo, desde luego, que Casal sospechaba algo; ¿pero qué?

—No—prosiguió Raimundo—no habéis sido muy galantes, porque imaginasteis mezclar en toda esa historia á la señora de Nançay, cuando era más sencillo que vuestra amiga me hubiese dicho francamente: «Caballero, confío en vuestro honor, porque sois hombre digno; pero sabed que no soy libre... Me estorbáis, por lo tanto, viniendo á mi casa, y quizá destruiréis mi porvenir. ¡No vengáis más!»

—Continuáis hablando con enigmas—dijo la señora de Candale frunciendo las cejas—pero tal vez es mejor; me habéis despreciado pocos días hace y habéis entrado de nuevo en vuestra antigua banda... y ahora temo que, al venir aquí, os hayáis equivocado...

—¡Pues bien!—replicó él con acento cada vez más seco y áspero.—Si queréis, señora, que ponga los puntos en las *ies*, iré rectamente al fin; he sabido, ¿ois, señora?, he sabido que la señora de Nançay no tiene parte alguna en la resolución de la señora de Trillières; he sabido que un hombre la ha impuesto la exigencia de despedirme, porque tiene derecho para ello... y conozco su nombre...

Mas si Casal esperaba sorprender una emoción cualquiera en el delicado rostro de la condesa, se equivocó en su esperanza: Gabriela hacía *crochet* con sus finos dedos, su boca estaba inmóvil, sus ojos seguían el trabajo de las manos; su actitud, en suma, era la más natural del mundo.

Pero aunque Gabriela era fiel amiga y muy prudente, era en primer lugar mujer y curiosa, y dejó hablar á Raimundo para saber más.

—¡Ah!—insistía él.—No me contestáis, y hacéis bien; comprendéis que es un poco duro ser sacrificado á los celos... ¿de quién?... de un Félix Miraut, un pintamonas que se cree gran artista del Renacimiento porque se viste de veludillo para copiar ramos de lilas y una rosa...

Y de este modo fué trazando una caricatura atroz del bravo artista, interpretando en mal sentido algunas puerilidades inocentes de Miraut, puerilidades que son siempre inseparables del talento. Casal contaba con engañar así á su fina interlocutora, aunque hablando de Miraut pensaba en el otro, en su rival, y su voz salía mofadora y durísima, y su fisonomía expresaba un sufrimiento que, efectivamente, engañó á la condesa, quien le sonrió con indulgencia como á un amigo enfermo.

—¿Pero estáis loco, mi pobre amigo?—respondió.—¡Loco de remate! Miraut con derechos sobre la señora de Trillières... ¡bah! ¡Ni siquiera puedo incomodarme con vos! ¡Miraut! ¿Por qué no, d'Arnelles, ó Proсны, ó d'Avançon?... ¡Bah, bah! Mientras estáis ahí debierais desconfiar de D'Avançon... Os aseguro que las asiduidades de un hombre tan peligroso son bello asunto de meditación para un conocedor de caracteres... como vos lo sois.

—Entonces, si no es Miraut...—dijo Casal con

—No—prosiguió Raimundo—no habéis sido muy galantes, porque imaginasteis mezclar en toda esa historia á la señora de Nançay, cuando era más sencillo que vuestra amiga me hubiese dicho francamente: «Caballero, confío en vuestro honor, porque sois hombre digno; pero sabed que no soy libre... Me estorbáis, por lo tanto, viniendo á mi casa, y quizá destruiréis mi porvenir. ¡No vengáis más!»

—Continuáis hablando con enigmas—dijo la señora de Candale frunciendo las cejas—pero tal vez es mejor; me habéis despreciado pocos días hace y habéis entrado de nuevo en vuestra antigua banda... y ahora temo que, al venir aquí, os hayáis equivocado...

—¡Pues bien!—replicó él con acento cada vez más seco y áspero.—Si queréis, señora, que ponga los puntos en las *ies*, iré rectamente al fin; he sabido, ¿ois, señora?, he sabido que la señora de Nançay no tiene parte alguna en la resolución de la señora de Trillières; he sabido que un hombre la ha impuesto la exigencia de despedirme, porque tiene derecho para ello... y conozco su nombre...

Mas si Casal esperaba sorprender una emoción cualquiera en el delicado rostro de la condesa, se equivocó en su esperanza: Gabriela hacía *crochet* con sus finos dedos, su boca estaba inmóvil, sus ojos seguían el trabajo de las manos; su actitud, en suma, era la más natural del mundo.

Pero aunque Gabriela era fiel amiga y muy prudente, era en primer lugar mujer y curiosa, y dejó hablar á Raimundo para saber más.

—¡Ah!—insistía él.—No me contestáis, y hacéis bien; comprendéis que es un poco duro ser sacrificado á los celos... ¿de quién?... de un Félix Miraut, un pintamonas que se cree gran artista del Renacimiento porque se viste de veludillo para copiar ramos de lilas y una rosa...

Y de este modo fué trazando una caricatura atroz del bravo artista, interpretando en mal sentido algunas puerilidades inocentes de Miraut, puerilidades que son siempre inseparables del talento. Casal contaba con engañar así á su fina interlocutora, aunque hablando de Miraut pensaba en el otro, en su rival, y su voz salía mofadora y durísima, y su fisonomía expresaba un sufrimiento que, efectivamente, engañó á la condesa, quien le sonrió con indulgencia como á un amigo enfermo.

—¿Pero estáis loco, mi pobre amigo?—respondió.—¡Loco de remate! Miraut con derechos sobre la señora de Trillières... ¡bah! ¡Ni siquiera puedo incomodarme con vos! ¡Miraut! ¿Por qué no, d'Arnelles, ó Proсны, ó d'Avançon?... ¡Bah, bah! Mientras estáis ahí debierais desconfiar de D'Avançon... Os aseguro que las asiduidades de un hombre tan peligroso son bello asunto de meditación para un conocedor de caracteres... como vos lo sois.

—Entonces, si no es Miraut...—dijo Casal con

una ironía que hizo fruncir las cejas á la señora de Candale.

—Si no es Miraut... ¿qué?—repitió Gabriela.

—Que... que puede ser el amigo que ha regresado el mismo día en que ella me despidió á mí: Enrique de Poyanne.

—Escuchad, Casal—contestó la joven alzando los lindos hombros, pero sin sonreír—siempre que se os atacaba os he defendido, y siempre he dicho que valéis más que vuestra reputación, la cual es detestable... Pero si sospecháis tan bajamente de una mujer que es mi mejor amiga, á quien habéis conocido por mí y en mi casa, y si propagáis de ella calumnias como la que acabáis de decirme... entonces, Casal, cometéis una acción abominable, ¿entendéis?, que yo no sufriré... La señora de Tillières ha sido modelo de perfecta lealtad para vos; ella tenía prevenciones que ha dominado por consideración á mí, y os ha recibido en su casa y no ha usado de ninguna coquetería; ciertas dificultades con su madre hacen que sean penosas para ella sus relaciones con vos; os lo acuerda lealmente, y vos, en lugar de obedecer, la calumniáis... ¡Eso es una indignidad!, ¿ois?, ¡una indignidad!

—Tenéis razón, señora—dijo Raimundo después de algún silencio—y os pido perdón...

Y añadió con voz sorda:

—¡Os prometo que no volveré á hablaros jamás de la señora de Tillières!

—Y qué ¿no pensaréis de ella lo que acabáis de decirme?—insistió la condesa.

—Y que no lo pensaré...—dijo Casal.

Y tuvo fuerzas para continuar la conversación en tono muy diferente y sobre otro asunto.

Pero no engañó á Gabriela, quien, sin embargo, no procuraba indagar más, culpándose de no haber seguido el único procedimiento eficaz para despidar aquella inquisición celosa: el silencio.

Así, cuando Casal se despidió, la señora de Candale quedó largo tiempo, muy largo tiempo, dirigiéndose reproches y preguntándose si debía prevenir á Julieta.

Un peligro amenazaba á su amiga. Ella lo conocía por el mismo instinto que la hacía ver ahora en Raimundo abismos de pasión en los que no había creído antes de su visita.

—¡Sí!—concluyó.—Iré á la calle Matignón y haré que Julieta se ponga en guardia... Pero después de todo, ¿qué puede hacer él, sino molestarla con una carta ó con un escándalo?... Pero ¿cómo habrá descubierto la verdad?

* * *

¡No! Casal no había descubierto enteramente aquella cruel verdad; la prueba, no obstante, resultó con éxito, y la señora de Candale, defendiendo á su amiga tan ligeramente, á propósito de Mi-

raut, y después con tanta viveza á propósito de Poyanne, acababa de precisar el campo de pesquisas donde los celos de Casal debían operar: ¡Por el lado de Poyanne era necesario indagar el secreto de la señora de Tillières!

Cuando el joven, al salir de la visita, encontróse enfrente de él mismo, experimentó la crisis de sufrimiento que acompaña á cada progreso de los celos hacia la certidumbre; y además, había adquirido un nuevo dato, que Raimundo interpretó, como sucede á los corazones martirizados, en el sentido de sus peores pensamientos.

—¡No hay duda!—decíase mientras caminaba hacia el Bois para dominar su ansiedad por un largo paseo.—¡No hay duda! ¡Poyanne es su amante!

Y asaltáronle de pronto las ingratas visiones que había intentado desvanecer, aventurándose en la extraña visita hecha á la señora de Candale; y ahora no luchaba ya contra ellas, y le asediaban, le perseguían sin cesar por la noche, sentado á la mesa con su inseparable lord Herbert...

No poseyendo los datos que le hubiesen permitido reconstituir la historia de Julieta desde hacía diez años, no adivinaba el drama que se representaba en el alma de aquella mujer, su lucha entre el amor y la piedad, lucha entre la ardiente sed de dicha personal y la necesidad de permanecer fiel á compromisos anteriores.

Aquella criatura tan delicada se le aparecía como un enigma de doblez, tanto más monstruosa cuanto más encantadora la había conocido.

¡Juzgola él tan noble, tan altiva, tan pura!...

¡Y ella se divertía en jugar con él durante la ausencia de su amante!

—¡Sí, su amante!—insistía.

Y luego, en ciertos momentos, veíase obligado á decirse:

—¡No! Todavía no tengo la prueba absoluta, *la prueba...* ¿Pero se tiene alguna vez esa prueba? ¡A menos de haberla *visto!*...

Tales eran las disposiciones de espíritu en que se encontraba aquel hombre desventurado al sentarse, una semana después de su visita á la señora de Candale, en su butaca del Teatro Francés, en la noche del último martes de la *season*.

Y de repente, en la tercera fila de butacas, sus ojos encontraron el rostro de alguien que, volviéndose de lado, le miraba; y reconoció á Enrique de Poyanne.

Como en la calle Matignon y en el umbral de casa de Julieta, aquel cruce de miradas entre ambos no duró sino un segundo, y al momento el conde aparentó interesarse por seguir el diálogo y el movimiento escénico de los actores.

Raimundo no tenía necesidad de volverse para mirar á su rival: bastábale con inclinarse un poco, y veía los cabellos rubios á trechos y grises en

otros lados del célebre orador, y su perfil vulgar, y sus angostos hombros, y la mano con que apretaba los gemelos de teatro, con una nerviosidad que revelaba emociones contenidas.

Y mientras contemplaba con la avidez de los celos á aquel hombre, sentado á pocos metros de distancia, y objeto de sus meditaciones más dolorosas, una singular loca idea se apoderó en el acto de Casal: él tenía la intención de que la prueba, aquella prueba deseada, estaba allí, en su presencia... y esta vez iba á poner en claro las probalidades, todavía dudosas, á pesar de todo, de su conversación con la señora de Candale.

No ignoraba él que Poyanne se había batido como un héroe durante la guerra, y conocía también su duelo en Besançon, aquel duelo á que el conde obligó al amante de su mujer; tenía, por lo tanto, delante de él, un hombre bravo para soportar la menor afrenta.

—Razonemos—se dijo.—Si me acerco en el entreacto y le hago uno de esos desprecios que un hombre de su carácter no puede tolerar á nadie, sin obedecer á razones imperiosas, lo sabría todo... Si es el amante de la señora de Tillières, y si es realmente quien ha hecho que se me arroje de allí, á todo precio querrá que el nombre de esa mujer no se pronuncie entre nosotros, ni á propósito de nosotros, y él se arreglará para evitar un encuentro... Pero si no hay nada entre ellos, me detendrá

á la primera palabra, y después le daré ó me dará una estocada... ¡No se sabe nunca el final de estos lances! Pero me distraerá mucho batirme en las circunstancias presentes, y lo que arriesgo vale la pena de hacer la prueba... Porque si él se aleja callandito, resulta la prueba, y prueba indiscutible.

Este proyecto insensato, apenas forjado por aquella alma frenética, fué de inevitable cumplimiento. ¡Parece que el amor resucita en nosotros al salvaje primitivo, para el cual es una misma cosa proyectar y ejecutar lo proyectado.

Ninguno de los camaradas de Raimundo, que le estrechaban la mano después de caer el telón, se hubiese apercibido de la tirantez de nervios del joven, cuando fué á situarse á la entrada del pasillo para aguardar á Poyanne y decirle con las más corteses formas:

—¿Me haréis el honor, caballero, de concederme una conferencia de breves momentos?... ¿Aquí, si os place?

Y le indicó un ángulo del pasillo, apartado de las gentes que iban y venían.

—Os escucho, caballero—respondió el conde, visiblemente sorprendido por aquella entrada en materia.

Poyanne tuvo la sensación inmediata de que su inesperado interlocutor quería hablarle de Julieta, y se dijo:

—¡Es imposible! En primer lugar, nada sabe;

además, y á pesar de todo, es demasiado *gentleman* para hacer eso...

Pero Casal comenzó en seguida á hablar á media voz, con el ademán y el tono que suele usarse en una confidencia entre dos indiferentes de la buena sociedad, sobre una historia de círculo ó de salón.

—Es muy sencillo, caballero, y no es molestaré mucho tiempo: únicamente deseo preguntaros si tenéis alguna razón particular para mirarme como acabáis de hacerlo en el salón del teatro, y en otras ocasiones también, con una insistencia que, tengo el sentimiento de deciroslo, no me conviene por ningún concepto.

—Hay alguna mala inteligencia entre nosotros, caballero—respondió Poyanne;—porque yo ignoraba en absoluto que vos estuviéseis ahí hasta hace unos cinco minutos.

Y estaba muy pálido, y hacía notable esfuerzo para conservar un corte de seriedad ante un apóstrofe tan extraño como el de Casal.

—Estoy desolado por contradeciros, caballero—replicó Raimundo—pero me habéis mirado con fijeza, os lo repito, en diversas ocasiones... y quiero tener el corazón tranquilo y advertiros que estoy decidido, en caso necesario, á prohibiros que me miréis así...

A medida que pronunciaba estas palabras, de insolencia tan gratuita y extraordinaria, podía se-

guir en el rostro del conde la lucha entre la altivez ultrajada y la absoluta resolución de no revelar nada de su secreto.

Porque Poyanne habíase apercibido, con la rapidez de razonamiento que se despierta en nosotros en semejantes situaciones, de esta verdad: Casal no ignora que la señora de Tillières le ha despedido por mi causa; luego sabe también mis relaciones con ella, y un hombre capaz de tan in-calificable algarada es también capaz de nombrarla si nos batimos... ¡A todo trance es preciso evitarlo!

Y tuvo energía suficiente para dominarse otra vez, y responderle:

—De nuevo, caballero, os afirmo que hay aquí una mala inteligencia... Jamás he tenido motivo alguno para miraros de modo que pudiera causar ofensa, y no tengo la intención de comenzar, después de una conferencia que no tiene, por consiguiente, la menor razón para prolongarse... y os ruego, por lo tanto, interrumpirla...

—¡En efecto!—dijo Casal.—Veo que no debo hablar más con un cobarde...

Y este insulto salió de sus labios sin que lo deseara, porque era contrario al plan de indagación que se había propuesto seguir; pero al ver que el conde se turbaba y que á la vez dominaba su turbación, deliberadamente dispuesto á evitar una querrela, Casal adquirió una segunda prueba, ni más ni menos que en su conferencia con la señora

de Candale; y entonces, el furor de los celos le arrancó aquella palabra irreparable, ante la cual no retrocede nunca un hombre de corazón, sea ó no sea el amante de la mujer.

El rostro del conde, que estaba muy pálido, se tornó de color de púrpura.

—Caballero—dijo—os he respondido lealmente, porque suponía que os equivocabais de buena fe; más veo que buscáis mala querella, que deseáis un duelo, y le tendréis... Ignoro por cuál motivo queréis ocuparos en quien jamás se ha ocupado en vos, pero no consiento que nadie me hable como vos acabáis de hablarme... y tendré el honor de enviaros dos amigos míos...

Y parándose un momento, añadió imperiosamente:

—¡Con una condición, caballero! Que vos exigiréis de vuestros amigos lo que yo exigiré de los míos: su palabra de honor de que este asunto ha de permanecer absolutamente secreto.

—Conformes—respondió Casal.

Y como para probar á su interlocutor la sinceridad de su promesa, interpeló á Mosé, que por allí pasaba, con estas palabras:

—Decidme, Alfredo, ¿os acordáis con exactitud de la fecha en que se representó aquí la comedia de Octavio Feuillet, en la cual estaba tan admirable el actor Bressant?... *El Acróbata*, si no me engaño... el mismo asunto que *La Marquesita*, pero

más romántico... Discutimos acerca de eso el señor de Poyanne y yo: él afirma que fué en 1872 y yo que fué en 1873...

X

Antes del duelo.

En la mañana siguiente al día en que se representaba en los pasillos del Teatro Francés la escena que acabamos de describir, imposible de prever, y que tan bruscamente convertía en tragedia la novela sentimental de la débil Julieta, ésta se encontraba sola en la avenida circular del jardincito de su casa.

Las acacias en flor perfumaban el aire con su aroma azucarado, que la soñadora aspiraba ampliamente, mirando el verde follaje que resplandecía con el sol del estío, el macizo de rosas encarnadas y blancas erguidas en sus tallos, la hiedra que se estremecía en el muro con el soplo del céfiro, el vuelo de una avecilla que saltaba sobre el césped y volaba en seguida hacia las ramas cercanas.

Desde su conversación con Casal no dejó de sentirse algo enferma, y era para ella una pena excesiva no poder ocultar enteramente á Poyanne su melancolía, en la cual se anegaba, se hundía más en cada hora.

¿Y cómo engañar la inquieta lucidez de aquel

de Candale; y entonces, el furor de los celos le arrancó aquella palabra irreparable, ante la cual no retrocede nunca un hombre de corazón, sea ó no sea el amante de la mujer.

El rostro del conde, que estaba muy pálido, se tornó de color de púrpura.

—Caballero—dijo—os he respondido lealmente, porque suponía que os equivocabais de buena fe; más veo que buscáis mala querella, que deseáis un duelo, y le tendréis... Ignoro por cuál motivo queréis ocuparos en quien jamás se ha ocupado en vos, pero no consiento que nadie me hable como vos acabáis de hablarme... y tendré el honor de enviaros dos amigos míos...

Y parándose un momento, añadió imperiosamente:

—¡Con una condición, caballero! Que vos exigiréis de vuestros amigos lo que yo exigiré de los míos: su palabra de honor de que este asunto ha de permanecer absolutamente secreto.

—Conformes—respondió Casal.

Y como para probar á su interlocutor la sinceridad de su promesa, interpeló á Mosé, que por allí pasaba, con estas palabras:

—Decidme, Alfredo, ¿os acordáis con exactitud de la fecha en que se representó aquí la comedia de Octavio Feuillet, en la cual estaba tan admirable el actor Bressant?... *El Acróbata*, si no me engaño... el mismo asunto que *La Marquesita*, pero

más romántico... Discutimos acerca de eso el señor de Poyanne y yo: él afirma que fué en 1872 y yo que fué en 1873...

X

Antes del duelo.

En la mañana siguiente al día en que se representaba en los pasillos del Teatro Francés la escena que acabamos de describir, imposible de prever, y que tan bruscamente convertía en tragedia la novela sentimental de la débil Julieta, ésta se encontraba sola en la avenida circular del jardincito de su casa.

Las acacias en flor perfumaban el aire con su aroma azucarado, que la soñadora aspiraba ampliamente, mirando el verde follaje que resplandecía con el sol del estío, el macizo de rosas encarnadas y blancas erguidas en sus tallos, la hiedra que se estremecía en el muro con el soplo del céfiro, el vuelo de una avecilla que saltaba sobre el césped y volaba en seguida hacia las ramas cercanas.

Desde su conversación con Casal no dejó de sentirse algo enferma, y era para ella una pena excesiva no poder ocultar enteramente á Poyanne su melancolía, en la cual se anegaba, se hundía más en cada hora.

¿Y cómo engañar la inquieta lucidez de aquel

hombre? Era tan amante, tan tierno, que ese engaño parecía fácil; pero la ternura, cuando llega á cierto grado de intensidad, es tan susceptible, que equivale á la más perspicaz desconfianza; y ¿por acaso Poyanne no sospechaba ya que su querida se rendía á él por piedad, no por amor?

Y además, no se imita, no, el amor verdadero, este encanto íntimo que hace que la presencia de la mujer adorada sea en realidad para nosotros el término del mundo y del tiempo, la sensación suprema que llena el alma hasta el último límite de su capacidad.

¡No, no es posible representar la comedia de esos éxtasis del corazón!

La voz de una mujer podrá dulcificarse para pronunciar frases más dulces todavía que su voz; sus miradas se asemejarán á esas frases; su anhelo intentará persuadir á su amante que es dichosa, para que él también lo sea... pero ¡estéril mentira! porque si el amante ama con verdadero amor, discernirá bien pronto, por dolorosa magia de adivinación, todo lo que hay de ficticio, cruelmente ficticio, en aquella voluptuosidad de ternura.

Enrique de Poyanne, desde el día siguiente á la cita de Passy, escudriñando y pensando en los menores detalles, en una palabra, un ademán, un gesto de fisonomía, como si fuesen otras tantas pruebas, se había fijado en esta idea: «¿Me compadece? ¡Luego no soy amado!»

Otra conversación que tuvo con d'Avançon le reveló que Casal había sido despedido en definitiva, que Julieta había cumplido su promesa; pero si ella, después de *ejecutar* á Casal, no lo deploraba, ¿por qué ofrecía todos los síntomas de una consunción interior, inexplicable en verdad sin la mordedura oculta de un dolor constante?

¡Es tan amarga para un enamorado la comprobación de tales síntomas, aun cuando conozca la causa del estrago que revelan!

Ver que palidece el rostro del sér amado, que sus pupilas se llenan de sombra, que sus mejillas se hundén, que sus sienes amarillean, que sus labios se tornan lívidos... ¡en todo él la prueba indiscutible de que la llama de la vida oscila y se estremece en la mujer adorada!

¡Dios mío! ¿Si se extinguirá? ¡Qué escalofríos al pensar en que el objeto de tanto amor es tan frágil, en que nuestro corazón está pendiente del aliento de una criatura tan enferma!

¿Qué será cuando el martirio de ver morir por momentos á la mujer de nuestro amor se aumenta con este otro martirio: «¡Muere de pena por el otro!»

No habían pasado muchos días entre la mañana en que d'Avançon había ejercido su peligroso oficio de denunciador voluntario y la noche del Teatro Francés en que Raimundo insultó á Poyanne, y, sin embargo, este último había caído en un ma-

lestar íntimo, angustioso, llegando á formular esta hipótesis, para él terrible, y que conceptuaba cierta:

—Ama á Casal sin confesárselo, y si me guarda fidelidad á mí es por honor, tal vez por caridad.

¡Ah! Cuando estas palabras palpitaban en su imaginación, y á pesar suyo, ¡cómo se rebelaba su nobleza de amante siempre enamorado contra aquella detestable limosna de piedad!

Todas las mañanas se prometía pedir una explicación definitiva, y siempre la aplazaba con pena en viendo el pobre rostro demacrado de su querida. ¡Temblaba ante la idea de que una conferencia de ese género la hiciese daño, y callaba!

Pero su mirada, el pliegue contraído de sus labios, su angustioso silencio, todo, en suma, revelaba su recaída en la tristeza de la desconfianza; y la joven, por su parte, interpretaba también aquellos signos de una ansiedad secreta, y se decía:

—¡Veo que no es feliz!... Por él he ahogado un sentimiento que llenaba mi corazón, y ¿para qué?... ¿Por qué, sí, haber lanzado al otro en su indigna vida de los días pasados?

Porque ella estaba segura de que Casal buscaba el olvido en la orgía y la crápula; veíale en su imaginación al lado de una mujerzuela ó de la señora Corcieux, y sentíase entonces celosa...

Una mujer que no se ha entregado al que ama profesa á menudo esos celos, tan dolorosos como

inicos, por esas otras mujeres con quien su amado la olvida y la ofende...

Su corazón palpitaba y sangraba á la vez por los dos hombres, y ella ni siquiera podía hacer feliz al que su voluntad inmolaba al otro.

Julieta se encontraba en esa estación de su calvario cuando la agobió otro golpe terrible: Gabriela iba á decirle que Casal estaba cerca de conocer la verdad, y su estupor, su anonadamiento fué tan grande, que la hizo traición su energía, la nerviosa energía de las mujeres débiles que sufren días y días las más poderosas emociones, y luego pagan su resistencia con enfermedades que desesperan y desarman á la ciencia, porque su organismo queda arruinado hasta en la última fibra.

Julieta pasó dos días en el lecho, anonadada, inerte, incapaz de moverse, de pensar, de sentir, ante lo que representaba para ella aquel descubrimiento; y aun quebrantada por tal crisis, paseando por el jardín, mirando á las flores, escuchando el gorjeo de los pájaros, perseguíala siempre esta pregunta:

—Raimundo conoce mis relaciones con Enrique... ¡Dios mío! ¿Qué pensará? ¿Qué hará?

¿Qué pensaba? Adivinábalo ella exactamente: que no pudiendo explicarse las diversas alternativas de su alma, la despreciaba altamente por haberse manifestado con él tan coqueta siendo la querida de otro hombre.

Y ella se decía, pensando escribirle para con-
társelo todo:

—¡No, no me creerá!... Y si le vuelvo á ver soy
perdida...

¡No se sentía segura de sí misma!

Y luego, en los ojos de aquel hombre, leería el
ultraje de una horrible certidumbre. ¿Qué certi-
dumbre? ¿Cómo había adquirido él la prueba de la
intriga?

Y este misterio por encima del otro confundía
su razón, y por eso se preguntaba:

—¡Sí! ¿Qué hará?

Y un escalofrío sacudía todo su cuerpo si inten-
taba combatir sus temores con razonamientos fun-
dados en la delicadeza de proceder que Casal ha-
bía empleado siempre con ella.

La abstracción de la señora de Tillières era tan
completa, que ella no vió á la señora de Candale,
de pie á la puerta de la sala, mirándola con singu-
lar emoción; y sin duda la condesa era portadora
de alguna noticia muy grave, porque aparentaba
retrasar el momento de hablar con su amiga.

Mas llamóla dos veces, pronunciando su nombre,
y Julieta levantó la cabeza, vió á su amiga y leyó
en el acto en la expresión de la fisonomía de aque-
lla amiga.

—¿Qué hay?—preguntóla al punto, entrando en
la sala.

Gabriela la había cogido del brazo y la llevaba

fuera del jardín á las habitaciones interiores, sos-
pechando que la señora de Nançay, sentada detrás
de las vidrieras del primer piso, siguiera con tierna
mirada las idas y venidas de su hija querida.

—Hay—respondió la condesa con voz ahoga-
da—que ocurren cosas muy graves... tan graves
que no sé cómo decírtelas... Coge mis manos y ob-
serva cómo tiemblo... ¿Tienes valor?

—Sí—respondió Julieta;—pero habla, habla.

—¡Es que pierdo la cabeza!—replicó la conde-
sa.—Yo debía calmarte y no enloquecerte... Va-
mos, siéntate... ¡Qué pálida estás! Vas á juzgar si
tengo razón en venir inmediatamente: estábamos
esta mañana á las nueve, Luis y yo, tomando el té,
cuando llevaron una carta á mi marido.—«Es del
señor Casal»—dijo el criado—«y espera la respues-
ta.»—«¿De Casal?»—repitió Luis.—«¿Qué puede
pedirme, él que no escribe jamás?»—Abrió el sobre,
y empezó á leer; yo le seguía con la vista, y obser-
vé en su rostro el asombro; él respondió: «Decidle
que estaré en la calle de Lisbonne dentro de me-
dia hora...» Cuando nos quedamos solos le pregun-
té, como tú á mí hace un momentó: «¿Qué hay?»—
«Nada que os interese; una presentación en el Cir-
culo.» Pero tenía, al contestarme así, la mirada
que miente, la mirada que tiene para contarme el
empleo de su día cuando ha acudido á una cita
con la Bernard... Cuando nos reunimos para almor-
zar, conocí al punto que Luis estaba preocupado

por todo extremo, y de repente me preguntó: «¿Continúa visitando con frecuencia á la señora de Tillières el señor de Poyanne?» — «Sí» — le contesté. — «¿Por qué esa pregunta?» — «Por nada; por saberlo» — me contestó, y calló... Mas ya te he dicho repetidas veces: él no puede callar nada... Guardé silencio, convencida de que antes de acabar el almuerzo Luis soltaria alguna frase que me pusiera en la pista del secreto... porque era indudable para mí que habia un secreto relacionado con el billete de la mañana... Y así aconteció. — «Casal — me preguntó — ¿ve con frecuencia á la señora de Tillières desde el día en que almorzamos aquí los cuatro?» — «¡No lo sé!» — le respondí. — «¿Pero me explicarás por qué te interesas hoy en saber quién va y quién no va á casa de la señora de Tillières?» — «¿Yo?» — dijo ruborizándose. — «Vaya una ideal...» Y al acabar esta frase, el criado entró preguntando: — «¿El señor puede recibir al lord Herbert Bohun...?» Ya sabes, ese inglés tan amigo de Casal... Y les dejé encerrados en el gabinete de Luis, tomé un coche de plaza y aquí me tienes...

— En efecto — dijo Julieta — es muy extraño eso, muy extraño... ¿Se tratará de un duelo? ¿Si tu marido y ese inglés serán los padrinos de Raimundo contra Enrique?... ¡Oh, está claro como la luz! Van á batirse... ¿No lo has pensado así? Responde...

— Sí, sí — dijo la condesa — lo he pensado; pero

te suplico que no te exaltes, porque podemos engañarnos... ¡Es tan inverosímil este asunto!... Casal y Poyanne no se ven jamás, ni siquiera en el *Jockey*, adonde no van ni uno ni otro; es preciso que entre ellos haya habido un cambio de cartas, y esto es más difícil; hay algo, sin embargo; ¿pero qué?... ¡Esto es lo que necesitamos saber!... Luis tiene grandes defectos, es imprudente, es cualquier cosa; mas si ha dado palabra de callar, es caballero... Yo quisiera que tú vieses á Poyanne, y para decírtelo he venido tan pronto.

— Gracias — respondió Julieta abrazando á su amiga. — ¡Si hubiera duelo entre los dos yo no sobreviviría!... ¡Ah, voy á saberlo!... Enrique debe estar aquí á las dos, y no me ha escrito que faltará á la cita... ¡Luego vendrá!... ¡Dios mío!... Tengo fiebre... pero tú has dicho bien: debo ser fuerte.

A pesar de esta resolución, y aunque el súbito sentimiento de un gran peligro posible hubiese dado á la joven una calma relativa, nunca, desde el día en que esperaba el despacho dándola detalles del primer combate á que asistía su marido, Julieta habia sido presa de ansiedad tan devoradora.

Los quince minutos que mediaron entre la palabra de su amiga y la llegada de su amante, parecieronle tan largos, que tuvo intención de enviar un criado á saber del conde, porque la hora de la cita habia pasado algunos más...

—Las dos y diez—pensaba Julieta, siguiendo con mirada atenta la manecilla del reloj.—Si á las dos y cuarto no ha venido, es que no vendrá... ¿Y cómo saber entonces?... Pero llaman... la puerta del salón se abre... ¡Ah, es él...

*
**

Era, en efecto, Enrique de Poyanne, quien se excusó de no haber podido separarse más pronto de una cita de negocios, y, en realidad, acababa de separarse de sus dos testigos, que eran el diputado De Sauve y el general De Jardes.

El duelo estaba señalado para la mañana del día siguiente, y las condiciones fijadas por el mismo conde eran de las que hacen estremecerse á los más bravos: cuatro balas á veinte pasos, á voz de mando y con pistolas de doble seguro.

El conde, en aquel momento, debía de decirse que visitaba á su amiga por última vez, y, sin embargo, su fisonomía, que Julieta escudriñó con ávida mirada, no revelaba la más ligera ansiedad.

Y al mostrarse así, tranquilo hasta la indiferencia, en la víspera de un duelo con terrible adversario, aquel hombre no se imponía una falsa apariencia: su tranquilidad era sincera, y á consecuencia de la escena inesperada del teatro, había experimentado como una singular sensación de calma.

Incapaz de imaginarse el verdadero motivo por

qué Casal le buscaba una querrela tan extravagante y tan contraria á todo proceder de hombre bien educado, vió en ello el efecto de un delirio, pero de un delirio de celoso: aquello era la cólera de un seductor profesional, habituado á éxitos fáciles, y que despedido por una mujer, quería vengarse en el rival por cuya influencia aquella le despidiera.

¿Y qué probaba esta cólera sino que Raimundo no conservaba esperanza? ¡Luego Julieta no le había concedido favores, ni siquiera un interés muy vivo!

Aunque el conde jamás hubiese puesto en duda la fidelidad moral de su querida, sintió dulzura infinita al encontrar entonces una prueba que juzgaba irrefutable, y más dulzura todavía en comprobar así el sufrimiento de Casal, exasperado hasta el frenesí.

¡Ah, Casal! Detestábale tan profundamente que la perspectiva de tenerle al alcance de su pistola dióle una instintiva, invencible satisfacción; él olvidaba entonces que el secreto de sus relaciones con la señora de Tillières había sido sorprendido, y que las probabilidades del combate eran más favorables á Raimundo.

Cuando se dirigió á casa de Gastinne, en la mañana del mismo día, para cerciorarse de que no había olvidado el manejo del arma por él escogida, pudo ver en la pared de la sala, entre los trofeos de excelentes tiradores, un cartón con una

mosca aplastada, y debajo esta leyenda: «Siete balas al blanco por el Sr. Casal.»

¿Y qué? Había desafiado á la muerte muy de cerca en 1870, y además el peligro debía proporcionarle, como á su enemigo, una especie de impresión muy particular.

Toda acción, aunque sea trágica, nos alivia muchísimo, cuando hemos vivido largo tiempo aislados con nuestro propio pensamiento, y tiene, por lo menos, la virtud de proporcionarnos algún descanso en la intolerable incoherencia que produce el abuso de la reflexión.

La señora de Tillières se encontró en los primeros instantes de la visita con una máscara de grave serenidad que la habría desalentado si no hubiera sabido que se trataba de asunto de interés capital para ella misma.

No la bastaba, en tal circunstancia, pararse en una hipótesis; tenía hambre y sed de saber y un medio seguro de adquirir certidumbre completa de que Poyanne no se batía en la mañana siguiente, preguntándole si pensaba en pasar á su lado aquel día.

Y después de algunas frases de pura cortesía sobre el tiempo y la salud, díjole con astuta coquetería en el gesto y en la voz:

—Espero que estaréis contento de vuestra amiga... Me culpabais de no salir nunca, de no tomar el aire, y mamá y yo iremos mañana á Fontaine-

bleau á visitar á mi prima de Nançay, que se ha establecido allí la semana anterior... ¿Y sabéis quién será nuestro caballero?

—D'Avançon—dijo el conde sonriendo.

—No es cierto eso—replicó ella.—Nuestro caballero seréis vos... ¡No digáis nada! ¡No admito excusas!

—¡Pero si desgraciadamente es imposible!—respondió el conde.—Tengo que asistir á una reunión parlamentaria, á las dos de la tarde, en el palacio Borbón.

—Pues sacrificaréis por mí esa comisión, y no hay más que hablar... No os pido grandes cosas, pero esta vez lo exijo... Y tengo mis razones para ello—añadió finamente.

—Confesad—replicó él, manteniendo la conversación en aquel terreno, y mirando fijamente á Julieta para adivinar si sospechaba algo—que tengo el derecho, por lo menos, de conocer las razones...

—Y yo no puedo dáros las á conocer—respondió la señora de Tillières—pero lo quiero... y aunque sólo fuera un capricho de enferma, ¿rehusaríais satisfacerle?... Es menester lisonjearme... porque, ¡ay!, vos no me tendréis siempre...

—Verdaderamente que no—respondió él con perfecta seriedad—no puedo... Vamos, Julieta, sed razonable; si eso es un capricho de enferma, no querréis que yo sacrifique por él un deber de conciencia.

Habíase levantado para sustraerse á la intensa mirada que le lanzaban súbitamente las pupilas de su querida.

¿Pero realmente estaba ella enferma cuando cedía, según dijo, á una de esas fantasías de despotismo en las que se revela el desequilibrio nervioso, ó bien había sabido la escena de la vispera y sus consecuencias?

¿Pero cómo? ¿Por quién?

Julieta no le dejó tiempo de reflexionar más en esa doble hipótesis, porque también se levantó de la silla, y dirigiéndose hacia él con la mirada fija y la voz trémula, dijole:

—¡Ah, Enrique! ¡Cuán mal mentís!... No, no podéis estar libre mañana... Yo lo sabía, y sé también la verdadera causa, y voy á deciroslo, si, yo, á ver si os atrevéis á desmentirme; es que mañana os batís... ¿Y con quién? ¡Lo sé, sé...! ¿Será necesario que le nombre?

Por muy desvelada que estuviera, desde el principio de la conferencia, la desconfianza de Poyanne, éste no pudo reprimir un movimiento que en él era una confesión explícita.

Mas cruel idea se apoderó al punto de su espíritu, que le hizo imposible el disimulo: si Julieta lo sabía todo, no era ciertamente por sus testigos, de quien él estaba seguro; ¿luego los testigos de Casal habían hablado? ¡Esto no era verosímil! ¿Casal, el mismo Casal?

—¿Y por qué no?—pensó.—Habría querido vengarse de ella, y quizá la ha amenazado antes de ahora con este desafío... ¡y se lo habrá escrito todo! ¡Ah, miserable!

Y no pensó en lo que tenía de quimérico semejante pensamiento, ni en que la astucia de Julieta probaba sencillamente una vaga sospecha, porque el odio á su rival le hacía pensar únicamente en nuevas villanías de aquel hombre...

Y ciego de furor, con dura mirada, con voz áspera, la respondió:

—Pues si estáis tan bien informada, sabréis también los motivos del duelo, y que es inevitable.

—¿Luego es verdad?—gritó Julieta, estrechándole en sus brazos.

La súbita certidumbre de que los dos hombres iban á batirse la llenó de ese pánico que no permite reflexionar, y temblorosa, estrechando á Enrique con la fuerza que da la fiebre, continuó:

—¡No, no! ¡Ese duelo no se verificará! ¡No quiero, no! Si me amas, encontrarás el medio de impedir ese hecho monstruoso... ¡Los dos! ¡Uno contra otro!... No es posible, no, no es posible... ¡Júrame que no se verificará!... ¿Entiendes?... ¡No lo quiero! ¡Yo moriré!... ¡Ah! ¡Los dos! ¡Los dos!

El conde la oía lanzar esas palabras que le revelaban la dualidad de corazón que él ya sospechaba y que ella quería ocultarle, y, amante desgraciado, sintió revivir y palpar en su alma todos los ce-

los morales que la habían desgarrado días antes.

Apartóse de Julieta, rechazó duramente los brazos que le estrechaban, las manos que se agarraban á su levita, y contestó:

—¡Los dos! ¡Los dos!... ¡No sabéis si temblar por él ó por mí! ¡No sabéis á quién de los dos amáis!... Ó mejor dicho, sí, sí que lo sabéis... y él también lo sabe... Ahora comprendo por qué, no viendo entre él y vuestro corazón sino un obstáculo, un resto de cariño hacia mí, él quiere suprimirle... suprimiéndome á mí... Mas ya que él os ha dicho, faltando á la palabra dada, que nos bataríamos mañana, ¿os ha dicho también que se ha permitido llamarme cobarde?... ¡Cobardel! ¿Entendéis? ¡Cobardel!... ¿Y vos me pedís que acepte esa injuria?... ¡Ah! ¿Queréis que os lo diga todo? Aunque él no me hubiese hecho tan mortal ultraje, yo no habría dejado perderse la ocasión de jugar mi vida contra la suya, porque aborrezco á ese hombre... ¡sí, le aborrezco!

—Enrique—replicó ella con voz quebrantada, tomándole una mano con la timidez del niño que implora perdón—Enrique, te lo ruego, créeme. ¡Te juro por todo nuestro pasado, por nuestro querido pasado, que nada he sabido sino por Gabriela y por ti... Ella ha venido á verme hace unos momentos; su marido es testigo en este horrible lance, y pronunció dos ó tres frases que excitaron las sospechas de mi amiga, y después, cuando me

las repitió, las mías... Ahora, cuando he oído de tus labios la confesión de tan cruel verdad, he visto sangre, sangre vertida por mi causa... ¡Yo no amo más que á ti! ¡Yo soy tuya para siempre!... ¡Ibamos á ser tan dichosos! Porque me harías buena, tierna, dulce... Comprende, Enrique: aun admitiendo que ese hombre me ame, si ha buscado querella contigo es porque sabe que yo no le amo, que no le amaré jamás...

—¡Y me ha insultado!—interrumpió el conde.—¡Y no puedo borrar ese insulto con nada!... No, no puedo retroceder... ¡Te creo!

Y correspondió á la presión de mano de su querida con otra presión larga y apasionada, porque él había creído que Julieta era sincera.

No se atrevió á decirle su verdadero pensamiento: «¡Si yo estuviese seguro de que no le amas! Pero no; le amas, y no quieres amarle, y á mí, sí, quisieras amarme.»

Empezaba á sentirse cansado de aquella perpetua incertidumbre, y tenía necesidad de conservar su calma, su sangre fría, para arreglar bien todos sus negocios durante la noche, que tal vez sería la última de su vida.

—Sí—insistió—te creo... y comprendo que he sido imprudente hablándote así... ¡Ahora lo sabes todo! No puedo retirar lo que he dicho: ten valor, amiga mía, y no digas una palabra más sobre este asunto... Tú sabes mejor que nadie que las cues-

tiones de honor no se discuten... Debo dejarte... y he venido á pedirte que me recibas á las nueve, después de la comida... Entonces te diré: ¡Hasta la vista, si Dios lo permitel... Para entonces habrás reflexionado, y hablaremos sin esas frases que hacen tanto daño á tí y á mi por nada... ¡Ah, no somos ya demasiado felices!

*
*
*

Julietta le dejó marchar sin responderle.

¿Qué podría hacer ella ante la evidencia de aquella necesidad social, tan implacable como la necesidad física, como la caída de una casa ó como un temblor de tierra?

Raimundo había ultrajado á Enrique, y este último tenía razón: ¡el duelo era inevitable!

Pero la necesidad no implica la resignación, y en el alma de aquella mujer, doblemente herida, todas las energías se sublevaban contra la aceptación de la cruel tortura que la representaba el desafío de los dos hombres.

Poyanne había desaparecido ya y ella continuaba todavía hundida en un sillón, con las manos cruzadas sobre las rodillas, la cabeza inclinada hacia el pecho, la mirada fija, la mente enardecida por un torbellino de imágenes que la mostraban á Enrique y Raimundo á algunos pasos de distancia uno de otro, el grupo de los testigos, la señal para

los disparos, los cañones de las pistolas apuntando... y uno de los duelistas cayendo á tierra desplomado.

Veía caer á Poyanne; los ojos de este amigo de diez años, aquellos ojos en los que no pudo sopor-tar jamás una sombra de tristeza, volvíanse hacia ella con mirada de agonía, cual dirigiéndola esta suprema queja: «¡Tú me has matado!»

Y ella procuraba lanzar con todas las fuerzas de su alma aquel vestigio de funesto presagio, y otra imagen aparecía al punto en su imaginación: Casal herido de muerte, el mismo Casal cuya presencia le producía estremecimiento de dicha y de miedo, y cuya ausencia le hacía languidecer de melancólica amargura.

Aquel rostro de tan varonil belleza estaba pálido, y los ojos se volvían también hacia ella, no dirigiéndola tiernos reproches, sino con intolerable expresión de desprecio.

Y, aun en aquella hora de crisis trágica, no sabía, no podía saber, á cuál de los dos lloraría con llanto más amargo si el duelo se verificase y tuviera un fatal desenlace.

¡No le tendría, no! ¡Aunque ella tuviese que ir al mismo terreno y arrojarse á los pies de los dos hombres, allí, delante de los cuatro testigos, lo haría!

Pero ¡insensata! no sabía la hora, ni el sitio, ni nada; sólo sabía que antes de veinticuatro horas se

cumpliría la última escena del drama forjado por su culpable debilidad.

¿Qué hacer, Dios mío, qué hacer? ¿Dirigirse á los testigos? Pero ¿quiénes eran esos testigos? Sabía los nombres de Candale y de lord Herbert; mas ¿qué les diría cuando se presentase á ellos? ¿En nombre de qué suplicaría á los amigos del hombre á quien había engañado?

Porque sin duda alguna para ellos, si conocían toda su historia por las confidencias de su apadrinado, era una coqueta, infame y pérfida coqueta, que se había dejado hacer la corte durante la ausencia de su amante, proponiéndose despedir al nuevo galanteador cuando regresara aquel amante antiguo.

¿Cómo les demostraría su absoluta buena fe, sus concesiones involuntarias, y, sobre todo, aquella abominable anomalía de su corazón, tan sincero y á la vez tan doble, que temblaba por los dos y ante su común peligro?

Y la visión cruel se representaba de nuevo: Julieta veía una herida en un pecho, una frente agujereada por una bala, sangre que corría á borbotones; y con esta sangre, ya fuese de Enrique, ya del otro, su misma vida se iría en inexplicable sufrimiento; y era tan agudo, tan cruel, que ella deseaba morir en el acto para no verlo jamás, jamás...

El reloj dió una hora, y Julieta levantó maquinalmente la cabeza, pareciéndola que las vibracio-

nes de la campana resonaban en la estancia con solemnidad y amplitud desusadas.

Eran las cuatro; hacía ya una hora que Poyanne se había marchado, y ella permanecía allí, sin hacer nada, cuando Gabriela la esperaba, dispuesta á apoyarla en su obra de conciliación; y este pensamiento la hizo levantarse bruscamente; se pasó las manos por los ojos, y á su espantosa postración sucedió ó reemplazó de golpe la fiebre activa de una desesperación inmensa.

En pocos momentos llamó á su doncella, vistiéndose con traje de calle, pidió un coche de plaza y se hizo conducir á la calle de Tilsitt; veinte proyectos diversos se atropellaban en su cabeza, que se desvanecieron súbitamente por un contratiempo inesperado y fácil de prever.

Porque la señora de Candale, no viendo llegar á su amiga, y aguijoneada por la impaciencia, había partido hacia la calle Matignón, y los coches de ambas se habían cruzado en el camino, porque el portero dijo:

—La señora condesa estaba ahí hace diez minutos.

—¡Dios mío!—pensó la señora de Tillières.— ¡Si habrá tenido la buena inspiración de aguardar en mi casa!

Tal era, en efecto, el partido más lógico; pero en las crisis de la vida privada, que exigen oportunidad y precisión, los partidos más sencillos son

cumpliría la última escena del drama forjado por su culpable debilidad.

¿Qué hacer, Dios mío, qué hacer? ¿Dirigirse á los testigos? Pero ¿quiénes eran esos testigos? Sabía los nombres de Candale y de lord Herbert; mas ¿qué les diría cuando se presentase á ellos? ¿En nombre de qué suplicaría á los amigos del hombre á quien había engañado?

Porque sin duda alguna para ellos, si conocían toda su historia por las confidencias de su apadrinado, era una coqueta, infame y pérfida coqueta, que se había dejado hacer la corte durante la ausencia de su amante, proponiéndose despedir al nuevo galanteador cuando regresara aquel amante antiguo.

¿Cómo les demostraría su absoluta buena fe, sus concesiones involuntarias, y, sobre todo, aquella abominable anomalía de su corazón, tan sincero y á la vez tan doble, que temblaba por los dos y ante su común peligro?

Y la visión cruel se representaba de nuevo: Julieta veía una herida en un pecho, una frente agujereada por una bala, sangre que corría á borbotones; y con esta sangre, ya fuese de Enrique, ya del otro, su misma vida se iría en inexplicable sufrimiento; y era tan agudo, tan cruel, que ella deseaba morir en el acto para no verlo jamás, jamás...

El reloj dió una hora, y Julieta levantó maquinalmente la cabeza, pareciéndola que las vibracio-

nes de la campana resonaban en la estancia con solemnidad y amplitud desusadas.

Eran las cuatro; hacía ya una hora que Poyanne se había marchado, y ella permanecía allí, sin hacer nada, cuando Gabriela la esperaba, dispuesta á apoyarla en su obra de conciliación; y este pensamiento la hizo levantarse bruscamente; se pasó las manos por los ojos, y á su espantosa postración sucedió ó reemplazó de golpe la fiebre activa de una desesperación inmensa.

En pocos momentos llamó á su doncella, vistiéndose con traje de calle, pidió un coche de plaza y se hizo conducir á la calle de Tilsitt; veinte proyectos diversos se atropellaban en su cabeza, que se desvanecieron súbitamente por un contratiempo inesperado y fácil de prever.

Porque la señora de Candale, no viendo llegar á su amiga, y aguijoneada por la impaciencia, había partido hacia la calle Matignón, y los coches de ambas se habían cruzado en el camino, porque el portero dijo:

—La señora condesa estaba ahí hace diez minutos.

—¡Dios mío!—pensó la señora de Tillières.— ¡Si habrá tenido la buena inspiración de aguardar en mi casa!

Tal era, en efecto, el partido más lógico; pero en las crisis de la vida privada, que exigen oportunidad y precisión, los partidos más sencillos son

precisamente aquellos en que menos se piensa; la señora de Candale, devorada por la inquietud, en vez de decirse que Julieta habría ido á la calle de Tilsitt y volvería en seguida, tuvo la idea de llegar hasta la calle Real, decidida, si su marido estaba en el círculo, á llamarle y á saber por él la verdad.

Julieta llegó á su casa, y allí la dijeron que Gabriela había preguntado por ella, y que marchó en seguida, sin decir nada; y con este nuevo contratiempo regresó á la calle de Tilsitt, donde naturalmente tampoco encontró á la que buscaba.

Entonces una idea empezó á germinar en su espíritu, dominándole bien pronto. ¿Cuál era la causa de aquel duelo entre Poyanne y Casal? Un ultraje de este último, aquella palabra ¡cobarde!, lanzada al rostro de su enemigo... Luego si se obtenía de él que retirase esa palabra, que se excusase de aquel ultraje, el duelo era imposible...

¿Si se obtenía de Casal todo esto? ¿Y por qué no obtenerlo ella misma? ¿Por qué no dirigirse á él inmediatamente, mostrarle su dolor, pedirle que hiciera lo posible por evitar el encuentro?

Lo que el honor prohibía á Poyanne, el otro podía y debía hacerlo si la amaba; y él la amaba, sí, la amaba. Si no la amase, ¿se habría dejado arrebatar hasta ese extremo por la cólera?

¡Oh! ¡Aquel pensamiento era la salvación! ¿Cómo no se le había ocurrido más pronto?

Su coche estaba entre la calle de Tilsitt y la de Matignón cuando ella tuvo semejante idea, y quedaba ya poco tiempo para realizarla, porque eran las cinco, y á las siete debía estar de vuelta para comer con su madre, y á las nueve llegaría Enrique...

El exceso de su angustia la enloquecía, y como si fuera presa de un ensueño, golpeó con su diminuta mano en el vidrio del carruaje y dió al cochero la dirección de la casa del hombre de quien dependía, según ella pensaba, toda su suerte.

Apeóse delante del hotel de la calle de Lisbonne, llamó en la puerta, preguntó por el señor Casal y la enormidad extraña de aquel paso no se representó en su imaginación sino cuando ella entró en el saloncito; y entonces, asustada, extrañada, miró las paredes de aquella estancia, sus tapicerías, sus armas, sus cuadros, el desorden elegante de su mobiliario.

—¡Dios mío!—dijo en alta voz.—¿Qué he hecho? Era ya tarde, porque Raimundo entraba en aquel momento.

Estaba en su despacho, ocupado, como Poyanne en aquella misma hora, en el arreglo de las disposiciones que preceden á un duelo verdaderamente serio, cuando el ayuda de cámara le anunció la visita de una señora que no quería decir su nombre; é imaginóse al punto que alguna indiscreción de Luis de Candale se lo había revelado

todo á la condesa, y que ésta llegaba á su casa para obtener de él que dejara á su marido arreglar el asunto.

Mas cuando reconoció á Julieta su asombro fué tan extraordinario, que permaneció inmóvil algunos segundos en el umbral de la puerta; y al verla tan pálida, trémula de emoción, que no podía ocultar, comprendió que ella lo sabía todo; ¿y por quién si no por Poyanne?

Instintivamente se hizo el mismo razonamiento contra su rival que este rival se había hecho contra él, y ante aquella nueva prueba de la intimidad existente entre los dos, Casal sufrió, él también, involuntario acceso de furor celoso.

—¿Vos aquí, señora?—dijo después del primer sobresalto de sorpresa, y con brutal ironía.—¡Ah! ¡Comprendo!... Venís á pedirme la vida de vuestro amante...

—¡No!—respondió ella con voz quebrantada.

Porque, en efecto, aquellas palabras la habían herido en lo más vivo, en lo más palpitante de todo su sér.

—¡No!—repitió.—No es su vida lo que vengo á pedir, es la mía... No puedo agregar á los dolores que sufro hace largos días el de saber que dos hombres de corazón, como vos y él, se ponen en riesgo de morir por faltas mías... Sólo vos podéis deshacer lo que habéis hecho, y por eso he querido veros, hablaros, suplicaros, si es menester, que ten-

gáis lástima de mí, que no puedo sufrir más, que no sobreviviré á una desgracia...

Y habló sin calcular sus palabras, sólo viendo ante ella, en aquel instante, el desafío de los dos hombres y su voluntad de conmovier á todo precio á Casal, y no reflexionando que tales palabras equivalían, para aquél, á una confesión explícita.

Si ella hubiese tenido suficiente calma, habría intentado primero averiguar lo que él sabía de las relaciones existentes entre ella misma y Poyanne; pero lo que caracteriza las horas de crisis apasionadas es precisamente el olvido de precauciones, la ausencia de análisis de los otros.

Porque Casal, después de su conversación con la señora de Candale, y aun después de la violenta escena del teatro Francés, flotaba todavía en la duda: él procedía como si Julieta fuese la querida de Poyanne, y se decía que lo era, y se hubiese considerado como insensato no diciéndolo; pero en realidad lo ignoraba en absoluto.

Esto sucede cuando se ama: los más ligeros indicios sirven de materia á las peores sospechas, y las pruebas más convincentes, ó así consideradas, siempre dejan un pequeño lugar á la esperanza.

Raimundo, en la súplica lastimera de la señora de Tillières, no escuchó sino esa prueba decisiva, la prueba de que ella era la querida de Poyanne, porque al hablarla de este hombre había dicho:

«Vuestro amante,» y ella le respondía: «No vengo á pedir os su vida;» luego aceptaba el hecho como cosa bien patente, definitiva, como el punto de apoyo en aquella conferencia, y á esta idea, herido su corazón como con un garfio enrojecido por el fuego, dirigióse hacia ella con los brazos cruzados, imponente, terrible, y dijo:

—¡Luego confesáis que es vuestro amante!... ¡Ah! A pesar de todo, yo no podía, no quería creerlo... ¡Vuestro amante! ¡Es él vuestro amante! No, me habéis engañado mucho, mucho... ¡He sido tan niño con vos! Habéis debido reiros de este Casal que iba á vuestra casa, rendido de amor, siendo vos la querida de otro... ¡Y yo os amaba como no he amado nunca!... ¡Y no me atrevía á hablaros de mi sentimiento!... Mataré á vuestro amante, señora. ¿Lo oís? Mataré á vuestro amante, tan cierto como vos me habéis mentido por espacio de dos meses, día por día, hora por hora... ¡Ah! Comprendo que os divertieseis diciéndoos, en vuestro orgullo de mujer hermosa: «¡Pobre joven! ¡Es desgraciado! Pero ¿de qué se queja? No le he prometido nada y nada le he dado... Si él me ama, ¿es culpa mía?...» Sí, señora; es culpa vuestra... y ya que sólo puedo heriros en vuestro amante, en ese amante que ha ido á entregaros el secreto de nuestro desafío, para salvarse acaso, en él, en él os heriré... Aconsejadle que no falte mañana su pistola... porque yo... haré lo posible para

que la mía no falte... Y ahora, señora, adiós; no tenemos nada que decirnos...

¡Qué cruel discurso! ¡Cómo contrastaba con el respeto de todas las frases que habían salido de los mismos labios desde la noche del banquete en el hotel de Candale, ante aquella mesa adornada del tapiz de violetas rosas! ¡Cómo el salvaje, el invencible amor había arrojado á aquellos dos seres fuera de la corrección de la buena sociedad, para que él hablase así, en tales términos y con tan áspero acento, y ella le escuchase!

Porque ella le escuchó sin interrumpirle, anonadada por aquel desprecio que no merecía, á pesar de las apariencias, y contra él protestaba todo su amor.

Aquella aspereza de lenguaje de Casal la enloquecía, hiriéndola en la parte más sensible de su corazón, y llamándole por vez primera con el nombre que ella mentalmente repetía tantas veces, hacia largos días, respondió:

—No, Raimundo, no puedo sufrir que me habléis así, que me juzguéis así... ¿Cómo no se ha levantado una voz en vuestro corazón para defenderme? ¿Cómo no me hacéis la justicia de pensar que no lo sabéis todo? ¿Cómo vos, que conocéis la vida, no os habéis dicho, cuando empezásteis á sospechar de mí: «Esta mujer es víctima de una fatalidad que ignoro, pero no es una coqueta? Ella ha sido y es sincera conmigo; ella me ha amado...»

Sí, Raimundo: os he amado, os amo todavía... Si así no fuese, ¿cómo la idea de ese desafío me habría trastornado hasta conducirme á vuestra casa, á mi, Julieta de Tillières?... ¡Sí, es verdad!... Cuando os presentasteis ante mi vida, yo no era libre, y no debí salir á recibirlos, como lo he hecho... Me creía fuerte y soy débil; no he visto el camino por donde andaba; todo ha sido rápido y fatal... Y además, ¿sabía yo cuánto me amaba el otro? No; todo lo he sabido á la vez, y lo sentía por vos, y lo sentía igualmente por los sufrimientos que iba á producir en el más noble corazón... ¡Ah! ¡Vos no comprendéis; vos, un hombre, que no se puede hacer la ventura de uno sino á través de la agonía de otro; y esto es verdad, sí, es verdad; ¡yo no he podido!... No os miento, no discuto siquiera; os muestro el fondo de mi corazón, de mi miseria... Miradme: ved lo que me ha costado el esfuerzo, el poderoso arranque de separarme de vos; ved mi palidez y lo que sufro, y decidme si tengo el derecho de repetiros: «¡No añadáis otro dolor á mi martirio! ¡No me deis el remordimiento de pensar en que soy vuestro asesino, vuestro ó de él!...» ¡Ah! No se puede sufrir tanto como sufro... ¡Esto es demasiado! ¡Esto es demasiado!

¡Y estaba tan bella contando así el extraño drama de que ella era la primera, la fatal víctima! Porque tenía á la par esa hermosura melancólica, delicada, que remueve las cuerdas más profundas

del corazón del hombre, y ese acento de verdad que hace sentir hondamente.

Casal, á pesar suyo, abandonábase al encanto que emanaba de aquella gracia conmovedora y experimentaba el magnetismo de tanta sinceridad; su cólera primera se disipó, cediendo el puesto á una tristeza infinita en presencia de aquello que Julieta había llamado *el fondo del fondo* de su miseria...

Y después de haber divinizado y luego maldecido á esa mujer, veíala, en fin, como ella era realmente: ilógica, pero noble, delicada y sufrida, enamorada de un ideal y débil, presa de una tempestad de sentimientos contrarios y horriblemente castigada.

¿Y por qué? Por no poder renunciar al uno ni aceptar al otro.

Sentía él cierto remordimiento por su anterior dureza y experimentaba impaciencia en el acto de estar delante, casi en contacto, de aquel corazón herido, sin intentar consolarle y aliviarle.

Y con su voz natural, la voz que tenía antes de sus sospechas, voz que fué de dulcísimo acento para Julieta, replicó Raimundo:

—¿Por qué no me habéis hablado más pronto? ¿Por qué no me dijisteis la verdad cuando fui á vuestra casa después de mi conferencia con la señora de Candale? Entonces lo habría comprendido todo y todo lo hubiera perdonado... Pero ahora...

jes demasiado tarde! ¿Me pedís que arregle este asunto? ¡Ay! Ya no depende de mí... ¿Que dé excusas sobre el terreno? Eso no, nunca; es imposible...

—¡Imposible!—exclamó ella retorciéndose las manos.—¡Imposible! ¿Y decís que me amáis? Es que habla sólo vuestro orgullo, Raimundo, no vuestro corazón... Yo os lo ruego: si alguna vez he sido buena y dulce para vos, si de nuevo creéis en mí, si me habéis perdonado, si me queréis aún, escuchadme y obedecedme...

Ella continuaba acercándose á él más cada vez, sitiándole con sus ruegos, inspirándole su voluntad por la sugestión del extremo deseo, ante el cual las resistencias más decididas se debilitan y ceden, hasta que Casal la dijo, con el acento de un hombre que hace abdicación de toda su altivez:

—¿Vos lo queréis? Puedo todavía, y no me exijáis más, hacer esto: escribir á Poyanne una carta expresándole mis pesares por haberme dejado arrebatado de palabra contra un hombre de su reconocido valor... y os prometo escribir esta carta de tal manera que le parezca plausible satisfacerse con ella... Pero si no se satisface, si exige reparación, una reparación por las armas, aun después de la carta, yo se la debo y se la daré.

—Y esa carta—dijo anhelante Julieta—¿cuándo la recibirá? ¿Pronto, pronto?

—¡Seal Inmediatamente... Os doy mi palabra.

—¡Ah!—exclamó Julieta.—¡Gracias, gracias! ¡Qué bueno sois! ¡Cuánto me amáis!

Asunto suyo era decidir á Poyanne, recibida la carta de Casal, y ella no dudaba, no quería dudar, de que no conseguiría vencer los odios del conde, por fuertes que se manifestasen, en su conferencia de la noche.

Había vencido, sólo con su presencia, la cólera, los celos, el orgullo de aquel que tan cruelmente la recibiera; y en la efusión de su agradecimiento se llenaron de lágrimas sus ojos y sus fuerzas se debilitaron.

Estrechaba las manos del joven para darle apasionadas gracias, y él la sentía temblar, y temía que se desmayara allí, delante de él, como en su última visita á la calle Matignón.

Sostúvola en sus brazos y ella no le rechazó; Casal vió de nuevo reclinarse en su hombro aquel rostro pálido, consumido por la melancolía, iluminado entonces por una sonrisa angelical de contento entre su llanto, como si después de tantas luchas ese peligroso abandono inundase de mortal dulzura á aquel pobre corazón...

Y se atrevió á acariciar con la mano aquella demacrada mejilla, que no se retiró, y á imprimir sus labios en aquellos labios temblorosos, que no rechazaron el dulce beso...

¿Era quizás en ella una embriaguez nerviosa lo que reemplazaba á las violentas sacudidas del te-

mor? ¿Era en él ardor extraño, triste, profundo, ese ardor que comunica al hombre la certidumbre de que otro ha poseído á la mujer que amamos? ¿Era en los dos la obscura sensación de lo trágico de la suerte, de la miseria de la vida, que se adhiere con misterioso, invencible lazo á las palpitaciones de la voluptuosidad?

Sencillamente porque se amaban, ¿era la impetuosa, la tiránica locura de amor, que exige, á pesar de todas las prohibiciones de la razón, de todas las separaciones del destino, de todos los orgullos y conveniencias sociales, que en un momento dado los brazos se enlacen, los labios se unan, las almas se junten á través de los sentidos?

Él la llevaba en sus brazos fuera del saloncito donde había conversado tan dolorosamente, y ella no se resistía...

Y cuando más tarde Julieta salió de aquel hotel, donde hubo entrado loca de angustia y de pena, habíase entregado ya al hombre á quien acababa de suplicar que renunciase á la venganza.

¡Julieta era la querida de Casal!

XI

La última vuelta del laberinto.

El célebre aferismo de los antiguos sobre la tristeza que invade al sér viviente después del

amor, no es sólo verdadero con verdad fisiológica y natural, es también de verdad social, si así puede decirse, por las penosas circunstancias que acompañan de ordinario al despertar de nuestro pensamiento perturbado por la pasión.

Es necesario volver á ser el hombre que está sujeto á una ocupación diaria, con intereses que seguir, con deberes que practicar; y la mujer de mundo sobre la cual pesan innumerables cuidados, una casa que gobernar, visitas que recibir y devolver, reputación que guardar, todos esos quehaceres humildes de la existencia diaria.

¡Feliz la mujer que, al entrar en su casa, no ofrece al beso de su esposo ó á las inocentes caricias de sus hijos un rostro abrasado todavía por la fiebre de placeres prohibidos!

Y si únicamente estas lamentables caídas del ideal en lo real se verificasen por una gradación lenta... Pero no: muchas veces basta un detalle insignificante y una sacudida de algunos segundos.

Tal fué el caso de Julieta que, acabando de olvidarlo todo en los brazos de Casal, tuvo que recordar súbitamente la dura verdad de su situación por el hecho más vulgar: dejó á la puerta el coche de punto, y el cochero, cansado de esperar, habíase apeado del pescante y paseábase cerca del carruaje, haciendo sonar en la acera las ferradas suelas de sus zapatos; y cuando reconoció á su parroquiana,

mor? ¿Era en él ardor extraño, triste, profundo, ese ardor que comunica al hombre la certidumbre de que otro ha poseído á la mujer que amamos? ¿Era en los dos la obscura sensación de lo trágico de la suerte, de la miseria de la vida, que se adhiere con misterioso, invencible lazo á las palpitaciones de la voluptuosidad?

Sencillamente porque se amaban, ¿era la impetuosa, la tiránica locura de amor, que exige, á pesar de todas las prohibiciones de la razón, de todas las separaciones del destino, de todos los orgullos y conveniencias sociales, que en un momento dado los brazos se enlacen, los labios se unan, las almas se junten á través de los sentidos?

Él la llevaba en sus brazos fuera del saloncito donde había conversado tan dolorosamente, y ella no se resistía...

Y cuando más tarde Julieta salió de aquel hotel, donde hubo entrado loca de angustia y de pena, habíase entregado ya al hombre á quien acababa de suplicar que renunciase á la venganza.

¡Julieta era la querida de Casal!

XI

La última vuelta del laberinto.

El célebre aferismo de los antiguos sobre la tristeza que invade al ser viviente después del

amor, no es sólo verdadero con verdad fisiológica y natural, es también de verdad social, si así puede decirse, por las penosas circunstancias que acompañan de ordinario al despertar de nuestro pensamiento perturbado por la pasión.

Es necesario volver á ser el hombre que está sujeto á una ocupación diaria, con intereses que seguir, con deberes que practicar; y la mujer de mundo sobre la cual pesan innumerables cuidados, una casa que gobernar, visitas que recibir y devolver, reputación que guardar, todos esos quehaceres humildes de la existencia diaria.

¡Feliz la mujer que, al entrar en su casa, no ofrece al beso de su esposo ó á las inocentes caricias de sus hijos un rostro abrasado todavía por la fiebre de placeres prohibidos!

Y si únicamente estas lamentables caídas del ideal en lo real se verificasen por una gradación lenta... Pero no: muchas veces basta un detalle insignificante y una sacudida de algunos segundos.

Tal fué el caso de Julieta que, acabando de olvidarlo todo en los brazos de Casal, tuvo que recordar súbitamente la dura verdad de su situación por el hecho más vulgar: dejó á la puerta el coche de punto, y el cochero, cansado de esperar, habíase apeado del pescante y paseábase cerca del carruaje, haciendo sonar en la acera las ferradas suelas de sus zapatos; y cuando reconoció á su parroquiana,

abrió la portezuela con rostro jovial, en el que la joven creyó leer la más insultante ironía.

Y ella, con voz ahogada por la emoción, dióle señas falsas, las de un comercio de perfumería situado en la calle del faubourg Saint-Honoré, aunque recordaba que su lacayo había alquilado, por orden suya, aquel *fiacre*.

¿Y si ese cochero socarrón se empeñaba en averiguar quién era ella? ¿Y si hablaba con sus domésticos y les refería su visita de dos horas en el hotel de la calle de Lisbonne?

A esta idea la púrpura de la confusión llenó su rostro, y todo su ser estremeciéndose con súbito escalofrío; por vez primera veía de frente el hecho irreparable que jamás hubiera creído posible. ¡Ella, la señora de Tillières, tenía un nuevo amante!

¿Y en qué circunstancias se había entregado á él? En visperas de un duelo provocado por su causa entre las dos personas que ahora poseían sobre ella iguales derechos.

¡La vibración exaltada de sus nervios transformóse repentinamente en vergüenza y locura!

Ya el coche había parado frente al comercio de perfumería, y ella bajó sin atreverse á mirar al cochero al pagarle, ni se atrevió á entrar en el comercio, ni se atrevió siquiera á mirar á los transeuntes; parecía que su criminal aventura estaba escrita sobre su frente, en sus ojos, hasta en sus menores ademanes.

Anduvo algunos pasos, cual si fuera perseguida por un espía encargado de averiguar de dónde venía y adónde iba, y dejó atrás la calle Matignón, sin apercibirse del cambio hasta llegar á una de las anchas avenidas que se dirigen al Arco de Triunfo de la Estrella.

El crepúsculo obscurecía el espacio; los primeros mecheros de gas ardían con blanquecina llama. Julieta consultó su reloj, que marcaba ya las ocho y media.

—¡Dios mío!—pensó.—¡Mi madre que me espera hace más de una hora! ¡Qué inquieta estará! ¿Y qué la diré? Sí. ¿Qué la diré?

Ella, en nuevo relámpago de su estupor, figuróse á la anciana con sus ojos de sorda, tan agudos, tan finos, tan habituados á leer en el fondo de su corazón, gracias á la lucidez casi sobrenatural de su extrema ternura.

¿Cómo soportar aquella mirada? Y esta aprensión fué tan viva, que Julieta sentíase caer desvanecida, atacada por desaliento súbito, infinito, supremo; y tuvo que sentarse en un banco desierto, en un ángulo de la avenida.

Estaba en uno de esos momentos en que las almas como la suya, trastornadas por el desarreglo más cruel, conciben espantosas resoluciones de suicidio, y Julieta pensó en la muerte...

Había intentado llamar á un coche que pasaba, para hacerse llevar al puente más cercano.

Su imaginación la pintaba el agua verdosa del río, deslizándose en las sombras del crepúsculo, sereno y profundo; y por primera vez en su vida, ella, la mujer de energía, tan resuelta á vivir, tan habituada á dominarse, experimentó ese atractivo del reposo eterno que tal vez en aquel mismo sitio habría experimentado más de una desgraciada criatura, mendiga hambrienta, mujerzuela callejera, amante celosa ó desdenada.

Físicas ó morales, todas las angustias profundas atraviesan esta crisis de la tentación fúnebre; todas despiertan en el corazón un intenso apetito de la nada, y fustigadas por ciertos sufrimientos, iguales son la gran señora y la chicuela vagabunda.

Pero Julieta conservaba, á través de los desvaríos de su sensibilidad desordenada, una alta idea del deber, para zozobrar así, aisladamente, sin un recuerdo para aquellos á quien era necesaria.

Vióse, en tan rápida alucinación, muerta y transportada á su casa, y vió la desesperación de su madre.

—¡No la causaré ese dolor!—se dijo.

Y levantándose del banco en que estaba sentada, repetíase:

—¡Ah, mamá, querida mamá! Debe ignorarlo todo, todo... y yo tendré valor.

Y llamó al coche que pasaba, no para hacerse conducir á orillas del Sena, sino decidida á regresar á casa y con la resolución de mentir otra vez.

por lástima inmensa de una persona, una sola, entre las que amaba.

Las demás, Poyanne, Casal, Gabriela, ¡cuántos pesares habían proporcionado á su pobre corazón!

—¡Mentir otra vez!—se dijo.—¡Ah, Dios mío!

Pero había prodigado tanto las mentiras desde que vagaba por el laberinto de las complicaciones sentimentales... ¿Y qué significaba, además, ese remordimiento al lado del enorme peso que en lo sucesivo abrumaría su conciencia?

El esfuerzo que hizo para inventar una novela en el *fiacre* que la conducía, tuvo, por lo menos, este buen resultado: que ella, en tan corto espacio de tiempo, acabó de sacudir su exaltación nerviosa, la cual había tenido por primera forma la locura abandonada del amor, y, por último, el frenesí de la desesperación.

Mas no fué un gran bien semejante esfuerzo: la historia que imaginó para presentarse á su madre, sin despertar la suspicacia de la anciana señora, era muy sencilla, pero estaba muy de acuerdo con su tez lívida, ojos fatigados y quebranto visible de todo su sér.

—Me he sentido enferma en la calle—dijo—y como regresaba á pie para andar un poco, he sido conducida á una farmacia... No he querido que se os avisase para no inquietaros, querida mamá...

—¡Con tal de encontrar inmediatamente al médico!—respondió la madre muy asustada de ver á

su hija en semejante estado de laxitud para tener la menor desconfianza.—¡Pobre niña! Tu rostro está muy alterado... ¡Y aun pensabas en mí! ¡Cuán buena eres!

Y besóla tiernamente al decir estas palabras, sin sospechar siquiera que hacía daño á Julieta por aquel exceso de credulidad.

—Me siento mejor—respondió ella—y basta con que el doctor venga mañana si paso mala noche... Procuraré descansar.

—Sí, vete á descansar—dijo la madre—que yo me encargo de recibir á Gabriela, porque ha venido tres veces y volverá hacia las nueve... ¿Tienes algo que decirle?

—No, querida mamá; decidla que he venido algo enferma y no he podido esperarla... ¡No tengo fuerzas para nada!

Y no mentía en este último suspiro: era capaz, con su tensión de energía, de afrontar las miradas de su madre; pero Gabriela, que la hablaría de Casal, y Poyanne, sobre todo, que debía ir también hacia las nueve... ¡No, no podía verlos!

Mañana tal vez, en recobrando sus fuerzas, se encontraría dueña de sí misma; pero en aquel momento necesitaba soledad, aunque supiese que una noche de insomnio llenaría de vértigos su imaginación.

En las supremas crisis de los dramas íntimos el sér apasionado se asemeja á los soldados en la ba-

talla: no siente las heridas y no intenta evitarlas.

Julieta quería á todo precio ver claro en ella misma, porque la acción que acababa de ejecutar ¡había sido tan poco premeditada!...

En el abandono de su persona á Casal había algo tan absolutamente inesperado, que ella necesitó horas y horas para admitir y comprender la *realidad*, y sólo cuando estuvo recogida en su lecho, todas las luces apagadas y todos los rumores extinguidos, entregada á la plena posesión de su pensamiento, empezó á sondear esta idea: «¡Ella era la querida de Raimundo Casal!»

¿Era verdad? Aquellos mismos brazos que ahora se doblaban sobre su pecho, con mimoso ademán de niña enferma, le habían estrechado contra ella; los mismos labios que solían exhalar esta plegaria: «¡Dios mío! ¡Tened piedad de mí!», le habían devuelto los besos que recibían, y que aun la abrasaban, insinuando en lo más íntimo de su sér un ardor de pasión que hacía revivir su recuerdo.

¿Qué vértigo la precipitó en aquella falta? ¿Qué fuerza del destino la condujo hacia aquella casa, hacia aquella alcoba, hacia aquel minuto indeleble en que se sintió débil para resistir al mismo hombre á quien acaba de suplicar?

Las diversas escenas de la tarde desfilaron también por delante de su espíritu; su paseo por el jardín, la llegada de Gabriela, la conversación con Enrique, la carrera en un coche de plaza, su reso-

lución súbita de ir á la calle de Lisbonne; y la asombrosa rapidez con que se hubo realizado su caída la llenaba de vergüenza, y se decía en alta voz, con una desesperación mezclada de estupor:

—¡Cuánto me desprecio! ¡Cuánto me desprecio!...

Pero despreciarse, atormentarse con los remordimientos, derramar lágrimas de agonía, lágrimas con que se llora á la manera de los moribundos... todo ello es expiar, no borrar lo pasado.

El hecho estaba consumado, y con él vendrían sus inmediatas consecuencias; ella iba á encontrarse en presencia de Poyanne, y ¿qué haría? La nobleza de su corazón la ordenaba decirse todo, confesarle su desvarío, aunque tuviera que sufrir, como castigo demasiado merecido, el ultraje de un abandono sin piedad.

Y se representó entonces los detalles de confesión tan terrible, el semblante martirizado de Enrique, su mirada mientras ella refería el suceso, y se daba cuenta exacta, con un espanto indescribible, de que la traición hecha á un amante tan noble no había matado en ella su sensibilidad morbosa á la vista del dolor de aquel hombre.

Y la idea de que tal confesión desgarraría cruelmente el alma de Enrique la hizo echarse hacia atrás, rechazándola, y decirse:

—¡No, no se lo confesaré jamás!

¿No podía romper sin esa confesión? Porque era necesario romper: continuar siendo la querida de

Poyanne habiendo sido de Casal, constituía un grado de rebajamiento al que ella no descendería. ¡Jamás tendría á la vez dos amantes!

¡Ay! ¿Pero no los tenía ya? ¿No había cedido al segundo antes de separarse del primero? ¿No tenían derecho, uno y otro, de decirse en el mismo instante: «Yo soy el amante de la señora de Tilières?»

A fin de lavarse, ante su propia conciencia, de la mancha que ese pensamiento dejaba en ella, repetíase:

—¡Es que me enloqueció la historia del duelo! ¡Perdí la cabeza!... Sin el peligro de ese desafío, jamás habría vuelto á ver á Casal, jamás, jamás!... A lo sumo les habría impedido batirse...

Y de repente este nuevo pánico pasó por su corazón para acabar de anonadarla.

Había razonado, desde la promesa de Casal, como si la carta de excusas hubiese sido aceptada por Poyanne.

¿Pero en verdad la aceptaría Enrique? Seguramente la habría aceptado si ella le hubiese visto á las nueve, como estaba convenido, y hablado y envuelto en su influencia; mas retrocedió ante la entrevista, y la traición daba ya sus frutos; si el duelo se había efectuado ella era doblemente responsable.

Y se había efectuado: como sucede en los momentos de peligro, la previsión de lo peor se im-

puso de repente á su imaginación torturada, y volvió á sufrir las angustias de la tarde anterior, exasperadas por el aumento de zozobra que la daba la idea de aquel encuentro á mano armada entre sus dos amantes; y continuó palpitando por los dos, cada vez con más violencia, su martirizado corazón.

Pensando en uno, sentíase invadida por la fiebre de voluptuosidad que experimentó en sus brazos, mientras que el otro, á quien había hecho traición, se imponía á su alma con fuerza vivísima, y ella misma le defendía del ultraje, y su piedad acrecentaba sus remordimientos.

¡Ahl! ¡Qué aborrecible, qué cruel dualismo de alma!

Sus propios esfuerzos habían producido este monstruoso resultado: ahora Casal poseía sobre ella los mismos derechos que Poyanne.

Y ella se repetía:

—¡Eso no es verdad! No se tiene dos amantes; no se tiene dos amores... O se ama á uno ó se ama á otro...

Era muy hermoso repetir esta fórmula de conciencia y agarrarse á ella en espíritu con la rabi-sa energía de quien se siente arrebatado por una tentación culpable á la que no quiere abandonarse y Julieta encontraba siempre en sí misma este juego contradictorio de dos sentimientos que se exaltan en vez de destruirse, y siempre también la visión del trágico peligro que corrían sus dos amigos.

Por la mañana, al salir de su febril sueño, ese sueño que termina en semejantes noches con una pesadilla, vió un relámpago de esperanza: alguien había ido en la noche anterior á su casa para llevar una carta destinada á ella, y con súplica de que se la entregaran al momento.

Julieta reconoció la letra de Casal, y, temblorosa, rompió el sobre.

He aquí el contenido de dicha carta:

«*Martes, noche.*

»He cumplido mi palabra, mi encantadora amiga, y acabo de escribir á M. de P... Esta carta, que tanto me ha costado, os probará cuánto deseo agradaros, y este billete os llevará todo mi reconocimiento, y os preguntará si deploráis ahora lo que habéis hecho por mí... Si, como espero, el asunto se arregla, iré á vuestra casa á las dos, á decíroslo todo yo mismo; y si estuviese seguro de que erais aun la que habéis sido hoy, os pediría que volviérais á la calle de Lisbonne para escuchar esas cosas y otras aun... Pero comprendo que esto no sería prudente. Puede esperar ya que volveréis pronto, si no aquí, á otro nido más oculto, donde os repita cuanto os ama,

RAIMUNDO.»

(Copia.)

«Caballero:

»En víspera de un desafío como el que ha de

efectuarse mañana, el paso que me aventuro á dar cerca de vos correría el riesgo de ser interpretado muy singularmente si yo no hubiese dado pruebas de valor, como vos las habéis dado, y si yo no añadiera que sois muy dueño, á voluntad, de no tener en cuenta para nada este billete. Si os conviene no recibirle, pensad en que no le he escrito, y nada más; pero yo habré aliviado de un remordimiento á mi conciencia.

»Hombres de vuestro talento y de vuestro carácter son hoy raros en nuestro país, y su vida es demasiado preciosa para que yo experimente la menor vergüenza en manifestaros que deploro el movimiento de vivacidad á que cedí la otra noche en el teatro Francés.

»Os repito, caballero, que obedezco, al escribir, á un escrúpulo de conciencia, y que, si no juzgáis esta satisfacción bastante, quedo á disposición de vos, como ha sido concertado.

»Sea cual fuere lo que decidáis, veréis en esto la prueba de mi particular estimación.

CASAL.»

*
*
*

—¡Enrique no puede rehusar excusas así presentadas!— se dijo la joven cuando hubo leído y vuelto á leer las dos cartas unidas en la misma hoja de papel... y esta unión la hizo experimentar,

por vez primera desde que conocía á Casal, la impresión de algo brutal, algo poco delicado.

¡Habría querido que no se mezclasen de manera tan natural la expresión de sus sentimientos y el recuerdo de su rival!

Esto sólo era un detalle, un matiz del suceso; pero las mujeres que sienten esos detalles, los sienten siempre, y aquel encontró en Julieta el medio de hacerla sufrir por tal unión, así como por la petición de nuevas citas que expresaban las últimas frases de la carta de Raimundo.

Y es que ella adivinaba allí, bajo el aparente respeto de las fórmulas, el derecho de aquel hombre sobre ella misma, la mano que la aplicaba sobre la voluntad; hablábala como á una querida con quien no se tiene aun familiaridad, pero con cuya complacencia se cuenta en absoluto.

¿Quería Julieta que Casal considerase como sencilla aventura el dón que le había hecho de su persona? ¿No demostraba aquel billete, por lo menos, que él creía estar ya unido con ella por un vínculo? ¿Por qué semejante idea, en vez de parecerle una prueba de sinceridad, la producía repentino escalofrío?

Por otra parte, ¿no tenía suficiente prueba de la sumisión de aquel hombre á sus deseos en la copia de la carta dirigida á Poyanne, que debió, como el decía, de costarle tanto?

Y entonces repasó uno por uno los términos en

que estaban redactadas las excusas, y se vió precisada á demostrarse la imperativa delicadeza de ellas.

—¡Salvados!—exclamó.—¡Salvados! ¿Qué importa si yo me he perdido?

Esta esperanza, sin embargo, se oscurecía con un resto de inquietud dolorosa, porque la señora de Tillières no pudo reprimirse hasta enviar á su lacayo á la morada de Poyanne, hacia las diez, con un pretexto cualquiera; quería saber de seguro si el conde no había salido.

Mas cuando supo que, por el contrario, había salido muy de mañana, y sin decir cuándo regresaría, su esperanza se hundió repentinamente y su inquietud fué en aumento de minuto en minuto.

En vano se repetía:

—¡Estoy local! Aunque el asunto se arregle, es menester que él vea á sus testigos.

Mas esta reflexión no llegó á calmar el exceso de su ansiedad.

—¿Qué hacer ahora?—se decía.—¿Enviar al hotel de Casal?

Pensó largamente en esto, y aun comenzó no pocos borradores de cartas; pero no se atrevió á ejecutarlo.

Disponiase, desesperando de todo, á escribir á Gabriela de Candale, cuando la puerta se abrió para dar entrada á ésta.

¡Ahl! El trastornado semblante de tan fiel amiga no dejaba dudas á Julieta!

—¿Se baten?—gritó.

—¡Ya te encuentrol—contestó la condesa, sin responder directamente á la pregunta.—Y también comprendo que pasarías la tarde procurando convencer á Poyanne... y adiviné que no conseguiste nada al saber el estado en que volviste... ¡Se baten, sí, se baten! ¡Estoy segura de ello!... Anoche vi sobre la mesa de Luis la caja de pistolas que le enviaron sellada de casa de Gastinne... y esta mañana, cuando él salió á las ocho, la caja no estaba allí ya... Después he sabido por el portero que dió al cochero las señas del hotel de Casal, y he esperado su regreso toda la mañana, con la esperanza de saber lo ocurrido... y viendo que no llegaba á las once, no he podido estar más tiempo sin adquirir noticias. ¿Qué sabes tú? ¡Habla! ¿Qué sabes?

—Sé que Raimundo ha insultado á Enrique—dijo la señora de Tillières—y ahí está el origen del asunto. ¡Dios mío! ¡Decir que á esta hora uno de los dos tal vez espira por culpa mía!... Corramos, Gabriela; ven conmigo... ¡Si fuese tiempo aún!... Si tu portero ha dicho dónde ha ido el carruaje de Luis, nosotras haremos hablar al de Casal ó al de lord Herbert...

—¡Eso es insensato!—respondió la señora de Candale.—Primero, porque llegaríamos demasiado tarde, si llegáramos; y además, yo no consentiría que te deshonrases con tal empresa, la cual sólo serviría para perderte... ¡Nosotras, Julieta, nos de-

bemos á nuestro nombre!... Vamos, Julieta mía, sé más altiva y más fuerte.

—¡Ah! ¿Se trata de mi nombre y de mi altivez?—gritó con voz salvaje la señora de Tillières.—¡Se trata de que no quiero que mueran! ¿Entiendes? ¡No lo quiero!

—¡Calla!—dijo de pronto la condesa.—Abren la puerta...

El lacayo, en efecto, entraba.

La frase que pronunció, aunque muy sencilla, revestía en aquel momento una significación tan terrible para las dos mujeres, que éstas se miraron con asombro.

—El señor de Poyanne—dijo el lacayo—pregunta si la señora marquesa puede recibirle.

—Que pase—dijo Julieta.

Y continuó dirigiéndose á Gabriela:

—Vete á mi dormitorio! ¡Tal vez tendré necesidad de tí! ¡Pronto!... ¡Ah! ¡Cómo tiemblo!

Apenas lograron tenerse de pie.

Si el encuentro se había efectuado, Poyanne salió de él sano y salvo; pero ¿y el otro?

¡Sí, hubo desafío! Ella lo adivinó al instante en la primera mirada que dirigió al conde, el cual estaba allí delante muy pálido y vestido con la levita negra de los duelistas.

Ella se lanzó hacia el conde, sin cuidarse de lo que pensaría por recibirlo de aquel modo.

—¡Decid!—exclamó con voz apenas perceptible.

—¡Y bien!—respondió él sencillamente.—Nos hemos batido... y aquí estoy.

Y en seguida añadió más bajo:

—¡Pero tengo mano desgraciada!

Julieta le miraba con unos ojos que destellaban relámpagos de locura.

—¿Está herido?—preguntó.—¿Está...?

Y no se atrevió á concluir; el conde había bajado la cabeza como para contestar á la pregunta formulada por ella:

—¡Sil!

Julieta exhaló un grito y sus labios se movieron para balbucear con espanto:

—¡Muerto! ¡Está muerto!

Y dejóse caer en una silla, anonadada, tapándose el rostro con las manos, y sollozos convulsivos la acometieron súbitamente.

Poyanne la miró sollozar de tan lastimero modo, y expresión de íntima tristeza contrajo su semblante.

Acercóse á ella, tocóle en el hombro con la mano y la dijo:

—¿Negaréis aún que le amáis?

Y lo dijo con el acento que la señora de Tillières no había podido sufrir jamás, con el acento de las grandes tristezas del alma; ¿pero sabía ella en aquel momento ni siquiera que Poyanne estuviese allí?

—No lloreis más, Julieta—prosiguió él—y perdonadme esta prueba que yo necesitaba para estar

bien seguro de vuestros verdaderos sentimientos; no, no ha muerto; está ligeramente herido de bala en el brazo, y en estos momentos el médico le extraerá el proyectil... ¡Vivirá!... ¿Qué me importa, sin embargo, que viva ó muera?... Vivo ó muerto, vos le amáis y no me amáis... He querido saberlo y saber también la profundidad de ese amor, y por eso os he mentido, la primera y la última vez en mi vida. ¡Ah! ¡Cuán duramente he sido castigado! Duramente, sí, porque os he visto llorar así... Pero esto es menos amargo que la duda horrible de los días pasados... ¡No me respondáis, y no os acuso porque tal vez ni vos misma sabíais cuánto le amabais!... Ahora ya lo sabéis, y yo también.

Reinó el silencio entre los dos amantes.

El primer sobresalto de desesperación que acometió á Julieta cuando ella creyó muerto á Casal trocóse en una especie de estupor, á medida que Poyanne hablaba, tranquilizándola sobre el éxito del duelo; por primera vez, después de meses y meses, la situación entre ellos era franca, definida, y la joven quedaba ya convencida de su amor á Casal, que se obstinaba en negar absolutamente.

Mas aunque no hubiese dado esa prueba contra ella misma, anonadándose de dolor á las primeras palabras del conde, no habría encontrado fuerzas para mentir. ¡Tan pobre era ya su energía! ¡Tan cansada estaba por su dolorosa ambigüedad de corazón!

Y permaneció sentada, bajando los ojos, con las manos juntas, como un culpable que aguarda su sentencia.

Y después de algunos minutos la señora de Tilières rompió el silencio diciendo con voz suplicante:

—Es verdad que lucho hace largos días contra una turbación que no puedo vencer, y es verdad que tenéis el derecho de condenarme, porque he procurado ocultaros esa lucha y esa turbación... Pero también es verdad—añadió exaltándose—es verdad, ¿entendéis?, que vos no habéis dejado de ser querido por mí, tan querido que no podía soportar un instante vuestros sufrimientos sin experimentar un deseo irresistible de consolaros, de curaros... Jamás he comprendido la dicha para mí separada de la dicha vuestra; jamás os he mentido diciéndoos que tenía necesidad de vuestra ternura, como se tiene necesidad de aire... Llamad como queráis á este sentimiento que me unía á vos, que me hizo imposible aceptar la ruptura cuando vos mismo me la ofrecisteis... Pero sabed que ese sentimiento existía, que era sincero, y que yo le obedecía sin cálculo. ¡Comprendedlo así, Enrique, y no creáis que yo representaba una comedia!

—No—respondió Poyanne interrumpiéndola.— ¡Creo que habéis tenido piedad de mi sufrimiento! Pues bien, miradme; vivo, y viviré... No estoy aún en la edad en que se renuncia á la dicha, pero

también á mi edad se tiene hambre y sed de lo verdadero, y lo verdadero es, Julieta, que no me amáis, y que amáis á otro... Si he querido tener una prueba decisiva, irrefutable, sólo ha sido para tener el derecho de deciros sin amargura: «¡Sois libre! ¡Haced de vuestra libertad el uso que os agrade!...» Todo, ¿entendéis?, todo es preferible á la debilidad moral que os impide hace mucho tiempo mirar valerosamente á vuestro corazón; todo es preferible á esa piedad que hace tanto daño, á esas fluctuaciones entre sentimientos contrarios que os han conducido... ¿á qué?... á hacerme mortal afrenta á mí, Julieta, cuya ternura conocéis y respetáis...

—¿Mortal afrenta?—repitió ella.

¿Luego él sospechaba su intimidad con Casal?

É insistió temblorosa.

—¿Mortal afrenta?... Explicaos...

—Leed esta carta—dijo el conde presentándola una, en la que reconoció la letra de Raimundo y el billete que ya conocía ella.—Leed esta carta y respondedme: yo puedo oírlo todo, y vos debéis decírmelo todo. ¿Habéis pedido, sí ó no, á ese hombre que me escriba estas excusas? Porque él, por sí mismo, jamás lo hubiera hecho.

—Sí, lo he pedido yo—contestó ella haciendo un esfuerzo... Perdonadme, Enrique, estaba loca; vos me habíais rechazado duramente, y yo no tenía otra esperanza de impedir el duelo.

—¿Y no habéis reflexionado que si yo aceptaba esas excusas aquel hombre creería que yo tenía miedo, y que yo mismo os impulsaba á pedir las?

—No, Enrique; os afirmo que no lo he pensado así ni un momento... Él sabe que sois valiente, y además le ha bastado mirarme para comprender que yo no tenía mi razón clara, que era presa de una fiebre de desesperación.

—¡Ah!—replicó el conde.—¿Luego os ha visto ayer?

—Sí—contestó ella haciendo otro esfuerzo.

—¿Aquí?—preguntó Poyanne, á quien hizo daño formular tal pregunta.

—No—respondió Julieta, y ya con la resolución de una mujer que renuncia á todas las hipocresías y prefiere perderse á continuar engañando.

—¿En su casa?

—Sí, en su casa.

Miráronse los dos: ella estaba pálida, como si fuese á morir, y pudo ver pasar por el semblante de aquel hombre tal expresión de martirio, que sintió de nuevo el instintivo movimiento de piedad apasionada que tantas veces había paralizado en ella el arranque de la franqueza.

Comprendió en seguida que el único rescate posible de su desvarío estaba en una confesión entera, absoluta, que la permitiría estimarse de nuevo por la expiación; mas no... ¡era sufrir demasiado!

Y suplicante le dijo:

—No me juzguéis por apariencias.

—¡Julieta!— dijo Poyanne tomándola una mano y con una voz tan áspera como no se la había oído jamás.—¡Julieta! Júrame que eso no es verdad, que nada ha pasado entre aquel hombre y tú, nada que no puedas decirme... Porque tú puedes sacrificarme á tu dicha, entregarte á él si le amas; pero no así, no con tal idea, ó en vispera del duelo...! ¡No, eso no es posible! ¡Júramelo! ¡Jural

—Os lo juro... Nada ha pasado entre nosotros...—respondió Julieta, con voz quebrantada.

El conde se pasó una mano por los ojos, como para quitarse una visión de horror, y en seguida, con voz dulce y triste, prosiguió:

—¡He ahí lo que pueden hacer los celos en un corazón que vale más, mucho más. ¡Perdonadme esa humillante sospechal ¡Será la última!... Ya no tengo el derecho de hablaros así, ni creo que le he tenido nunca, porque las razones que os han impulsado algunas veces á engañarme eran nobles y no autorizaban aquella injuria. ¡He estado loco unos minutos! ¡Olvidadlos! Prométoos que sabré ser amigo vuestro, sólo amigo; pero ahora estoy muy turbado... Mañana vendré á las dos, y hablaremos ya tranquilos. ¡Adiós!

—¡Adiós!—contestó ella casi sin mirarle.

Todo la agobiaba: la mentira que acababa de decir; el sentimiento de su criminal traición á un

hombre tan noble, aun con sus celos, que se reprochaba como una falta la más legítima de las sospechas; la impresión que aquella escena marcaba en la etapa de una ruptura definitiva entre ellos; las emociones vivísimas y sucesivas que habían agitado tan profundamente su alma.

Ella se dejó tomar una mano que el conde sintió húmeda é inerte, y la expresión de martirio que poco antes había pasado por su rostro reapareció en seguida, más dolorosa, más tierna.

¡Dios mío! Julieta vió en sus ojos esa tristeza infinita y sin quejas que se despierta en nosotros en las horas de los sacrificios supremos, cuando nos ofrecemos en holocausto á lo que amamos.

Y oyó apenas la voz ahogada con que él repitió, antes de desaparecer:

—¡Adiós!

Un cuarto de hora más tarde, cuando la señora de Candale, inquieta por no haber sido llamada, se aventuró á abrir la puerta, encontró á su amiga inmóvil, con el codo apoyado en la chimenea.

Julieta se había levantado para llamar á Poyanne, y después se dijo: «¿Para qué?» y permaneció allí, sin saber cuánto tiempo, sin acordarse de que Gabriela esperaba, ni de nada, sino solamente de que estaba vencida, destrozada, aniquilada para toda su vida.

—¿Ha ocurrido alguna desgracia?—preguntó la condesa, engañada por aquella actitud.

—No—respondió Julieta—el duelo se ha efectuado, y Casal ha recibido una herida insignificante... Dentro de pocos días estará bien...

—Ya ves cómo todo se arregla mejor que podíamos esperarlo... Y entonces, ¿por qué estás tan triste? ¿Qué te ha dicho Poyanne?

—¡No me lo preguntes!—respondió casi con violencia la señora de Tillières.—¡Déjame! ¡Tú eres quien me ha perdido! Si no me hubieses hecho conocer á ese hombre, si no me hubieses hablado de él como has tenido por conveniente hablarme, ¿habría ocurrido nada de esto?

Y en seguida, viendo lágrimas en los ojos de la condesa, arrojóse en sus brazos, acabando de mostrar, por aquella incoherente locura, el desorden moral que en aquel momento hacía oscilar su triste corazón de una á otra extremidad de sentimientos.

En vano Gabriela intentó calmarla á fuerza de tiernas caricias, sin llegar á saber la verdadera causa de aquel estado: era necesario que la conversación con Poyanne la hubiese removido en todo lo más profundo de su alma; y así fué que distraídamente respondió á su amiga, quien la decía:

—Enviaré inmediatamente á saber noticias de Casal, y te las diré en seguida.

Y Julieta, cuando quedó sola, abandonóse de

nuevo al desenvolvimiento de sus ideas, y ya no volvió á presentarse en su espíritu la imagen de Casal: lo que ella veía era á Poyanne pidiéndola que jurase que no tenía nada de qué acusarse; lo que ella oía era la voz de ese hombre, que la decía: «¡Adiós!» Lo que ella experimentaba era la necesidad de volver á verle, hablarle, explicarle todo.

¿Para qué mentir todavía? ¿Para qué demostrarle el nuevo matiz de su monstruosa duplicidad íntima? ¡No! ¡Todas las palabras habían sido pronunciadas! ¡Todos los velos del misterio estaban desgarrados!

¿Y ahora, cuando él tenía el valor de articular palabras de ruptura que ella vaciló en pronunciar, días sobre días, habría de desear, presa de aberración infame, volver á empezar sus ambigüedades culpables, sus dolorosos equívocos?

¿Qué más anhelaba de aquel amante? ¿Por qué misterio del corazón, cuando se había entregado á otro, cuando su vida podía simplificarse en actos, sentía ahora aquella vuelta insensata hacia lo que no era, desde unos meses antes, sino cadena de dolor para ella?

Estas reflexiones se atropellaron sin cesar en su mente durante la tarde y la noche, sin que pudiera fijar su pensamiento en una sola, hasta que se acercaba el instante de la llegada de Poyanne.

La una... la una y media... las dos...

¡Y él no llegaba!

Temiendo una resolución funesta, marchó en su carruaje á la calle Matignón, y allí la dijeron que el conde había salido y que se ignoraba la hora de su regreso.

Volvió á su casa, y él no había aparecido; escribió algunas líneas, y el criado volvió sin respuesta...

Sólo en la mañana siguiente, después de una noche de atroz ansiedad, recibió un pliego en cuyo sobre reconoció la letra de Poyanne; rompiólo, y leyó con avidez ¡oh, extraña contradicción del corazón de la mujer! con la misma avidez que había tenido cuarenta y ocho horas antes por la carta de Casal, las páginas siguientes:

«A las cinco de la tarde, en Passy.

»Amiga mía:

»He querido, para escribir lo que me debo y lo que os debo escribir, encerrarme en esta pequeña casa de Passy, que llamabais, en tiempos más felices, nuestro nido...

»¡Nunca os he oído pronunciar esas dos palabras tan sencillas sin que mi corazón palpitase con violencia! Ellas resumían ¡ay! lo que fué mi único ensueño, mi esperanza sagrada de muchos años, esa quimera de vivir siempre con vos una vida de amor y abnegación, en la que vos llevarais vuestro nombre y yo os hubiera tenido á cada momento

cerca de mí, prodigándome la dulzura de una presencia que habría sido, por sí sola, compensación gratisima de todas las tristezas de mi pasado, acabamiento de todas mis penas, un infinito de felicidad.

»Y estoy solo, no obstante, en esta casa, de la cual no volveréis á decir nunca ¡nuestro nido!, y contemplo los mudos objetos que me rodean, que son para mí como un testigo viviente; esa tapicería en las paredes, con su bello paisaje de árboles y campanario de aldea; esa librería giratoria, llena de los libros que leíamos juntos; esos antiguos jarrones que yo atestaba de flores para recibirlos.

»¡Ah! El amante á quien la muerte ha separado de su querida y va á ponerse de codos en la verja que rodea el sepulcro no tiene en el alma tanta melancolía como yo en este momento, peregrinando también alrededor de una tumba, de la tumba de nuestro pasado; ni tiene tanta melancolía ni tanta ternura...

»Yo quisiera que de estas páginas brotara de vos un poco de ternura; quisiera que guardaseis de mí, no la esperanza del hombre que ayer os habló en vuestra casa, sino la del amigo que piensa en vos como yo pienso en este momento, piadosa y dulcemente, con reconocimiento inexplicable por lo que me habéis dado de vuestro corazón entre estos testigos de mi pasada ventura. ¡Habéis sabido dárme-la tan grande, aun hoy mismo, en esta agonía que

me abate, soñando en los momentos en que me dejasteis amaros y en los que me amasteis, que todavía os doy gracias, sí, gracias, desde el fondo de mi corazón!

»Comprended, querida amiga mía, que no soy ingrato hacia vos, y separándome, como lo hago, sé que me habéis amado y no me habéis mentido al decirme que no podíais soportar una sombra de tristeza en mis ojos; y sé también que, en leyendo esta carta y sabiendo que marchó de Francia por largo tiempo, si no para siempre, tendréis verdadera, profunda pena.

»¿Me juzgaréis injusto si añado que la profundidad de vuestro afecto hacia mí precisamente me permite medir cuán vivo es en vuestro corazón el otro sentimiento cuya explosión ayer he presenciado? ¿Será necesario que vos estéis subyugada por ese amor nuevo para que, sabiendo cuánto sufriría yo por ello, no le hayáis impedido arraigarse y crecer en vuestro corazón?

»Ahora adivino las luchas que habéis sostenido, y el drama moral que se ha representado en vuestra alma se aparece ante mis ojos con una claridad que me permite conocer á la vez el grado de vuestra abnegación por mí, y también que esta abnegación se parece muy poco al amor.

»Vos misma habéis sido de tan buena fe, no queriendo confundir en uno solo esos dos sentimientos; porque sois altiva, no habéis querido

creer que habíais cambiado; porque sois buena, no habéis querido que yo fuese desgraciado; porque sois leal, no habéis querido admitir ni por un segundo la posibilidad de una traición al que vos considerabais como unido con vos para toda la vida.

»¡Ay, Julieta! ¡Aunque yo no hubiese oído ayer vuestro grito ni hubiese visto vuestras lágrimas cuando creíais en el desenlace fatal de nuestro duelo, sabría ya bastante, porque os conozco, por la más sencilla evidencia; pero vi aquellas lágrimas, oí aquel grito... y si marchó, es porque comprendo, ante aquellas manifestaciones de vuestro nuevo amor, que no podría soportar el hecho de mirar ese sentimiento cara á cara!

»Que luchaseis contra él ó que os rindieseis, se adivinaria ahora en vuestras tristezas y en vuestras alegrías, en vuestros cuidados por mí y en vuestro silencio; y yo no soy sino un hombre, un hombre que os ama con todo su corazón, con todas sus fuerzas, con todo su sér; un hombre á quien vos habéis amado, y á quien no podéis ni debéis pedir una energía sobrenatural.

»Además, ahora que todo lo sé, ¿tengo el derecho de poner mi dolor entre vos y una existencia nueva; mi amor, que vos no compartís, entre vuestra conciencia y lo que vos juzgáis vuestra dicha? ¿Tengo el derecho de ofreceros el espectáculo de unos celos que, os lo confieso con humildad, me creo incapaz de vencer?

»No, Julieta; me doy cuenta de todo, pasando y volviendo á pasar mentalmente por los senderos que hemos recorrido, y una necesidad invencible impone que dos seres que se han amado no vuelvan á verse cuando uno de ellos ha dejado de amar y el otro no. ¡Esto es doloroso! ¡Esto es amargo!

»¡Ah, sí! ¡Tan amargo como la muerte!

»Pero la propia estimación exige este precio, y es necesario, aunque sólo fuera por respeto á un pasado que no se puede guardar intacto, sino á condición de que sea, en efecto, verdadera, definitiva y resueltamente pasado.

»He reflexionado mucho en estas cosas, tan tristes, y también en otras, desde que á mi regreso de Besançon sospeché que podiais interesaros por otro, y he visto, en los dolores que hemos sufrido, la expiación de una felicidad que no estaba permitida; conocía ya demasiado la sinceridad de vuestros sentimientos religiosos para no entrever, detrás de la melancolía que procurabais disimular, el pesar, el remordimiento de la situación á que os había conducido vuestra ternura por mí.

»Porque yo fui el culpable, yo solo, que no siendo libre debí ocultaros un amor cuya satisfacción me estaba prohibida.

»¿Y quién sabe? Si yo hubiese tenido valor para amaros así, en la sombra y el silencio de una pasión ardiente, mortificada y pura como una piedad, quizás Aquél que todo lo ve me habría re-

compensado tan heroico esfuerzo, impidiendo se cerrasen para mí, en vuestro corazón, los manantiales de la ternura.

»¿Quién sabe si hay para ciertos amores de abnegación y de virtud una gracia misteriosa, semejante á la gracia de la fe profunda que nos permite ser siempre capaces de orar?

»Si esto es así, si hay en nosotros dos esa fatalidad de una expiación, pido á Dios, en quien hemos tenido siempre tanta confianza, aun quebrantando sus mandamientos, que su justicia caiga sólo sobre mi cabeza... y que vuestro nuevo amigo, el hombre que me ha arrebatado vuestro corazón, se haga digno de vos y comprenda qué ser de nobleza y de hermosura ha ido hacia él, á través de tantas pruebas.

»Y aquí toco un punto tan sensible, que si lo es mucho para mí, mucho también debe serlo para vos.

»Dejadme deciros, sin embargo, que aun en esto se ha verificado en mí, desde ayer, un cambio: os he hablado con dureza y amargura de ese hombre, en quien una extraña doble vista me hizo presentir el verdugo de lo que era mi ventura, y no puedo creer que yo tenga razón en todo, ni que un ser capaz de interesaros hasta el amor sea lo que he pensado que era él.

»Yo quería y debía deciros también que le juzgo de otro modo desde que su billete de excusas,

tan difícil de escribir para un hombre de su clase, me ha demostrado que se interesaba por vos, después de todo, de otro modo muy diferente de lo que yo podía pensar; porque no os he dicho ayer lo que ahora añado, para ser enteramente justo, y es que, en el terreno, y siendo lógico con su carta, ha disparado al aire.

» ¡Que esto sea, lo que os escribo de él, otra explicación: la del rencor apasionado que me ha hecho no aceptar sus excusas y desear su muerte! ¡Que sea también para mí el derecho de suplicaros que reflexionéis mucho antes de proseguir por el camino en que estáis!

» ¡Experimentad, estudiad el sentimiento que le pueda impulsar, ahora que sois libre de ceder al vuestro!

» El es también libre, joven, no esclavo de ningún pasado, y puede consagraros toda su vida y transformarse con vuestra noble influencia; y si ha de ser así, no digo que yo no sufriré cuando supiere que habíais reconstruido de esa manera vuestro destino; pero, sabedlo, yo os amo ahora con amor tan desinteresado, tan purificado por el martirio de estos últimos días, que encontraré en mí la manera de aceptar de lejos esa idea, con la paz de que habla el libro santo: «Os doy la paz, os doy mi paz, pero no la paz como el mundo la da...» la paz de un alma que ama y á la que se ha renunciado para siempre.

» Y adiós, amiga mía. Adiós vos, que erais la estrella de mi cielo, os digo desde este rincón sin nubes de ese cielo ya sombrío; adiós vos, que me habéis permitido vivir cuando yo estaba exhausto de fuerzas; adiós vos, por quien puedo decir hoy: «¡Alguna vez he sido dichoso!»

» No temáis ninguna resolución desesperada de un hombre que se aleja de vos con el alma llena de vos y para que vos seáis dichosa sin costaros jamás una lágrima... En mis dolorosas meditaciones de esta noche he visto delante de mí lo que me queda de existencia y he resuelto su empleo, y con mis últimas pruebas políticas he recogido la advertencia de que también debía renunciar á esa acción, renuncia que no me causa ninguna pena.

» Otro campo me espera y en él he decidido usar todo el vigor íntimo que aun guardo.

» Nuestros dolores privados serían cruelmente inútiles si nos indujesen á buscar el olvido de nuestro propio destino en la adhesión desinteresada á nuestras ideas; vos habéis conocido las mías en los días felices en que me dejabais pensar alto cerca de vos y con vos, y no tengo necesidad de deciros más sino que he resuelto ir á los Estados Unidos y trabajar en ese gran libro de filosofía social cuyo plan os había interesado y cuya ejecución y estudios no se pueden hacer sino allí y que durarán largos años.

»Mañana, cuando tengáis esta carta en las manos, ya estaré en el mar, no teniendo por horizonte sino la masa enorme de olas que rodarán, cada vez más numerosas, entre vos y yo.

»Mi carta de dimisión al presidente de la Cámara está escrita y mis asuntos principales quedaron arreglados desde la víspera del duelo; vuestro noble amigo Luis Aceragne, cuya divina caridad conocéis, ha tenido la bondad de concluir detalles que me hubieran obligado á estar aquí más tiempo; vuestro nombre es el primero que ha salido de sus labios cuando le he anunciado mi resolución, y le he dicho, ¡no me hagáis mentir!, que había conversado con vos acerca de mi propósito y que le aprobabais... Ahora sólo me resta pensar en vos, con una tristeza y un dolor indescriptibles. ¿Me escribiréis, verdad?, pero no inmediatamente; dejadme elegir el momento en que pueda saber de vos sin sufrir una apasionada pena, y guardadme un puesto en la amistad con que, estando presente, no me contentaría. ¡Tengo el corazón tan enfermo, tan herido, tan sangriento!

»Pero la ausencia curará todo esto y no dejará subsistir sino la inmortal esencia de un sentimiento que se resume en estas sencillas palabras: «¡Sed dichosa, aun lejos de mí, aun sin mí...» Adiós otra vez, amiga mía, y acuérdate de que te amo. ¿Qué más te diré? La vieja frase, tan conmovedora en los humildes, pero que te la digo desde el fon-

do de mi alma: ¡Que Dios te guarde, mi único amor!

ENRIQUE.»

*
*
*

En la hora de las separaciones irrevocables se produce un fenómeno singular, bastante análogo para los asuntos del alma al efecto de la distancia sobre la vista.

Estáis en una población, recorriendo sus calles una á una, examinando sus casas piedra por piedra; os desagrada un detalle, y después otro, y en seguida observáis todas las faltas de armonía: aquí el empleo de un estilo que contrasta con el carácter de la construcción cercana; allí la incuria de una ruina; más lejos la torpeza de un frontón mal restaurado.

Vuestra impresión no os preparaba á la energía del golpe de vista en conjunto que disfrutaseis luego, de pie, en el puente de un barco ó en la cima de una montaña, y os volvéis á mirarla, como la leyenda quiere que Boabdil se volviese á mirar á su Granada y llorarla.

La gloria del sol poniente resplandece sobre la ciudad abandonada, y envuelve en polvo de oro las iglesias que elevan sus campanarios hacia el cielo, las flechas altaneras de los monumentos, hasta las techumbres humildes de los barrios po-

bres; y el encanto retrospectivo que sentís delante de aquel admirable conjunto es el símbolo del que nos impone con tanta frecuencia la muerte cuando acompañamos al cementerio á un amigo que, á pesar de serlo, nos hizo sufrir mucho.

La línea ideal de su sér íntimo aparece con una belleza que no distinguíamos antes; su verdadera personalidad, separada de las medianías de la existencia cotidiana, se nos revela; consentimos, aun á pesar nuestro, en aplicarle los beneficios de esa gran ley humana que consiste en que toda cualidad buena tiene por condición de desarrollo ese defecto paralelo á ella.

Entonces no vemos en él sino sus buenas cualidades y derramamos lágrimas de ternura apasionada sobre aquel hombre que mientras vivió nos produjo disgustos, nos hizo víctimas de extrañas injusticias.

¿Qué prueba esto sino que vivimos y morimos solos, aisladamente, sin haber conocido por completo el corazón de los demás, sin haber mostrado claramente nuestro propio corazón?

Al día siguiente de las rupturas, que tienen con frecuencia la prolongada agonía de la muerte, la resignación se interrumpe, y á las esperanzas siguen violentos estadios de desesperación.

Un escritor humorista ha calificado, muy delicadamente, de cristalización póstuma ese extraño cambio de punto de vista, análogo al que la señora

de Tillières tenía después de acabar la lectura de la carta de Poyanne.

Puso en sus rodillas las hojas de aquella carta en que un amigo de tantos años había dejado como una huella de su corazón, y sus lágrimas comenzaron á caer triste y dolorosamente.

Allí estaba retratado de cuerpo entero con la rectitud absoluta de un pensamiento que, aun en la hora de la separación, no aparecía desflorado ni por la más leve sospecha; con el ardor casi religioso de una pasión que le hacía encontrar una delicia de martirio en los sufrimientos del abandono; con la fe en sus ideas, fe tan profunda que le hacía recordar el gran proyecto de una historia del socialismo con ingenuidad de apóstol en aquellas páginas de despedida á una mujer adorada.

Las múltiples y variadas escenas que habían señalado las etapas de su novela fueron evocadas de una vez por Julieta; ella veía á Poyanne en el momento de su primer encuentro, y cómo desde entonces conoció que no era hombre de esta época, que su carácter permanecía intacto y rebelde á los compromisos de un siglo mortal para las conciencias intransigentes.

¡Cuán delicado fuera en su modo de obsequiarla, y cuánta ternura había sentido ella al observar que aquél recobraba la vida á su lado, curándose poco á poco de su primera herida!

Y también sentía Julieta legítimo orgullo por-

que en aquellos inolvidables tiempos él quiso distinguirse más, y sus mejores discursos en la cámara datan de entonces, de los primeros años á que la carta aludía, años en los que los dos pactaron la unión por él mantenida hasta el extremo con noble fidelidad.

¿Y ella? ¡Ah! Las lágrimas que caían de sus ojos sobre el papel, borrando la tinta de las letras, no eran solamente lágrimas de tristeza ante la hermosura de un poema de sentimiento acabado para siempre; ¡el remordimiento mezclaba en ellas sus acres asperezas!

Si, aquel noble amigo tenía razón, aunque él no lo decía, aunque él quizás no lo sabía; y la ruptura entre ellos era necesaria, con necesidad invencible. ¿Qué había sido de aquella mujer á quien rodeaba de tanta estimación al devolverla su libertad?

Aunque ella hubiese querido impedir la marcha, protestar contra la separación, rehusar la libertad así ofrecida, no podía ni debía hacerlo. ¡Tanto la habían impresionado las frases de aquel mensaje supremo, haciendo brotar en su alma impresiones del pasado, de días ya muy lejanos, absorbiendo, borrando los sentimientos de las últimas semanas!

Aquella especie de revista de todo su ser, de todo su pasado, cuya frágil y dolorosa reliquia tenía entre sus manos, no podía durar mucho tiempo, y, sin embargo, Julieta fué tan enérgica que,

durante todo el día, no tuvo pensamientos sino para el ausente, para aquel hombre que tanto la había amado y que ya estaba lejos de ella.

Únicamente se despertó de aquel sonambulismo nostálgico y desesperado cuando, hacia la noche, llegó su amiga la señora de Candale, que la llevaba noticias del otro, del herido, á quien ella se acusaba de haber olvidado, aunque sufría también por ella.

Las condiciones de secreto pactadas en el duelo, se observaron tan fielmente, que Candale habló con su mujer acerca de la enfermedad de Raimundo como si éste padeciese de un ligero ataque de reumatismo en el brazo derecho.

—Tiene para cinco ó seis días, todo lo más—dijo la condesa.—¡Con tal que, cuando esté restablecido, no tengan uno y otro la idea de volver á empezar!

—¡Ay! No la tendrán—respondió Julieta.—Lee esta carta.

Y dió á Gabriela la carta en la que había rastro de sus lágrimas, obedeciendo á la necesidad peligrosa é irresistible de confianza que experimentamos con igual fuerza en la alegría y en la tristeza, y también á la necesidad más generosa de que su amiga apreciase debidamente la magnanimidad de aquel hombre á quien antes juzgara tan desfavorablemente.

Y ella pudo ver cómo se humedecían los ojos de la condesa de Candale, y la oyó decir:

—¡Dios mío! ¡Si yo le hubiese conocido!

Y en seguida, devolviendo la carta á Julieta, después de vacilar un instante, añadió:

—¿Pero has procurado conocer exactamente lo que sabe Casal y cómo lo sabe?

—Lo sabe todo—respondió Julieta—porque se lo he dicho yo.

—¿Tú?—interrogó la condesa.

Y vió tan turbada á la señora de Tillières, que no insistió en lo que ella adivinaba de las condiciones de aquella confidencia. ¿Luego Julieta y Raimundo se habían visto desde que éste se presentó en la calle de Tilsitt? ¿Luego habían tenido una explicación muy íntima para hacerse confesiones de esa clase?

Y, sin embargo, Gabriela, como Poyanne, no sospechaba la ignominiosa verdad.

Mas aperebióse del peligro de las relaciones que, según tal revelación, existían entre su amiga y el joven, y preguntó:

—¿Y si él procura verte, ahora que sabrá la ruptura con Poyanne? Por que la sabrá... Los periódicos hablarán de la dimisión del primer orador de la derecha y de su viaje á los Estados Unidos...

—Si él procura verme—respondió la señora de Tillières—yo le mostraré quién soy...

Esta enigmática respuesta, sobre la cual Gabriela no pidió explicaciones por temor de herir en las llagas de aquel corazón dolorido, no sobre-

tendía ninguna idea precisa; Julieta expresó con ella su resolución de no ir más adelante en su caída, resolución firmísima, aunque todavía no delineada en la forma.

Desde el momento en que salió de brazos de Casal hasta el último en que su amiga acababa de hablarla así, algún cuidado la había impedido mirar de frente su nueva situación: la idea de presentarse á su madre, la zozobra del duelo, su conversación con Poyanne, la ansiedad de lo que resultaría de todo, y cada uno de estos sucesos se la mostraba como el peor de los peligros.

Y, sin embargo, todos ellos habían pasado por ella como grandes olas que debían ahogarla, y que se retiraron sin haber destruído nada: había vuelto á ver á su madre; verificóse el duelo; el conde, con la energía de una resolución adoptada, arregló sus relaciones con ella de una manera bien definitiva.

Los problemas insolubles aparecían ya resueltos, menos el último de todos, el más temible: estaba sola y libre delante de Casal.

¿Qué pensaba de ella Raimundo? ¿Qué querría ese hombre, en quien se resumía al presente el porvenir de su vida sentimental?

¿Qué pensaba? ¿Qué querría? Cuando la condesa marchó, Julieta fué á buscar en el cajón de su *bureau*, de la misma mesita en que tantas veces se había apoyado para escribir á su primer amante, el billete que recibió del segundo en la mañana

del duelo, y leyóle otra vez con infinita melancolía, porque una comparación se la presentaba, imponiéndose, en aquella hora, y bien amarga.

La diferencia entre este billete escrito al día siguiente de la falta y la carta de despedida del conde que acababa de recibir era demasiado fuerte; las líneas de Raimundo, con su recuerdo preciso de aquella falta, con la frase «encantadora amiga,» con la alusión tan directa á una organización de sus citas futuras, no permitían que la joven se despreciase; no, no más que si Casal, en vez de tratarla de *vos*, la hubiese lanzado la afrenta de tutearla y enviarla besos...

Ella era para él una querida, como la señora de Corcieux, como la de Hacqueville, como la Ethorel; y estos nombres, que la señora de Candale pronunció al acaso el día de su primera fatal visita, después del accidente del carruaje, la vinieron á la memoria todos juntos.

¿Y por qué la juzgaria él con más indulgencia que á las otras? ¿Por qué éstas eran mujeres galantes y ella no? ¿Qué sabía él?

La verdad era que ella tuvo un amante primero que á él: ¿luego no estaría autorizado para creer que ese amante no fué el único, siquiera por la manera y por las circunstancias en que ella se había entregado á sus brazos?

Todo su sér aparecía, ante ese recuerdo, como envuelto en llamaradas de vergüenza. ¡Qué con-

traste entre aquel modo de interpretar su conducta y la imagen que el otro se formaba de ella; entre aquellos brutales deseos y el culto, la veneración que la tributaba Poyanne!

¡Dios mío! ¿Qué diría él si supiese los lazos que Casal la proponía?

Mas Julieta apreció desde lejos, con precisión dolorosa, los detalles de esos lazos, y experimentó al punto la amargura que sufre un pasajero que se marea y que antes de subir á un barco siente ya náuseas en aspirar el olor de á bordo.

Ella se vió en sus carreras clandestinas por París, que fueron el secreto suplicio de sus relaciones con Poyanne, y su parada ante una puerta bajo cuyos umbrales palpité reciamente su corazón, y su salida á escondidas y temblorosa, y su regreso á la calle Matignón; y aun recordaba que su amante Enrique, en el tiempo en que ella sufría en condiciones tan tristes, sufría también tanto como ella misma, y en vez de estimarla menos la tenía lástima. ¡Cuántas veces la pidió perdón, de rodillas, por faltas que ella sola cometió!

Pero Casal... ¿Qué sabía ella de su carácter? Que había sido delicado, tierno, sumiso, mientras la creyó libre y pura... ¡Qué cambio desde el momento en que el furor de los celos se desencadenó contra él! ¡Cuánta dureza al hablarla en su llegada á la calle de Lisbonne!

¿Qué hombre era aquel? ¿Cómo no acordarse

ahora de las frases que Poyanne había pronunciado otras veces contra él, de los sufrimientos de Paulina de Corcieux, de toda la leyenda de cinismo en que estaba envuelto el nombre de tal vividor?

Y se estremeció súbitamente con escalofrío de miedo, que no procedía sólo de lo que ella sabía acerca de las fases misteriosas de la naturaleza de aquel hombre; comprendía, adivinaba más bien, que, á pesar de sus remordimientos, á pesar de su necesidad de hacerse estimar, á pesar de su desconfianza ya despierta, pertenecería á ese hombre, fuera lo que fuera, si volviese á verle, y haría con ella lo que quisiera.

Había poseído con la posesión absoluta que no perdona, y la intensidad de las sensaciones que experimentó en sus brazos la trastornaba todavía, nada más que al acordarse de ella. ¡Aquella fué la primera vez que el total de la voluptuosidad más profunda se la había revelado!

La esclavitud de embriaguez amorosa que casi todas las mujeres rehusan confesar, y que casi todas sufren ó desean, volvía á sentirla con terror anticipado; si sucumbía otra vez, sería por su voluntad; ¡era demasiado tarde para recobrarla!

¿Y cómo resistirle si él estuviera allí, cuando sólo de pensarlo, y estando él lejos, quedábase enervada, débil, tan vacilante en su ensueño de rescatar su falta?

Esta falta explicábala un desvarío, por una sola vez, sin justificarla; pero si ella volviese á cometerla, sería su caída definitiva, la muerte de la antigua Julieta que supo conservar su altivez intacta en una situación que el mundo habría condenado.

¡Ay! Antes ella se absolvía por su mismo honor personal; pero ¿qué había sido de este honor después de su visita á Casal? ¿Qué sucedería si su primera visita no fuera sino el principio de una intriga, tanto más degradante para ella cuanto que Raimundo quiso darla su mano y hacerla su esposa?

Él también, no obstante su carácter y sus ideas, había tenido el ensueño de que Poyanne hablaba al principio de su carta; él también había querido vivir con ella una vida de amor y darla su nombre, porque entonces la estimaba.

¿Qué hacer para probarle que á pesar de tales apariencias, á pesar de la realidad de su inesperada caída, ella merecía, si no toda su estimación, por lo menos la justicia de no ser tratada como mujer galante, que nunca lo fué, ni lo era, ni lo sería jamás?

Bajo la influencia de estas reflexiones que la torturaban, y por espacio de algunos días de meditación que la dejaba libres la forzada reclusión de Casal, un proyecto empezó á bosquejarse en su mente, único que ponía de acuerdo tantos elementos contradictorios de su sér, porque satisfacía á

la par su necesidad de permanecer digna del culto que Poyanne la profesaba, y su apasionado deseo de rescatar lo que pudiera de su debilidad, su indestructible apetito de honra; y por encima de todo esto, su fantasía de elevarse en el juicio de Casal, de aquel Casal que no dejaba de amar, á un lugar más alto, más alto quizá que el anterior.

¿Si no volvía á ver nunca á Raimundo? ¿Si dejando para siempre á París antes que él pudiese reunirse con ella, y fuese á refugiarse en el asilo de la infancia y de su juventud, en aquel amado Nançay donde ya en 1870, cuando su primer desgracia, había conocido la magia consoladora de la soledad? ¿Si corriese allí y le dejase el recuerdo de una mujer que, no pudiendo ser su esposa, no quería ser su querida?

Él sabría ciertamente la marcha de Poyanne á América y no sospecharía que ella hubiese vuelto á entregarse al conde después de entregarse á él...

¿Pero cómo aceptaría esta fuga? ¿No la perseguiría en su retiro?

¡Pues ella iría más lejos aún! Dábala ejemplo valeroso el definitivo alejamiento de Poyanne después de la ruptura, y sentía que sus fuerzas se agrandarian con el peligro, y entreveía lo que es el sueño sublime de todos los enamorados de conciencia delicada cuando son presa de las tempestades borrascosas del corazón y de la suerte: la puerta de un claustro, supremo refugio contra Raimundo.

De la mujer que acaba así, en la austeridad de una celda y á la sombra de la cruz, el hombre más escéptico no puede dudar; y su ingreso en un convento la costaría tan poco á ella, anonadada, medio muerta...

Entre ella y el asilo sagrado no había otro obstáculo que la señora de Nançay.

—No—pensó Julieta—no puede ser, por causa de mamá.

Mas había en realidad otro obstáculo en que no pensaba; sería muy difícil hacer que la anciana madre aceptase la idea de un destierro absoluto, lejos de París, la idea de que renunciase á toda esperanza de volver á ver á su hija otra vez casada; mas ¿qué decirle para justificar tan súbita resolución? ¿Qué parte de la verdad confesarle para que se decidiese á consentir en ella sin desolarse de pena?

La aprensión de semejante conferencia era tan viva que Julieta la dilataba de la mañana á la noche y de la noche á la mañana, y seguramente habría retrocedido si en la tarde del cuarto día no hubiese escuchado el anuncio de la próxima llegada de Raimundo.

Cuando ella volvía de su largo y solitario paseo por el *Bois* supo que un mandadero había llevado, en su ausencia, á la calle Matiguón, una maravillosa *corbeille* de rosas y orquídeas, y entre las dos asas iba prendido un billete cuya letra la abrasó

los ojos sólo con mirarla, aunque los rasgos estaban alterados, como hechos por una mano que dirige difícilmente la pluma.

Reconoció la letra, con lápiz trazada en una tarjeta, y leyó lo siguiente:

«Las primeras palabras que puedo escribir son para tranquilizar á mi amiga y preguntarla á qué hora podré presentarme en su casa mañana, que será mi primera salida.—R. C.»

Julieta, mientras leía ese billete, que debió de costar al herido un gran esfuerzo, aspiraba el voluptuoso aroma de las rosas, que la envolvía como una caricia, y á la vez de aquel papel, que habían tocado los dedos del joven, subía hacia ella como un deseo de posesión.

Mas de repente, cual si ella hubiese rechazado un sortilegio, rasgó el billete en cien pedazos, que arrojó al viento por la ventana abierta del jardín.

Y luego, llevando al vestíbulo la *corbeille* de las peligrosas flores, volvió á su cuarto para caer de rodillas y orar.

¿Qué pasó en aquella alma angustiada durante una hora, que fué ciertamente *la hora* de su vida? ¿Hay, como ha supuesto el instinto en todas las edades, en la plegaria así lanzada, por un corazón que sufre, hacia el Sér Supremo, autor de todo destino, una virtud reparadora, una probabilidad de obtener ayuda en los desfallecimientos de la voluntad?

¿Fué en tal instante, y por pacto secreto consigo misma, cuando Julieta pronunció, ante su conciencia, el voto que debía cumplir un año más tarde?

Cuando se levantó, después de la oración, una llama resplandecía en sus pupilas y un pensamiento iluminaba su frente; subió en seguida al aposento de su madre, quien, al verla así, como transfigurada, dijola con asombro:

—¿Qué me anuncias con esa fisonomía tan alterada?

—Una resolución que os ruego aprobéis, querida mamá, aunque os parezca poco razonable—respondió Julieta.—Marcho á Nançay esta tarde.

—¡Pero es insensato, hija mía!—respondió la madre.—¿Olvidas que el médico te ha puesto en observación, como él dice?...

—¡Ah! ¡Se trata de mi salud!—respondió la señora de Tillières.

Y en seguida, gravemente, casi con aire trágico, añadió:

—Se trata ahora de saber si tendréis por hija á una mujer que pueda abrazaros sin ruborizarse ó á una desgraciada...

—¿Una desgraciada?—repitió con estupor la señora de Nançay.

Y obligando á Julieta á sentarse en un taburete á sus pies, y acariciándola los cabellos con ternura infinita, prosiguió:

los ojos sólo con mirarla, aunque los rasgos estaban alterados, como hechos por una mano que dirige difícilmente la pluma.

Reconoció la letra, con lápiz trazada en una tarjeta, y leyó lo siguiente:

«Las primeras palabras que puedo escribir son para tranquilizar á mi amiga y preguntarla á qué hora podré presentarme en su casa mañana, que será mi primera salida.—R. C.»

Julieta, mientras leía ese billete, que debió de costar al herido un gran esfuerzo, aspiraba el voluptuoso aroma de las rosas, que la envolvía como una caricia, y á la vez de aquel papel, que habían tocado los dedos del joven, subía hacia ella como un deseo de posesión.

Mas de repente, cual si ella hubiese rechazado un sortilegio, rasgó el billete en cien pedazos, que arrojó al viento por la ventana abierta del jardín.

Y luego, llevando al vestíbulo la *corbeille* de las peligrosas flores, volvió á su cuarto para caer de rodillas y orar.

¿Qué pasó en aquella alma angustiada durante una hora, que fué ciertamente *la hora* de su vida? ¿Hay, como ha supuesto el instinto en todas las edades, en la plegaria así lanzada, por un corazón que sufre, hacia el Sér Supremo, autor de todo destino, una virtud reparadora, una probabilidad de obtener ayuda en los desfallecimientos de la voluntad?

¿Fué en tal instante, y por pacto secreto consigo misma, cuando Julieta pronunció, ante su conciencia, el voto que debía cumplir un año más tarde?

Cuando se levantó, después de la oración, una llama resplandecía en sus pupilas y un pensamiento iluminaba su frente; subió en seguida al aposento de su madre, quien, al verla así, como transfigurada, dijola con asombro:

—¿Qué me anuncias con esa fisonomía tan alterada?

—Una resolución que os ruego aprobéis, querida mamá, aunque os parezca poco razonable—respondió Julieta.—Marcho á Nançay esta tarde.

—¡Pero es insensato, hija mía!—respondió la madre.—¿Olvidas que el médico te ha puesto en observación, como él dice?...

—¡Ah! ¡Se trata de mi salud!—respondió la señora de Tillières.

Y en seguida, gravemente, casi con aire trágico, añadió:

—Se trata ahora de saber si tendréis por hija á una mujer que pueda abrazaros sin ruborizarse ó á una desgraciada...

—¿Una desgraciada?—repitió con estupor la señora de Nançay.

Y obligando á Julieta á sentarse en un taburete á sus pies, y acariciándola los cabellos con ternura infinita, prosiguió:

—Vamos, hija mía adorada, confiéstate á tu anciana madre... ¡Estoy segura de que has dejado germinar alguna idea loca en tu pobre cabezal ¡Tienes tal arte para entristecer con tus imaginaciones una vida que podría ser tan dulce!...

—No, mamá—dijo—no son ideas ni imaginaciones locas...

Y añadió con voz sombría:

—Amo á un hombre de quien no puedo ser esposa, y que me obsequia; siento, conozco que si permanezco aquí y le vuelvo á ver, estoy perdida, perdida, ¿entendéis?, perdida... y sólo tengo la fuerza de huir.

—¿Cómo?—respondió la madre con un asombro en que se revelaba la ingenuidad de su solicitud.—¿No es la marcha de M. de Poyanne la que así te ha trastornado? ¡Bien adivinaba yo las turbaciones de tu corazón! Mas he creído que eran por él, y que él también se marchaba porque te ama y no es libre...

—No me interroguéis, querida mamá—respondió Julieta cruzando las manos—no puedo explicaros nada ni deciros nada... Pero si me amáis, comprended que no os hablaría de esta suerte sin inmensa angustia, y prometedme que no me impediréis hacer lo que deseo...

—¿Qué?—exclamó la anciana.—¡Dios mío! ¿Será dejarme para entrar en un convento?

—¡No!—dijo la señora de Tillières.—Pero

quiero retirarme de París para siempre; quiero que abandonemos esta casa, donde no volveré á poner los pies nunca, nunca... Perdonadme si os dejo el cuidado de ocuparos en detalles que á mi sola corresponden, y desearía que todo lo que me pertenece se me enviara al castillo, donde os aguardaré...

—No pienses en eso—dijo la madre.—Dentro de un mes ó de un año estarás cansada de vivir en Nançay y de la soledad... Los sentimientos que hoy te enloquecen estarán sosegados, y la vida en el campo, sin otra compañía que mi viejo rostro, te parecerá, te será insoportable.

—Con vos, madre mía, con vos siempre, y allá, en el castillo, está mi salvación—repitió la joven besando con amor las blancas manos arrugadas que la acariciaban el semblante.—¡Ah, no discutáis conmigo! Vos me amáis, vos me queréis leal y honrada... Pues bien, ayudad á salvarme.

—¿Contigo siempre?—dijo melancólicamente la señora de Nançay.—¿Y qué será de tí, sola en el mundo, cuando no me tengas? Porque yo debo morir antes que tú... ¿y entonces?

—Cuando no os tenga—dijo Julieta con una mirada que su madre no la conocía—cuando no os tenga tendré á Dios.

Raimundo Casal, once meses después de su duelo con Poyanna y de los sucesos que le siguieron, viajaba en el yacht de lord Herbert Bohun; regresaban de Ceylan, adonde los dos amigos habían ido á matar elefantes, después de haber cazado leones en una de las costas del golfo Pérsico.

Habían recalado en Malta para recibir allí el correo, y sin duda Raimundo encontró en el suyo una carta que le preocupaba singularmente, porque todo el día fué presa de una tristeza que no quiso combatir su compañero.

Aunque jamás se había cambiado una palabra de confianza entre los dos amigos, lord Herbert adivinaba que un duelo de corazón dominaba á su querido Casal, quien no era ya el alegre compañero de otros días.

Once meses vivieron juntos casi constantemente, empleando el tiempo como conviene á dos camaradas que navegaban con el pabellon blanco y la cruz roja del *Royal Yacht Squadron*; en Agosto habian ido á la pesca del salmón en Noruega, para remontar después hasta el cabo Norte; descendieron luego á Inglaterra, para pasar algunas semanas de Octubre y Noviembre, asistir á las carreras de Newmarket y entregarse Raimundo á la locura del juego y lord Herbert al demonio del alcohol.

Porque sobre el mar, á bordo del *Dalila* (este era el nombre del yacht), el inglés pareció otro hombre muy distinto; no bebía una gota de aguar-

diente, y vigilaba los menores detalles de la maniobra con la ojeada segura de un capitán que ha ganado en honrosa lid su diploma de navegación.

Estos intervalos de sobriedad le preservaban sin duda de caer en el embrutecimiento alcohólico; su inteligencia se despertaba en aquellos periodos, y se volvía á ver en él con asombro al antiguo colega de Oxford, que tanto se había distinguido antes de pedir al aguardiente el olvido de todo, aun de él mismo.

Para su único amigo, á quien quería con fidelidad británica, tan segura y profunda, desplegaba, en viéndole sombrío, un espíritu regocijado que no sospechaban siquiera en él los *habitués* del *Círculo*, y una sensibilidad extraordinaria; así es que, durante aquel viaje á Persia y á las Indias, empuñado después de Diciembre, tuvo el arte de entretener con exquisita finura las tristezas de su *alter ego*.

Mas en la tarde que siguió á la marcha de Malta conmovió tanto á Casal por la solicitud discreta de su cariño, que este último se determinó á contarle el drama singular en que habia sido mezclado, sin nombrar á la señora de Tillières, y después de advertirle que iba á someter á su examen el más inexplicable de los problemas femeniles.

La noche era espléndida, de sobrenatural belleza; las estrellas fulguraban con ese amplio centelleo que tienen en el cielo del Mediodía; el *Dalila*

bogaba con movimiento insensible por un mar tranquilo, pesado, suave y de una negrura casi azulada, bajo el cielo, también azul, casi negro.

La frescura de la brisa, que se recibe con delicia después de los sofocantes calores del mar de Egipto, daban á aquella noche un encanto de irresistible indolencia.

Lord Herbert, hundido en un sillón de mimbres, escuchaba á su amigo sin hablar, lanzando bocanadas de humo de su pipa de madera; y Raimundo, abandonándose á la magia de los recuerdos, evocaba para él mismo, tanto como para su mudo confidente, todas las escenas de su aventura: su encuentro con Julieta en casa de una amiga de ambos; sus primeras visitas, y cómo había sido subyugado por la seducción de la joven, cómo ella le despidió de su casa, la petición de su mano, su crisis de celos, la escena con Poyanne, la llegada de la señora de Tillières á su casa, la locura con que ella se había abandonado á él...

Y después nada; cuando, curado de su herida, fué á su casa, le dijeron que ella había partido; él la escribió y no tuvo respuesta; supo su retiro de Nançay, y fué allá; no sólo no fué recibido, sino que ni siquiera llegó á entreverla de lejos.

Supo que ella no salía del castillo, que paseaba poco por el parque, cercado de altos muros, y él los escaló, como un héroe de novela; mas al día siguiente ella dejó el castillo, sin decir adonde se

dirigía, tal vez habiendo sabido que él estaba allí.

Y ante ese firme propósito de huir, él renunció á una persecución para no dejar de portarse como hombre honrado; y entonces fué cuando pidió á su amigo Bohun que partiesen juntos á Bergen.

—Pero—concluyó Casal—sufro por esa mujer, y no es cosa extraordinaria... Lo que yo quisiera, ahora que todo eso es historia antigua, es comprenderlo, y no lo comprendo... Menos todavía quizás desde que he leído una carta de Candale, recibida esta mañana entre la otras, y de la cual te hablaba hace poco... Vamos á ver, amigo mío, ¿cuál es tu impresión acerca de esa mujer, después de todo lo que acabo de referirte?

—¿Estás cierto de que jamás ha vuelto á ver á su primer amante?—preguntó lord Herbert.

—Perfectamente cierto; él no ha vuelto de América.

—Luego no te ha dejado por él. Ahora... ¿me permites una pregunta muy brutal?... ¿Era ella muy apasionada?

—Muy apasionada.

—¿Y muy sincera?... ¿Me comprendes?

—Y muy sincera.

—¿Y ese Poyanne, su primer amante, había... vivido... mucho en su juventud?

—¿Él? De ningún modo; es una especie de apóstol, de gran talento y mucha elocuencia; pero que ha debido de aburrirla... ¿Y tú piensas...?

—Pienso—respondió lord Herbert, después de callar y reflexionar algunos minutos—que esa mujer ha debido de ser de buena fe en su conducta hacia ti, y te ha amado apasionadamente sin lograr que cesase su amor al otro... Ese otro era sin duda el amante de su espíritu, de sus ideas, de muchas cosas que tu influencia no podía destruir, y tú eras el amante de lo que él no la satisfacía... Lo que la hubiera satisfecho por completo habría sido alguien que fuese á la vez tú y el otro, que tuviese algunos sentimientos suyos y algunos tuyos... en fin, un Casal con el corazón de Poyanne... No encuentro otra explicación á tan extraña conducta. ¿Y qué te dice la carta recibida esta mañana?

—Que su madre ha muerto y que ella va á entrar en un convento... Ya es novicia en las Señoras de Retiro y Oración... Pero... no se pueden poner de acuerdo hechos tan contrarios como éstos: un amante por espacio de muchos años, otro amante de horas y el claustro para toda la vida...

—Pero—dijo el inglés—¿se quedará allí? Además, si se queda es un suicidio como otro; el convento es como el alcohol de las mujeres románticas... Es más sentimental que el *whisky*, y cuanto más viejo sea el jugo, es también más altivo; pero lo mismo da; el asunto es olvidar...

Y luego, con la acritud de hombre que guarda secreto rencor á una antigua querida, despreciada y siempre deplorada, añadió:

—¿Y de qué te quejas? Una mujer que te deja la idea de que pasa la vida en pedir á Dios perdón por haberte amado es un ideal perfecto en nuestro siglo de comediantes y mendigos...

—¿Que me ha amado?—repitió Casal.—¡Si por lo menos yo estuviera seguro de ello!

—Pues ciertamente; te ha amado.

—¿Y al otro?

—Al otro también.

—No, eso es imposible; no hay sitio en el corazón para dos amores...

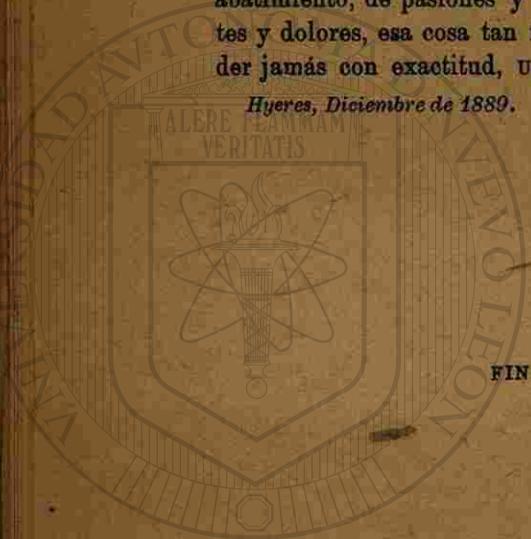
—¿Por qué no?—dijo lord Herbert, alzando los hombros y encendiendo en seguida su pipa.— Cuando estuve en Sevilla tenía un cochero que era maniático por los proverbios, y repetía mucho uno de éstos, que te recomiendo, porque contiene la palabra justa de toda tu historia, y quizá de todas las historias: *Cada persona es un mundo...*

Y los dos amigos se hundieron en el silencio de los ensueños, mientras las estrellas proseguían fulgurando claras y brillantes, el mar inmenso, tranquilo, azulado se estremecía, y el *Dalila* avanzaba sobre este mar y bajo aquel cielo.

Mar y cielo menos infinitos y menos cambian-

tes, menos misteriosos, menos peligrosos y menos magníficos que puede serlo, á través de borrascas y abatimiento, de pasiones y sacrificios, de contrastes y dolores, esa cosa tan imposible de comprender jamás con exactitud, UN CORAZÓN DE MUJER.

Hieres, Diciembre de 1889. Paris, Julio de 1890.



FIN

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EC
11